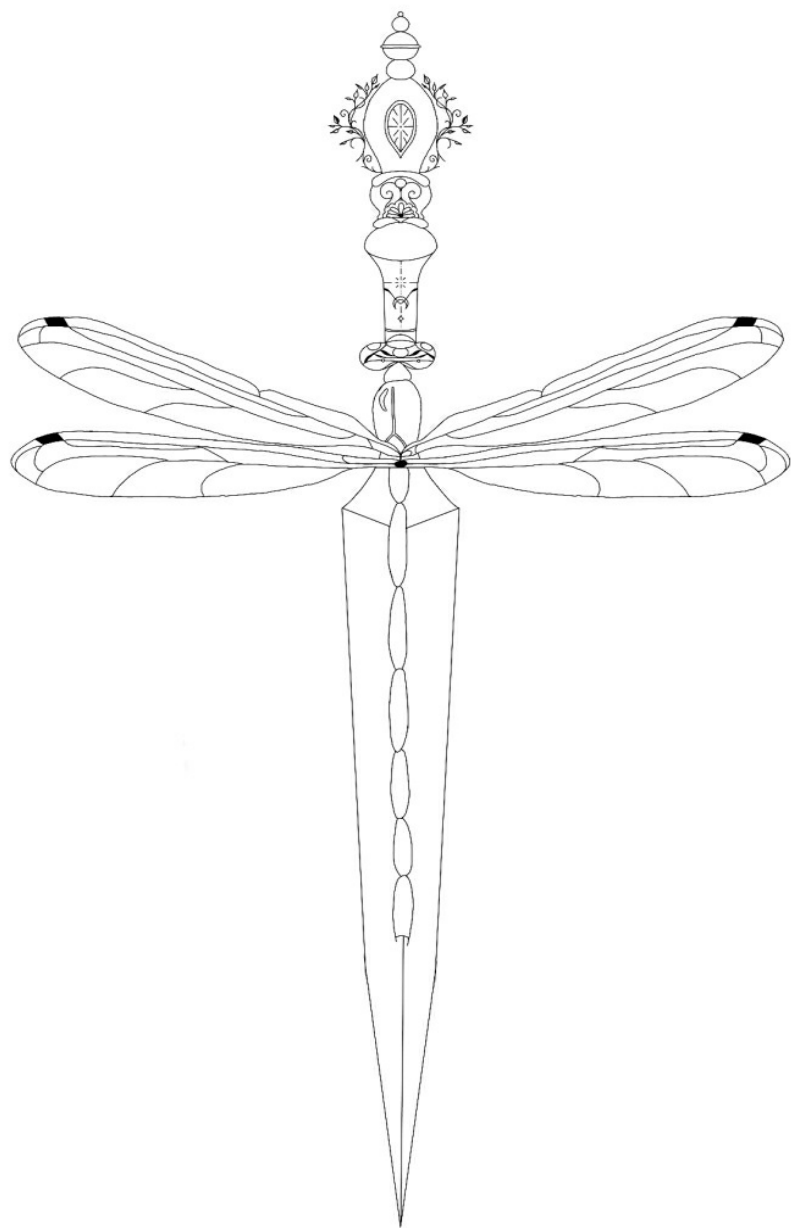


A SESEINAR
UN CORAZÓN
ROTO

CAROLINA PÉREZ

ASESINAR
UN CORAZÓN
ROJO

CAROLINA PÉREZ



©2024, Carolina Pérez

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de la misma, sin previa autorización escrita de la autora. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446

Kindle Direct Publishing

Paperback edition 2024

Corrección: Carolina Pérez y Elsa Ruiz

Maquetación: Carolina Pérez y RP

Diseño de cubierta: Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)

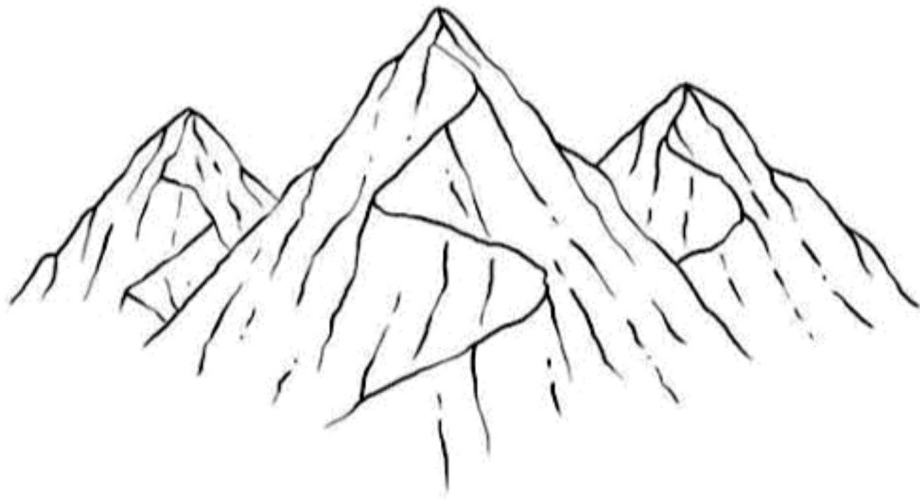
Porque todos los corazones rotos pueden curarse.

Porque tu corazón es solo tuyo.

Para aquellos corazones inmensos.

Para los que confiaron en mí.

Para mi chico invisible



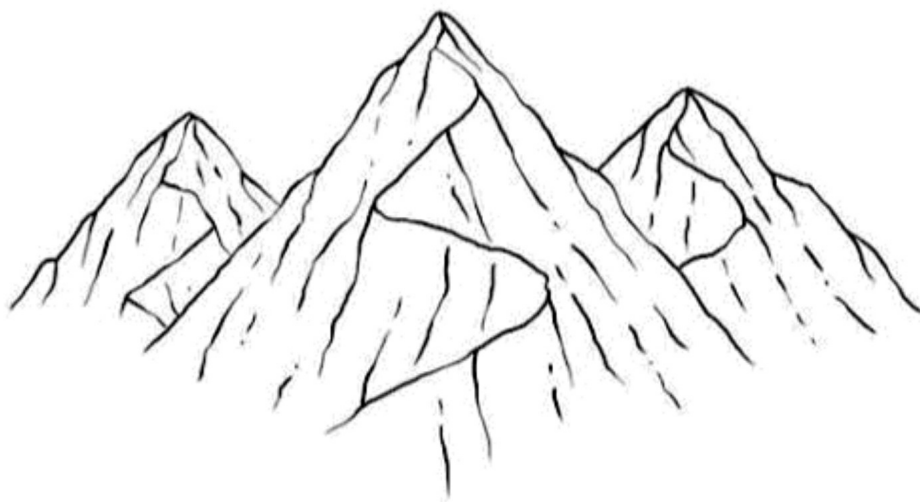
PRÓLOGO

Cruel. Despiadada. Sangrienta. Odiosa. Espectral. Fantasmal. Veloz. Asombrosa. Rápida. Capacitada. Espectacular. Espeluznante. Monstruosa. Mortal. Demoníaca. Daeva.

La habían llamado muchas cosas durante su vida.

Pero solo había una palabra para definirla en su totalidad.

Asesina.



CAPÍTULO 1

Su daga favorita estaba cubierta de sangre. Sangre que no era suya. Una hoja afilada y delgada unida a un mango azul marino, estas dos partes unidas por una libélula plateada, con las alas detalladas, cada línea, cada membrana, vena, y los ojos hechos de dos lapislázulis.

La asesina sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón negro y limpió la sangre. El hombre barbudo yacía con los ojos abiertos de par en par, aún en shock. Había muerto sin cortar el contacto visual con su atacante, una mujer de pelo negro un poco ondulado. A simple vista no se veía, pero debajo de una capa de negro, se escondían mechones blancos platinos. La melena le caía hasta cubrir su pecho.

El hombre había rogado por su vida, como todos hacían. El discurso no variaba mucho. Le decían que tenían una familia a la que alimentar, que aún no habían hecho un montón de cosas, que no querían morir... Lo de siempre. No sintió pena por ellos ninguna de las veces en las que mató. Nunca se había arrepentido de sus asesinatos. Era el precio a pagar para conseguir la información le pedían.

Era conocida como Daeva.

Y aunque últimamente los trabajos le surgieran en Ramé, se la consideraba una de las mejores asesinas del continente. Con el aumento del mercado en el reino, decidió que lo mejor era conseguir un lugar en el que poder estar más cómoda. Vivir en hostales no era mala idea, pero quizá era demasiado indiscreto. Consiguió una pequeña habitación con cocina y una cama lo suficientemente grande como para recibir a sus puntuales amantes. La cocina rudimentaria con apenas dos fogones que funcionaban cuando querían, las paredes con indicios de moho, el colchón demasiado usado... Sí, era una mierda y un hostel muy antiguo.

Pero si el dichoso reino de Tecna no sacaba al mercado sus novedades, entonces el resto del mundo quedaba atrapado en el pasado. A no ser que alguien se infiltrara en dicho reino y después intentara reproducir las mismas invenciones. En caso de lograrlo, ganaba una fortuna.

Solo uno de ellos volvió a esa habitación, un amante al que incluso llegó a creer que podría amar más allá de lo físico. Pero, como siempre, los hombres le demostraban lo cabrones que

podían llegar a ser.

Con delicadeza, cerró los párpados del hombre. Una vez conseguida la información necesaria, solo quedaba traspasarla a su cliente y cobrar el dinero que se había ganado a base de sudor y sangre, literalmente.

Se podría decir que era su jefe, mas nunca había sido tratada como una empleada. El hombre que le daba gran parte de sus encargos la había criado como una hija. Por sus venas no corría la misma sangre, pero le había enseñado el arte de matar de forma sigilosa. Nunca le había contado su pasado, y ella no tenía intención de averiguar la historia detrás de la faceta de hombre de negocios.

También recibía encargos de otros clientes, pero Sahil era su preferido. Pagaba bien y siempre que le pedía algo la invitaba a cenar a su mansión. Era lo que se diría el maestro de juegos, nunca se había ensuciado las manos con sangre de otros. Al menos eso es lo que Daeva había intuido. Tampoco hablaban mucho de sus vidas privadas.

Salió de la habitación del hombre de la misma forma en la que había entrado, sigilosamente. En Ramé no era algo sorprendente el encontrar un cuerpo sin vida. Un país conflictivo, y no por su rey; el rey vivía plácidamente en su castillo, olvidando a sus ciudadanos. El rey no se metía en problemas con otros soberanos. Ramé se conocía como un país conflictivo por lo que sucedía en las calles, aparte de su gran reputación como el reino del alcohol y el placer caprichoso.

Haría casi un año de esa búsqueda que la llevó a Ramé a por un buen amigo, aunque desde la despedida en el palacio de Midori no se habían puesto en contacto con ella. Y, sinceramente, lo agradecía. Era exactamente lo que les había pedido. Que solo la buscaran si las cosas realmente se complicaban.

De sus amigos no sabía nada. Además, ¿podía llamarlos amigos? Había claramente un vínculo entre ellos, aunque siempre se preguntó si solamente el vínculo que los arraigaba se debía a sus trabajos como equipo. Se conocían desde hacía años, pero a los trece fue cuando empezó a trabajar para Sahil, haciendo que las visitas al reino de Midori fueran escasas. Hasta que entendió que si quería mantenerlos a salvo, debía alejarlos de ella, aunque le doliera. Aun así, siempre quiso creer que la consideraban una amiga.

¿Y por qué una niña de trece años dejaría a sus amigos atrás? Daeva lo tenía claro; por dinero. Porque sin el dinero no tenía nada, y ser la niña huérfana del pueblo que iba pasando de una casa a otra no era su mayor sueño. No. Quería ser independiente, pero, sobre todo, no ser un estorbo para nadie. Y después de todo ese tiempo de preparación, lo había logrado.

No escribía cartas, tampoco las recibía. Aunque sabía que si lo hiciese, responderían. Mas no había razón alguna para meterlos en sus trabajos, cuanta más gente estuviera fuera de su vida, mejor. Cuantas menos personas importantes tengas en tu vida, menos posibilidades habrá de que las utilicen para hacerte daño.

Así que la asesina no se dejaba sentir ese amor y cariño. Aprendió a no encariñarse de la gente, a no dejar que los demás se acercaran demasiado. Y sabía que debía cambiarlo, lo había prometido. Había hecho muchas promesas en un pasado. Las seguía haciendo, y nunca las cumplía.

Daeva llegó a la habitación donde había vivido estos últimos meses. Se dio una buena ducha, dejando que el agua caliente le quitara todo pensamiento. Y para terminar su limpieza, se dio con un chorro de agua fría, para devolverla a la realidad. No podía vivir bajo la comodidad de las duchas ardientes, se relajaba demasiado y sentía que debía volver a su vida. Una vida llena de sangre fría sin remordimientos. Así que de vez en cuando se obligaba a darse cuenta de lo que

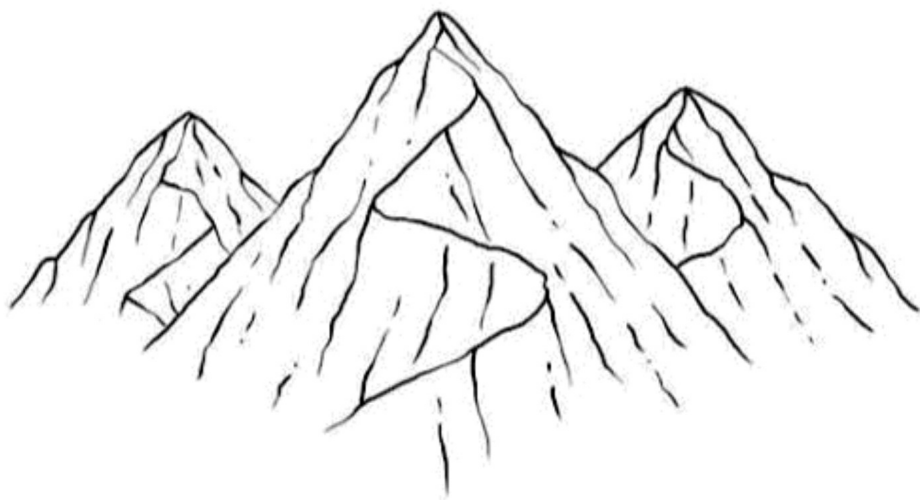
hacía, se forzaba a recordar que era un monstruo. Pues si debía ser un monstruo, entonces sería el monstruo más temido del continente.

Aún envuelta en la toalla, las últimas gotas resbalaban por su piel mojando el suelo, y fue cuando vio una nota en la mesita de noche.

La reclamaban en la mansión de su cliente. Una cena que tendría lugar en dos días. Se le pedía estrictamente que llevara uno de los collares dorados que Sahil se había dedicado a regalarle un tiempo atrás.

Se puso a escribir en el escritorio todo lo que le había dicho el hombre barbudo, quitando los detalles sin importancia alguna. Solo lo esencial. La pluma y la tinta danzaban por el papel y escribía sin prisa, tampoco es que tuviera nada más que hacer en esa ciudad. En un pasado seguramente hubiese podido ver a un viejo compañero suyo, pero sabía que se había mudado, había vendido el piso en Ramé y se había ido a otro reino.

Así que se quedó en la habitación, comió algo y terminó de escribir el informe. Durmió plácidamente en la cama, con una mano bajo la almohada, donde empuñaba con fuerza su daga favorita.



CAPÍTULO 2

El chico de pelo castaño y despeinado cerró la puerta de golpe, asustándose a sí mismo con el estrepitoso ruido. Caminaba con dificultad por el suelo de parqué. Sus ojos no enfocaban lo que tenía delante, así que no tardó en caerse.

Pero no le dolió.

A lo mejor le saldría un moratón pero no había sido una caída tan fuerte. Apoyó totalmente la espalda en el suelo marrón, no le importaba clavarle una astilla. No le importaba nada. Miró al techo y se quedó ensimismado. Como si en ese techo de vigas se encontrara la más confusa de las ecuaciones, como si ocultase algún secreto y tuviera que descubrirlo.

La realidad es que no había nada.

Solo estaba muy borracho.

Cuando se aburrió del techo, se arrastró e intentó levantarse para estirarse en el sofá. Pero le apetecía otra bebida.

—La última —dijo.

Sabía que se mentía a sí mismo. Lo llevaba haciendo estos últimos meses. Agarró la botella de whisky y vertió un tanto en un vaso. Lo alzó y lo observó, viendo cómo el movimiento del alcohol se calmaba. Después volvía a remover el recipiente haciendo que el contenido se moviera por la inercia, y seguidamente dejaba que se estabilizara. Miró otra vez la botella, dejó el vaso a un lado y decidió beber a morro. Caminó arrastrando los pies, no intentaba fingir sobriedad, dejó que el alcohol controlara todo su cuerpo.

Se había vuelto una costumbre el salir cada viernes a la taberna de debajo de su casa, cosa que lo dejaba casi sin dinero en los bolsillos. Aunque guardaba una cantidad mayor en su piso, repartido entre cajones y espacios minúsculos que había encontrado con el paso del tiempo. A veces conseguía que gente desconocida lo invitara a una ronda. Era fácil, ya que se fijaba en que

estuvieran más ebrios que él. Una vez asegurado el terreno, se acercaba y empezaba a gritar como si fueran viejos amigos, estos lo abrazaban y le preguntaban por su vida. Brennan nunca contaba la misma historia.

Se quedaba hasta el cierre de la taberna, a veces incluso debían cogerlo por los brazos y sacarlo a rastras, dejándolo en la calle. Allí nadie se preocupaba por él. Nadie lo hacía en realidad. Estaba solo en la ciudad. En esa podrida y horrenda ciudad, o así es como él la describía, como la percibía.

¿Cómo volvía a casa?

Todas las veces había estado demasiado inconsciente para acordarse.

Se sentó en el sofá rojo del pequeño apartamento y de vez en cuando daba largos tragos a la botella, casi terminándosela. Miró por la ventana, estaba abierta, las cortinas se movían por el suave soplo del viento y la verdad es que el aire empezaba a refrescar. Sabía que en breves este sería gélido y que el invierno no tardaría en caer. No obstante, el dinero que tenía no lo pensaba utilizar para ropa nueva o leña, y era consciente de que lo pasaría mal este invierno. Pero no le importaba.

No podía despegar la mirada de la ventana por la cual se colaba la luz de la luna. Hacía tres años que había comprado ese piso, y justamente lo compró por esa inmensa ventana. Se quedaba horas mirando la ciudad desde la comodidad de ese sofá, se imaginaba las vidas de los ciudadanos, miraba los niños y niñas, a los padres persiguiéndolos para no perderlos de vista, vendedores firmando contratos con grandes empresas.

Últimamente ya no lo hacía.

El constante cansancio que sentía no lo motivaba a pensar mucho. Y él no quería pensar. En realidad, no quería ni existir. Pero nunca lo decía en voz alta. Recordaba la famosa frase de: «La esperanza es lo último que se pierde». Mas se autoengañaba, ya no tenía esperanza. Había luchado contra varios pensamientos, pero nunca había ganado la batalla. Era un perdedor. Se refería a sí mismo como eso. Así que, con el tiempo, había empezado a no sentir. Y no le parecía algo tan horrendo.

Esa noche se quedó dormido en el sofá. Sin dolor. Porque el alcohol le ayudaba a no sentir, a no pensar, a no ser nada, nada, nada.

Lo despertó la puerta. Bueno, más bien, alguien aporreándola. Con la cabeza dolorida y sin saber desde cuánto hacía que dormía, se levantó y caminó hacia la puerta de madera de roble. Agarró el pomo y al abrirla se encontró con un hombre que le sacaba más de una cabeza. Con los ojos medio cerrados, levantó la mirada.

El hombre no parecía muy contento.

—Me debes cien monedas de oro, muchacho.

Llevaba un papel en la mano, mostrando una suma extensa de dinero. Lo cogió y empezó a sumar. Una botella de whisky, unas mezclas extrañas de varias bebidas que no recordaba haber pedido, patatas fritas, aceitunas, y muchas más cosas. La lista parecía interminable. Volvió a mirar al hombre y se fue a un pequeño armario. Encontró una bolsa de tela gruesa y cogió un puñado de monedas. Las dejó en las gigantes manos del hombre. Este las contó y pocos segundos después ya estaba caminando ruidosamente por el pasillo del edificio. La única persona que lo venía a ver. El dueño del local dónde se gastaba el dinero que tenía.

Era fin de semana, así que no fue a trabajar. Aunque en vez de ducharse, se fue a la cama.

Esta tenía montones de ropa vieja encima, así que cogió el montón y lo dejó en una silla. Nunca recogía. Cuando se quería sentar en el escritorio, movía el montón de ropa a la cama y, cuando quería dormir, lo volvía a poner en la silla.

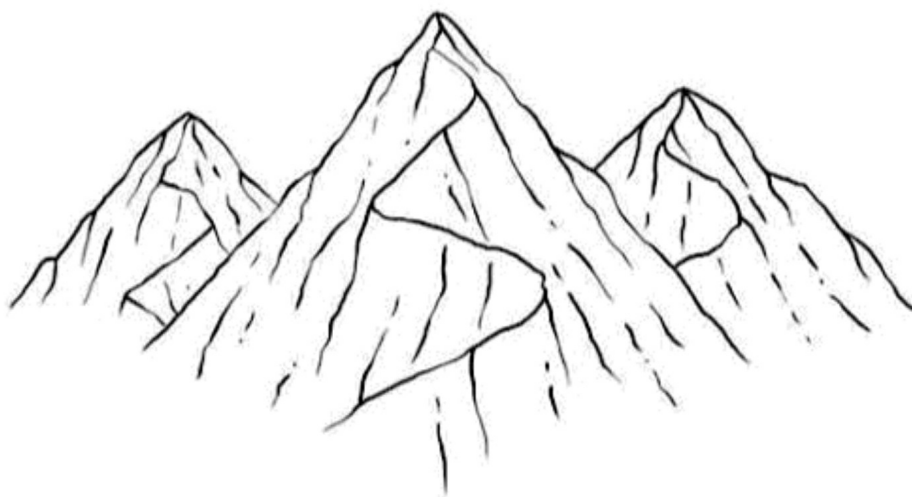
Vio su uniforme azul marino de la fábrica. No quería que llegase el lunes. Solo quería quedarse en la cama y no hacer nada. Le encantaba dormir, era lo más parecido al cielo que él había experimentado. Le gustaba la idea de que, a lo mejor, algún día, se iría a dormir y no se volvería a despertar. Le agradaba la idea, pero después se sentía mal por pensar esas cosas.

Enfocó su vista en el nombre bordado del uniforme.

Brennan Hinsén. El patético y perdedor Brennan Hinsén. Pasen y vean al hombre que se emborracha para no tener que pensar. El hombre que no siente nada. El hombre al que no le importaría morir en este instante. El hombre sin esperanzas. El muerto viviente.

Los pensamientos le volvían a la cabeza, y decidió apartarlos, pero esta vez no con alcohol. Se abalanzó sobre la cama y se metió entre las sábanas, ahí pareció que volvía a respirar. Porque estar en su cama era lo mejor del día.

Brennan Hinsén, un chico perdido que no sentía nada. No porque no lo hiciera realmente. Sino porque no quería. Un chico que prefería ser un cuerpo vacío, a sentir emociones.



CAPÍTULO 3

Llevaba más de cinco minutos esperando cuando finalmente le abrieron la puerta, dejándola pasar.

—Mi queridísima Daeva —extendió los brazos Sahil, invitándola a sentarse.

—Pensé que vendría a buscarme tu coche recién salido de Tecna. —¿Triste de que haya sido en carruaje?

—No me gustan mucho esas tecnologías. Al contrario, he agradecido que fuera el transporte de siempre. Esas cosas no me transmiten mucha confianza.

La mesa de madera oscura estaba cubierta por papeles y una máquina de escribir, lo debería haber pillado haciendo cálculos o trazando sus planes.

Sahil era un excelente pensador, dentro de su cabeza había mil engranajes que no paraban de girar y girar hasta dar con la mejor de las estrategias.

—Y solo tú tienes el dinero para permitirte... —frunció el ceño—. Me apuesto lo que sea a que no lo sacarás a la calle.

—Esa reliquia se quedará en esta casa, fuera de peligro. —Sahil entornó la cabeza hacia la ventana que dejaba ver la calle.

Daeva sabía que la gente que mirara desde fuera no vería nada. En cambio, Sahil podía verlo todo. A veces, la asesina, se daba cuenta de que esa ventana reflejaba la personalidad y el trabajo de Sahil. Podía verlo todo desde dentro, cómo las cosas se desmoronaban, desde su escritorio descubría todos los trapos sucios de los ciudadanos. Mientras que los demás vivían sus vidas siendo ignorantes de la maldad del mundo.

Daeva a momentos deseaba volver a ser ignorante, la vida es mucho más sencilla de esa forma.

—¿Tienes lo que te pedí? —Sahil unió sus manos.

—Después de todo este tiempo... ¿Y aún dudas de mis capacidades? Mi querido Sahil.

Daeva sonrió plácidamente, sin cortar el contacto visual, mientras imitaba su manera de hablar con ella. Sabía que era buena en su trabajo, se había construido su pequeña reputación en

el mundo del asesinato. Sahil fue de los primeros en encontrarla, y la ayudó a explotar al máximo su potencial. El hombre de piel oscura, sentado detrás de la mesa, carecía de pelo en la cabeza, y el poco que tenía era bastante corto, donde sí tenía pelo era encima de sus labios viejos, donde su bigote descansaba.

Daeva se relajó en el sillón. Muchas veces había entrado en ese despacho, muchas veces había dado la información conseguida.

—Entonces... Lo tienes.

—Por supuesto —sacó el sobre de un bolsillo interno de la chaqueta y lo dejó encima de la mesa.

—¿Lloró?

La asesina supo a lo que se refería.

—Como un bebé.

Sahil asintió y abrió el sobre, empezó a leer la información. Nunca hablaban de ese tipo de cosas en voz alta, siempre por escrito. Daeva sabía que su cliente tenía varias cajas secretas donde lo guardaba todo. No hablaban porque, aunque los sirvientes de Sahil hubieran firmado un documento de confidencialidad, nunca se fiaba de las paredes. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Así que, para asegurarse, no hablaban. O al menos no decían nombres o lugares concretos.

Se levantaron para ir al comedor donde se serviría la cena, y la asesina quiso sacar tema de conversación. No hacía mucho que había celebrado su cincuenta y cinco aniversario. Daeva lo sabía, lo había estado vigilando. Siempre estaba alerta.

—Felicidades —dijo—. Por tu aniversario —concretó.

Sahil soltó una risa grave, moviendo la cabeza, guiándola por los pasillos que ella conocía a la perfección.

—Siempre al tanto de todo... No me sorprende.

Se acomodaron en las elegantes sillas y no tardaron mucho en servirles. Su cliente le miró el cuello y asintió con orgullo cuando vio el collar. Había cumplido las órdenes. La comida fue silenciosa hasta que los platos quedaron limpios, las copas vacías y las servilletas de tela sucias. No fue hasta unos segundos después que Sahil empezó a hablar.

—¿Tienes algún trabajo en mente? —Preguntó mientras uno de los sirvientes dejaba unos papeles en la mesa.

—Tengo algún que otro encargo, pero queda lejos. Estaba pensando en descansar un tanto...

—Daeva no podía depender de un solo cliente, necesitaba dinero, mucho dinero. No planeaba dedicarse a esto durante toda su vida.

—Entonces puedo darle el trabajo a otro si quieres.

—No. Yo puedo. —Odiaba que la subestimaran, odiaba pensar que alguien podía sustituirla.

—Hay un muchacho. —Empezó a escribir en el papel—. Debe tener más o menos tu edad.

Daeva prestó mucha atención a sus palabras.

—Es una información muy valiosa la que te pido.

—Soy una profesional —dijo al momento.

—Lo sé. —La sonrisa que mostró no le llegó a los ojos.

Daeva había hecho todo tipo de trabajos, sabía muchas cosas, nunca se las había contado a nadie. Si Sahil supiese que se había ido de la lengua, enviaría a tropas enteras a matarla, pero ella

era inteligente, sabía que debía guardarse esas cosas para sí misma.

—Ya sabes lo que pasó con Abbadon.

Abbadon, el antiguo rey de Abbadon. Hacía un año que había muerto, o mejor dicho, lo habían matado. Por suerte la familia real había conseguido coronar a su heredero antes de que algún rey o reina reclamase las tierras. En el continente había una serie de documentos que se debían rellenar para poder ejercer como rey. Y la reina de Abbadon hizo bien al mantener la muerte del rey en secreto durante ese periodo de tiempo.

Se habían esparcido rumores sobre que Abbadon estaba muy enfermo, y algunos reyes, principalmente Olyseus, se fueron preparando para atacar el reino y reclamar el territorio como suyo. Pero cuando la reina anunció la muerte del rey, lo hizo justo después de la coronación de su primer hijo.

—Y supongo que sabes sobre el castillo de Morana.

—Nunca he pisado Morana.

—Entonces creo que deberías hacer una visita rápida. El turismo ahora ha aumentado, ya sabes... La nieve es su principal atractivo.

Daeva entendió a la perfección sus palabras. Debería pasar unos días en sus pueblos, encontrar algo sobre el castillo. Conseguir planos, buscar puertas, ventanas, mirar los cerrojos.

—¿Qué quieres saber?

—Morana es una reina muy adinerada, tiene muchas cosas de valor. Algunos incluso le tienen envidia a su riqueza, y sobre todo a su corona.

No hicieron falta más pistas. Todo estaba muy claro. Alguien quería matar a Morana. Alguien quería conseguir el poder de la corona, gobernar.

—Y este muchacho... ¿Qué tiene que ver? ¿Por qué él? ¿Por qué no otra persona?

—El señorito Hinsen tiene un asunto que saldar con la reina, además, su padre tenía contactos.

—Supongo que dicho padre está muerto.

—Exacto.

—¿Crees que la va a eliminar?

—Lo que digo es que, a lo mejor, sabe más sobre los enemigos de Morana.

Daeva irguió la espalda. Siempre había funcionado para matar a cambio de información sobre ciertas mercancías, a veces había actuado como sicario. Pero esto..., esto era distinto.

—Quieres impedir un asesinato.

—Su muerte provocaría una guerra. Que yo sepa, aún tenemos a un rey con mucha sed de poder.

Olyseus.

Había que evitar que Olyseus matara a Morana, aunque él no fuera el que se ensuciara las manos. El trabajo parecía fácil. Entrar a su piso, encadenarlo y sonsacarle la información. No era más complicado que alguno de sus otros trabajitos. Y cuando obtuviese res-puestas, entonces lo mataría.

—Debe ser rápido, cuanto más tardes más gente podrá empezar a buscarlo. Utiliza al muchacho para descubrir información.

Se levantó de la silla del comedor y Sahil le entregó un sobre con la información básica del chico.

El señorito Hinsen, lo había llamado, no estaba casado entonces. Caminaron hasta la puerta de la mansión y al hacer ademán de salir por la puerta, su cliente le dio una última indicación.

—Daeva. No lo mates, aún.

—Pero...

—Yo te diré cuando lo tienes que matar. Porque aún no sé qué necesito que descubras.

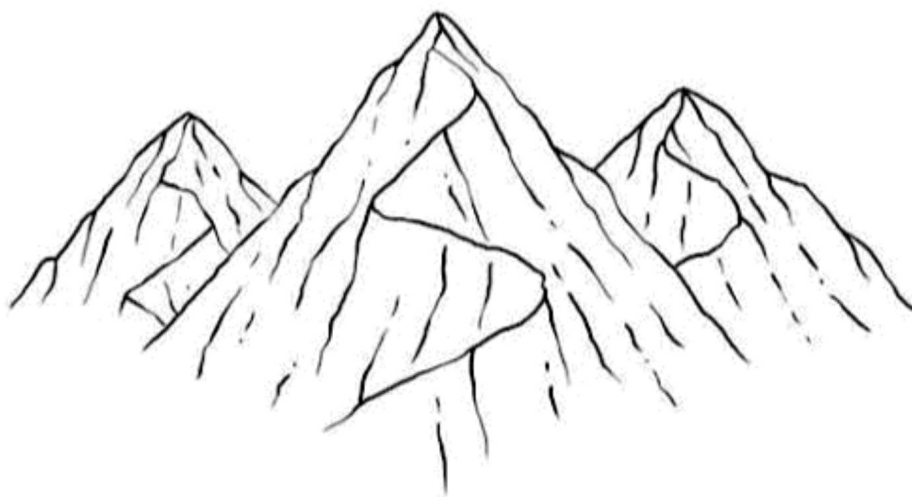
La asesina asintió, reprimiendo alguna que otra pregunta, y se marchó. No entendía que Sahil le recordara que tenía que ser rápida y a la vez ser paciente hasta que él le diera la orden.

Hinsen a lo mejor no mataría a la reina, pero podía usar esa información que él sabía para perjudicarla. Vender secretos por dinero. Si algún pariente del chico tenía contactos cercanos a Morana, a lo mejor un Hinsen de pequeño podría haber pasado mucho tiempo entre las paredes del palacio.

Al llegar a su habitación se cambió de ropa, leyó todo lo que Sahil le había escrito en el papel y lo memorizó. Guardó todas sus cosas y las empaquetó. Contrató un pequeño almacén en la capital de Ramé, aunque sabía que estas se quedarían ahí seguramente para siempre.

Agarró lo imprescindible y lo ató al caballo blanco con manchas que había conseguido comprarle al miedoso granjero. Su caballo había sido corredor, habían apostado por él y había ganado decenas de carreras.

Esa noche saldría dirección Morana, y llegaría en dos días al pueblo donde Brennan Hinsen vivía.



CAPÍTULO 4

La primera tormenta de nieve había atacado la ciudad con fuerza y justo coincidió con la llegada del último mes del año. Había ido añadiendo manta tras manta a la colcha de la cama. Era reacio a gastar dinero en algo que no fuera comida o bebida.

Al menos en la fábrica tenían un sistema avanzado para no morir de frío. Brennan se dedicaba a hacer zapatos. Lo cogieron cuando se mudó a la ciudad, sin experiencia, lo formaron para crear varios tipos de zapatos y mejoró rápidamente, de hecho, era de los mejores de la formación. Le gustaba su trabajo, disfrutaba haciéndolo, pero llegó un punto donde todo explotó, donde esas ganas se perdieron.

Brennan no sabía con exactitud cuándo hizo el cambio.

Cuándo había pasado de estar viviendo a estar sobreviviendo.

Sin embargo, se levantaba cada día, se vestía con el mono de trabajo azul marino y trabajaba desde la mañana hasta casi el atardecer. Una de las pocas cosas que aún disfrutaba era ver salir el sol.

Entraba a trabajar muy temprano, demasiado temprano. Si su madre supiera a qué hora se levantaba cada día... Seguramente le regañaría por no dormir bien, lo suficiente, lo vital. Si su madre estuviera en esa ciudad, con él, le habría echado bronca por muchas otras cosas.

Pero su madre no estaba ahí. Nadie estaba ahí.

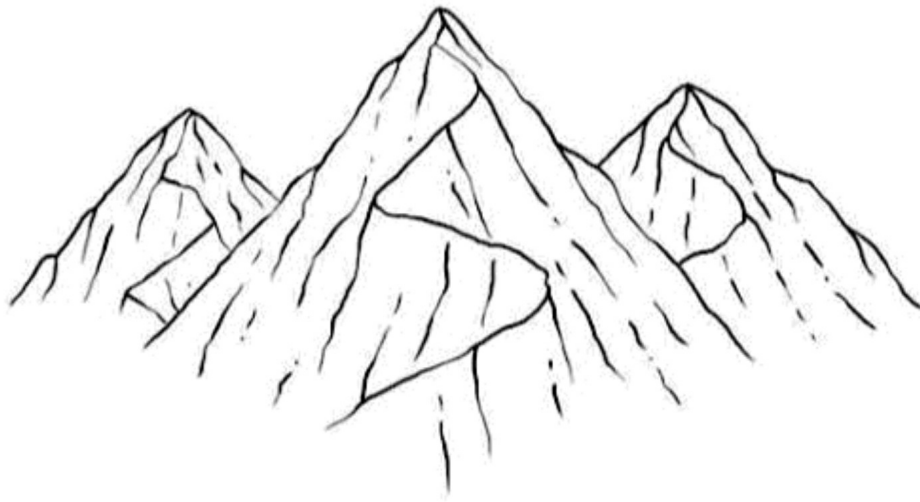
A veces desayunaba, otras no. Dependía de su estado de humor, del tiempo y de si había comida. Aun así seguía ejercitándose, el ejercicio era uno de los pasatiempos que le ayudaban a no pensar, aparte de la bebida. Durante su infancia, había probado todo tipo de actividades físicas y deportivas. Cuando era pequeño, vivían en una zona bastante conflictiva y aprendió a pelear, a soltar unas pocas combinaciones de golpes y puñetazos. Él decía que nunca se metía en problemas, pero muchas veces se encontraba en medio de éstos, y siempre encontraba la forma de salir sin un rasguño.

La comida también le ayudaba a no pensar, a no recordar, intentaba concentrarse en los

sabores que se esparcían por su boca, contaba cuántas veces masticaba cada trozo. Siempre quince veces, ni una más, ni una menos. Al final, el número quince empezó a coger una cierta importancia en su vida. Quince veces hacía el mismo ejercicio. Quince veces masticaba la comida. Durante quince segundos aguantaba la respiración cada vez que sentía alguna emoción del pasado. Una vez cada quince días se asomaba a la ventana y subía al tejado. Pasaba quince minutos bajo el agua caliente de la ducha.

Y solo se permitía pensar en el pasado durante quince segundos al día, siempre por la mañana. Esa imagen tenía una duración de quince segundos. Y tras esos quince segundos, parpadeaba quince veces para olvidarlo.

Pero nunca lo olvidaba.



CAPÍTULO 5

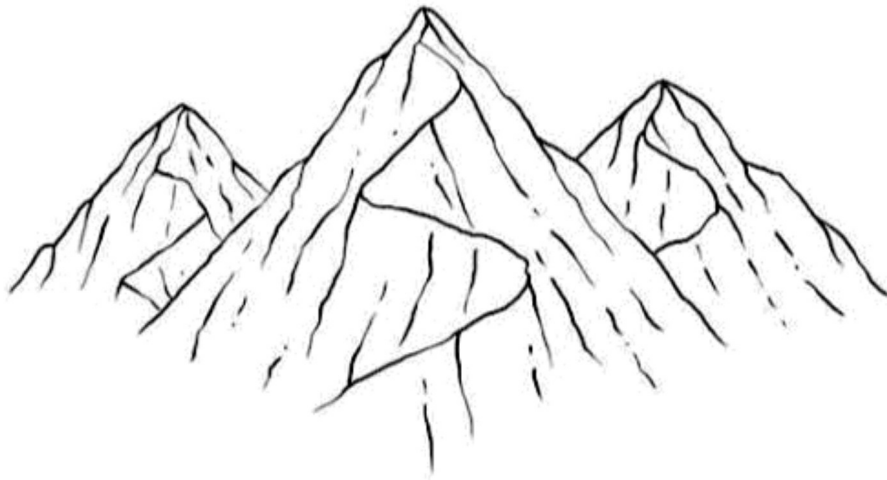
Esa noche se despertó bruscamente. Las imágenes pasaban por su cabeza una y otra vez. Unas imágenes tan reales que aún las podía sentir. No era la escena que siempre recordaba al levantarse. Era otra.

Era otro tipo de dolor. Podía notar su espalda dolorida, parecía que sus músculos y su piel aún tenían memoria. Recordaban el desagradable hormigueo. La horrible sensación. Rápidamente se levantó de la cama y se quitó la camiseta, mirándose al espejo, revisando su espalda de principio a fin. No había nada nuevo, todo seguía en el mismo estado.

Paseó las yemas por toda la superficie.

Ya había superado esa etapa, pero a veces el recuerdo lo acechaba. Había aceptado esa fracción de su pasado. Había conseguido sanar. Pero después quedaba otra cosa, un momento muy concreto del que no había conseguido desprenderse. Las imágenes volvieron a su mente, esos quince segundos interminables.

No quería romperse, no más de lo que ya estaba.



CAPÍTULO 6

Era jueves, solo quedaba un día para poder volver a emborracharse. Pero las ganas le habían podido, y había terminado comprando una botella de licor en una tienda. Sus botas se hundían en la nieve, le costaba caminar.

Metió la llave en la puerta del apartamento y entró. Ahí dentro se estaba un poco mejor, pero la temperatura seguía siendo baja, y es que la leña para la chimenea era muy cara. Se sentó en la cocina y dejó hirviendo agua mientras se quitaba el mono de trabajo. Se vistió con unos pantalones negros un poco anchos y una camiseta vieja con dibujos de gatitos regordetes, que cubrió con un jersey grueso. Cambió las botas de piel por unos zapatos de ir por casa con pelito suave y empezó a cocinar los macarrones.

Quería escuchar música, pero aún no había podido encontrar un tocadiscos lo suficientemente barato como para deleitarse con algunas canciones del momento que a veces sonaban en la taberna.

Brennan había oído hablar de ese artilugio en el que podías escuchar música previamente grabada. ¿La tecnología aguantaría las bajas temperaturas del reino donde había crecido?

No le quedó otra que imaginarse la música en su cabeza, mientras los macarrones se volvían blandos y la noche inundaba el piso. Hoy no había sido un día tan malo. Incluso había conseguido pintar unos zapatos preciosos fuera de la serie de siempre. Había sido un encargo personal, ya que su jefe quería regalarle unos zapatos personalizados a su esposa. Después de recibir unas pocas indicaciones y descubrir que la mujer amaba las flores, decidió pintar unas florecillas amarillas en la parte externa del tejido.

Un ruido lo pilló desprevenido mientras tenía la olla con los macarrones en la mano derecha y el tomate frito barato, esperando en la pequeña mesa de la cocina. Dejó la olla un momento, encima del trozo de madera, que permitía que el objeto no quemase el mantel, y se quedó en silencio. No pasaba nada. Creyó que se había vuelto loco. Cogió la botella y le dio un trago al licor de frutas del bosque, el líquido casi no ardía y esa facilidad lo tentaba para volver a dar un trago, pero se contuvo.

Se sentó y empezó a comer los macarrones cuando todo estaba en silencio, pero algo no se sentía igual. Aun así, masticó quince veces los macarrones que se metía en la boca. Comiendo en

la soledad del piso, e intentando no imaginarse a su familia sentada alrededor de esa pequeña mesa, ni tampoco riendo por alguna broma.

Al terminar pensó en sentarse en el sillón de la ventana y beber, así que se levantó, pero de repente escuchó otro ruido. Aunque esta vez no le dio tiempo a reaccionar, ya que la ventana se abrió de par en par, chocando contra las paredes de al lado y rompiendo a añicos los cristales. El suelo lleno de fragmentos y su cuerpo temblando.

¿Qué estaba pasando?

Y ante la duda apareció lo que menos esperaba: alguien en la ventana.

Una capa cubría el cuerpo del intruso, quien se mantenía de pie en el relieve de la ventana, Brennan se preguntó cómo alguien era capaz de tener ese tipo de equilibrio cuando la tabla de madera era casi minúscula. Él siempre tenía que hacer uso de la escalera de al lado para subir al tejado, pero la persona que lo miraba no se estaba agarrando a ningún sitio. El intruso sacó de su pantalón algo que brilló al encontrarse con la poca luz del apartamento. Por un segundo ese destello lo cegó. Una daga. Algo le dijo que corriera, pero sus piernas no se movían.

Ahí terminaba todo. Ahí terminaría su vida. Y no sabía por qué se sentía reconfortado. Al fin alguien haría lo que él no había sido capaz de hacer.

El intruso guardó la daga y saltó para caer en el suelo sobre una rodilla y la cabeza baja. Brennan aún no había podido verle la cara, y como si le hubiese leído la mente, este no tardó en quitarse la capucha negra, que dejó al descubierto una melena negra que ocultaban unos mechones blancos. Unos ojos lo observaban por debajo de las cejas, una mirada depredadora y felina.

Sus piernas cansadas de luchar y debilitadas dieron de sí, haciendo que cayera de rodillas. Las cejas de la mujer se fruncieron y se levantó sin prisas. Ella era la que parecía controlar el tiempo, y él deseó poder agilizarlo. El cuerpo se escondía bajo la capa, pero al estar completamente de pie, pudo observar que no era solamente una mujer, sino que era una chica de su misma edad, seguramente.

Llevaba unos pantalones y una camiseta apretados al cuerpo, realzando toda su figura sobre todo por el uso de un corsé de cintura.

Al quitarse la capa pudo ver que en los muslos había alguna que otra daga agarrada con cueros. Dejó la tela gruesa reposando en el sofá donde Brennan se había sentado y dormido tantas veces. La chica caminó, y él creyó no haber visto nunca a una chica tan hermosa y con una presencia tan fuerte como esa. Y agradeció a los dioses por dejarle ver tremenda belleza antes de morir. No pudo apartar la mirada de esos ojos azulados y verdes que lo habían hipnotizado. No quería luchar, se dejaría matar, no se iba a oponer a su destino.

—Hola Brennan —sonrió torcidamente la chica, su voz tentadora y letal.

Tragó profundamente, su nombre saliendo de los labios de la intrusa parecía mil veces más bonito. La chica siguió caminando, marcando cada paso hacia él.

—¿No vas a escapar? ¿No intentarás correr? —Torció la cabeza mientras se agachaba para tenerlo a su misma altura—. Venga... No seas tan aburrido.

—Mátame y ya está. —Las palabras salieron muy fácilmente de los labios de Brennan.

—No. Necesito algunas cosas antes de matarte.

—¿De mí?

—Ajá. —La asesina lo cogió de la barbilla con fuerza.

—No sé lo que querrías de mí.

—Tú sabes cosas. Y tienes una información muy importante para mí.

—¿Qué información?

—Eres muy aburrido. Ni siquiera has intentado escapar. —Se cruzó de brazos—. Venga, inténtalo. He visto que tienes un tejado bastante plano, si corrieras muy rápido podrías salir por la ventana y subir por la escalera.

—¿Me estás permitiendo la posibilidad de escapar?

La chica soltó una risa.

—No, no. No te confundas —entrecerró los ojos—. No puedes escapar de mí.

—¿Entonces por qué me dices todo esto?

—Es más interesante cuando hay un poco de persecución de por medio.

Brennan se levantó del suelo, haciéndose mil preguntas. La asesina sacó la daga de la correa del muslo y la apuntó a su cuello. Estaba a pocos milímetros de cortar su piel, y él pudo, después de mucho tiempo, sentir su sangre hervir, recorriendo su cuerpo con rapidez, como si su cuerpo quisiera despertar y activar sus músculos. Tardó unos segundos en recordar que eso era lo que le provocaba la adrenalina, sentir que todo dentro de ti se mueve sin parar y querer hacer algo para soltarla. Adrenalina. Era eso.

—¿Qué tengo de especial? —La pregunta de Brennan tenía mucho más trasfondo, pero solo necesitaba saber por qué querían matarlo a él—. ¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué ahora?

—Haces muchas preguntas —resopló la asesina—. Es sencillo. Cuando antes consiga la información, antes podré matarte. De esa forma me aseguro de que nadie consiga lo que quiero.

—Podría salir corriendo ahora mismo.

La adrenalina le corría por las venas, el hecho de poder morir en cualquier momento le estaba creando una emoción que pensaba que no sentiría nunca. Sonrió, y lo cierto es que llevaba semanas sin sonreír, pero la asesina no iba a saberlo.

—¿Conseguirías atraparme?. —Preguntó Hinsen— ¿Y si no consigues tenerme?

—Si no puedo tenerte... —Cuando empezó a hablar clavó ladaga en el muslo del chico—. Nadie lo hará —terminó susurrando. Sus ojos se abrieron ante el contacto del material frío enterrándose en su piel, y como si fuese un interruptor, algo en él se encendió. Cuando la asesina quitó la daga de su pierna, Brennan corrió, dando por empezada dicha persecución.

El chico de pelo castaño empezó a correr, pero ella no se movió para darle cierta ventaja. Daeva tenía la necesidad de demostrarse a sí misma que era la mejor, que nadie podría con ella. Vale, lo había herido. Pero ni el más de los experimentados asesinos dejaría a su presa totalmente libre, y la herida que la había hecho tampoco era profunda, pero con el cuidado adecuado no tardaría mucho en curarse. Y no solamente lo había apuñalado para hacérselo un poco más complicado, sino también pensando en que, como el techo estaba nevado, su sangre dejaría un rastro demasiado fácil de seguir.

No había dejado de pensar en las palabras del chico, quien al verla entrar pareció sentirse feliz y aliviado. Sus mejillas un poco rosadas por la botella de alcohol que pudo ver en la mesa, pero toda su cara pálida por el frío que hacía en ese piso medio desordenado. La barba morena, un poco más larga de la que seguramente debía llevar, lo hacía parecer mayor.

El plato sucio de una salsa roja, que supuso que era tomate, le hizo entender que el chico al menos tendría algo en su estómago de donde sacar las fuerzas. Y la verdad es que iba con el peor de los atuendos para escapar.

Pero nadie espera que una chica entre por tu ventana un jueves por la noche a secuestrarte.

Un instante después de haber visto lo necesario, y haberse puesto la capa, se veía a sí misma subiendo las escaleras que le permitirían corretear por las azoteas pegadas de los edificios de esa ciudad. Pequeños copos de nieve empezaron a descender hasta caer en su melena y derretirse. Se centró en buscar el pequeño rastro rojo, que ya se había solidificado por el frío. Si el chico solo iba con ese jersey no llegaría muy lejos.

Podría correr, pero ella era más rápida.

Podría huir, pero lo encontraría.

Podría intentarlo, pero el frío le calaría hasta los huesos y le haría tiritar, sus manos se congelarían y perderían el tacto, provocando que no fueran capaces de agarrarse a nada.

La única preocupación de Daeva era que alguien que no fuese ella lo encontrase antes. Ese pensamiento era su motor y de donde sacaba las fuerzas y ganas suficientes como para correr y acabar lo antes posible con eso. Calculaba un máximo de un mes para que otros asesinos se enteraran de los rumores. Un mes para trabajar calmadamente con el rehén. Sin embargo, una siempre debía estar alerta.

Así que corrió por encima de la nieve, siendo rápida y suave contra el suelo para no dejar marcas, casi sin tocarlo. Seguía el rastro de sangre y las huellas de los zapatos, que realmente eran unos zapatos de ir por casa que no le ayudarían mucho. Cuando había un espacio entre azoteas, saltaba, viendo a cuantos metros estaba del suelo. Incluso ese pequeño espacio entre edificios podría haberlo saltado Brennan. A quien, unos segundos después, vio, corriendo por su vida. Los oídos de la asesina casi escuchaban el aliento descontrolado y el corazón del chico latiendo a mil. Ella, en cambio, no estaba cansada.

El chico echó un vistazo hacia atrás y se desequilibró, cayendo torpemente. Daeva rio para sus adentros y relajó el paso hasta quedar a su lado, se tumbó en el suelo mirando al cielo, como si se tratara de un simple juego entre amigos. Sorprendentemente, pensó, en que no se lo había pasado nunca tan bien con una de sus víctimas.

—Eso te pasa por mirar cuando no debes.

—¿Qué quieres? —respiraba torpemente.

—Al menos ya has intentado escapar —inquirió y se pasó los brazos por detrás, apoyando la cabeza en sus manos.

—Podría volver a intentarlo —soltó el chico que estaba tumbado a su lado.

Le faltaba el aire, lo notaba en su forma de arrastrar las palabras, y la cantidad de aire que inhalaba y exhalaba.

En un movimiento sorprendentemente rápido, Hinsén se levantó y volvió a correr, y ella le dejó de nuevo un poco de ventaja mientras escuchaba los pasos irregulares. No estaba preocupada hasta que, de repente, no se oía nada.

¿Dónde había ido? Levantó la espalda del suelo y miró a su alrededor, siguiendo las huellas como un depredador buscando a su presa. Porque al fin y al cabo lo era, ¿no? Un lince que buscaba desesperadamente algo para comer. Llegó hasta el final de la azotea, esta ya muy separada de la siguiente. No había por donde avanzar. Pero vio un cuerpo, de pie, en el suelo de la calle.

¿El idiota había saltado?

Bajó a través de la piedra y saltó el último tramo, quedando con una rodilla y una mano en el suelo. Al levantar la vista, vio a Hinsen intentando parar la hemorragia de la pierna con un trozo de tela que había encontrado por ahí. Al notar su presencia este corrió hacia una calle un poco más ancha y completamente vacía, la gente dormía mientras ella trabajaba.

El chico movía las piernas rápidamente, pero la herida no le dejaba dar lo máximo de sí mismo, aunque podía entreverse el posible potencial como excelente corredor. Para ella esto era una forma de jugar. La gente normal podía llegar a ser muy aburrida, pero, por primera vez, parecía que había encontrado un compañero de juegos.

El suelo resbalaba, el chico no pareció darse cuenta ya que estaba pensando seguramente en otras cosas más importantes, como por ejemplo: no ser atrapado por una asesina. Lo que la distinguía de él era que, mientras él quizás viera el hielo como a un enemigo, ella lo utilizaba a su favor. Cogiendo carrerilla y dejando que sus pies resbalaran, aumentando progresivamente su velocidad y evitando cansarse mientras se deslizaba por la calle.

La sensación le recordó un poco a su infancia, cuando jugaba al escondite con sus amigos y corrían hasta quedarse sin aliento. El viento despeinaba su pelo, y la nieve lo mojaba. Llegó a la altura de Hinsen y con un golpe en las piernas, este cayó al suelo, hecho eso, se frenó a sí misma y dio la vuelta, caminando con un paso decidido hacia su objetivo.

—Se acabó la persecución. —El chico la miraba desde el suelo, y se sentía poderosa. Porque lo era. Se agachó lo suficiente para poder susurrarle una última frase en la oreja—. Ahora eres mío.

Y, con el mango de la daga, lo golpeó en la cabeza, dejándolo inconsciente. Una vez fuera de combate, se pasó el cuerpo del chico de pelo revuelto por su espalda, cargándolo como si fuera una oveja muerta.

—Joder. Sí que pesas —dijo Daeva en un susurro, luchando contra el cuerpo de Hinsen sobre su espalda.

Pesaba más de lo que había pensado. Había supuesto que el jersey le quedaba demasiado grande y que por eso parecía que tuviera una espalda ancha. Pero se había equivocado, debajo de ese horrendo jersey había músculo y fuerza.

Caminó hasta su caballo y lo dejó ahí durmiendo, no se dejó engañar por su cara de buen chico, sabía que algo oscuro lo acechaba, pero solo le importaba la información que necesitaba. Él sabía cosas. Ella conseguiría salvar a Morana, aunque nadie lo fuera a saber nunca. Calculó que quedarían unas horas para que el chico volviera a recuperar el conocimiento, así que guio al caballo hasta el piso de Hinsen y recogió algunas cosas. Agarró las piezas de ropa que se mantenían en mejor estado y las guardó en una pequeña mochila que había encontrado en el armario.

En un cajón encontró varias fotografías de él, se veía distinto. Tenía más luz, la cara iluminada por una gigante sonrisa. Quiso quemarlas, quemar el piso, no dejar huella de que ahí hubiese vivido Brennan Hinsen. Pero por primera vez, no lo hizo. Se guardó las fotografías.

El chico seguía durmiendo plácidamente en el caballo cuando ella volvió con las otras cosas y cabalgaron por la ciudad hasta encontrar un apartamento a las afueras de esa pequeña ciudad. Deberían estar a unas largas horas del palacio de Morana, concluyó que tendría que salir a investigar algún día, pero antes necesitaba toda la información posible.

Había una silla en perfecto estado en el piso. Cogió a Hinsen y lo dejó cuidadosamente en la silla de madera, intentando que la cabeza quedase recta hasta que se dio por vencida. A ese paso

se despertaría con la babilla cayéndole por un costado. Lo agarró de la mandíbula y miró a ver si tenía alguna herida que no le permitiera hablar.

—Mira que eres guapo, idiota —soltó, desganadamente, su cara. Hinsen tenía los ojos cerrados, pero Daeva había podido ver el color marrón en estos. Tenía labios finos, unas cejas prominentes y una mandíbula bien marcada. Miró el jersey que el chico llevaba puesto, estaba mojado de la nieve y debía cambiarlo si lo quería mantener con vida, al menos, hasta que obtuviera lo que quisiese.

—Vamos a quitarte ese horrendo jersey.

Cogió la zona baja de la lana y tiró hacia arriba, con cuidado al pasar por los brazos. Al quitar el jersey lo tiró a un lado de la habitación y miró la siguiente capa.

—¿Es en serio?

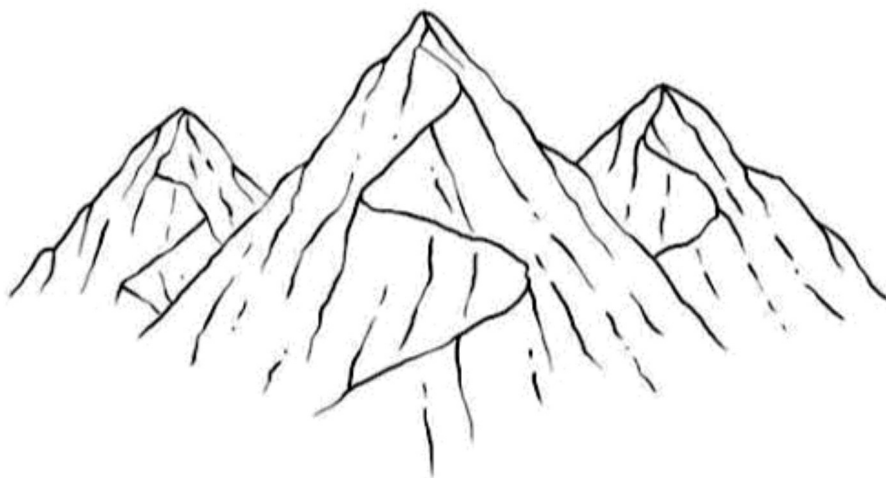
La asesina intentó contener una risotada al ver la camiseta de gatitos. ¿Cómo se suponía que se tenía que tomar en serio este trabajo sabiendo que su rehén tenía una camiseta de ese tipo? Cogió otra vez la parte baja de la tela y le quitó la camiseta, dejándolo desnudo de cintura para arriba.

Hacía tiempo que Daeva no tenía a un chico de su edad cerca, últimamente sus encargos eran hombres mayores, barbudos y de complexión grande. Pero Brennan Hinsen debería tener uno o dos años más que ella, y no quería mirar demasiado, pero tenía que gurarse de que no tenía ninguna herida profunda. Así que observó por encima el pecho del chico, aunque quizás lo miró por unos largos segundos más. Nada, no había rastro de nada. No siempre tenía la suerte de trabajar con chicos de su edad.

Guardó la camiseta de gatitos y agarró una camiseta negra básica que había encontrado, era de manga larga, aunque a lo mejor le iba a quedar muy ajustada. Le metió un brazo, después otro y finalmente ya estaba vestido otra vez. Agarró otro jersey mucho más nuevo y se lo puso.

Fue a la otra habitación donde había dejado las maletas, si se podían considerar eso. Dejó las dagas, que sabía que no iba a utilizar, entre las cosas. No se quitó la ropa, en cualquier momento el chico podía despertar. Pilló las botas de Hinsen y un maletín. Volvió a la habitación donde el chico yacía inconsciente. Se sentó con las piernas cruzadas delante de él. Le quitó los zapatos y con su daga favorita cortó la tela del pantalón, justo por encima de la herida.

Quizá la herida era profunda, pero había sido una puñalada limpia. Así que la desinfectó, la sanó y la vendó. Le puso las botas de piel que había encontrado en el apartamento de su rehén y al terminar se arrastró hasta la pared y apoyó su espalda, deseando dormir un poco.



CAPÍTULO 7

Había corrido por esos tejados como cuando era pequeño. Había sentido el viento en dirección contraria y era como luchar contra este. El corazón le había palpitado a mil por hora y sintió que volvía a estar vivo. Obviamente la asesina lo había atrapado, como había prometido. Y cuando había estado demasiado cansado, todo se volvió negro.

Brennan se despertó atado a una silla, sus manos inmovilizadas por una cuerda. Pero ni la anormal situación pudo detener que la imagen de siempre apareciera en su mente. Sus oídos ensordecidos por los gritos de su madre seguían provocándole ganas de vomitar. Eso de que el tiempo lo cura todo, no terminaba de cobrar sentido en su caso. La escena seguía siendo igual de potente cuando, técnicamente, el dolor tendría que haber disminuido con el paso de los meses.

Abrió los ojos y parpadeó quince veces. La habitación era muy oscura, pero se iluminó cuando su asesina entró. ¿Sería esa su salvación? ¿Sería ella su final feliz? La chica que había logrado que ese chico sin sentimientos pudiera sentir durante unos segundos, se apoyó en el marco de la puerta. ¿Conseguiría sentir emociones, aparte de tristeza, para después morir?

No debería estar tan emocionado. Era consciente de eso, pero había pasado demasiado tiempo sin sentir nada, siendo un cuerpo sin importancia, casi se podría decir que sin alma... Y ahora tenía algo que esa chica quería, aunque no tuviese ni idea de lo que tenía que darle, y para ser honestos, eso le disgustaba, no poder dar la información que ella necesitaba.

—Buenos días, dormilón.

—¿Dónde estoy? —Sus ojos seguían acostumbrándose a la única luz que había.

—Hay muchos apartamentos vacíos en esta ciudad. —La chica caminó hacia la silla—. Además, las cerraduras están viejas y son fáciles de romper.

Del shock de la primera vez, sintió que había olvidado muchas de las facciones de esa mujer. Debía tener su edad. Y cuando pudo ver su cara debajo de la luz de la habitación, sintió que el pecho se le comprimía. Quería volver a sentir, lo que fuera. No le importaba si era miedo, adrenalina, pero solo quería sentir. Su mente asociaba la adrenalina a la asesina. ¿Tenía miedo? Lo suponía, porque lo que estaba sintiendo no tenía una definición rotunda, no había una palabra concreta, solo un conjunto de emociones, una mezcla de miedo, adrenalina y curiosidad.

¿Qué tendría él de especial?

—¿Me vas a...? —La pregunta dejó de tener importancia al ver que su ropa no era la misma. Notó que sus pies no estaban congelados, al contrario, la piel de las botas lo protegían—. Me has cambiado.

—Una camiseta de gatitos muy bonita. —Una sonrisa felina apareció en sus labios.

Sintió vergüenza, solo un poquito, pero eso ya lo hacía sentir vivo.

—Tranquilo. Me gustan los chicos dulces. —La chica se inclinó para apoyar sus manos en el reposabrazos de la silla.

—Pues si soy tan dulce, ¿por qué me tienes atado? Pensaba que no tenía posibilidad de escapar de ti.

—Precauciones —se encogió de hombros.

—Hazme las preguntas de una vez y terminemos con esto. ¿Te parece?

La asesina sacó en un movimiento una daga, otra distinta y la volvió a poner en su cuello. Adrenalina, otra vez. Y es que ahora el problema no era no sentir, sino que quería más. Debía conseguir llevarla a la locura para que lo matase.

—No me des órdenes.

Sus facciones se habían tensado, esa sonrisa juguetona ya no estaba en sus labios. Brennan pudo ver hielo en esa cara. Podía ver las montañas más altas del reino de Morana, el reino donde vivía, y del cual nunca había salido. La estudió, como quien estudia una obra de arte: los ojos verdosos y azulados, la nariz pequeña y pecosa, junto con sus labios carnosos, pero no mucho. Era la mujer más atractiva que había visto, pero no solo por su belleza, sino por la sensación que provocaba. Su presencia denotaba poder, y eso lo atrapaba, lo envolvía e hipnotizaba, y no sabía si era por el hecho de que en cualquier momento podía morir, o porque ver a una mujer sin miedo se le hacía impresionante. Las mujeres en Morana siempre estaban infravaloradas, aún siendo la gobernante una mujer. Morana había ayudado a dar más visibilidad al poder femenino, pero muchos hombres se negaban a ver más allá de sus narices. Su madre era una de esas mujeres fuertes.

A ojos de otro, ella debía ser una especie de monstruo, y sabía que no dudaría en matarlo, así que solo debía conseguir irritarla lo suficiente, hacer que lo odiara, que no lo pudiese soportar. O a lo mejor debía hacer lo contrario y hacer que se odiase a sí misma por alguna emoción y matarlo para sacar los pensamientos de su mente.

—Venga, córtame el cuello. No me importa.

En verdad lo anhelaba. Quería acabar con el vacío. Porque el vacío seguía ahí, solo que ahora mismo estaba cubierto por esa capa extraña de sensaciones.

—No conseguirás provocarme.

La asesina apartó la daga del cuello, pero le hizo un corte en la mejilla y él jadeó por la repentina herida que se estaba formando, no sangró, no era tan profunda.

—¿Qué sabes de Morana?

—Lo que todos saben. Una reina caprichosa, adinerada y vengativa.

La asesina no respondió al momento. Esperó unos segundos.

—Especifica —dijo ella.

Morana tenía mucho dinero, principalmente por todos sus matrimonios fracasados. Su instinto

le decía de tocarse la herida, pero no podía moverse.

—Desde joven ha sido muy enamoradiza, siempre tiene algún hombre entre sus manos, aunque ahora lleva un tiempo sin presentar a ninguno de sus amantes en sociedad. Es sorprendente cómo una mujer con cierta edad aún puede cautivar a tantos hombres. Se conserva de una forma excelente y sus métodos de coqueteo son infalibles.

—Háblame de sus maridos —ordenó la chica.

—Dime por qué tengo que responder yo a estas preguntas —pidió.

—Eres muy atrevido para estar a punto de morir, muchacho.

—Por favor, no me trates como niño. Además, la muerte no me asusta —admitió—. Es más, la anhelo.

La asesina se separó, poniendo su peso en una sola pierna, lo miraba de forma curiosa. Él podía entender la curiosidad, las posibles preguntas. ¿Por qué tantas ganas de morir? ¿Por qué no tenía miedo?

—No puedo negociar con tu vida, porque no te importa una mierda.

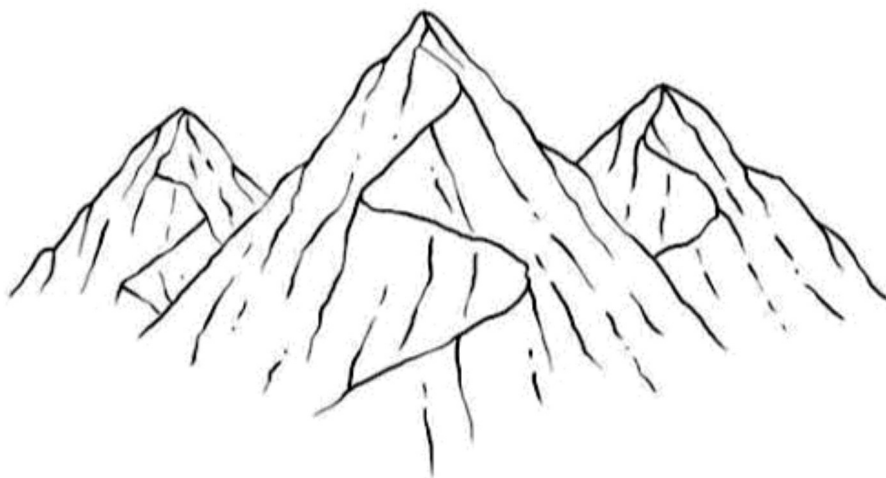
—Por lo tanto, te podría contar lo que quisieras, porque me importa una mierda que después me mates.

—¿Me estás pidiendo que te mate?

—¿No es ese tu trabajo?

—Sí. Pero...

La asesina no habló más. Solo salió de la habitación y lo dejó encerrado. ¿De qué se quejaba? ¿No quería matarlo? Se lo estaba dejando en bandeja. Se quedó en esa silla de madera intentando recordar más sobre la reina Morana y lo que, a lo mejor, le interesaría a su secuestradora.



CAPÍTULO 8

Sahil le había dicho que no podía matar a Hinsén hasta que le diera la orden. Daeva subió al tejado del apartamento que había ocupado, nadie se daría cuenta de la existencia de dos inquilinos nuevos; pues una era demasiado sigilosa, y el otro estaba inmovilizado.

Sin embargo, aunque aún no pudiese matarlo, había pensado que podría jugar con esa amenaza. Normalmente funcionaba, pero ese chico quería morir y, de momento, no le daría esa satisfacción. ¿Por qué querría un muchacho tan joven desaparecer de este mundo? ¿Qué cosas habría hecho? ¿Qué cosas habría vivido?

Daeva estaba empezando a hacerse demasiadas preguntas, y se obligó a ignorarlas todas. No debía empatizar. Ella solo haría su trabajo. Así que se bajó de ese techo helado y empezó a escribir una carta a Sahil. No la enviaría a caballo, lo haría con un nuevo transporte que el reino de Tecna había desarrollado en estos últimos años, y que finalmente estaba en funcionamiento en gran parte del continente. Aunque, para su gusto, seguía prefiriendo el caballo antes que el innovador ferrocarril.

Entonces recordó el otro trabajo que caía a menos de un mes de distancia. Le había dicho a Sahil que deseaba descansar, pero lo cierto es que tenía que encargarse de una cosa dentro de un mes. Sahil estaba al corriente de ese próximo encargo, así que, ni el mismo empresario creía que el tema de Hinsén pudiera durar tanto. Máximo dos semanas. No obstante, no quería quedarse dos eternas semanas en ese apartamento con el muchacho. No hacía ninguna falta tener que interactuar tanto.

En algún momento debería desatar al muchacho. Seguro que necesitaba hacer sus necesidades y la verdad es que no le apetecía entrar en la habitación oliendo esta a mierda y meado. El rehén seguía en silencio, no emitía ningún ruido desde la otra habitación, pero no dudó ni un segundo en que este hubiese podido escapar, aunque el chico quisiera morir. O a lo mejor era una estrategia... Claro, tendría sentido: hacerla creer que no podía amenazarlo con perder su vida. Había sido una buena jugada, una muy buena. Hacer dudar a la asesina, aunque sus facciones nunca lo demostraran. Lo había aprendido con los años, y había mejorado lo suficiente para que cada vez le fuese más fácil el ocultar lo que sentía o pensaba.

Eso lo asociaba al muro de hielo que se había construido alrededor. Un muro que había prometido que rompería.

«Algún día deberías deshacer esas barreras».

No. Ahora no podía pensar en eso.

Se levantó de la silla y colocó su cuerpo en una posición defensiva con los puños cubriéndole la cara y fue repitiendo una serie de movimientos, los había aprendido con Sahil. Golpe con la derecha, golpe con la izquierda. Imaginó a un cuerpo delante de ella, alguien que quisiese hacerle daño, alguien que quisiese matarla, aunque muchos lo hacían. Otros asesinos la querían borrar del mapa, sacarla del mercado. Y sacar a alguien de ese mundillo solo tenía dos salidas. O moría o se retiraba a los confines del mundo donde nadie pudiera encontrarla. Aunque siempre había una posibilidad de...

No.

Volvió a golpear al cuerpo invisible, con la mano le rompió la nariz, le propinó un puñetazo en la mandíbula, y el atacante empezó a sangrar. Cuando este terminó en el suelo, volvió a la realidad, una donde solo estaba ella entrenando en una habitación abandonada.

Su barriga resonó por toda la habitación. ¿Cuánto hacía que no comía? ¿Cuántos días habían pasado desde que la asesina se lo había llevado? Y lo que más le rondaba por la cabeza. ¿Cómo se llamaba su secuestradora? Y como si la chica hubiese podido leerle la mente, apareció por la puerta con algo envuelto en un trozo de papel.

—Deberías comer —se lo dejó en el regazo.

Miró el envoltorio, y consiguió oler huevo y pan. Fijó la mirada en la chica que tenía enfrente.

—No puedo comer.

—¿Alguna alergia? —La asesina hizo como si no supiera de lo que estaba hablando.

—Si tener las manos atadas se considera una alergia, pues sí. —Movió las manos contra las cuerdas para dar énfasis. La asesina puso los ojos en blanco y le deshizo los nudos, tardó un rato, pero finalmente notó que tenía mucha más movilidad.

—Gracias —susurró Brennan

La chica se cruzó de brazos mientras él agarraba el bocado de tortilla que aún estaba caliente. Al menos no iba a matarlo de hambre, realmente sería una muerte muy dolorosa y lenta, y él anhelaba una rápida.

—Háblame de los maridos de Morana.

Brennan se frenó a sí mismo cuando estaba a punto de darle un mordisco al bocado.

—¿De los seis?

—De todos.

Clavó los dientes en el pan y empezó a masticar, contó quince mordidas y luego tragó con fuerza. Buscaba las palabras adecuadas. La historia no era muy larga, tampoco había mucha información, pero, cuando de pequeño vivía en la gran ciudad, se había dado cuenta que ahí los rumores volaban.

—La reina Morana ha tenido un total de seis maridos junto con muchos amantes durante su vida. Del primero no se sabe nada.

—¿Nada?

—El primer matrimonio de Morana forma parte de su pasado, de una vida que tuvo antes de ser reina. Nunca se ha dignado a explicar de forma extensa su historia, es como si no hubiese existido, al menos no hasta que fue nombrada General por el mismo rey.

—¿No era princesa?

—Morana fue General de Guerra durante la Batalla de los Diez Reyes, cuando el rey y la reina murieron, ella tomó el mando del reino al saber que estos no tenían descendencia.

La Batalla de los Diez Reyes había tenido lugar hacía unos treinta años, aún era muy reciente. Una gran guerra en la que todos los reyes lucharon junto con sus súbditos para proclamarse los amos de varias tierras. Fue una época sangrienta y deprimente, donde la mayoría de los ciudadanos morían por varias enfermedades, falta de comida y las pésimas condiciones de vida.

La guerra había terminado con muchos de los que poseían magia, siendo esta ahora extremadamente temida. Existían muchas teorías sobre ese poder desconocido, y el reino de Libitina estaba en el centro de estas.

Pero lo importante es que hubo un momento dado en el que todos los reyes y reinas se reunieron para firmar un tratado, donde a cada gobernante se le asignó una extensión de tierra, un lugar donde cada uno se encargaría de levantar un reino desde las cenizas. Libitina quedándose con el norte, Morana y Ramé tomando el oeste, Abbadon, Midori y Olyseus situándose en el este, Ondine en el sur y Visha, Mieko y Tecna gobernando en el centro del continente.

Los reyes no fueron muy creativos, así que nombraron a cada reino con su propio nombre. Pensando que, dentro de unos años, cuando ellos muriesen, su nombre y el tratado, quedarían para siempre en el continente. Crearon las normas sobre los descendientes y la división de tierras. Formaron también el Consejo Continental, que intentaría ser el mediador en caso de que surgieran problemas entre gobernadores. Así que realmente los reyes y reinas seguían teniendo mucho poder en sus tierras, pero si las cosas se torcían, el CC intervendría.

—Los otros cinco maridos han sido durante su reinado. Nunca se dijo el nombre del primer marido, nada sobre su aspecto, nada del por qué se separaron. Hay rumores, obviamente, algunos dicen que la dejó, otros que murió, o que ella simplemente no quería que fuese rey. El segundo matrimonio de Morana fracasó porque él le fue infiel, se acostaba con una de las sirvientas. A dicha sirvienta se le cortó el cuello —Brennan respiró hondo, tomando aire—. Parece que es su forma preferida de castigar.

»Con el tercero, ella fue la infiel, y cuando el marido lo descubrió se fue del reino, dando por sentado que el matrimonio, y el contrato que firma uno al casarse, se había roto. Tampoco pareció muy afectado. Entre el tercer marido y el cuarto, la reina optó por la soltería, aunque eso no la hizo dejar de coquetear y llevarse varios hombres a sus aposentos.

»El cuarto marido murió por una grave enfermedad. Se dice que fue al único que amó de verdad. Convocaban bailes constantemente, bailaban hasta que les dolían los pies, el ambiente era distinto, todo mejoró para el reino sobre todo porque el esposo tenía buen ojo con los contratos de los alimentos que se exportaban e importaban. Morana siempre sonreía en esa época, un acto que hace años que no se ha vuelto a ver. A lo mejor sigue sonriendo en su castillo, a solas, pero en lo que se ve al estar delante de sus súbditos... Ya no lo hace.

»Con la muerte de su cuarto marido, decidió estar un tiempo sola, pero sus consejeros le dijeron que una mujer no podía estar por su propio pie gobernando. Le llenaron la cabeza sobre la importancia de tener un rey, y ella, por despecho, se casó otra vez. Se casó con un hombre que la trataba como una mascota, ella no podía hablar, él tomó el control del reino, tomó muchas

malas decisiones y todo se volvió muy sangriento para aquellos que no siguieran las normas del rey. Finalmente, un día, ella decidió dejarlo, abandonarlo, lo echó del país y le prohibió la entrada.

—¿Cómo se llamaba?

—Thomas Young.

La chica había estado gran parte del relato en silencio, sin decir nada. La barriga le volvió a pedir de comer a Brennan.

—Come.

—Debería ir al baño, tengo mis necesidades.

—Eso implica dejarte libre por el apartamento.

—Créeme, no me voy a ir.

Lo decía en serio. Tenía la solución a sus problemas delante de sus narices. Ella era la salida, la forma de alejarse de ese mundo, de su propia mente. ¿Por qué querría escapar? A lo mejor intentarlo le daría otra vez esa adrenalina que había sentido al conocerla. Sintió como si le hubieran inyectado un líquido que le hacía sentir otra vez, y ahora no sabía muy bien qué quería. ¿Quería morir de una vez, o, prefería buscar esa energía adictiva?

—Es muy arriesgado. ¿Sinceramente crees que voy a permitir que me hagas pensar que puedo confiar en ti?

—Sé que nunca lo harás, pero, a no ser que me des un cubo o algo... Me voy a tener que mear dentro de los pantalones.

La asesina puso los ojos en blanco y se fue del cuarto. Volvió con un profundo cubo metálico y una sonrisita en los labios.

—Genial —Brennan tensó los labios.

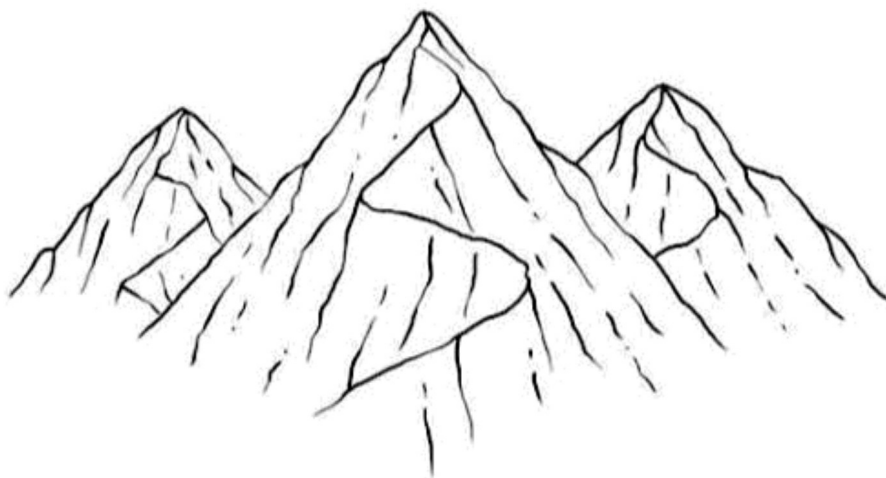
Se terminó el bocadillo mientras la chica afilaba y jugueteaba con una daga, esta tenía el puñal dorado e incrustaciones con formas florales.

—He encontrado la llave de esta habitación, así que no tendrás que estar atado —dijo.

—¿Cómo te llamas? —La pregunta por fin había salido de su cabeza. Brennan la miró.

—¿No me conoces? —Entornó la cabeza, frunciendo un poco las cejas. Él no respondió—. Soy Daeva. Aunque los que saben de mi existencia son muy conocedores de mis habilidades y de mis otros apodos. Soy la muerte humanizada para los comerciantes corruptos y la gente que está en el mundo de los trapos sucios. Soy una asesina, y una de las mejores.

Brennan finalmente había descubierto su nombre, y con solo ese pedazo de información ya pudo contentarse. Su salvación tenía nombre, y ese nombre era Daeva.



CAPÍTULO 9

Daeva se pasó cinco días haciendo preguntas, intentando pensar los posibles planes que ese asesino tendría para matar a Morana. Ella investigaba y él respondía.

No iba a mentirse a sí misma, el hecho de que él no supiera quién era ella la desconcertó. Había creído desde el inicio que estaba en el mundo de los trapicheos; ahí es de donde la mayoría de gente sabía de su existencia.

Trabajar con Brennan era más fácil de lo que hubiese podido imaginar. Su día a día ahora mismo se basaba en descubrir todo lo que pudiese, escribir cartas a Sahil, ir al mercado a comprar, y caminar por las calles de esa pequeña ciudad.

Se había podido camuflar a la perfección entre la gente gracias a la capucha negra que le cubría la melena color carbón. Los súbditos del reino de Morana principalmente tenían la piel pálida, los ojos claros y el pelo dorado, incluso blanco nieve. La sangre y genética de sus antepasados corrían por esas venas.

Obviamente, muchas otras personas no tenían esas características, era inevitable que la gente entre reinos se mezclase o cambiase de reino para conseguir ofertas de trabajo, más dinero y una vida mejorada. Daeva había intuido que uno de los progenitores de Brennan no debía ser moranés, pues su pelo era castaño y sus ojos de un marrón oscuro y apagado. Tampoco es que se hubiese fijado mucho, solo lo básico.

Caminaba por la ciudad como una sombra, observaba como la más de las sigilosas depredadoras, y su cabeza no paraba de pensar. Veía una tienda y preparaba el recorrido que tendría que hacer si tuviese que escapar de ahí, se imaginaba corriendo por la calle, esquivando a los ciudadanos, subiendo por las paredes con la ayuda de las cañerías pegadas al ladrillo marrón desgastado. Se podía ver a sí misma escapando a toda prisa entre tejado y tejado.

Siempre estaba preparada, o al menos lo intentaba. ¿Qué pasaría si ahora mismo explotara una bomba dentro de esa caja de madera? Esa madre y sus hijos serían los primeros en recibir el impacto, seguramente morirían por las ondas o por la madera haciéndose añicos. Ella aún podría no salir herida, pero la tienda de al lado empezaría a arder, los cristales se romperían por el estrepitoso ruido y...

Y de esa forma, Daeva, se entretenía. Pensaba y valoraba todas las posibilidades del momento,

y lo odiaba, pero le hacía sentirse útil. Se demostraba que era inteligente, que estaba preparada, que era capaz de sobrevivir.

Ese día caminó hasta el antiguo piso de Brennan, y volvió a mirar. Nadie había entrado, nadie había forzado la puerta para ver si el muchacho seguía ahí. No había señales de ningún tipo. ¿Realmente ese chico no tenía a nadie?

Había matado a muchos hombres con mentes retorcidas, gente de poca moral, violadores y pederastas; y la mayoría tenían familia. Lo sabía porque los había investigado. Aunque también había tenido que matar a gente de la que no tenía nada malo que decir. Principalmente porque su cliente se había ausentado de darle más información. Lo entendía, no necesitaba saberlo todo, pero era curiosa, muy curiosa. El no saber, el desconocer el porqué, provocaba que se cuestionase si era necesario que esa persona muriese. Pero el dinero era necesario, y no estaba para denegar trabajos.

Cuanto más dinero ganase, antes podría salir de ese mundillo. No es que no le gustase, disfrutaba haciendo justicia, aunque no fuese de la forma en la que había imaginado hacerlo. De pequeña deseaba ser una guerrera, un soldado, alguien de importancia para el rey del país donde se había criado. Porque ella no pertenecía a algún lugar concreto, la habían criado como una más del reino de Midori, pero nunca supo de sus raíces ancestrales ni de sus progenitores.

Ahora era una asesina, no era tan distinto si se miraba con cierta perspectiva. Al final, protegía a la gente buena de los malos. Aunque, en este mundo, ni el bueno es tan bueno, ni el malo es tan malo. Todos cometemos errores, solo depende del grado de estos y a quién afectan. Y, sobre todo, si esos errores y malos actos los hacemos por voluntad propia, o si son consecuencias involuntarias e inesperadas.

En el piso de Brennan se dio cuenta de que él no tenía a nadie que lo protegiese. ¿Cuántos errores había cometido? ¿A cuánta gente había apartado? Eran dudas que la abordaban, pero esquivaba. Miró los cajones, los armarios, como el día en el que lo había secuestrado, pero esta vez con más cautela. Buscando algún tipo de diario, dinero, cosas de importancia que la pudiesen ayudar.

¿Cuánto tiempo había estado solo? El apartamento estaba desorganizado, como si realmente no se hubiese ni dignado a salir de la cama en semanas. El polvo se acumulaba entre los rincones del espacio, la tela que cubría el sofá estaba arrugada y hecha un higo, como si el chico hubiese dormido miles de veces en ese mueble y nunca hubiera puesto, de forma adecuada, la tela.

Todo parecía demasiado triste, una sensación de vacío inundaba su pecho y no le gustó nada. Si con solo estar ahí una hora había sentido que se ahogaba en ese espacio, no se imaginaba lo que debía sentir el muchacho. Pero no le debía importar lo que él sintiese. Ella solo haría su trabajo, nada más. Salió del apartamento, y con simplemente estar en la calle, notó ese vacío desaparecer de su interior.

Detestaba estar sentado sin hacer nada y no tener las manos ocupadas, lo cual, lo hacía pensar más de lo debido. Cosa que él no quería. Pero al menos, ahora, podía caminar por la habitación.

La única bombilla que había en toda la estancia iluminaba lo suficiente como para poder evitar chocarse con las paredes y se pasaba las horas yendo de un lado para otro, haciendo ejercicio o durmiendo en esa incómoda silla. Nunca había formado parte de un secuestro, pero ciertamente jamás hubiera imaginado que estos serían así. No había nada para distraerse. Durante esos días

había respondido a todas las preguntas que la asesina había realizado, y aun así seguía vivo. Ante el recuerdo no pudo evitar cierta decepción.

Se sentó en un rincón de la sala, apoyando la espalda en la esquina, con las piernas presionando su pecho. Al final, después de haber pasado todas esas horas allí, había empezado a sentirse un tanto cómodo en la vacía habitación, sentía que él era esas cuatro paredes, una caja cuadrada vacía, con un poco de luz y una silla. Se había imaginado su mente como ese espacio, rodeado de nada, solo de aire, y todo se concentraba en el medio, bajo la luz, esa luz amarillenta que solo iluminaba la silla, lo importante. Todo lo otro casi se sumía en la oscuridad.

Así que, sin nada más en que pensar, empezaba a abrir esos cajones mentales que no estaban del todo cerrados. Se decía a sí mismo que algún día encontraría la llave, para cerrarlos de una vez, pero pensaba y daba vueltas sobre el tema y nunca lo superaba. No se merecía vivir, eso mismo se decía. Reflexionaba sobre cómo alguien como él podía estar viviendo mientras su familia estaba donde estaba, ellas no se lo merecían. Y aunque no hubiese hecho nada mal, se sentía culpable.

—No quiero estar aquí —susurró mientras las últimas imágenes que tenía de su madre y su hermana se repetían en su mente.

Las veía una y otra vez, como una máquina escacharrada. ¿Sería él una de esas máquinas? ¿Roto y siempre haciendo lo mismo? Podía escuchar las imágenes, podía sentir las. Se le formó un nudo en la garganta a la vez que las lágrimas pedían salir a la superficie. Vaciar de ese mar interno que estaba lleno, ese vaso a una gota de derramarse. Aún no había llorado por eso, no se lo había permitido. No se había permitido sentir nada más que tristeza, una tristeza tan profunda que se sentía vacío.

Y así se había sentido durante los últimos meses.

La puerta se abrió y Daeva entró mientras él se levantaba del suelo sucio. Siempre que la veía (y tenía la necesidad de mirarla detenidamente) su distinguida belleza lo atrapaba e hipnotizaba. Pero claro, gran parte de esa atracción estaba alimentada por la idea de que esa chica le daría lo que tanto deseaba.

Traía un cubo con agua, jabón y ropa nueva.

—Mañana iremos a Brumous, límpiate. —Dejó el recipiente a su lado y se acercó—. Te traigo ropa nueva, he intentado coger de tu talla.

Brennan llevaba una semana entera sin poder cambiarse y toda la piel le picaba. Hizo un movimiento sutil con la cabeza, aceptando lo que ella le daba. Dio un paso hacia delante extendiendo las manos, esperando a recibir la ropa. Ella lo miró de arriba a abajo.

—Tendrás que quitarte la barba.

—Como desees. —Con calma le cogió la ropa a la asesina y caminó hacia el cubo sin escuchar ni un paso por parte de la chica, diciendo sin palabras que no se iba a mover.

—¿Cómo va la herida?

—Me la he ido mirando de vez en cuando, parece que se cura con rapidez.

—Bien —se quedó unos segundos en silencio, como si estuviera pensando lo que decir—. ¿Necesitarás ayuda para limpiarte o puedo ahorrarme el verte desnudo?

—Puedo solo. Pero dudo que lo que vieras te disgustara —Brennan soltó una corta risa. Ese lado bromista hacía tiempo que no surgía naturalmente de su persona, por eso se sorprendió unos instantes después, cuando fue consciente de sus palabras.

Se escuchó un suspiro y, cómo notaba que la asesina no se iba de la habitación, quiso ponerla

tensa para que se fuera. Su plan debía iniciar, no sabía qué tendría que hacer, pero sabía que ponerla nerviosa sería una tarea más complicada de lo que pensaba. ¿En algún momento la irritaría tanto como para que ella solo pudiera solucionarlo con la muerte? Desconocía la respuesta, pero debía intentarlo.

Así que cogió la tela para empezar a quitarse el jersey, haciendo el máximo sonido posible para que se diera cuenta.

—Veo que sigues sin confiar en mí. Ni para limpiarme puedes dejarme solo.

—Conociendo tus deseos actuales, me temo que no puedo arriesgarme a encontrarte ahogado con la cabeza dentro del cubo.

Se giró, viendo la espalda de su secuestradora. No se había movido en todo el rato, pero quería verle la cara. Así que agarró el cubo y se acercó al centro de la habitación caminando pausadamente, sin prisas. Había perdido la cuenta sobre el paso del tiempo, tanto rato en su propia mente hacía que disociara con su entorno. Pero, cuando estaba ella en esa misma habitación, todo se hacía más fácil, porque no estaba solo, con su cabeza. Se puso enfrente de ella, con el torso expuesto y lo miró a la cara, sin ninguna expresión de nerviosismo.

—¿Tienes miedo de que me mate? —Preguntó a la asesina, pero no dijo nada, así que continuó: —Tranquila, no soy capaz. Nunca lo he sido.

—No puedo fiarme. No te conozco lo suficiente para saber si estás mintiendo o diciendo la verdad. Eres un puzzle muy entretenido. Me has contado muchas cosas sobre Morana, pero nada de ti.

—¿No es lo que quieres? ¿Saberlo todo de ella? No soy la persona que sepa más sobre la reina, pero por algo me has elegido a mí.

—Yo no te he elegido.

—¿Entonces qué hago aquí?

Por alguna razón necesitaba saberlo, encontrar el porqué. Nadie jamás se había interesado tanto para que él contara cosas, ¿qué debía saber de tal importancia? La asesina no concretó ningún tipo de información durante esas sesiones de preguntas, pero principalmente eran sobre las relaciones amistosas y matrimoniales de la reina.

—Yo sigo órdenes.

—Pensaba que nadie te daba órdenes.

—Nadie me las da, pero esa pequeña regla que yo tengo se desvanece cuando la persona que me las ordena me paga una buena cantidad de dinero. Pero en esta relación, yo doy órdenes y tú las sigues.

—Y tú sabes por qué lo hago.

Brennan sabía que Daeva conocía la respuesta. Su secuestradora no respondió al instante, dejó que pasaran unos largos segundos antes de ordenarle:

—Límpiate.

Agarró la esponja y se la pasó por los brazos, antebrazos, cuello, clavícula, pecho, torso. No dejó de mirarlo, sin arriesgarse a que intentase algo suicida. Mientras el chico se enjabonaba la parte superior del cuerpo notaba los ojos calculadores y analíticos de la asesina que lo había sacado de la vida monótona en la que estaba encarcelado.

—¿Por qué quieres morir?

Paró de frotar la suciedad y la miró a los ojos azules y verdosos.

—Estoy muy cansado —ella frunció las cejas—. No es el cansancio que crees conocer.

—Entonces, explícamelo.

—Es demasiado pronto.

Continuó frotándose con la esponja y fue a limpiarse la espalda, pero sus manos no llegaban. Estaba acostumbrado a la alcachofa de su ducha, de esa forma era más fácil, pero al tener la espalda ancha se le hacía más complicado. Ahora mismo echaba en falta la comodidad de su baño con agua caliente, la tranquilidad de estar detrás de la mampara, deteniendo el tiempo. Resopló en desesperación al no poder hacerlo.

—Dame, te ayudo —dijo la chica.

—No necesito ayuda —contestó con un tono frío.

—Mira que eres cabezota —puso los ojos en blanco y le quitó la esponja de la mano.

Brennan no se movió y vio como la asesina empezó a caminar. Los pasos dejaron de sonar y no se escuchó nada, solo sus respiraciones. Esperó a notar el agua recorriendo su espalda, el roce de la esponja contra su piel, pero no lo sintió. Daeva no decía nada, no se movía, pero lo miraba, él lo sabía.

—Dilo. —El chico sabía por qué había dejado a la asesina más temida sin palabras—. Pregúntamelo.

Brennan la miró por encima del hombro.

—¿Qué te pasó? —La voz curiosa y suave entró por los oídos del chico, lo había susurrado, y notar el aire caliente de la chica en su cuello lo hizo estremecerse un poco, pero lo ocultó.

—Que no quería decepcionar a nadie. —Hizo muchas cosas para que su familia estuviera orgullosa de él, quería ser su orgullo. La pobreza los rodeaba por todos lados y vivían en las zonas más corruptas de Brumous. Quería ser el mejor para su familia, ser el hijo que siempre desearon tener—. Y que aceptaba todo tipo de enseñanza, aunque esta requiriese castigos físicos como las marcas que ves.

Los ojos de Daeva lo observaban, pero notaba una pequeña diferencia en esa mirada. No quería que sintiera pena por él, ya tenía suficiente con sentirse mal consigo mismo.

—Pero eso es pasado —se giró para mirarla—. Aprendí, crecí y me convertí en la persona que soy hoy. ¿Podría ser mejor? Siempre. ¿La elección de mi enseñanza fue la idónea? Lo dudo. Pero... Si no puedo cambiarlo, ¿para qué seguir pensando en ello?

Irónico como eso sí había podido superarlo, aceptando que todas acciones del pasado eran irreversibles pero, en cambio, seguía unido de forma adictiva a éste. Los golpes que había recibido en la espalda por “supuesto mal comportamiento”, estarían ahí toda su vida. Lo habían marcado. Había intentado hacerse entender a sí mismo que, lo que había vivido, no lo podía cambiar. Sin embargo, esa imagen que lo atormentaba era imborrable y distinta a otras.

La primera solo le afectó a él, pero la segunda no le había ocurrido directamente, Brennan no tenía ninguna marca visible de esa experiencia. Solo había sido un mero espectador en ese momento y no pudo hacer nada, y eso lo mataba por dentro. La culpabilidad de ser inservible, de no tener la capacidad de poder salvar a la gente que amaba. De no poder moverse por unos brazos que parecían cadenas indestructibles. Lo había visto todo, y no había podido hacer nada. Había oído y observado esa escena, pero nunca fue partícipe, y esa culpabilidad no se le iba. El sentimiento lo consumía.

—Lo siento.

Daeva no dijo nada más, lo cogió del brazo para que se girara y empezó a enjabonarle la espalda. No se movió durante ese corto rato. Después, le devolvió la esponja.

—Termina tú.

Se fue hacia la puerta y lo dejó solo, contradiciendo lo que había dicho antes. Aunque entendió que se pudiera sentir abrumada por su historia. Brennan terminó de desvestirse y se lavó totalmente, teniendo cuidado con la herida en el muslo, que ya estaba casi curada, pero aún dolía. Se vistió con la ropa limpia y se sentó en la silla hasta que la asesina abrió la puerta.

Era consciente de que muy pocas personas le habían preguntado por sus marcas, pero era la primera vez que decía la verdad. Había mentido a muchos, diciendo que eran de peleas callejeras, una caída o que se las había hecho practicando algún deporte de riesgo. Siempre había querido proteger a su familia, concretamente, a su padre. Pero él ya no estaba. Nadie estaba.

—Sal.

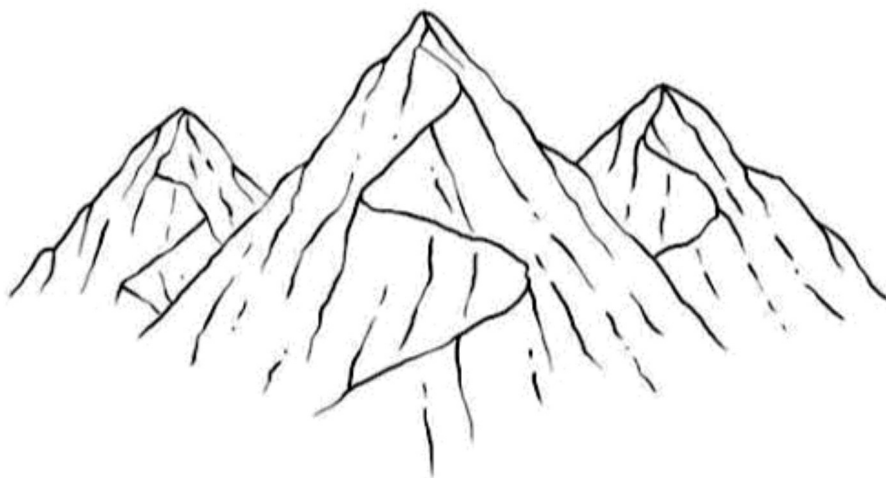
Se levantó de la silla y caminó hacia la puerta que ella sujetaba, al pasar por su lado tuvo la necesidad de decir alguna cosa.

—No debería habértelo contado —susurró el chico.

—He sido yo la que ha preguntado —lo miró.

—Espero que eso no haga que te ablandes con mi final.

—No lo hará.



CAPÍTULO 10

Brumous, la capital del reino de Morana, la ciudad entre montañas, como algunos la llamaban.

Daeva y Brennan estarían ahí solo por un día y volverían al anochecer, habían comprado boletos de tren para la ida y la vuelta.

Y aunque Daeva hubiera preferido ir a caballo, estarían más rato yendo y viniendo que no haciendo lo que debían hacer. Así que, muy a su pesar, tuvo que coger el ferrocarril.

Una vez llegaron a la estación de tren, estaban cubiertos con una capa cada uno, pues el frío se volvía más gélido cada día. Así que vestían con varias capas de ropa, una buena camiseta era una necesidad, junto con el grueso jersey y la capa que cortaba el viento.

Los guantes no eran el accesorio favorito de la asesina, pero si quería conservar sus mortales dedos, entonces los necesitaría.

Esperaron en las vías y, cuando el transporte llegó, Daeva dudó en si sería seguro. Nunca había montado en un ferrocarril, y menos por dos horas seguidas. Pero Brennan subió las escaleras, y no apartó la vista de él en ningún momento. En cualquier instante podría intentar escapar, aunque sus palabras hubiesen dicho lo contrario. Al fin y al cabo, era un rehén, y ella era una asesina que extrañamente confiaba en alguien.

Observó las ruedas que estaban entre las barras metálicas, la madera robusta de los vagones, las puertas y las ventanas de cristal. Parecía seguro, pero ¿lo era? Las ruedas podían desviarse del camino, alguien podría vomitar y no soportaba el olor a vómito. Lo pensó rápidamente, valoró todas las opciones, los inconvenientes y los problemas que podrían surgir.

La mano de Brennan apareció en su campo de visión. La estaba extendiendo, como si quisiera ayudarla.

—Vamos. Hay que subir.

Miró la mano y después a su rehén. Por una milésima de segundo, le pareció un acto de bondad y dulzura. La rechazó igualmente. Por favor, ella era Daeva Maude, una de las asesinas más reconocidas y, cabe añadir, de las pocas mujeres que se dedicaban a este oficio. Se había ido mentalizando con el paso de los años de que por ser solamente eso, letal, no necesitaba la ayuda de nadie. Así que la rechazó, porque ella podía perfectamente subir al horrible ferrocarril.

Subió la escalera y pasó de largo, el chico la siguió y escogió el sillón más cercano a la puerta. Si pasaba algo, sería la primera en salir de ahí. Brennan se sentó a su lado.

—Se me hace extraño salir de la ciudad —suspiró.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —Se sorprendió a sí misma preguntando.

—He perdido la cuenta. Hará un par de años que me mudé a esta pequeña ciudad. Compré el piso, busqué un trabajo y empecé a vivir una vida completamente independiente a todo lo que conocía. En este tiempo he estado tan pendiente de lograr sentirme como en casa, que olvidé que hay todo un mundo que descubrir.

—Te acomodaste en un sitio demasiado pronto. ¿Qué debes tener? ¿Veinticinco años?

—Veinticuatro.

—¿Has viajado?

Daeva se pasaba la vida yendo de un lado para otro, cambiando de ambientes cada dos por tres, conociendo ciudades muy distintas entre sí, probando las comidas y recetas emblemáticas de cada reino. La asesina disfrutaba de la variedad de culturas, y la verdad quizás eso se debía a que ella misma no sabía a donde pertenecía. No conocía sus raíces, su lugar. Así que, tal vez, inconscientemente, estuviese buscando el lugar del cual provenía. Probar todas las posibilidades y encontrar a la que más atraída se sentía. Pensaba que lo notaría, que en algún momento pensaría: «Es aquí. Soy de aquí». Que una parte de su corazón o su cuerpo la avisaría cuando estuviera en el lugar indicado. Lo asociaba a que las raíces de uno, y sus ancestros, pueden estar muy presentes en nuestra genética, tanto, que había conocido a gente que sentía su estómago encogerse al escuchar un instrumento o una palabra de su entorno. Creyó no haberlo sentido nunca.

—No—Brennan frunció el ceño, como si no creyese sus propias palabras. Como si decirlas en voz alta fuera algo que le hubiese iluminado. Daeva abrió los ojos. Ella, tan de ninguna parte y volátil, y él, tan estático.

—Eres muy joven aún, deberías hacerlo.

La asesina se mordió la lengua al caer en la cuenta de que lo que acababa de decir era una idiotez.

—¿Qué importa ya? En poco ya no viviré.

Le dolía admitirlo, realmente la enfureció, pero en ese instante, se sintió mal por el chico al que tenía que matar. ¿Cómo podía desear tanto la muerte? ¿No tenía esperanza? No lo parecía. Daeva lo creyó, empezó a creer que realmente no le había mentado, que sí que quería morir, y que no se escaparía. Le creería, pero se permitiría el beneficio de la duda.

El tren hizo un silbido agudo que molestó a la asesina y se tapó los oídos con las manos. Sabía que Brennan la miraba, pero no le importó, prefería no quedarse sin sus preciadas orejas redondas. Y súbitamente, el transporte empezó a moverse. El vagón iba de un lado a otro, un traqueteo seguía el movimiento.

Al inicio el tren iba poco a poco, pero fue cuando el ferrocarril cogió carrerilla que Daeva se asustó ante la sensación de no poder ver por dónde iban, la sensación de que no lo tenía todo bajo control. Todo su cuerpo se tensó y, sin pensar, puso la mano en la pierna de su rehén, intentando tranquilizarse. Brennan puso la mano encima de la suya.

La asesina lo miró, su respiración estaba agitada, el nerviosismo se estaba apoderando de ella. Él le cogió la mano y se la apretó.

—Estás bien. Todo está bien.

—No me gusta ir en tren.

—¿Por qué?

—Nunca he cogido uno, es muy raro. Soy más de ir en caballo, pero perderíamos tiempo.

—Cierra los ojos y cuenta hasta quince. Solo concéntrate en los números. ¿De acuerdo?

Asintió, cerró los ojos y empezó a contar en voz alta. Poco a poco la mano de Brennan fue soltando el agarre y la palma se movió, ahora le estaba tocando la pierna. Daeva intentó seguir contando, se concentró en los números de la manera en la que le había dicho. Los visualizó en su cabeza, pero a la vez su mente ahora mismo estaba fijándose en cómo la mano de Brennan estaba en su pierna. Con el dedo le estaba dibujando curvas y líneas. Siguió contando, había pasado del número quince hace rato. Pero poco a poco fue abriendo los ojos.

—¿Mejor?

—Que sea la última vez que me tocas sin mi permiso.

Sabía que la había ayudado a pasar con el nerviosismo del traqueteo, pero igual ella no habría querido en primer lugar que la tocara. Vio en la cara de Brennan que había sido con buena intención, pero ella marcaba las reglas y no quería que pensara en ella como alguien débil. Así que volvió a construir su muralla invisible de hielo e intentó dormir.

Giró su cuerpo y cerró los ojos para ver si conseguía dormir un poco. Escuchó cómo el chico susurró una disculpa. Daeva llegó a sentirse mal por haber sido dura. ¿Por qué se sentía así? No, no debía empatizar con él. Era buena en su trabajo porque conseguía ser fría y hacer que esas cosas no le afectaran, pero Brennan era distinto. No había hecho nada malo. Pero debería matarlo, y eso no podía cambiarse.

El tren llegó a la estación de Brumous, volver a su ciudad natal lo asustaba, pero lo había escondido de la mente analítica de Daeva. La había visto enumerar mentalmente todas las posibilidades antes de subir al tren. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que los diferenciaba. Ella lo sobrepensaba todo, mientras él deseaba no pensar. Aunque, a grandes rasgos, los dos luchaban con su mente y de alguna forma eso lo tranquilizaba, ya que no era el único con luchas internas. La asesina que dormía a su lado se despertó cuando el tren se detuvo de golpe.

—¿A dónde quieres ir? —Brennan preguntó.

—Primero quiero salir de este sitio.

Se levantaron y se pusieron las capas, esperando alguna ráfaga de viento gélido. La estación estaba a diez minutos de la ciudad. Y es que Brumous solo tenía una entrada, la cual estaba rodeada por murallas altísimas hechas de las más duras de las piedras. Estaba nevando, y se taparon la cabeza con las capuchas negras. Brennan la guió hacia la ciudad, cruzaron un puente de piedra que la separaba de los demás sitios. Realmente la seguridad del sitio era muy buena, pero eso no salvaba a los moraneses de los ladrones y asesinos que vivían entre ellos. En la parte central de la capital no se cometían tantos delitos. Sin embargo, de dónde venía Brennan, sí.

Aparte de las murallas, la ciudad tenía como fronteras unas grandes montañas que la rodeaban. Cruzando una de las montañas se podía llegar a un pequeño pueblo, muchos fanáticos de la escalada, alpinismo o senderismo la cruzaban. Las recomendaciones sobre dicha ruta indican que es mejor hacerla en primavera, pero a los profesionales les gustaban los retos.

Brennan había hecho el camino muchas veces durante varias primaveras con su madre y su hermana. Ellas se sentían más conectadas a la naturaleza que él, pero lo hacían por la compañía más que por el caminar. Su padre se quedaba trabajando.

—¿Solo hay una entrada? —Daeva le preguntó.

Brennan asintió mientras cruzaban el puente y llegaban a la entrada. Con solo adentrarse en la ciudad, el sonido de la capital inundó los oídos del rehén. Hacía tiempo que no venía, y parecía que nada había cambiado. Las tiendas seguían estando abiertas, la multitud compraba, los niños corrían y jugaban a esconderse.

—¿A dónde debo llevarte?

—A tu casa.

No sabía qué esperaba que la chica respondiera, pero desde luego dudaba que quisiera ver dónde se había criado.

—No hay nada interesante allí.

—Quiero ver de dónde vienes.

Dejó salir un suspiro y se peinó el pelo. Aún estando en su ciudad natal a veces se sentía un turista, su pelo oscuro destacaba entre la gente. Realmente no había querido venir a Brumous en un inicio. Y, ahora que estaba ahí, seguía pensando que esto era un error. Lo ideal sería que nadie lo notase, y menos, ciertas personas en concreto. Siguió la petición de la asesina y la condujo por los callejones estrechos y vacíos de la gran ciudad. Bajaron y caminaron hasta la zona sur, cada vez había menos gente, y las personas con las que se encontraban cada vez tenían peor aspecto, se notaba la suciedad en sus ropas, el olor de las cañerías del suelo.

Los tonos grises y blancos de la ciudad le recordaron a la sensación que tuvo al ver el apartamento del chico al que estaba siguiendo. Era todo tan descolorido... Aunque, al mismo tiempo, la ciudad tenía su encanto. Al menos en la zona más rica, todo era muy monótono, ni un color fuerte y vivo destacaba sobre la gama cromática principal. No pudo evitar hacer la comparación con Bonhomía, lo cual provocó que la nostalgia de la ciudad donde la habían criado la golpeara.

Las calles cada vez eran más solitarias a medida que llegaban a la parte más pobre. Ahí, Brennan se detuvo frente a una casita de piedra no muy grande. No sabía por qué esperaba que la casa estuviera vacía, pero, para su sorpresa, algo en el interior emanaba luz.

—¿Tu familia aún vive aquí? —Quizás no estuviera tan solo al fin y al cabo. Había la posibilidad que solo se hubiera ido él para encontrar un mejor trabajo e independizarse.

—Tuve que vender la casa.

No sonrió, no mostró expresión alguna, y no supo descifrar si el chico estaba sintiendo nostalgia u odio.

—Cuéntame tu historia.

—No te interesa mi historia, tú quieres información sobre la ciudad. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Entonces?

—Solo... quiero saberlo.

Ni ella misma encontraba la razón por la cual quería saber sobre el pasado de Brennan, pero sentía que todas sus palabras y lo que aparentaba, salía de algún sitio profundo dentro de su ser. ¿Qué le había pasado? En esa foto del apartamento se le veía con tanta luz...

—En esta casa vivíamos mi madre, mi hermana, mi padre y yo —Brennan se sentó en un banco, Daeva lo siguió y escuchó atentamente—. Mis padres se conocieron de jóvenes, mi padre era moranés, mientras que mi madre venía de Mieko, la ciudad del lujo y la riqueza. En un viaje turístico mi madre se enamoró de un mercenario, que resultó ser mi padre. Se enamoraron y se casaron. Ella abandonó su estilo de vida y sus costumbres para adaptarse a la vida de él. Ahora las mezclas entre ciudades son algo más común, pero en ese momento era más raro.

»Compraron esa casa con sus ahorros. Mi madre venía de una familia adinerada, pero sus padres no aprobaban el matrimonio. Ella era muy rebelde y cabezota. —Sonrió calmadamente, y Daeva pudo sentir el amor que le tenía a la mujer—. Y, al enterarse de que abandonaba el reino de Mieko para irse con un trabajador de clase media, le quitaron todo el dinero que ella tenía y le negaron la herencia. Así que se puso a trabajar con mi padre, los dos se convirtieron en artesanos, pero no conseguían mucho dinero, llegando al punto en el que tenían dos negocios que mantener.

»Entonces nació yo, el primer hijo. Desde pequeño me enseñaron el oficio de la cerámica y lo disfrutaba, pero cuando eres niño solo quieres jugar.

»Llegó un momento en el que yo demostré esa rebeldía que había tenido mi madre de joven, y empecé a cometer errores, a desobedecer. A no hacer lo que se me pedía. Mi madre le decía a padre que era normal, que estaba en esa edad, a punto de ser un adolescente. Pero a mi padre lo habían criado de una forma, y a mi madre de otra. Así que cuando no hacía lo que debía, había un castigo. Por ese entonces, mi hermana ya había nacido y tenía más de siete años.

Daeva entonces entendió a qué tipo de castigo se refería y no hacía mucho había visto los resultados de esos castigos en él, en su propia piel. Brennan continuó su historia mientras miraba las luces encendidas de la cocina de su antigua vivienda.

—Mi madre no lo sabía, y mi padre me obligaba a mentirle, diciendo que las heridas eran por peleas. Ella me apuntó a clases de autodefensa. Me enseñaron sobre el equilibrio, la fuerza y los puntos ideales donde golpear. A veces tenía ganas de devolverle los golpes a mi padre... Pero nunca lo iba a hacer.

»Llegamos a un punto en el que nuestra economía empeoraba cada vez más. Yo empecé a trabajar en otra pequeña empresa fuera de la nuestra. Necesitábamos el dinero, mi madre estaba enferma y los medicamentos eran caros. No me enorgullezco de las cosas que hice, pero no habría cambiado nada, hice lo que tuve que hacer, y lo hice por amor a mi madre. Me metí en líos fuera de la ciudad, pero conseguí el dinero para que ella volviese a vivir como antes.

»Entonces, mi padre empezó a apostar, justo cuando yo estaba a punto de independizarme e irme de la ciudad. Se volvió adicto al juego, a esa adrenalina de no saber qué pasará, de la posibilidad de perder, pero también de ganar. Gastaba mucho dinero en esos sitios y mi madre, mi hermana y yo trabajábamos más horas de las que nuestro cuerpo podía para mantener a la familia. Aun así, ellas siempre seguían sonriendo.

»Entonces ocurrió lo inevitable, mi hermana y mi madre se metieron en esos líos de los que yo había podido salir sin perder casi nada. Mi padre, aparte de ser artesano, había trabajado varias veces con la reina Morana, le había hecho jarrones y utensilios personalizados; ella estaba muy contenta con su trabajo, así que nos permitía ir a palacio siempre que quisiéramos.

»La reina tiene una sala en su castillo lleno de cuadros y mi hermana desde pequeña adoraba pintar, se podía pasar horas mirando esas obras de arte. Morana le cogió incluso un poco de

cariño a mi hermanita, a veces me contaba que la reina no era tan mala como parecía, que incluso era graciosa, se ve que comentaban las obras y las pinturas.

»Gracioso, ¿no? Mi hermana, nacida en una casa que se caía a pedazos, que ya no éramos ni considerados trabajadores de clase media, se llevaba bien con la gobernante del reino. Mi madre lo veía como algo bueno, y yo no quería que ellas dos fuesen infelices, así que nunca dije nada.

»Caímos en la pobreza como nunca, y a mi padre se le ocurrió la idea de robarle algo a la reina. Yo veía de lejos que ese plan no podía salir bien y me desentendí por completo, yo ya tenía un pequeño piso compartido con dos antiguos compañeros de la escuela.

Brennan soltó un largo suspiro. Daeva empezaba a entender por qué Sahil lo había elegido. Empezó a unir cables, a crear posibilidades y varias historias. Brennan había estado en palacio, y su hermana tenía relación con la reina. Eso fue lo que hizo que Sahil se interesara por él.

—Estaba comiendo cuando unos guardias me hicieron ir a palacio de inmediato, me cogieron por los brazos y me llevaron. Algo malo había pasado, y yo estaba aterrorizado por si ese estúpido plan se había llevado a cabo. Llegamos a la sala principal del castillo, en el salón de bailes. Fue entonces cuando vi a mi familia arrodillada ante la reina Morana, observándolos desde su trono.

»Me miró y me mostró un collar de rubíes. Me contó que había encontrado a mi hermana corriendo hacia la puerta del palacio con el collar en uno de sus bolsillos, unos bolsillos demasiado pequeños. El collar, por la inercia del movimiento, cayó al suelo y la reina se dio cuenta.

»Pidió que la arrestaran. Fuera del palacio mi madre y mi padre la esperaban para sacar las piedras del soporte de oro.

»Cuando terminó de explicarme los acontecimientos, mi madre chilló y pidió que no me castigaran a mí. Que yo no lo sabía. Y era mentira. Yo lo había sabido, me había apartado esperando a que cambiaran de opinión, que se dieran cuenta de que no podía salir bien. Supongo que las situaciones desesperadas siempre hacen que hagas cosas desesperadas. Ellas siempre habían sido más centradas, no tenían una mente retorcida, pero la avaricia de mi padre fue influenciando poco a poco a mi querida y dulce madre. Mi hermana solo era una joven adolescente que quería complacer a su padre, como yo había querido durante un periodo de tiempo.

Brennan hablaba con una voz tranquila, y un poco temblorosa, como si estuviera al borde del llanto, pero las lágrimas no aparecían, no las dejaba salir. Como si toda esa historia estuviese presente en su día a día, y su voz quisiera soltarla, pero su cuerpo y mente no. La asesina lo entendió, el chico se aferraba al recuerdo de su familia, y era lo que lo mantenía a flote, pero a su vez lo llevaba a la deriva.

—No puedo seguir viendo esa casa.

—Vayamos a otro sitio —Daeva le propuso.

Notaba ese nudo en la garganta, y quería parar de explicar su historia, pero sentía que necesitaba hacerlo ahora, que antes de morir necesitaba sacárselo de encima. No se lo había contado a nadie y creía que la historia de su familia merecía ser contada.

—La reina Morana creyó a mi madre, creyó en su dulce voz y en la posible bondad de un corazón que había pecado. Después, la reina me miró, alzando una ceja y seguidamente sonrió.

Mi familia empezó a chillar, y aunque los gritos de mi padre eran fuertes y graves, estos fueron opacados por los de mi madre y mi hermana. Yo no pude moverme, me tenían agarrado, pero también sabía que si me movía también me matarían a mí, y no quería hacerle eso a mi madre. Había mentido a la mismísima reina para que yo pudiese vivir.

Mientras lo contaba notaba cómo las palabras le pesaban, le costaba, pero igualmente siguió. Sintió que si miraba a la asesina, rompería a llorar, así que mientras caminaban se centró en las piedras del suelo.

—Sus gritos agudos y desesperados llenaban mis oídos, me rom-pían por dentro. Vi sus lágrimas, escuché sus plegarias, y después vi cómo la sangre manchaba el suelo de la sala de baile, vi cómo le cortaban la cabeza a las dos personas por las que habría hecho lo que fuera. Y yo no pude hacer nada. La reina alzó las manos al aire y las cabezas de mi familia cayeron al suelo.

»Sentí que iba a vomitar, pero solo logré desmayarme. Me desperté en mi cama con un montón de documentos que firmar sobre el negocio familiar, la herencia y los papeles de la casa. Todo se me juntó y decidí marchar de la ciudad. Venderlo todo y salir de ahí. No tenía planeado volver —soltó aire y esperó a que las lágrimas salieran, pero no lo hicieron. Nunca habían salido—. Creo que, inconscientemente, odio a Morana por haberme dejado aquí a mí.

Daeva se quedó callada, y él la miró, buscando a ver qué sentimiento provocaría su historia en ella.

—Lo siento.

—No sientas pena por mí.

—No puedo evitarlo —incluso Daeva hizo un gesto de sorpresa al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—No puedo cambiar el pasado, y que mi padre me castigase lo tengo superado. Pero esa escena aún vive en mi mente. Y realmente es una de las cosas que me ha hecho ser como soy, no eres consciente de la culpa que llevo dentro, pero tú cambiarás eso. Cuando tengas lo que deseas me matarás, y yo podré descansar finalmente. No supo descifrar la expresión de la chica, parecía sorprendida ante sus palabras, así que quiso liberar tensiones.

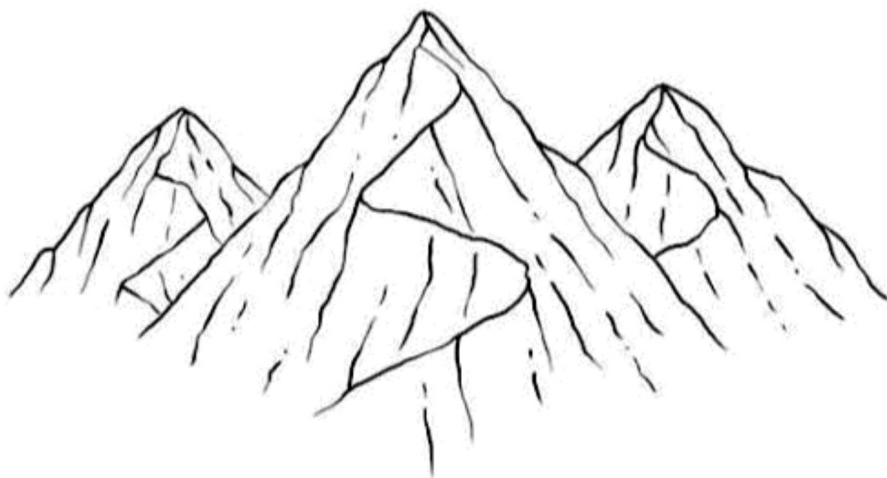
—¿Quieres comer? Conozco un buen sitio.

La asesina asintió y lo siguió calle arriba, aún sin decir nada, como si estuviese almacenando toda la información que soltaba.

—¿Se lo has contado a alguien alguna vez?

—Solo a ti —admitió Brennan.

Habían pasado unos tres o cuatro años desde aquella tarde, y había estado dos de esos negándose a pensar sobre lo que vio, a no sentir ningún tipo de sentimiento hacia esas imágenes. Pero entonces empezó a sentirse decaído, la culpabilidad, la sensación que opacaba su pecho, la tristeza empezó a invadirle, fue cuando dejó de sentir otra cosa que no fuera un vacío inmenso. Y esa imagen aparecía cada mañana cuando se levantaba, pero incluso había veces en la que se obligaba a recordarla, para decirse a sí mismo: «Deberías haber sido tú, no te mereces estar viviendo mientras ellos están en-terrados bajo tierra».



CAPÍTULO 11

Sentía que había roto una de sus reglas.

Había sentido empatía por el chico, y eso le ablandaba el corazón. No conocía a mucha gente, pero había escuchado todo tipo de historias, y realmente esta había sido más fuerte de lo que esperaba. No podía evitar sentirse mal por el pasado de Brennan. Ella no era así, no se ablandaba con sus víctimas. Nunca, no se lo permitía.

Y ahora todo cobraba sentido, poco a poco todas las piezas de ese gigantesco puzle se iban juntando hasta crear una historia con pies y cabeza. Esa era la cuenta que Hinsén tenía que saldar con la reina Morana. Aunque, viendo el panorama, se notaba que él no sería capaz de matarla, pero con esa información, y el posible odio que él tenía hacia su reina, podría empezar a soltar lo que quisiera a los enemigos de la gobernante.

Le había contado todo a la primera, era cuestión de tiempo que alguien se diese cuenta de los rumores y fueran a por él. Tenía la esperanza de que, para ese momento, quedase aún un largo tiempo. Se sentaron en el pequeño restaurante y pidieron comida. El estómago le demandaba proteínas y energía, ansioso por probar bocado de alguna delicia del reino.

—¿Estás bien? —Se encontró a sí misma preguntando al chico que había perdido tanto.

—No tienes que preocuparte por mí, no quiero que me trates distinto.

—Solo quiero que puedas avanzar.

Daeva se sorprendía al estar hablando de una forma tan calmada con él, hacía tiempo que no tenía una conversación tan natural con alguien, y ese pequeño pensamiento le hizo revivir algún que otro recuerdo con sus amigos. Un recuerdo que parecía muy lejano. ¿Tanto tiempo había pasado desde que los había visto?

—¿Para superarlo y después morir? No tiene mucho sentido. Y en serio, que me trates de forma distinta no cambiará mi destino y lo que harás.

—Solo quiero hacerte una pregunta.

—Suelta.

—¿Por eso quieres morir?

—¿Sabes lo que es vivir sabiendo que ellas están muertas? —Torció la cabeza—. Es un dolor tan grande que me siento vacío. Llevo meses sin conseguir sentir nada, y de repente vienes tú y haces que por un simple segundo quiera luchar —resopló—. Yo no debería estar vivo, y no soy capaz de hacerlo por mí mismo porque soy un cobarde.

—No eres cobarde.

Al contrario, era más fuerte y valiente de lo que él pensaba.

—Dejemos de hablar de mí —dijo Brennan. La asesina intentó concentrarse otra vez en la gente de la calle, dejar las cosas como estaban. Pero no podía dejarlo pasar, y le irritaba el no poder hacerlo.

—¿Lloraste?

Al perder a alguien, una gran parte del proceso de duelo es aceptar la pérdida y llorar. ¿Por qué los humanos somos tan reacios a llorar? Este acto se percibe como una debilidad para muchos, pero es necesario, al igual que reír o sentir rabia. Todas las emociones existen por algo, y depende de cada persona viviremos una más que otra.

Y al vivir algo tan fuerte como una pérdida de ese tipo, es necesario permitirse derrumbarse. Porque una vez tocas fondo, todo es ir hacia arriba. Imagínatelo como un pozo, uno en el que caes y caes, dejando que la oscuridad te engulla, por un tiempo es aceptable, pero llega un punto en el que debes conseguir poner una cama elástica al fondo, para volver a subir y saltar, para salir de ese pozo y volver a la realidad.

El dolor siempre va a estar ahí, algo así es imposible de olvidar, pero una vez te derrumbas, poco a poco, se hace más fácil sobrellevarlo. El dolor no desaparece por arte de magia, somos nosotros quienes tenemos que aprender a minimizarlo. Llega un punto en el que te duele, pero lo aceptas y lo dejas en el pasado. Ahí termina la fase del duelo, y eso no significa que ya no los echas de menos, eso no significa que ya no los quieras. Y es totalmente válido pasar página.

—Sé por dónde quieres ir. Y no, no me he permitido esa fase del duelo —respondió como si le hubiese leído la mente.

—Te está consumiendo por dentro.

—Yo solo... Quiero terminar con esto. Estoy agotado. Cansado de luchar. Por favor, terminemos con esto y déjame descansar.

Daeva no podía evitar sentirse mal, pensar en cómo alguien tan joven podía estar tan cansado, se le hacía una experiencia muy fuerte. La asesina notaba como su barrera de hielo se derretía, cómo el rehén había conseguido que se volviera un poco débil. No pasaría nada por empatizar un poco con el chico, ¿no?

Él había decidido que nada cambiaría su forma de ver las cosas, de vivirlas. Así que ahora solo podía seguir con su trabajo. Miró por la ventana, la mesa le proporcionaba vistas al mercado, ya no había tanta gente, los demás estaban comiendo al igual que ellos.

—Al final no me contaste eso del cansancio.

—¿En serio quieres saberlo?

—Sí.

El chico resopló, pensando en si contárselo o no. Una parte de ella quería saberlo, entender el porqué. Maldita su curiosidad.

—Después de lo de mi familia, me sentía mal y triste, y uno se cansa de sentirse así. Y para

evitar llorar, para evitar aceptarlo y dejar que el recuerdo marchara y que no me atormentara, me obligué a no sentir. Sé que están muertos, pero, si no hago la fase de duelo, siempre estarán conmigo de alguna forma u otra. Y estoy cansado de intentar ser feliz, de pensar en cosas buenas cuando sin ellas no hay nada así. Y soy consciente de que mi felicidad no debería depender de otras personas, pero cuando quieres tanto a alguien...

—Al final una parte de tu felicidad termina dependiendo de ver a esa persona.

—Exacto. Estoy cansado, tan cansado, que me cuesta mares levantarme de la cama, hacer cosas que cualquier persona puede hacer fácilmente. Y me cansé de sentirme triste, así que me focalicé en otras cosas. Encontré un trabajo y mantuve mi mente lo suficientemente ocupada como para no pensar. Porque mi mente no para, y sé que a muchos les pasa lo mismo, que piensan demasiado, que se cuestionan muchas cosas y eso. Pero mis pensamientos se opacan por el recuerdo de que ellas ya no están, y mi cerebro da vueltas y vueltas a eso. Estoy cansado de pensar, y tú vas conseguir que lo deje de hacer. No le tengo miedo a la muerte.

—Lo he notado.

—Entonces, terminemos con esto. Yo te cuento lo que quieras y después haces lo que desees conmigo.

—Entonces hagámoslo rápido. No sé cuánta gente está interesada en encontrarte.

—Podrías dejar que me mataran ellos, al fin y al cabo, creo que ya tienes bastante información.

Lo miró como si la hubiera ofendido.

—¿Sabes por qué soy tan buena en mi trabajo? —Alzó las cejas y él negó con la cabeza—. Nadie me quita lo que es mío. Y tú estás bajo mi protección. —La asesina se cruzó de brazos—. Aparte de que no te conviene que nadie sepa de tu existencia, ni de tu poder.

—Yo no tengo ningún poder.

—Tus palabras valen más que tu propia vida ahora. Si más gente conoce los rumores, por los cuales he tenido que sacarte información, vendrán a por ti.

—Yo nunca he valido algo.

—Quítate esa maldita idea de la cabeza. Entiendo que no quieras valorarte, ni salvarte. Pero, mientras te tenga conmigo, déjate vivir un poco. ¿No crees que deberías hacerlo antes de morir? ¿No has pensado en que a lo mejor debes enfocar de otra forma las cosas?

—No hace falta que me hagas de psicóloga.

—Pues te jodes, porque lo voy a hacer. Pero tranquilo, eso no cambiará mis planes —sonrió un poco enfadada—. Realmente piensas que la única solución es morir, porque sientes que no deberías estar viviendo mientras ellas no están aquí. ¿No te has planteado que quizás, deberías vivir por ellas? Aprovechar la vida que ellas no pudieron disfrutar.

Hinsen no respondió, se quedó callado. Trajeron la comida y se quedaron la mayor parte del tiempo en silencio mientras devoraban las maravillosas delicias del restaurante. El chico que estaba sentado delante de ella soltó un jadeo al probar un trozo de su guarnición.

—¿Qué pasa?

—Lo había echado de menos, este sabor. —El rehén sonrió, y se alegró de verlo hacerlo.

—Cuéntame.

A partir de ese momento a Daeva le empezó a agradar escuchar a Brennan hablar, sobre todo

de cosas que le gustaban. Le contó que su madre acostumbraba a preparar ese plato, y que siempre repetía, era uno de sus preferidos. Nunca había aprendido a hacer la receta, su madre la guardaba bajo llave, por así decirlo. Le explicó que había probado mil veces de hacer ese plato, pero casi siempre se le quemaba la comida, no había sido hasta hace unos años que había aprendido el arte de hacer macarrones. La única comida que le salía de una manera decente.

Daeva rio ante la historia. Se permitió hacerlo, se permitió sentir que esa era una comida entre dos amigos que hablaban de anécdotas del pasado, se permitió olvidarse del trabajo, sobre las dagas que llevaba encima y de lo que habían venido a hacer. Pudo reír libremente por unos minutos, y se dio cuenta de que Brennan se había sorprendido la primera vez que ella se había reído. «Algún día deberías deshacer esas barreras». La frase de una promesa, aún sin cumplir, hizo eco por su mente.

Salieron del restaurante poniéndose las capas. El descanso había terminado, y Daeva volvería a ser la misma chica distante y fría durante las siguientes horas, pero se dejó decir una última cosa.

—Hinsen —el chico se giró ante la llamada—. Estás más guapo sin barba.

La asesina pasó por su lado, con una pequeña sonrisa y dándole un toque con el codo. Caminaron hacia el castillo, observando el exterior, contando las ventanas, los patios y las puertas, todas las torres y las zonas por las que se podrían entrar fácilmente. Cuando Daeva sintió que ya había visto suficiente, salieron de la ciudad y cogieron el tren. Continuaba un poco nerviosa por el traqueteo del ferrocarril, pero esta vez había sido más fácil acostumbrarse. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cristal, deseando dormir un rato. Pero, para asegurarse de que Brennan no se escapaba, dejó que sus piernas se tocaran, si notaba una falta de calor corporal en su pierna derecha se daría cuenta de que el rehén no estaba y se despertaría.

Ya era de noche, durante el invierno el sol no los iluminaba por tantas horas, y aun así debía ser media tarde. No estaba acostumbrada a esas temperaturas, el frío le recorría los brazos y llegaba hasta las costillas, la asesina temblaba dentro de su capa. Para no pensar en el tiriteo, se concentraba en lo que le diría a Sahil en sus futuras cartas y repasaba toda la información. Había memorizado las calles, debería dibujar un mapa.

Poco a poco, el tiriteo de su cuerpo fue disminuyendo, pensando que su táctica había funcionado, pero al entreabrir un tanto los ojos, se dio cuenta de que había algo más encima de ella, una capa que no era suya. Observó su entorno calmadamente y el olor de algo distinto la envolvió, un perfume dulce y acogedor que ya había olido una vez. Para su sorpresa, se giró a mirar al rehén, quien tenía los brazos cruzados y los ojos cerrados. Pero lo que más le sorprendió fue darse cuenta de que la capa que tenía encima de ella era la del chico. El calor la fue envolviendo un poco más, hasta que su cuerpo se tranquilizó y se sumió en un sueño suave y liviano.

Quizás el rehén no era tan peligroso como pensaba.

El silbido del tren la despertó al cabo de unas horas y encontró a Brennan mirando a las demás personas. ¿En qué debería estar pensando? A Daeva normalmente no le importaba tanto los pensamientos de los demás, pero en cambio, sentía la necesidad de saber lo que pensaba ese chico. ¿Por qué?

Mientras se levantaba del sillón, le devolvió la capa, como si no hubiese significado nada. Caminaron hasta el apartamento que habían ocupado y cenaron sobras de otros días. La asesina decidió que Brennan podría empezar a dormir en el sofá, pero ella tenía todas las ventanas y puertas cerradas con llave, por si acaso.

—¿En serio?

—Le estoy haciendo un favor a tu espalda —dijo, pensando que de esa forma también se autoconvencería de que era por eso y nada más—. La verdad es que necesito que estés activo. Si no, ya me dirás cómo no vas a cansarte cuando te haga hablar más sobre lo que necesito.

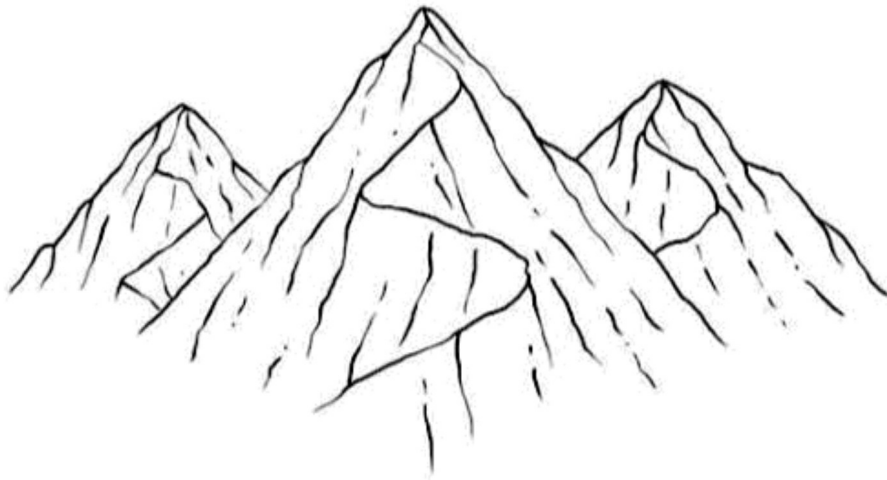
Le dio las gracias, se tumbó en el sofá y se colocó a su gusto. La asesina salió del comedor y juraría que había escuchado un «Buenas noches» cuando entró en la habitación donde ella dormía. Se quitó las dagas de encima y cambió las ropas de cuero negras por unos pantalones cómodos y un jersey, no era lo mejor en caso de que los atacaran de sorpresa, pero era mejor que dormir en un camisón. Guardó la daga de libélula debajo del cojín y se sentó en el escritorio para escribir.

Estuvo por un par de horas explicando con detalle todo lo que había ocurrido, pero no escribió sobre la historia de Brennan, ni de la conversación en el restaurante. Ese recuerdo y conocimiento se lo quedaría para ella, a Sahil no le importaría saber nada sobre el chico, sino sobre la información valiosa, como las entradas de la ciudad, las montañas que la rodeaban, las zonas donde podía encontrar tiendas de armas, las zonas ricas, etcétera.

Preparó los sobres y salió del apartamento sin hacer ruido, para pedir que enviaran el correo lo antes posible a la dirección correspondiente.

—Justo hoy hemos recibido una carta para usted.

El hombre mayor le dio un sobre blanco con la firma de Sahil, le dio las gracias y volvió al apartamento.



CAPÍTULO 12

Las imágenes volvieron a su mente y cerró los ojos con aún más fuerza, como si eso pudiera evitar algo. Estaba en el salón de baile, veía a su madre gritando y a su hermana llorando mientras negaba con la cabeza. No miró a su padre, realmente no sentía casi pena por él, lo había querido, pero le había hecho mucho daño.

Los guardias lo sujetaban para que viese esa desgarradora escena cuando alguien más apareció en la sala.

Una chica estaba a su lado, esperando a que todo ocurriese. Brennan dejó de observar a su madre y a su hermana y posó los ojos en esa chica de pelo negro y blanco que estaba de pie junto a los guardias. La chica le devolvió la mirada.

—Todo va a salir bien —susurró, y seguidamente escuchó las cabezas impactar contra el suelo.

El chico no apartó la vista de ella, y cuando volvió a mirar se dio cuenta de que ningún arma se había manchado de sangre. Al contrario, era la reina a quien le caía una gota de sangre de la nariz. ¿Alguna vez llegó a ver las espadas cortando sus cabezas? ¿Había estado demasiado asustado para darse cuenta de lo que realmente ocurría?

Los guardias lo soltaron y cayó de rodillas contra el suelo de mármol. Y por primera vez, de entre todas las repeticiones de esa escena que había visto, al caer al suelo, lloró. Dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas, mojando su cara, se dejó acceder a ese vacío oscuro y sin fin. Se quedaba sin energía por momentos, las rodillas dolían, las manos temblaban. Ya no estarían con él nunca más.

La tristeza y el dolor le corrompieron el alma. Nunca había logrado sentir tanto sufrimiento como en ese momento, ya no solo le escocían los ojos, sino que todo su cuerpo dolía.

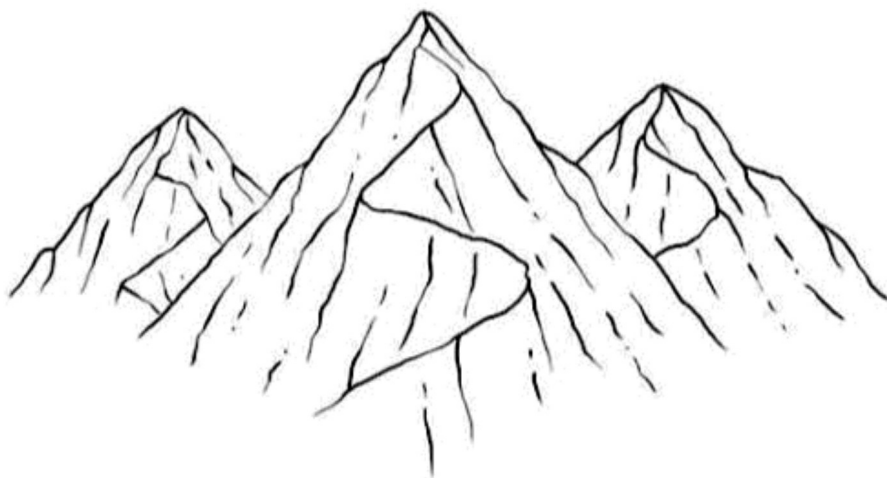
El dolor es una plaga, que empieza en el corazón y se desliza por todas las partes del cuerpo.

Se quedó en el suelo y esa muchacha de ojos azules verdosos lo abrazó por la espalda, y él se dejó consolar. La chica le susurró que lo superaría, que todo pasaría, que no había hecho nada mal, que no tenía que sentirse culpable. Brennan escuchó las palabras entre los sollozos. La chica

se puso delante y lo abrazó, acercando su cuerpo lo máximo posible, y él no pudo negar el contacto, porque lo necesitaba. Necesitaba que alguien le dejara romperse del todo. Porque estaba roto, tenía grietas y no se dejaba arreglar.

No se permitía estar mejor.

El chico que creía haber perdido la esperanza, se despertó del sueño y se secó las lágrimas que había derramado sin darse cuenta. Levantarse del sofá se le hizo más fácil que de costumbre, caminó hasta la habitación de su secuestradora, esta dormía. Se apoyó en el marco de la puerta.



CAPÍTULO 13

No lograba recordar la última vez que había llevado un vestido, que había lucido un collar, tacones y pendientes. Se sentía una impostora en ese pequeño podio delante del espejo. La costurera tomaba las medidas de su cuerpo, siendo meticulosa y completamente profesional.

Brennan estaba medio dormido en una silla. Esa mañana lo había visto con unas ojeras difíciles de ocultar. ¿Sería por lo que le había contado ayer? No se había atrevido a sacar el tema, a preguntar. Incluso a ella le había costado iniciar la conversación esa mañana.

—¿El baile de la reina? —Hinsen frunció el ceño—. Pero si solo los empresarios más importantes y la gente de clase alta pueden entrar, ¿cómo esperas infiltrarte?

—He conseguido invitaciones —Daeva explicó tranquilamente, sin embargo, su respuesta pareció desconcertar más a su rehén—. Tengo mis contactos, y mi cliente se involucra mucho en su trabajo.

—No puedo volver ahí... —La respiración del chico empezó a entorpecerse, sus ojos perdidos no miraban a nada en concreto—. La sala de baile, yo...

Daeva posó la mano en su espalda desnuda, Brennan se estaba limpiando delante de ella, como la última vez. El contacto de su fría piel fue lo que le hizo salir de un desgarrador bucle.

—Todo irá bien.

Brennan ahora yacía mucho más tranquilo en ese cómodo sillón de la tienda de costura. La carta lo había dejado todo claro, Sahil necesitaba conocer el interior del castillo y ella debía averiguar cada rincón. En unas dos semanas habría el esperado baile de Morana, en el cual se celebraba el aniversario de la reina, y su cliente se había encargado de que, tanto ella como su rehén, tuvieran una invitación.

Se harían pasar por unos empresarios de algún pueblo lejano a la capital, la reina no conocía a todos sus súbditos, empresarios, mercenarios y familias. Pero es que eso, para cualquier gobernante, era casi imposible. Solo los empresarios y gente adinerada conseguían una entrada. Entrarían en palacio y descubrirían los mejores pasadizos, vigilarían cuántos guardias había, los atuendos... Entrar no era lo complicado, lo difícil sería que no reconocieran a Brennan.

—¿Tiene alguna idea sobre el tejido que quiere? ¿El patrón? ¿El corte?

La mujer bajita con los ojos almendrados y estirados la miraba con una sonrisa enorme.

—No tengo ni idea de vestidos.

—Tranquila niña, yo te ayudo. Tengo unos diseños de mi ahijada que podrían quedarte genial.

La hizo bajar del pequeño podio, había tenido que dejar todas sus dagas en el apartamento, y la sensación de desnudez y desprotección la había acompañado durante toda la mañana. Había elegido una tienda con mucha clientela, así no sería tan extraño las varias sesiones con la modista.

La llevó al tablero donde había varios esbozos de vestidos, algunos coloridos, otros más neutrales, con escotes pronunciados, tallajes ajustados, telas suaves y vestidos pomposos, había de todo.

—La temática es el invierno. ¿Podrías encontrarme algo con lo que no destacar mucho?

Debían pasar desapercibidos entre la multitud. Daeva lo tenía claro, deberían colarse en las otras salas del palacio y actuar como si estuviesen perdidos mientras los demás invitados bailaban y comían.

—Con lo bonita que eres deberías ser el centro de todas las miradas. —Le guiñó el ojo.

—El foco central debería ser la reina, no una simple empresaria.

—Sé que a su majestad le gusta ser el centro de todo, normal, es la reina.

Sacó una carpeta con muchas hojas y unos separadores gigantescos, fue pasando página por página hasta que encontró la sección de invierno, la miró repetidas veces.

—Podríamos ir con un tono blanco.

—¿No resaltaría mucho?

—Combinaría con la parte de tu pelo blanca.

Estuvieron mucho rato mirando telas, la mujer la iba aconsejando sobre los mejores tipos de vestido para cada cuerpo femenino.

—Necesito algo que me permita moverme con facilidad, y que no muestre mucho mi pecho, no quiero estar preocupada sobre si se va a ver más de lo necesario.

Cogió una hoja en blanco y comenzó a esbozar líneas y un cuerpo, dibujaba su cuerpo y creaba formas sobre este. La parte superior iba a ser ceñida, para ayudar a mantener todo en su sitio, las mangas largas y una pequeña abertura en medio del pecho donde se podría ver un poco su piel, no llegaba hasta muy abajo, pero era suficiente. A partir de la cintura caía una falda mucho más suelta. Daeva pidió que la parte inferior tuviera uno o dos bolsillos. El vestido llegaba hasta los pies y los tapaba.

Se escuchó un ronquido de fondo.

Cuando la mujer terminó el esbozo lo miró y se lo enseñó a la asesina.

—¿Para cuándo lo podrías tener listo?

—Tengo un gran equipo de costureras, para el lunes podría tener el esbozo en físico, con una tela muy barata. Una vez terminemos de cuadrar tu cuerpo con el patrón escogeremos el color y la tela. Aunque te recomendaría algo como el satén.

—Confío en tu trabajo, sé que harás lo mejor. Escoge tú, eres la profesional.

—Si necesitas algo más ven cuando quieras.

—Gracias.

—¿Y para el señorito? —La mujer miró a Brennan—. Tenemos trajes.

Despertarlo sería una pena, el pobre parecía estar descansando. El siguiente ronquido fue aún más fuerte, Daeva quiso esconderse de la vergüenza. Quizá al final no sería tan mala idea despertarlo. Un tanto abrumada por la situación fue hasta el sillón y le pegó no muy suavemente en el hombro. Brennan se despertó del susto y casi pegó un salto, sin embargo, solamente la buscó a ella con los ojos.

—¿Pasa algo?

Daeva se cruzó de brazos y le mostró la tienda, recordándole dónde estaban. Hinsen se levantó rápidamente y se limpió la pequeña baba que colgaba de su boca. Pidió mínimo unas cinco veces perdón a la dueña y la asesina no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Sígame señorito.

Obedeció sus órdenes y caminaron hacia la zona llena de trajes de distintas medidas. Daeva se quedó en su sitio, dejando que la mujer lo guiase por la tienda. Estuvieron cogiendo medidas, la dueña se frotaba la barbilla pensando y cuestionándose qué talla le vendría bien al chico. Finalmente, después de probar por lo menos diez conjuntos y telas, Brennan salió para que Daeva diera su opinión. Ahora era ella quien estaba sentada en el sillón. Aunque ella, al menos, no estaba durmiendo. La asesina notó como las manos de su rehén temblaban. Estaba nervioso, caminó hacia ella. ¿Esperaba su aprobación? Se cruzó de piernas y reposó sus brazos entrelazados sobre la rodilla, mirándolo de arriba a abajo.

—Este da el pego —dijo con su voz neutral.

—Solo debería ajustar la parte inferior de la espalda para que se adhiriera mejor al cuerpo, y el resultado quedará genial.

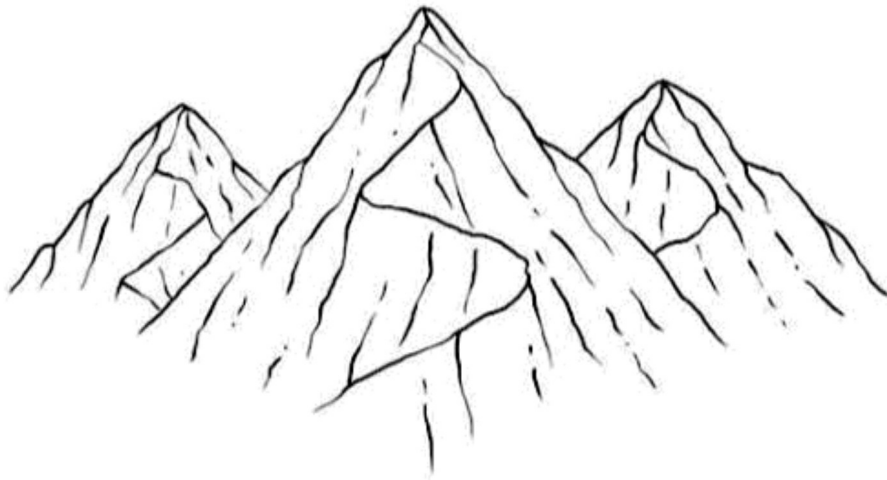
Se levantó del sillón y se acercó a Hinsen. Él no se atrevió a moverse ni un milímetro, al menos no hasta que la dueña lo llevó delante de un espejo. Ella los siguió. Se le hacía tan raro verlo con esos atuendos, lejos de los jerséis a medio deshacer. Daeva caminó, observando todo y al levantar la mirada, sus ojos se encontraron con los de él a través del reflejo.

Hinsen no apartó la mirada, y eso fue lo que la intrigó. Aunque quizá él no lo notara, nunca conseguía mantenerle una mirada fija y directa, esos ojos marrones terminaban volteando a otro lado. Sin embargo, esa vez, aguantó. Daeva vio lo que intentaba hacer. Estaba intentando probarse a sí mismo a ver si era capaz. Eso no la ablandó, alzó la barbilla lentamente, torciendo un poco la cabeza, como cuando lo analizó esa primera vez en el apartamento.

Él no flaqueó.

No obstante, entendió la técnica del chico. Brennan tenía unos ojos vacíos y ausentes. Simplemente no estaba pensando en nada, no estaba sintiendo nada. Algo apareció por el rabillo del ojo y la asesina no logró mantener por mucho más la mirada. El instinto la llamó, y menos mal que lo hizo.

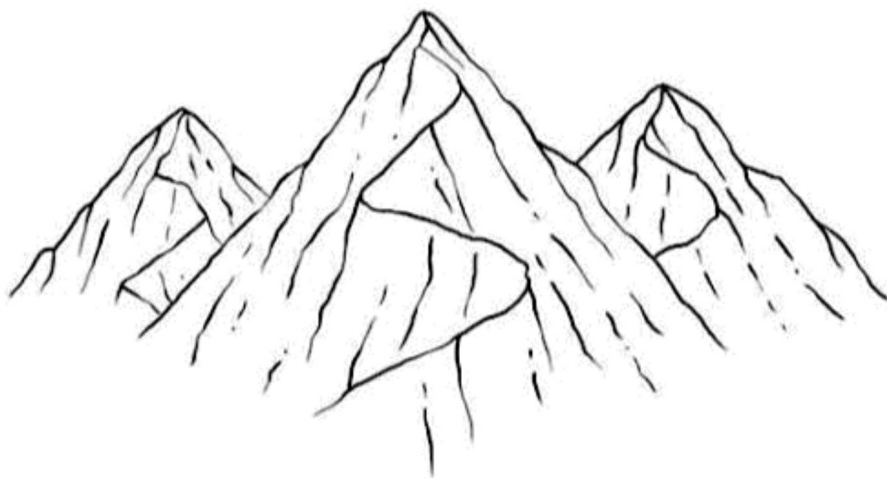
Había alguien mirando a través del cristal.



CAPÍTULO 14

Hagas lo que hagas, asegúrate de que nadie te reconozca en el mundo de los asesinatos. Uno tiene más enemigos que amigos, y la honestidad escasea. Así que se recomienda que, si te reconocen, empieces a correr.

Porque si además tienes la mala o, la buena, suerte de que te llames Daeva Maude, las cosas pueden ponerse feas si no se actúa con rapidez.



CAPÍTULO 15

Había ganado.

Por primera vez Brennan había ganado, había aguantado, había sido fuerte, no se había rendido, y había conseguido una victoria. Sin embargo, se notó un cambio en el ambiente, podía ver una espalda tensa. Daeva estaba trazando un plan. Algo había pasado.

—¿Sabes? Una de mis nietas busca un muchachote como tú. — La amable mujer de la tienda le guiñó un ojo cómicamente.

—No estoy interesado —respondió con una suave sonrisa y rápidamente fue hacia Daeva. Aún llevaba el traje que le quedaba un tanto grande, pero no le importó.

Posó la mano en su hombro y bruscamente su secuestradora se giró. Ojos de asesina, de muerte. Definitivamente había pasado algo. Daeva dio un paso hacia atrás, alejándose de su contacto y a Brennan le dolió un poco ese corazón que pensaba que no podía doler más.

—Quítate eso —miró su traje.

El rehén fue rápidamente al vestidor para deshacerse de la ropa y salió de nuevo con sus cómodas prendas. Se había sentido como un disfraz el traje, la imagen que había tenido de sí mismo en el espejo mostraba alguien con una vida muy distinta a la suya. Para cuando se dio cuenta, Daeva ya estaba fuera de la tienda esperándolo, con la capa puesta y encapuchada. Se despidió de la forma más corta posible de la señora mayor y también se encapuchó.

La asesina no titubeó y directamente lo cogió del brazo para que caminara a su ritmo. Brennan no tuvo dificultades en seguir el paso rápido de la chica, pero sí que esa mano que lo tenía cogido empezaba a doler un poco. No obstante, no dijo nada.

—¿Se puede saber a dónde vamos?

No respondió, y eso solo hizo que realmente se preocupara. Podía ver cómo Daeva no paraba de mirar a todos lados. Lo llevó por callejones que nunca usaban, calles que él conocía pero eran demasiado estrechos como para ir cómodamente. Se alejaron de las calles principales y eso solo podía significar una cosa. Brennan dejó que todas las posibilidades entraran en su mente, pero

estaba con ella, cualquier cosa iría bien.

Caminaban escondiéndose bajo los toldos de las tiendas cuando Daeva se colocó a su lado, relajando un poco el ritmo.

—Si ahora mismo alguien de repente viene hacia ti con intención de darte un puñetazo... — Brennan lentamente voltea la cabeza para mirar con una expresión preocupante a la asesina. Ojos fruncidos, boca entreabierta. Sin embargo, Daeva sigue con total seriedad. «¿Qué cojones está diciendo esta mujer?». —. ¿Crees que podrías ganar?

—¿En un combate cuerpo a cuerpo?

La chica se detuvo y lo miró con obviedad.

—¿De qué estaría hablando si no?

—Creo que me falta contexto... —se mordió el labio inferior, esperando.

—No te hace falta nada —dijo seria y volvió a caminar—. Tú solo debes decirme si podrías ganar una batalla cuerpo a cuerpo ahora mismo.

—¿Debería preocuparme?

Y así, escondiéndose de alguna cosa inexistente para Brennan, llegaron al piso. La asesina entró hecha una furia, maldiciéndose a sí misma por lo bajo. Él intentaba ayudar, meter las cosas dentro de la maleta de la chica, aunque sinceramente no sabía ni qué ocurría.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—¿Qué pasa? —Brennan se acercó.

—No hagas preguntas.

La asesina ponía las pocas cosas que tenía dentro de las maletas, cogía las cartas a toda prisa, pensando a mil por hora, calculando todas las posibilidades de que ese hombre fuera un espía. La había mirado, por más de cinco segundos, y la forma en la que se había ido... Algo no cuadraba en la mente de Daeva. ¿Acaso alguien la vigilaba? No podía ser quien pensaba que era. Sus pocos esbirros no llevaban capas rojas, pero a lo mejor había empezado a utilizarlas hace poco. No podía ser él. ¿Verdad?

Si venía le partiría la cara en dos, el odio y el asco la llenaban. ¿Él? No sería tan idiota como para ir a por ella.

Quizás sabían lo de Brennan.

Paró de recoger las cosas y miró a su rehén.

—Nos hemos quedado demasiado tiempo en este pueblo.

—¿A dónde vamos?

—No lo sé.

Daeva no podía llevárselo a Ramé, debían conseguir los trajes y volver a tiempo para ir al baile de la reina. Muchas cosas en poco tiempo. No sabía dónde podían dormir y no lo llevaría a Brumous otra vez por ahora. ¿Qué podía hacer?

—¿Qué pasa?

—Un hombre me ha mirado.

Brennan frunció el ceño.

—¿Y eso te sorprende?

—No es solo eso. —La asesina liberó un suspiro—. Me ha mirado como si me conociera, como si supiese quién soy y lo que hago.

—Pues si sabe lo que eres no se acercará.

Daeva caminó hacia el chico con pasos decididos y sigilosos, se movía como el viento: fuerte e invisible. El pelo seguía el ritmo del movimiento, los mechones blancos se mezclaban con los negros. Se paró al estar al lado de él, lo miró levantando la barbilla.

—La gente que debería temerme no me conoce. Los únicos que se darían cuenta de mi existencia son mis iguales o conocedores del gremio. Tengo más enemigos de los que crees, Hinsen. Y sé de muchos que te querrían para ellos, pero tú eres mío. Yo te protejo, yo te mato. Así es como funciona. Pero los hombres no tenéis ni un mínimo de moral para aceptar que una mujer es mejor que vosotros.

»Muchos me quieren ver muerta. No porque me tengan miedo, ni porque me odien. Sino por dónde los posicionaría el mérito de haber terminado con mi vida. Yo sé que desean atraparme. Yo sé que la gente puede llegar a mirarme por unos míseros segundos, no soy idiota. Pero sé distinguir una mirada de curiosidad con una de alguien a quien conoces.

»Y ese hombre me ha reconocido y lo he visto. Se ha ido corriendo nada más verme. Así que alguien lo sabe, a lo mejor trabaja para alguien, a lo mejor no le importa, a lo mejor son solo alucinaciones mías. Pero si he aprendido algo en estos años como asesina es a no quedarme mucho tiempo en el mismo sitio.

—¿Y por qué esta vez sí?

Suspiró.

—Con el tiempo te empiezas a creer invencible. He errado, y yo pocas veces hago eso.

Daeva podía oler a Brennan por lo cerca que estaban. Su cuerpo emanaba calidez, su aroma dulzura. Ese pensamiento fue lo que le hizo dar un paso atrás. Como si apartarse de él fuera a hacer que eso desapareciera. No, no pasaría nada, ella llevaba la situación, ella lo controlaba. Y no debes temer a algo que tú misma puedes controlar.

—¿Qué quieres hacer? —Dijo con una voz calmada, y esa tranquilidad ante la situación le sorprendió.

—Vayámonos de aquí.

Y así lo hicieron, emprendieron la marcha para irse de la ciudad donde Brennan se había construido una vida, una vida que Daeva le arrebató por el bien del continente. A cada paso que daban, a cada paso que más cerca estaban de irse, notaban su piel arder. ¿Desde cuándo hacía tanto calor en el reino de Morana? Ya era de noche, la luz había desaparecido, mas algo brillaba entre las calles. Dos pasos más fueron lo que necesitó Daeva para empezar a escuchar los gritos. Brennan se detuvo a su lado.

Fuego. Un fuego estaba destrozando una calle, y la inmensidad de este dejaba que ellos pudieran verlo desde la distancia. Daeva identificó al instante de qué calle provenía, de dónde había surgido el incendio provocado. Porque sí, había sido provocado, no había sido por casualidad. La asesina lo sabía.

Habían incendiado el piso de Brennan, esperando que ambos salieran a la calle para no morir incinerados. Los habían encontrado, y no sabía cuántos enemigos había en la ciudad en ese momento. Cogió a Brennan de la capa y tiró de él para meterse entre callejones.

—Se han equivocado —dijo el rehén con la mirada perdida.

Daeva frenó y lo miró a los ojos.

—Sí, porque hemos sido más listo que ellos.

—Podría haber muerto.

—Lo sé —frunció el ceño. Miro su propia mano agarrando con fuerza la capa del chico. La soltó, pero en vez de seguir adelante, entrelazó la mano de Brennan con la suya. El rehén pareció volver a la vida por unos segundos, centrarse.

—Dejemos que piensen que hemos muerto —propuso él.

—¿Y volver al piso que estábamos ocupando? No sería mala idea, pero...

—No van a arriesgarse a incendiar dos pisos en una misma noche. Descansemos esta vez, y ya pensaremos algo mañana.

Daeva inclinó un tanto la cabeza.

—Quizás eres más inteligente de lo que pensaba —alzó una ceja.

—Siempre he sido inteligente —susurró, como si lo dijera para sí mismo.

Ya una vez de nuevo en el piso, la asesina empezó a deshacer la maleta, aunque no del todo, porque en cualquier momento deberían huir. Durante esos años había hecho y deshecho muchas male-tas, y se preguntó si en algún momento podría relajarse finalmente en algún pueblo o ciudad, comprando una casa o un piso.

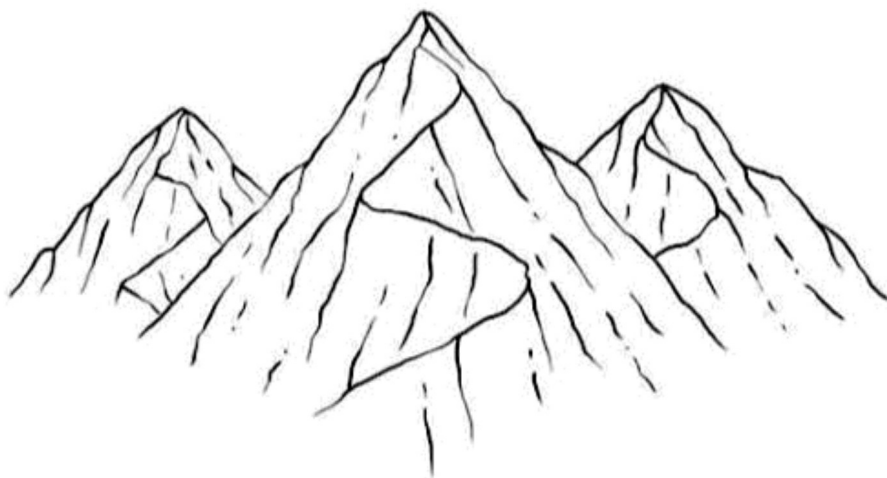
Pero la realidad le golpeó en la cara.

Y es que el nombre de Daeva Maude estaría por mucho tiempo en las bocas de los asesinos más profesionales. Y aunque quizá ahora la dieran por muerta, solo sería cuestión de horas que alguien revisara el piso que provocó el incendio en toda la calle para ver que no había ningún cuerpo en dicho apartamento. Habían sido estúpidos, y ella había ganado otra vez.

Esa noche no encendieron ninguna luz, no recorrieron las cortinas, no gastaron el agua de los vecinos, no hicieron ni un ruido. Mantener una vida en silencio no era algo nuevo y desconocido para Daeva, pero para Brennan lo parecía. Intentaba dar pocos pasos, y hacer que su peso no se volviera en su contra e hiciera que el suelo sonara bajo sus pies. La asesina lo miraba entretenida, y es que se había dado cuenta de que el muchacho era más interesante que cualquier otra cosa.

Era gracioso ver a un chico de metro ochenta con una espalda ancha y esas manos grandes caminar con delicadeza por el suelo de madera vieja. Intentaba ir de puntillas y perdía fácilmente el equilibrio, un hecho que divertiría a cualquier persona que lo viera.

Aunque, claro, Daeva se negaría a admitirlo. Tras pensarlo mucho, decidió que lo mejor era hacer que el chico no se despegara de ella en ningún momento. Así que, cuando la hora de dormir llegó, le dijo a Brennan que la siguiera, mostrándole la cama que ahora en adelante compartirían.



CAPÍTULO 16

—Dormirás aquí.

Brennan miró la cama, era lo suficientemente grande para los dos. No dijo nada, esperó a que la chica le contara lo que tuviera que contar. Si algo había aprendido en esa semana larga era en que le explicaría las cosas a su debido tiempo, ya que lo controlaba, y él solo era un peón en un tablón de ajedrez del que la asesina era la reina, la que podía tener todo el poder. Alguien que no le importaría para nada deshacerse de los demás con tal de ganar la partida.

La veía como una reina, una posible reina de la muerte. Pero no de forma siniestra y oscura, como su ropa y parte de su pelo. Sino como una liberadora, al menos para él lo sería. Para Brennan, la mitad de su pelo blanco representaba la bondad. Que en toda la oscuridad y muerte que había dentro de esa persona, también había pureza y deseo de felicidad, pero esta estaba cubierta por la capa de negro que la tapaba. Esa negrura era lo que mostraba.

Daeva se había instalado en la cabeza del chico, y no le parecía para nada desagradable. Cuando empezaba a pensar en el pasado, se obligaba a reflexionar sobre el presente. Y su presente era ella.

—Conmigo —añadió—. Yo siempre a la derecha.

La asesina lo miró finalmente.

—Ponte cómodo, yo vuelvo en nada.

Obedeció, como siempre. El rehén solo había guiado a la asesina por donde le había dicho, todas las veces que sentía que había decidido algo realmente habían sido respuestas a órdenes inconscientes de la chica que lo mantenía en secreto. Aunque empezaba a darse cuenta de que también lo estaba protegiendo, haciéndola su salvadora, por así decirlo.

Se quitó la ropa que había vestido por la calle y se puso unos pantalones más anchos y cogió el jersey grueso y viejo con el puño de las mangas deshechas. Miró la cama y apartó las sábanas con delicadeza. Le parecía irreal estar tocando un somier tan suave. ¿De quién debería ser ese piso? Pensó en que muchas familias tenían residencias en Morana, pero que en invierno se iban a

su segunda residencia. Así que seguramente debía ser por eso que el piso tenía algún que otro mueble.

Se metió entre las mantas y se quedó mirando el techo, su pecho subía y bajaba con tranquilidad, pero se aceleró cuando la asesina entró con unos pantalones de deporte y una camiseta de manga larga ajustada. No llevaba el corsé de siempre, y se dio cuenta de que Daeva no tenía tantas curvas. Entonces entendió que lo utilizaba porque le gustaba, y realmente no le importaba que no tuviera unas curvas extremadamente marcadas, ese hecho la hacía más humana a su vista, porque con el atuendo de siempre, esa mirada altiva, ese corsé y la capa, podía parecer un ángel de la muerte sacado del infierno. Podría perfectamente luchar con ese atuendo, seguramente por eso dormía de esa manera.

—Cualquier ruido me avisas. Y tranquilo, tengo una daga debajo de la almohada.

—¿Eso debe ser tranquilizante? —Brennan preguntó apoyando los codos en la cama y levantándose un poco.

—Para mí lo es.

Se metió en la cama y se tapó con las sábanas, y al igual que él, se quedó mirando al techo. El silencio era distinto esta vez, no como las otras veces, porque durante las otras veces Brennan no pensaba, y ahora estaba haciéndolo demasiado. No sabía qué decir, qué hacer, si dormir, si salir de la cama...

—¿Por qué estoy aquí? —Dijo al final.

—No puedo permitirme el riesgo de perderte.

Si fueran otras circunstancias, otras personas, otras personalidades, eso habría sido lo más romántico que le habrían dicho al chico que empezaba a sentir emociones otra vez. Pero ella era la que debía guardarlo, quedárselo hasta el final.

—No puedo permitirme dejarte escapar —añadió como si se hubiera dado cuenta de que lo último que había dicho no parecía tan amenazante.

—Ya te he dicho que no lo haré. ¿Por qué no crees mis palabras? Daeva suspiró.

—Las palabras están vacías, no valen nada en sí. Solo son un conjunto de sonidos con un significado. ¿Pero de qué vale que tengan un significado, si después estas no se han dicho con alguna intención?

—No entiendo.

—Todos podemos hablar y hacer promesas. Pero también podemos mentir, fingir y pasar por alto el carísimo precio de las palabras.

Brennan lo entendió, y pensó en su madre mintiendo sobre que él no sabía nada del plan. Se acordó de las pequeñas mentiras que tuvo que decir para salir de los líos en los que se había metido cuando todo en su familia se estaba desmoronando. Pero realmente no escaparía de ella, no se alejaría, aun así, entendía que pudiera dudar con tanta facilidad.

—Lo dices como si supieras que las palabras son inservibles.

—Porque lo son, yo misma las he utilizado millones de veces. Entonces, si yo puedo, ¿por qué no podrías tú?

—Supongo que tienes razón, entiendo que no puedas confiar en nadie entonces.

—Confío en muy pocas personas. No lo veas como algo personal.

Brennan miró el perfil de la chica que estaba estirada a su lado.

—Cuéntame algo sobre ti —susurró.

Daeva giró la cabeza y lo observó, no había ni rastro de emoción en su cara, pero él se hipnotizó en el movimiento de sus fosas nasales al inhalar y exhalar aire.

—Deberías dormir.

—No puedo.

—Estos días te he visto mucho rato en el sofá.

—Porque cierro los ojos, pero no duermo, me cuesta demasiado.

Ella parpadeó mientras él deseaba conocer un poco más a la asesina.

—Eres muy curioso —frunció las cejas—. Cuidado. La curiosidad puede matar al gato.

—Sinceramente espero que se cumpla ese dicho —respondió con una tranquilidad letal.

—Entiendo que lo hayas pasado mal durante tu vida...

—Ya te dije que no hace falta que me hagas de psicóloga, Daeva.

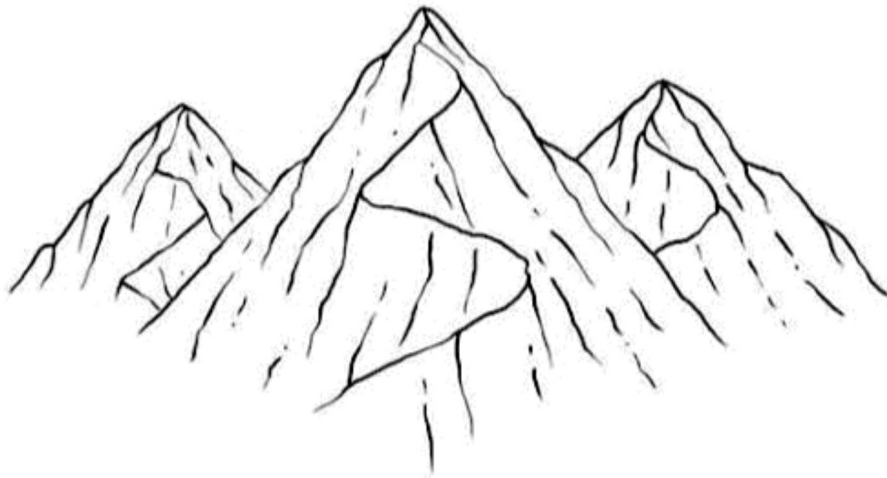
La asesina abrió un poco los ojos al escuchar su nombre dicho de esa forma tan casual. Brennan lo había notado. No recordaba, al menos, haberse dirigido a ella por su nombre en ningún momento. Aunque seguramente alguna vez se le habría escapado.

—Si te digo la verdad no sé ni porque me interesa entenderte. Parecía un pensamiento dicho en voz alta, y el chico no lo asimiló al momento, pero antes de que pudiese decir nada, la asesina se giró y le dio la espalda para dormir.

—Duerme —le ordenó.

Esa noche nadie intentó matarlos. Nadie entró por la puerta. Nadie los despertó con un estrepitoso ruido. En vez de eso, Brennan se había asustado cuando, sin querer, su nariz había tocado el pelo de la asesina, e inmediatamente se apartó, colocándose en el otro extremo de la cama, dejándole su espacio.

Esa noche el chico intentó olvidar el olor de su pelo, pero fue la esencia de éste lo que lo ayudó a conciliar el sueño.



CAPÍTULO 17

El mercado estaba lleno de gente y conseguían camuflarse. Realmente, que Brennan no hubiera tenido mucha actividad social en ese pueblo, había ayudado a que ninguno de los dos destacara, aunque también había que atribuir el mérito a las capas, ya que esa tela gruesa cubría sus caras. De vez en cuando pasaba algún que otro carro por las calles más anchas de la ciudad.

Daeva estaba mirando un puesto de frutas de la temporada, habían estado exportadas de Midori, y no pudo evitar pensar en la ciudad tan bonita que la había visto crecer. Tampoco pudo evitar oler las frutas y recordar esos campos llenos de verde y flores por los que había corrido cientos de veces. Lo había ocultado, pero se había sorprendido al saber sobre su procedencia, ya que bien se sabe que ese reino no tiende a exportar alimentos, a menos que sea necesario.

Cuando notó la mirada curiosa de Brennan, se apartó y actuó con normalidad. Como si nada le importara. Compró un puñado de manzanas y las guardó en una bolsa de tela. Caminaron uno junto al otro, pero Hinsen iba un paso por detrás. No podía vigilarlo todo el tiempo, aunque estaba atenta a los pasos y a la respiración del chico, que eran notables.

Entre la multitud vio una capa demasiado parecida a la de aquel hombre que la había mirado. Entonces éste posó la mirada en ella, y seguidamente en el chico que la seguía, su rehén. Los habían encontrado, no habían encontrado sus cuerpos en el incendio.

No quería escapar, no huiría. Lucharía y ganaría. Lo tenía claro. Caminó rápidamente entre la gente y vio cómo el hombre la siguió hacia la misma dirección. Brennan también la seguía. Pensó por un segundo en decirle que volviera al apartamento, pero corría el riesgo de que no solo hubiera un hombre. Todo riesgos, todo decisiones. Siempre había decisiones que tomar y no siempre podía escoger las mejores.

Se apartaron de la multitud y por un momento ninguno de los tres se movió, se miraron entre ellos y cuando el hombre de la capa se acercó hacia Brennan Hinsen, la asesina se movió con rapidez, agarrándolo del brazo y haciendo que corrieran. Resbalaban por la nieve y su enemigo los siguió por los callejones. Corrieron con las capas, Daeva empezó a contar las dagas que llevaba encima, tenía suficientes, pero realmente con una o dos le bastaría. Hizo que su rehén se parara en un callejón sin salida, y él soltó una maldición, pensando que se habían perdido.

Pero lo que Brennan no sabía es que la asesina no debería matar a plena luz del día, dejando a todo el mundo ver a su persona haciendo tales cosas, y que ella había visto el callejón repetidas veces, sabiendo que había unas escaleras escondidas a la derecha con las que podrían subir al tejado una vez matase al enemigo.

El hombre los encontró, pero solo porque ella lo quiso. Este caminó con decisión hacia la chica mientras ella se quedaba quieta, esperando a que viniera. Cuando lo sintió muy cerca, lanzó un puñetazo que él esquivó, segundos después empezaron a danzar entre golpes y patadas.

Él fallaba casi siempre, ella acertaba en casi todas.

La cogió por el cuello y notó una corta falta de aire, se deshizo de esas manos y le lanzó un golpe en las costillas, el hombre se retorció, pero siguió luchando. Volvió a intentar golpearla, pero ella rebatió con un golpe fuerte en los pies escuchando los huesos romperse. Su enemigo soltó un grito agudo y furioso se abalanzó hacia Daeva. Ingeniosamente logró agarrar sus muñecas, no dejándole opción en sus movimientos, estaba atrapada. Pero con un golpe seco en la parte trasera de las piernas hizo que cayeran ambos al suelo, sin embargo, Daeva usó la caída para dar una voltereta al caer al suelo y deshacerse del agarre. La asesina sacó finalmente su daga, acercándose.

—¿Quién te envía? —Ordenó una respuesta.

El enemigo levantó las manos en símbolo de paz, pero ella apuntó la daga hacia él, demandando que respondiera. El hombre tem-blaba, y ella amaba que le tuvieran ese pequeño miedo, demostrarles que se equivocaban al pensar que todos sus trabajos habían sido golpes de suerte y que una mujer no podía trabajar en el mundo de los asesinatos. Demostrarlo la empoderaba, y ese poder la volvía loca.

—Responde.

El enemigo, entonces, abrió la boca y le mostró la atrocidad que le habían hecho. Le habían cortado la lengua para que no pudiera decir nada. El muro de hielo y piedra de Daeva se rompió por un costado, se la habían cortado. Pero tenía su porqué, nunca podría revelar la información, solo por carta, y esas cartas seguramente ya estarían enviadas y, si el que las recibía no era estúpido, ya estarían quemadas, hechas ceniza.

Pero debía matarlo igualmente. No lo podría dejar con vida, sabía demasiadas cosas y parecía que estaba solo. Se acercó más y logró ver el símbolo de la capa, fue en ese instante cuando Brennan habló.

—Trabaja para Olyseus.

—¿Qué?

—El símbolo es de la guardia real. Aunque podría haberla robado.

Daeva ató cabos, realmente Olyseus planeaba conseguir información sobre Morana, y seguramente contratar a alguien para que la matara. Todo tenía sentido. Lo agarró de la ropa e hizo que se pusiera de pie. Hubo un pequeño destello en los ojos del hombre, identificó la esperanza en ellos.

—Será rápido —susurró.

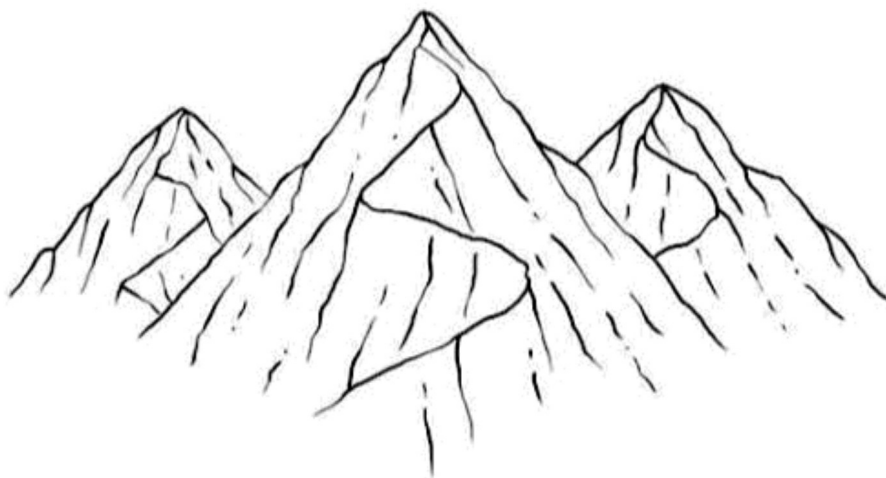
Y mientras lo decía, en un movimiento rápido y limpio, le rajó el cuello. El soldado cayó al suelo de rodillas y la sangre empezó a manchar la nieve. Tonta, había sido una tonta. Se había dado cuenta, dos segundos después, de que la sangre marcaría la zona del asesinato, no debería haberlo hecho. Pero la necesidad de acabar con eso de una vez la había domado, y ella no era así. A ella le gustaba jugar.

Se maldijo a sí misma, lo desnudaron y dejaron el cuerpo entre unas cajas. Quemarían la ropa, ya que todas sus huellas dactilares estaban en las prendas. Daeva sacó un pequeño pote de vidrio de sus muchos diminutos compartimentos, abrió el tapón y vertió el líquido, comprado en el mercado secreto del reino de Visha, sobre el cuerpo. El ácido sulfúrico crearía quemaduras en la piel, haciendo que el cuerpo, una vez encontrado, no fuera fácil de identificar, sobre todo lo vertió en la cara y las manos. Y con el tema de la nieve, agarraron los trozos con sangre solidificada y los hicieron añicos. Volverían más tarde para acabar con el cuerpo, pero ahora no debían ser vistos a la luz del día.

En cuestión de segundos Daeva Maude y Brennan Hinsen desaparecieron de la escena del crimen con facilidad subiendo las escaleras que la asesina había visto antes, como una sombra que desaparece al encontrarse con el sol.

Durante esa misma noche su consciencia no paraba de preguntarse cuánta información sabría Olyseus, y a cuánta gente más había contratado para quitarle a Brennan de las manos. Porque, incluso para un novato, contratar solo a un espía era muy incoherente. Siguió maldiciéndose al salir del apartamento, cuando la luz ya no estaba por ningún rincón de la ciudad, y agarraron el cuerpo del espía y se lo llevaron a las afueras, a una llanura entre bosques. Robaron una pala de uno de los granjeros y cavaron un hoyo muy profundo. Si alguien buscaba el cuerpo, buscarían hoyos de más de un metro y medio de largo, por eso ellos enterraron al enemigo de pie. Cavaron en silencio y Brennan no parecía conmocionado por lo que acababa de observar.

El rehén se había quedado durante la pelea observando y sin decir nada. La asesina no sabía por qué, pero se preguntó si eso le había traído recuerdos.



CAPÍTULO 18

Se despertó. Tenía la garganta seca y le costaba respirar si no estaba hidratada, se sentó en la cama y miró por encima del hombro al chico que estaba al otro extremo del colchón, casi se podría caer del límite.

¿Acaso le tendría asco? ¿Miedo? No. Miedo no le tenía. No obstante, siempre se la quedaba mirando por mucho rato, seguramente la despreciaba por ser una asesina. Quizás la odiaba por no matarlo lo antes posible. Quizás la odiara por tener que mantenerlo con vida hasta que se lo ordenaran.

Mucha gente ya lo hacía, así que no sería un problema sumar otra persona a la interminable lista. Sin embargo, esos ojos no solo podían demostrar odio, a lo mejor era otra cosa. Su mente empezó a indagar, pero se levantó de la cama y salió de la habitación. No había posibilidad que fuera algo distinto al odio.

Todo estaba en silencio, aunque no era el común silencio de la noche, era un silencio provocado, como si fuera a pasar algo, ese silencio de antes de que algo suene. Eso la puso en tensión, pero lo asoció a su imaginación. Pensaba demasiado, lo sabía.

Cogió un vaso de agua y lo llenó hasta arriba. Bebió y lo dejó en la pica. Un sonido agudo inundó sus oídos, seguidamente unos pasos rápidos. Entonces, todo explotó. Daeva cayó al suelo, derribada por las ondas de una posible bomba, no podía respirar por el humo e intentó levantarse, pero tenía algo en la pierna, un gigantesco trozo de madera de la cocina supuso. Con fuerza consiguió liberarse y se levantó mientras se tapaba la boca con la parte interna del brazo. No lograba ver nada.

—Te dije que sería suficiente.

—Vaya adrenalina, esto es de locos —dijo una voz animada y masculina.

—¿Qué cojones? —Susurró la asesina mientras tosía.

Intentó ver entre el humo que había provocado la bomba y logró observar dos cuerpos un poco más bajitos que ella. ¿Venían a buscar a Brennan? Su corazón se aceleró y empezó a correr como pudo hacia la habitación. Como lo hubieran matado...

—¿Has oído los pasos?

—¿No dijiste que el piso estaba inhabitado?

Daeva dejó de escuchar la conversación de los intrusos, empezó a buscar por todos los lados de la habitación. Rebuscando por debajo de las maderas, apartando lo que se interponía en su camino.

—¡Hinsen!

Escuchó cómo alguien tosía.

Lo encontró debajo de unos muebles, la bomba lo había impulsado fuera de la cama y estaba atascado entre maderas.

—Dime algo —ordenó.

Debía asegurarse que estaba vivo y consciente.

Tenían que escapar.

—Estoy bien.

Daeva agradeció a quien fuera que hubiera permitido que ese idiota viviera. Escuchó los pasos otra vez. ¿Quién los había encontrado? Caminó ferozmente por la habitación, pero no sin antes recoger su espada, su única espada, aunque no la utilizara mucho. Salió al comedor, donde un chico y una chica estaban observando la estancia. La asesina no dudó en mostrar su espada larga y puntiaguda. Los dos pegaron un salto inesperado hacia atrás, el chico puso un brazo por delante de la chica como si la estuviera protegiendo.

—¿Quién eres? —Preguntó el chaval, deberían tener unos dieciséis años aproximadamente.

—Aquí las preguntas las hago yo.

Los miró enfadada, intentando provocarles miedo, quería que la temieran, que temblaran hasta caer de rodillas. Daeva no se preocupó de sus posibles heridas y caminó hacia delante.

—Espera —la chica dijo, apartó el brazo de su compañero y dio un paso hacia delante—. Es Daeva.

—No jodas.

—¡Dijiste que estaba vacío el apartamento! —Abrió los ojos como platos.

Los dos empezaron a pelearse.

—¡Estas últimas horas no había luz en el apartamento!

—¡Es una profesional, obvio es precavida, capullo!

—Espera, espera, espera —bajó la espada Daeva—. ¿Quiénes sois?

Brennan tosió desde la habitación y la asesina quiso ayudarlo a salir, pero debía descubrir quiénes eran esos dos adolescentes.

—Lo sentimos mucho. Pensábamos que el piso estaba vacío, creíamos que estabas en alguna otra ciudad.

—Primero, esta propiedad no es mía. Y, segundo, ¿a qué ha venido eso? ¿Qué hacéis aquí? ¿Habéis venido a por él? Porque os aviso que, si os lo queréis llevar, primero tendréis que pasar por encima de mi cadáver.

—¿Cómo?

—Nosotros no...

—Solo teníamos que hacer esto para un trabajo.

—¿Para quién trabajáis?

—Para nadie, es un trabajo de la escuela.

Eso descolocó completamente a la asesina, que empezó a caminar hacia ellos. La luz de la luna era la única manera de identificarlos. La chica llevaba unas gafas redondeadas delgadas, tenía la melena larga y un poco ondulada hasta el pecho, llevaba una camiseta ajustada y unos pantalones anchos de cuero negros. El chico tenía el pelo negro corto por delante, arriba y sobre todo aún más por los lados, la nariz un tanto arqueada, los pantalones anchos de cuero y un jersey ancho también negro. Los dos llevaban unas capas blancas como la nieve, pero se habían bajado las capuchas.

—¿Cómo que una escuela?

—La profesora nos había pedido, para la asignatura de localización y búsqueda de personas, que escogiéramos una víctima e hicieramos algo con su localización. Nuestro compañero Dylan robó la placa del número de la casa de un mercenario novato.

—Y yo quería ganarle —dijo la estudiante.

—Como siempre —apuntó el chico.

—Y Gulyio quería hacer explotar algo. Como siempre —contó la chica, y el chico llamado Gulyio sonrió maliciosamente.

—Y como Layn está obsesionada contigo, te escogimos a ti. Pero juramos que pensábamos que no estabas —la señaló—. Y, por cierto, ¿quién es él? —Miró detrás de Daeva.

Hinsen había logrado quitarse algunas piezas de mobiliario de encima y podía caminar. Eso tranquilizó, incluso demasiado, a la asesina.

—No sabéis nada —susurró para sí misma—. No os mováis.

Fue rápidamente a ayudar a su rehén a caminar, revisó que no tuviera ninguna herida, la que tenía en el muslo había cicatrizado ya. Solo tenía polvo en el pelo y la cara, además que la ropa estaba rota. Cogió la cara de Brennan entre sus manos y miró esos ojos marrones con ímpetu.

—¿Te duele algo?

—No —apartó la mirada.

—No me mientas, Hinsen —hizo más fuerza con las manos, sin permitirle que rompiera el contacto visual.

—Solo la cabeza, me he dado un buen golpe. ¿Qué ha sucedido?

Gulyio se acercó a ellos poniéndose la mano en la nuca.

—Os hemos bombardeado.

Brennan frunció las cejas y miró a todos los ocupantes del apartamento.

—¿Y he sobrevivido?

Daeva puso los ojos en blanco ante la obviedad. Se separó del chico y les dijo de ir a otro sitio, en pocos segundos vendría la gente para ver qué había pasado y no podían quedarse allí. La asesina cogió las cosas que seguían intactas, que no eran muchas, encontró la daga de la libélula y se la puso en el bolsillo del pantalón. Ya se cambiarían en algún otro sitio.

Salieron del apartamento por la puerta destrozada, y mientras se tocaba la cabeza con la mano, Daeva los guió hacia un bar que ella misma había observado que estaba abierto durante las veinticuatro horas, no había nadie en la calle, pero al cruzar la entrada del bar, se escucharon unas pocas voces. No serían los únicos a esas horas de la madrugada. La asesina seguía en tensión, tenía muchos hilos que conectar en su mente, pero una parte de ella estaba tranquilizada

al saber que no habían ido a buscar a su trabajo. Se sentaron, les dijo que pidieran algo de comer.

—Empecemos por el principio. —La asesina se masajeó las sienes.

—Tampoco hay mucho que contar, la verdad. Él es Gulyio, y yo soy Layn. Los dos somos estudiantes de la escuela preparatoria de asesinos.

—¿Eso se estudia? —Preguntó Brennan.

—No esperarás que los asesinos salgan de la nada, ¿no? —Layn retó al rehén. Eran realmente unos adolescentes hormonales—. Sí, una escuela, a los dos nos reclutaron, somos de segundo año.

—Lo importante es que, para esta asignatura, nos habían asignado escoger a alguien y conseguir algo relacionado con la localización de la presa.

—Antes habéis dicho que me habíais escogido a mí porque alguno de los dos está obsesionado conmigo.

—Me temo que esa soy yo —se encogió en la silla la chica llamada Layn—. Soy una fanática de tu trabajo, la verdad que desde que nos contaron sobre ti en clase...

—Ah, ¿qué encima os cuentan sobre nuestros logros? —La cabeza de Daeva iba a explotar. ¿Quién cojones reclutaba a críos para que estudiaran para convertirse en la nueva generación de asesinos? De acuerdo, a ella la había reclutado Sahil a los trece, pero eso había sido distinto, ¿verdad?

—Mira, queremos ser los mejores —puntualizó Gulyio mirándola a ella y a su rehén. Brennan se había sumido en un silencio absoluto, como si no estuviera en su cabeza, o simplemente no estuviera en ningún sitio—. Y queríamos la mejor nota. Solo íbamos a bombardear tu apartamento...

—Que no es mío —añadió Daeva.

—Y hacer una foto con esta cámara para demostrar los hechos, junto con fotografías tuyas en el piso de hace unos días.

Layn sacó una pequeña cámara. La asesina había oído hablar de esos artilugios, máquinas que conseguían captar lo que un ser humano veía y mostrarlo a otras personas cuando ya no estaban en el mismo sitio. El paisaje a fotografiar se plasmaba en un tipo de papel que podías llevarte a donde quisieras.

—¿Todo esto para una asignatura de una escuela? —Preguntó.

Los dos asintieron.

—¿Y habéis dicho que estáis ahí por gusto?

—Claro.

—¿Vuestros padres?

—Mi madre está muerta y mi padre está pero no está, ¿sabes? —Layn dijo quitándole importancia.

—Los míos están en casa, viviendo tranquilamente.

Daeva notó un nudo formándose en la garganta. Ellos tenían familia, tenían a alguien, y aun así se habían metido en esta vida llena de maldades. No entendía el porqué de sus decisiones, ella no podría hacer nada claramente, sin embargo, no podía apartar la idea de que si ella hubiera tenido una familia seguramente no se habría convertido en lo que era ahora. Se reclinó en la silla, dejando que la información entrara poco a poco en su mente.

Los estudiantes se quedaron callados.

—Podría haber muerto —susurró Brennan, como si finalmente se hubiera dado cuenta.

Daeva giró la cabeza poco a poco, intentando entender por qué estaba diciendo eso justamente ahora. De repente una sonrisilla apareció en la cara de su rehén.

—Podría haber muerto —miró a los intrusos—. La próxima vez, avisad y me pongo en el lugar idóneo.

«Este chico es imposible», pensó la asesina.

—Pero, entonces morirías —recalcó Layn.

—Ese es el punto —el rehén se apoyó en la mesa, demasiado motivado.

Todos se quedaron en silencio en la mesa, fue Layn la primera en decir algo.

—Este es más raro que nosotros.

—Me cae bien. ¿Lo adoptamos?

—No es un perro —puso los ojos en blanco la chica. Gulyio miró al chico sentado al lado de la asesina. —¿Sabes ladrar?

Daeva no entendía nada y puso fin a ese tema.

—Nadie va a adoptar a nadie. ¿Entendido?

El chico se cruzó de brazos y soltó un suspiro. La asesina miraba el objeto que habían enseñado los estudiantes.

—¿Cómo conseguisteis una de estas? Por lo que tengo entendido, Tecna aún no las ha distribuido por el continente.

—La escuela las consiguió por nosotros —dijo Layn.

—O sea, las robaron —remarcó Daeva.

Los dos se encogieron en la silla sin responder. No obstante, ese silencio había sido suficiente respuesta. Trajeron la comida y empezaron a comer, cada uno pendiente de su plato con huevo, salchicha y un zumo de naranja. La comida caliente se agradecía para mantenerse en calor, y el zumo les ayudaba a no resfriarse tan fácilmente.

A la asesina se le había encogido un poco el corazón al ver que, después de lo que habían hablado, su rehén quería seguir muriendo. Eso no borraba el final de su trabajo, sabía que lo mataría, pero, de momento, se sentía mal con que Brennan solo deseara la muerte. Como si no hubiese nada por lo que luchar. Aunque, ¿desde cuándo ella se preocupaba tanto por sus víctimas?

—Hagamos un trato —habló la asesina a los dos estudiantes.

—Nuestro primer trato con un asesino.

Se emocionaron los dos mientras intercambiaban miradas.

—Encima con la mismísima Daeva. ¿Estoy soñando? Por favor, pellízcame —Gulyio no hizo lo que su amiga le había pedido. Pues éste le pegó un puñetazo en el inicio del brazo. A lo cual Layn se enfadó y le propinó otra hostia de vuelta.

Daeva creyó estar viendo una escena irreal. Nadie se había grado de esa forma al verla, era como si tuviera admiradores, gente que quería ser como ella, y eso no lo entendía. ¿Quién querría ser ella?

Debía parar la pequeña pelea entre los estudiantes.

—Dadme la cámara, quedaos las fotos que tengáis, enseñadme a utilizarla y yo os daré algo a cambio.

—¿Para qué querrías una cámara?

Si debía acordarse de todos los pasadizos, comedores y salones de palacio y después representarlo en un plano, eso le llevaría días e incluso varias visitas al castillo, y no podía dejarse ver mucho. Con la cámara solo tendría que hacer click a un botón y estaría toda la información necesaria en ese trozo de papel. Le ahorraría trabajo y Sahil seguramente lo agradecería.

—Para un trabajo.

Los dos se giraron sobre su eje y hablaron entre susurros, dándoles la espalda.

—¿Estás segura de que aceptaran? —Susurró Brennan en la oreja de la asesina, la sensación la tensó por un segundo, pero se recompuso al momento.

—Solo hay una forma de saberlo. —Lo miró alzando las cejas, aparentando seguridad en sí misma, cosa que normalmente no hacía falta. No obstante, cuando hay en juego algo que realmente interesa, es necesario demostrar que sabes lo que haces.

—Queremos esa daga.

Gulyio señaló la afilada daga con cabezal azul marino y la figura de una libélula.

—Esa no está disponible —respondió al instante Daeva.

—Es la que queremos —remarcó Layn.

—No es una daga cualquiera.

No la daría, esa no. Antes moriría a que alguien le quitara esa daga, ese recuerdo, esa promesa que aún no había cumplido.

—¿Qué importancia tiene para que no nos la des?

—Es una larga y aburrida historia.

Intercambiaron miradas por un segundo, la chica asintió con la cabeza, como si hubiese podido leer la mente de su amigo.

—No tenemos prisa —dijo Layn mientras los dos sonreían torcidamente.

La asesina respiró hondo y decidió que debería contarlo, contaría la historia que había guardado por este último año, la promesa que había hecho a una persona que la había querido infinitamente. Podría mentirles, pero no quería. Igual que muchas veces le había dicho a Brennan que debía soltarlo, ella también se tendría que aplicar el mismo consejo.

Así que se preparó para soltarlo, a su manera.

—En un lugar alejado de este reino lleno de nieve y hielo, yo tenía una vida un tanto distinta a la que estoy acostumbrada.

Todo había empezado cuando volvió, con el permiso de su instructor, a la ciudad donde la habían criado. Retomó esos entrenamientos rutinarios a los que se había des acostumbrado, era todo muy distinto. Ahí la entrenaban para proteger y defender, mientras que ella había estado practicando para atacar, ser la primera en dar el paso. Tenía dieciocho por aquel entonces y la dichosa idea en la cabeza que debía crear un vínculo con sus compañeros.

Primer error, pues creó su propio círculo de amistades, y eso era algo bueno, pero para un asesino es peligroso. Cuantas más personas ames, más daño pueden hacerte. Ellos, sin saberlo en ese momento, estaban firmando un contrato invisible que los convertía en sus puntos débiles, que en un futuro podrían convertirse en los objetivos perfectos para los enemigos si querían hacerle daño. Pero ese no fue el mayor error que cometió.

Dentro del equipo había un chico con el que no hablaba tanto, el instructor empezó a ponerlos

a entrenar juntos para crear confianza, sin embargo, a Daeva se le fue de las manos. Porque el chico empezó a enamorarse, se volvieron inseparables, se lo confiaba todo, incluso sus secretos más oscuros y pensamientos profundos. Todo iba relativamente bien hasta que un día se emborracharon.

—Yo digo que se viene beso —comentó Layn.

—Efectivamente —asintió Daeva.

El chico se atrevió a besarla, y ella no pudo detenerse a sí misma. No podía negarlo, le gustaba. Sin embargo, cuando empezó su amante empezó a romper ciertos muros que ella había construido, Daeva sintió miedo de que la viera del todo. Así que, a la semana siguiente se fue sin dar explicaciones.

Entrenada para ser una mujer controladora, guerrera y a la vez una atacante sin sentimiento o remordimiento, les dijo a sus compañeros de armas que la contactaran cuando las cosas se torcieran, cuando todo se complicase y la necesitaran. Eran conscientes de su vida fuera de esa ciudad.

Hacía un año que habían vuelto a contactar con ella.

—¿Te reencontraste con él? ¿Tenía una nueva pareja? ¿Murió? —Proponía Gulyio.

—Estaba vivo —la asesina sonrió sutilmente—. Era inevitable verlo otra vez, pero no estaba preparada para ver esa mirada llena de dolor. No me atreví ni a saludarle. Evité mirarlo, pero en el fondo sé que me conocía lo suficiente como para entender que esa era la manera de decirle que lo sentía mucho.

Tuvieron que volver a trabajar juntos, y mientras trazaban el plan, Daeva volvió a abrirse lentamente con él. Pasaban horas juntos en la herrería donde él hacía armas preciosas. Cuando la batalla que la asesina deseaba no tener ocurrió, lucharon juntos como equipo. Eran pocos, pero estaban extremadamente entrenados, preparados para ese tipo de enfrentamientos.

—Acababa de matar a uno de nuestros enemigos cuando mi instinto me dijo de mirar hacia otro lado. Mirarlo a él.

El silencio inundó la mesa, los tres la miraban expectantes.

—¿Qué pasó? —Se atrevió a decir Brennan.

Daeva respiró hondo y consiguió controlar el temblor de su labio inferior. No se dejaría llorar, no delante de ellos.

—Que vi como una espada atravesaba el corazón del chico que me amaba. —Intentó respirar de nuevo, pero la escena se repetía ahora sin parar en su cabeza. Iba a contarlo, iba a soltarlo—. Cayó al suelo y yo corrí como nunca hacia él, arrepintiéndome de haberme ido, arrepintiéndome por todo lo que nunca le pude decir, por la mierda de despedida que le había dado. Me maldije a mí misma por haberlo apartado. Pero no había vuelta atrás. Le corté el cuello a su atacante, le introduje mis dagas en el pecho, una por una, repetidas veces, matándolo ferozmente hasta que yació en el suelo lleno de heridas.

»Había dejado que la furia me sobrepasara, no pensaba con claridad y me coloqué de rodillas ante mi compañero de armas y aventu-ras. Me miraba con los ojos que me habían deseado desde siempre, después de tanto tiempo y aún le gustaba. Entonces, en ese campo de batalla, para mí, todo se paró.

»Me acarició la mejilla con una mano, mientras yo intentaba pa-rar la hemorragia, pero le habían dado en el corazón. Un corazón que yo había roto. Me entregó su daga, con una libélula en el mango. Me dijo que me la quedara, y también me dijo que debía aprender a abrirme a los demás, me repitió de diferentes maneras que yo debía aprender a quitar esas barreras frías que

me rodean. Que tenía que aprender a dejarme amar y no apartar a los que me querían. Me hizo prometérselo.

»Lauren murió en mis brazos mientras yo no derramaba ni una lágrima, no podía derrumbarme en ese momento. Pero no me aguanté los gritos que llenaron el campo de batalla. Ese día ganamos, pero perdimos demasiado.

Todos estaban callados, nadie se atrevió a decir una sola palabra mientras la asesina, que siempre se había mostrado tan impenetrable, se abrió con esos dos adolescentes y su rehén.

—Así que esta daga, es el recuerdo de la promesa que le hice. Me lo hizo prometer en su lecho de muerte. Y yo no la he cumplido, porque aún no he sido capaz de abrirme del todo a alguien, porque no me he enamorado y me he dejado amar.

No había podido mirarlos a la cara en todo ese rato en el que ella había hablado, y se había dado cuenta de que había soltado demasiado, que no se había frenado al expresarse y por un momento se maldijo por mostrar esa debilidad, pero, en su conciencia, algo dejó de pesar tanto. Miraba la daga, repasando cada centímetro de la libélula.

—Aquí tienes la historia —dijo, restándole importancia, dejando la daga en la mesa.

El primero en hablar fue Gulyio.

—Venga ya, solo es una daga, dánosla y punto.

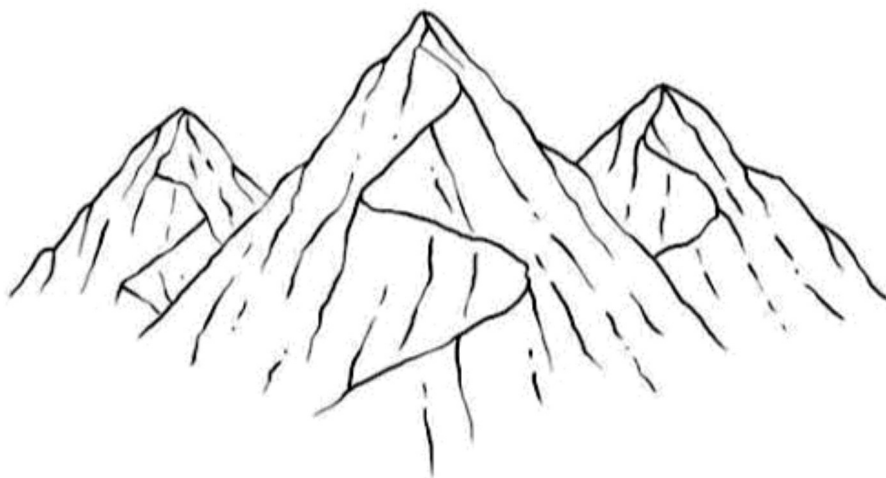
La falta de sentimiento del chico demostró que realmente podría llegar a ser un psicópata sin empatía emocional.

—Gulyio, no —advirtió Layn antes de que Daeva tuviera tiempo de decir cualquier cosa.

—¿Por?

—Hay objetos que son más que simples objetos —le explicó y la miró a los ojos—. Quédatela para ti, y cumple esa promesa Daeva Maude.

La asesina asintió con una diminuta sonrisa y guardó su objeto máspreciado.



CAPÍTULO 19

Brennan no había podido parar de mirar a Daeva mientras contaba la historia de la daga que tanto amaba. Sabía que había algo debajo de esa oscuridad y fortaleza, lo había notado desde hacía tiempo, pero ahí estaba, ese punto blanco en medio de la negrura, su calidez y humanidad entre tanta frialdad y dura corteza. Gulyio se levantó y agarró la cámara, la asesina lo siguió, había sido parte del trato y ahora le enseñaría a utilizar la cámara. El rehén se quedó dentro del bar con Layn.

—¿Tantas ganas tienes de morir?

—Estoy cansado —respiró profundamente.

—Creo que podrías luchar un poco más antes de morir, sentirás más satisfacción si mueres con tus objetivos cumplidos. Todos hemos venido aquí a seguir nuestro camino, todos tenemos un destino final, no te vayas de este mundo sin haber conseguido algo antes. Además, si realmente lo quisieras, no estarías aquí, ya lo habrías hecho hace tiempo.

—No soy capaz de hacerlo por mí mismo.

—Entonces solo necesitas sanar. Puedes hacerlo. ¿Es complicado? Obvio que sí, nada cae del cielo, solo las mierdas de los pájaros.

Brennan soltó una corta risa ante la informalidad del asunto.

—Puedes trabajarlo y mejorar, o esperar a que la mismísima Daeva te mate con su poderosa daga.

—A veces siento que no quiero morir, sino solo dejar de existir, no salir de la cama y dormir y dormir, no pensar, no sentir. Cuando siento me duele.

—Pero hay que salir de la cama y seguir, porque de ahí se puede salir. Aún tienes la capacidad de cambiar tu mente.

El rehén se sentía comprendido. ¿Por qué cosas habría pasado esa chica para que hubiese podido expresar tan bien lo que él sentía? Si la bomba lo hubiese matado lo habría agradecido, pero, durante unos segundos, cuando había estado atrapado entre los muebles y todo le daba

vueltas, había rezado para seguir con vida. Así que, quizás no deseaba tanto la muerte como creía. Pero se daría el beneficio de la duda. Estaba cansado, muy cansado. No podía más, pero algo siempre le hacía continuar y no sabía qué era.

—Solo eres una niñata —recalcó con un aire bromista.

—Una niñata que casi te mata. Siento haberte decepcionado con eso —frunció el ceño.

La asesina entró por la puerta con la cámara en la mano, guardada en una funda. Era pequeña, podría llevarla guardada en algún sitio, o la podría llevar él. En un traje cabían más cosas que en un vestido.

Daeva le mostró una daga dorada con un relieve floral, alguna vez él la había visto.

—Creo que esta te gustará.

—Realmente te admiro mucho, Daeva.

—Y yo realmente creo que estáis locos. Cuidaos mucho, ¿de acuerdo?

Layn asintió y se fue con su amigo, los dos los miraron hasta que salieron de ese bar que, poco a poco, se había llenado de gente. Brennan seguía observando a la asesina, mirando los labios, los ojos, la nariz. Había sido hace un año y ya podía hablar del tema con perfecta calma. En cambio, para él habían tenido que pasar tres años para poder, finalmente, contarlo.

—¿Aún te duele?

Daeva se giró al escucharlo hablar, se sentó enfrente y lo miró a los ojos sin dudar.

—Siempre duele perder a alguien, pero con el tiempo se vuelve más llevadero. Se hace más fácil. Pero primero se debe aceptar y pasar la fase de duelo. Y que pueda hablar de ello no significa que ya no me importe.

—Yo he tardado tres años en contarlo.

—Porque tú no te dejas sentir nada, quieres volverte neutral para evitarlo todo.

—¿Y tú sí que te dejas hacerlo?

—Yo me permito todas las emociones.

—Entonces, la promesa...

—Esa parte aún la estoy perfeccionando. Déjame corregirme. Me permito sentir, pero hasta un nivel, no dejo que ese sentimiento me invada. Porque el amor puede ser una hoja de doble filo, te hace sentir al máximo de dos formas distintas. Puede doler y puede ser un paraíso.

Brennan quiso cambiar de tema, dejar de hablar de sentimientos. Aunque él mismo sabía que desde que la había conocido, había empezado a sentir emociones; el miedo, la adrenalina, incluso la tristeza y el duelo. Quizás tendría que hacer caso a Layn y a Daeva, y dejarse sanar. Pero, ¿cómo se cura un corazón roto en mil pedazos? ¿Cómo se consiguen recuperar los pedacitos si estás en una habitación oscura y no tienes luz?

En ese momento no lo sabía, pero esa luz sería la asesina más letal de la ciudad.

—¿A dónde iremos ahora?

—Primero, cogemos nuestros atuendos.

—¿Y después?

—Después volveremos a Brumous y nos hospedaremos en un hostel bajo otros nombres hasta que la tarea esté terminada.

El pecho de Brennan se contrajo, él mismo sabía que había gente buscándolo, Daeva se lo había confirmado. Cualquiera podría encontrarlo, e ir a una de las ciudades en donde se había involucrado en negocios no muy dignos, lo aterrorizaba. Sabía que la asesina mataría a

cualquiera que se acercara, pero no sabía que su rehén también tenía muchos enemigos que querían venganza. Porque había aprendido a salir de esos problemas ileso, mientras que los demás habían pagado las consecuencias. Aunque realmente, lo que había pasado, es que ellos habían sido demasiado idiotas, y Brennan había pensado mucho sus palabras y movimientos., un hecho que lo había salvado demasiadas veces.

—¿En qué piensas? —Preguntó la asesina.

—En nada.

—Mentira —se cruzó de brazos—. Venga, me cuentas algo sobre ti y yo te cuento algo sobre mí. ¿Trato?

Brennan también se cruzó de brazos y pensó en algo. Soltó un suspiro y lo dijo casi en un susurro.

—Me dan miedo las palomas.

—¿Qué?

El rehén no sabía si la asesina no lo había escuchado o si quería volverlo a oír.

—Que me dan miedo las palomas.

Poco a poco la mano de Daeva fue subiendo y se tapó la boca, estaba sonriendo, y su sonrisa llegaba a los ojos, porque estos se cerraron disimuladamente.

—¡No soy el único! —Se defendió Brennan.

—Yo... Mejor no digo nada —se estaba aguantando una risa. Él puso los ojos en blanco y le hizo una seña para que ahora ella soltara algo. No se había dado cuenta, de cuánto realmente le interesaba saber algo más sobre la asesina que lo había capturado.

—No sé bailar.

Se sentó en el sillón mientras la asesina se estaba probando el vestido de gala que llevaría al baile de celebración de la reina. La mujer había sido muy agradable y le había mostrado una amplia sonrisa que hacía desaparecer sus ojos tras esas arrugas. Le había ofrecido una taza de té caliente mientras Daeva había entrado en el probador.

Tras una larga conversación entre las dos, Daeva salió del vestidor, dejando ver un vestido color crema con un escote en uve y mangas largas, ajustándose sutilmente a su cintura no muy marcada, dejando que la tela cayese por sus piernas, tapando esos muslos anchos que él siempre había visto que tenía cuando llevaba los pantalones negros.

Daeva caminaba por la tienda descalza, probando la tela y su longitud. Le tapaba los pies enteramente. Se subió al pequeño pedestal.

Brennan no dijo nada, tampoco sabía que decirle, solo la miraba, intentando controlar su boca para que no se abriera mucho ante la espectacular y extraña imagen.

La mujer se fue a la trastienda y la asesina lo miró.

—¿Qué miras tanto?

—Na-Nada.

Apartó la mirada rápidamente. ¿Acababa de tartamudear? Se pasó disimuladamente la mano por la cara, creyéndose un idiota por haber reaccionado de esa manera.

—¿Al menos crees que pasaré desapercibida?

—¿Cómo nadie se daría cuenta de tu presencia? —Murmuró en voz baja, deseando que no lo escuchara. Estaba demasiado preciosa, demasiado deslumbrante.

—Creo que hace años que no me pongo uno de estos —se tocaba la tela—. Es muy suave, muy aireado.

Brennan rezó a algún Dios para mantenerse sereno ante la imagen y no empezar a decirle toda clase de comentarios positivos sobre cómo ese vestido le quedaba.

—A su novio parece que le gusta el vestido —dijo la mujer al volver a la parte delantera.

—No es mi novio.

—No soy su novio.

Dijeron los dos casi a la vez ante el comentario de la costurera. La señora miró a la asesina y después a él, como si no se lo terminara de creer, pero no dijo nada más sobre el tema y empezó a hablar con Daeva sobre si el escote le parecía bien y sobre el corte de la tela. El rehén se quedó callado, admirando a la asesina en ese precioso conjunto de satén cremoso. La chica le preguntó si la mujer no tendría algún corsé de solo la cintura del mismo tono. La mujer asintió y se lo colocó. Parecía que su secuestradora era una fanática de ese accesorio.

—¿Y unos pantalones cortos de licra?

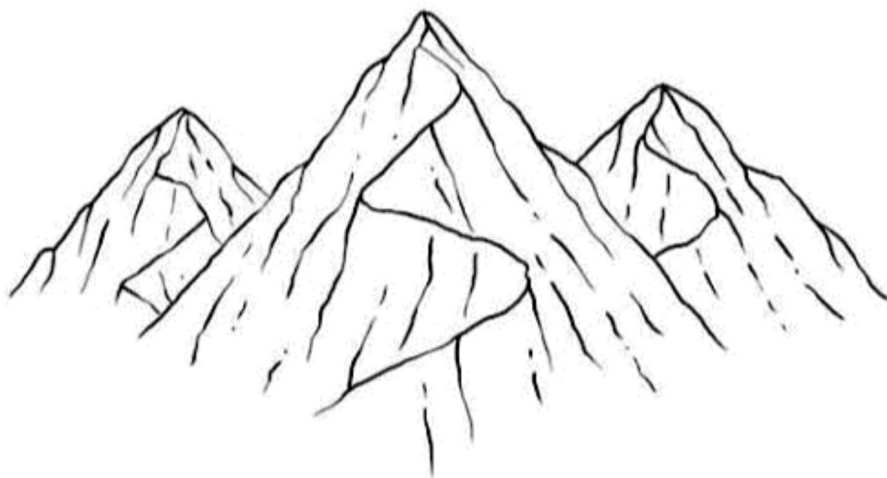
—¿Para llevar debajo el vestido? —La señora la miraba curiosamente.

—Me siento más cómoda —aclaró.

Guardaron el vestido en una caja con todos los complementos. Brennan fue el siguiente. Un rato después estaban de camino a la estación con todas sus pertenencias, que se habían reducido tras el ataque al apartamento abandonado. Habían intentado evitar pasar por esa zona y tuvieron que dar más vuelta para llegar al tren.

Subieron los escalones del transporte y Brennan vio a la asesina volviendo a mirar las ruedas. Estaba volviendo a pensar demasiado, él había aprendido en ese poco tiempo a identificar esa mirada que mostraba cómo la mente de la chica no paraba de pensar en las posibilidades.

Le ofreció la mano, y esta vez, se la aceptó.



CAPÍTULO 20

Tres cajas de cartón estaban abiertas y vacías en la mesita de noche. La habitación del hostel no estaba muy cuidada, había una cama de madera que, al estirarse la asesina, había sonado sutilmente. Dos mesitas de noche y un pequeño escritorio con una silla. El armario tenía una puerta rota, pero nunca deshacía mucho las maletas, solo con lo que necesitaba más a mano. En medio de ese cuarto, Daeva tenía un pequeño cubo con un líquido decolorante en la mano.

—Adiós a mi pelo castaño —dijo el chico de forma desgana. Brennan estaba sentado en la silla con una toalla alrededor del cuello mientras ella intentaba repartir bien el mejunje por la melena.

—Con el tiempo volverás a tenerlo —intentó animarlo.

Ella también echaría de menos el pelo castaño de su rehén, le parecía bonito y estaba muy sano.

Le recordaba al color del chocolate caliente que la mujer que la había encontrado le hacía al visitarla.

Kelaya había sido una joven que vivía cerca de una de las más grandes arboledas de Midori, justamente la que era compartida por dos reinos, el lugar donde un reino empezaba y otro terminaba. Una noche, paseando por los árboles y los arbustos, escuchó de lejos un llanto y no dudó ni un segundo en empezar a buscar el pequeño ser humano que lo provocaba. Daeva, con aproximadamente un año de vida, fue encontrada entre unos arbustos de violetas. La joven se preguntó cómo alguien era capaz de abandonar a un bebé en un sitio como ese, donde los lobos merodeaban para buscar a sus nuevas presas, así que cogió a la pequeña en brazos y se la llevó a su casa del campo, a las afueras de la ciudad de Bonhomía, la capital del reino.

Un factor que sorprendió a la joven de tez oscura y pelo extremadamente rizado, recogido con un pañuelo, fue que la niña dejó de llorar al notar su tembloroso roce, dejó de llorar al notar su calor corporal y finalmente se durmió. Kelaya, que no tenía instinto maternal de por sí, se replanteó demasiadas cosas esa noche, pero era joven, demasiado joven como para criar una niña. Calentó un poco de leche y consiguió dársela poco a poco, la bebé bebió y bebió hasta que volvió a caer en un sueño profundo en esa pequeña cabaña. La niña fue presentada enfrente la reina, y la joven de ojos marrones casi negros, recibió aclamaciones por parte de los reyes, como

si no era lo que un humano tuviese que hacer.

Daeva fue bendecida con un nombre y criada por varias familias, pasando de una casa a otra.

Kelaya no podía encargarse de la niña, no tenía ni el dinero ni las mejores condiciones de vida, pero desde que la encontró la quiso como a una hija. Unas cuantas familias le hicieron un hueco en sus acogedoras casas llenas de colores vivos. La niña creció poco a poco, yendo a la escuela, jugando en los recreos, aprendiendo todo lo posible y siempre agradeciendo todo lo que le habían dado esas almas caritativas.

Y ahora el color castaño de Brennan le recordaba a la misma mujer a la que ella había espiado cuando tenía alrededor de unos siete años. La joven dama tenía su propio huerto y un patio lo suficientemente grande para practicar con ese bastón de bambú, y Daeva se había quedado horas mirándola entrenar, deseando aprender a dominar su cuerpo de la misma forma que esa chica. Sabiendo, desde bien pequeña, que ella quería ser una mujer fuerte e independiente como Kelaya, una mujer que no dependía de nadie.

La asesina sentía la necesidad de devolverles el favor a aquellos que la cuidaban tanto, queriendo protegerlos, aprender de los soldados que trabajaban y entrenaban cada día en los campos de entrenamiento del reino. Ella quería ser una protectora.

Un día, cuando llegó a la casa de la joven de tez oscura, se sorprendió al encontrar a la chica esperándola en la puerta. Con un poco de miedo a que la regañara por estar en las afueras del pueblo, no se atrevió a mirarla a los ojos. Sin embargo, la mujer la hizo pasar y entrar a su pequeña casa. Le fue preparada una taza de chocolate caliente, cuyo color combinaba con las hojas caídas de los árboles. Se le preguntó por qué la espiaba, y se lo contó. Sus necesidades y sus inquietudes. Kelaya no dudó ni un segundo en proponerle un entrenamiento a la semana.

—Pareceré un copito de nieve.

Las palabras de Brennan la sacaron del recuerdo. Le tenía que teñir completamente el pelo para que quedara blanco, si querían integrarse del todo entre la gente, debían parecerse lo máximo posible a un moranés y no un mestizo. Así que su rehén debía despedirse de su pelo natural y dar la bienvenida a un pelo blanco como la nieve que caía del cielo de Brumous. Por la ventana se veían los copos de nieve, y por suerte el hostel tenía la calefacción puesta.

—Esto arde.

—Eres muy quejica —volteó los ojos aguantando una sonrisilla.

—Además, ¿por qué debo teñirme?

—Porque yo lo digo...

—Y aquí la que da las órdenes eres tú —terminó de decir Brennan.

Eso le recordó que aún no había recibido ninguna carta nueva de Sahil, y que debería avisarle sobre los esbirros de Olyseus. Lo haría después de terminar con el tema del tinte, pues ahora no podía ponerse a escribir.

Llenó la cabeza del rehén con el mejunje y el pobre hacía cara de pocos amigos, como un niño pequeño cuando les pide mil veces a sus padres de ir a jugar y ninguno le hace caso. Brennan estaba cruzado de brazos de esa misma manera, y Daeva no pudo evitar pensar que esa imagen era un poco adorable, ver a un chico de sus dimensiones, quieto, esperando a que el tinte hiciera efecto. La chica caminó hasta posicionarse delante de él, se quitó los guantes y le agarró la barbilla para hacer que la mirase a los ojos. Se sorprendió a sí misma cuando sus propios labios crearon una sonrisa calmada y cerrada, pero más le sorprendió que las facciones del chico se relajaran.

—Te toca.

La asesina le dio el pote, obligándose a dejar de sonreír. ¿Por qué lo había hecho?

—¿Eh?

—Necesito que me repases la parte inferior del pelo.

—¿Y cómo hago eso?

Lo hizo levantarse y le dio un peine y una goma, primero debería dividir las zonas, pero eso era fácil. Aunque a Brennan le costó conseguir hacerle una coleta.

—Haz mejor un moño con el pelo sobrante.

—¿Eh?

Por la cara que hacía el chico, parecía que le estuviera hablando en otro idioma. Daeva no pudo aguantarlo, no pudo controlar la risotada que soltó, llenando toda la estancia con su risa mientras se deshacía la coleta mal hecha que su compañero había hecho. Le enseñó a hacer un buen moño, se hizo y deshizo este varias veces hasta que parecía que el chico lo había entendido e intentaba imitar los movimientos de las manos.

Se volvió a poner de espaldas a él y notó la mano peinando su pelo con suavidad, como si tuviese miedo de estirar demasiado fuerte, como si le preocupase hacerle daño. Hacía un año que nadie la peinaba o le hacía un masaje en el pelo. Después de la muerte de su amigo, Daeva se había quedado un tiempo en la ciudad donde sus amigos vivían y, durante muchas tardes, su amiga, Flora, la peinaba con uno de esos cepillos grandes y suaves que tenía en casa.

Flora le había dicho mil veces que adoraba su pelo negro y blanco, sobre todo por su suavidad. Se pasaba horas haciendo y deshaciendo trenzas, y ella se quedaba dormida con los toques tan delicados y sutiles que su amiga utilizaba, era muy relajante y un recuerdo que se había quedado grabado en su mente. Porque no era la primera vez que pasaba, cuando se empezaron a llevar entre todos los reclutas durante ese periodo corto de tiempo, Daeva iba a casa de Flora una o dos horas antes para prepararse para el entrenamiento con los demás. Se formó esa pequeña tradición entre ellas, y la asesina muchas veces la echaba de menos, así que, que su compañero le tocara el pelo, la devolvía a esos momentos.

Entonces, cuando el moño estaba hecho y Brennan peinaba la parte inferior de su pelo, le dio los guantes para que no se manchara de decolorante, y mientras que él ponía el potingue en su sedoso pelo, rezó a los astros y a los planetas para que estos se alinearan y ayudaran al pobre chico que tenía que hacer ese trabajo por primera vez. No dijo nada, y ella no quiso decir algo para así no desconcentrarlo. Una vez terminada la aplicación, esperaron el tiempo necesario para que el mejunje diera efecto.

Durante ese rato, pudo empezar a escribir una carta, y Brennan había estado sentado en la cama sin hacer nada. Quiso preguntarle qué hacía tanto tiempo, pero sabía que no debía involucrarse tanto con él. Y es que, últimamente, Daeva sentía que Hinsen no era realmente un rehén, porque la forma en la que lo trataba había sido distinta a los demás, aunque no acostumbraba a dejar con vida por mucho tiempo a sus rehenes.

Sus interrogatorios habían llegado a durar máximo dos días, pero esto se estaba alargando más de lo normal, y la realidad es que la asesina se estaba acostumbrando demasiado a la compañía del chico. Pero se repitió varias veces, para remarcar su obligación, que el chico moriría, y que ella sería la causa de su muerte, así que no debía encariñarse, aunque pocas veces le había ocurrido eso con alguien, y nunca le había pasado con un trabajo.

La hora llegó, y Hinsen fue el primero en entrar al baño para quitarse todo el tinte, se escucharon unos cortos gritos y maldiciones por parte de él.

Daeva sabía que era por el shock de ver el agua volverse totalmente blanca y notar como sus

manos tocaban el mejunje, sabía que debería frotarse las cejas, porque también se las había teñido. Si se hacía, tenía que hacerse bien. A la asesina no le gustaba dejar los trabajos a medio hacer.

Al poco rato, el chico salió con una camiseta de manga corta y unos pantalones de pijama, mientras se secaba el pelo con una toalla. Al principio la asesina no lograba ver el resultado, pero cuando la toalla ya no ocultaba su color, sintió la necesidad de parpadear unas cuantas veces. Era muy distinto. No había ni un solo pelo castaño, todo era blanco, como la base de nieve que se había formado en la calle. Estaba... distinto, muy pero que muy distinto.

—Dime por favor que ha funcionado.

—Madre mía.

—No me gusta como suena eso.

—No, no. Ha salido bien. Solo que... —Brennan la miró curioso por saber lo que iba a decir—. Estás muy pálido.

—Normal, parezco un puto copito, un panda de las altas montañas, un jodido muñeco de nieve, solo me falta la zanahoria.

—¡No te metas con los osos panda! —Lo señaló con el dedo y él rodó los ojos.

Daeva no pudo aguantar la risa, llevaba todo el día encontrándose con esa dificultad. Desde la mañana que había empezado a soltarse. Contar la historia de su daga solo había sido el inicio, pero lo estaba notando, sabía que se estaba dejando llevar un poco, y también había notado que su risa era más fácil, que no estaba distante y fría como siempre, que se sentía cómoda, muy cómoda. Se preguntó si su compañero también lo notaba, pero claro, él tenía sus propias luchas. Incluso llegó a cuestionarse si él también se sentía mejor con todo el tema de su familia.

—Perdona, no sabía que le tenías tanto cariño a los pandas —dijo posando la mano encima de su pecho dando una pequeña y tonta reverencia.

—Para tu información, son mis animales preferidos —tensó los labios con una sonrisa.

—Te toca a ti, cruza los dedos para que no la haya cagado —entrecerró los ojos.

Brennan cambió de tema y se terminó de secar el pelo mientras Daeva fue al baño. Se desnudó, calentó el agua y agradeció el contacto de la temperatura cálida. Nada le preocupó, parecía que el chico lo había hecho bastante bien, lo pudo comprobar al mirarse en el espejo. Su piel estaba ardiendo aún, incluso después de haberse dado ese último chorro de agua fría. Repasó todo su cuerpo de un vistazo, tenía rasguños y moratones por el cuerpo, no muchos, pero estaban ahí, y seguro saldrían más durante los siguientes días. Se vistió con la ropa de siempre y echó de menos el corsé, que le ayudaba a ajustarse la camiseta al cuerpo y un poco la cintura de los pantalones, así no debía preocuparse de que nada se estuviera cayendo o saliendo de sitio. ¿Pero para dormir quién necesitaba un corsé? No era nada cómodo en esa situación.

Salió del baño para encontrarse al chico tumbado en la cama sin hacer nada.

—¿Qué? ¿Aburrido? —Dijo mientras se hacía una trenza.

—Esto de estar secuestrado puede llegar a hacerse largo y exasperante. Vale, hay emoción y adrenalina, pero, en estos ratos no sé qué hacer.

—¿Leer? —Caminó hasta el escritorio para sentarse.

—Hace años que no leo. Creo que la última vez que cogí un libro fue para lanzárselo a un compañero de mi escuela.

—¿Por qué lanzarías un libro? —Se sentó en la silla y la colocó para ver al chico tumbado.

—Se había metido con mi color de pelo.

—¿Por esa tontería?

—Hay mucho más detrás de un color de pelo. Al igual que a muchos les hacen la vida imposible por ser de otras ciudades o tener otro color de piel, a mí me lo hacían también por ser mestizo. Los niños pueden ser muy crueles. Aunque comparado con lo que les hacían a los demás, supongo que tuve suerte.

—Entonces supongo que no eras el único al que se lo hacían.

—Las bromas pesadas y los insultos eran muy recurrentes en mi escuela. Que mi madre fuera de Miekó y mi padre fuera de Morana daba de qué hablar. Siempre había rumores. Pero la verdad no recibía tantos insultos como algunos de mis compañeros. También los defendía cuando se metían con ellos por tener la piel más oscura que la nuestra.

—O sea, eras un pequeño protector —demostró una pequeña sonrisa y entrecerró los ojos suavemente.

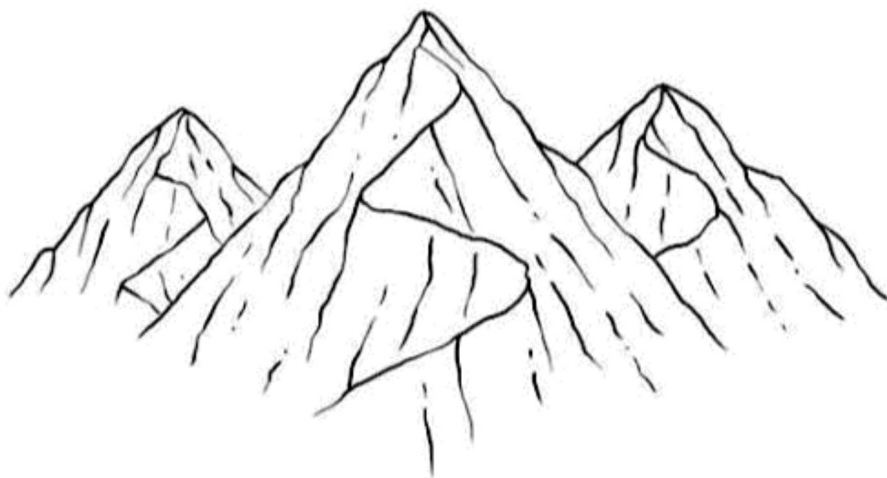
—No actuaba pensando en ser un héroe —se sentó en la cama—. Solo quería que a todos nos trataran igual, porque igual somos humanos. El color, el pelo, los ojos, cualquier variación física no nos debería dividir. Cada uno es distinto a su manera —se levantó y fue hacia la ventana, Daeva lo miraba—. Pero, igual que aquí se jode a la gente que no es pálida y rubia, en otros países como, por ejemplo, Visha, seguramente habrá más complicaciones para la gente que es pálida y rubia.

—Cada reino tiene sus características realmente, sus ancestros, aunque eso no debería importar. Todos venimos del mismo lugar. No debería haber distinciones.

La asesina también lo decía por sí misma. No sabía exactamente de donde provenía, sabía quién la había criado, sabía las costumbres de Midori, había viajado mucho y había conectado con muchos lugares. Supuso que por eso no le gustaba que hubiera tanto odio a la gente que no era igual a los demás, porque ella realmente no pertenecía a ningún sitio. Odiaba a los abusadores que se metían con la gente por tener otras características físicas, esos que se creían superiores por cualquier cosa que ellos tenían y otros no.

—Al menos esto se está arreglando con los años. La gente se va mezclando más entre reinos y ya no es tan raro. Una cosa de la que me alegro.

La noche empezó a caer y cenaron algo en la habitación, compraron unos bocadillos en una tienda de abajo y se los comieron sentados en el suelo tras haberse peleado sutilmente para ver quién se quedaba con la silla. El chico no hablaba, como si estuviera pensando o concentrado en algo. Daeva no quiso decir nada, pero desde esa mañana, desde el encuentro con Layn y Gulyio, su compañero de habitación parecía tener más energía.



CAPÍTULO 21

Daeva le había ordenado que le enseñara la zona de bosques y montañas que rodeaba la ciudad de Brumous. Brennan había hecho muchas rutas, aunque no todas, así que, al despertarse, tuvo que ponerse bien las botas y vestirse con alguna que otra capa más de ropa. El reino de Morana se juntaba con el de Tecna y el de Mieko a su derecha, pero la altitud del reino era lo que hacía que las temperaturas fueran tan bajas.

—Mejor llévate una bufanda por si acaso.

—No, con esto voy bien.

La asesina no parecía consciente de lo fría que podía ser la ruta entre los árboles, la nieve y las montañas. En un rato entrarían en calor, pero, cuando descansas y tu cuerpo deja de moverse, éste no acepta bien el cambio tan drástico de temperatura. Él rodó los ojos, aunque no se sorprendía al ver que ella aún no confiaba lo suficiente en él. Se miró por última vez en el espejo y casi se asustó al recordar que tenía el pelo blanco, ese pelo que de pequeño había anhelado tener para no aguantar las bromas de sus compañeros.

Iba a cerrar la puerta cuando la chica entró corriendo a agarrar algo, pasó por su lado al volver y evitó mirarlo. Cuando este cerró la puerta, finalmente, vio a Daeva bajando las escaleras a toda prisa con algo en la mano, él también bajó y la encontró en la calle dando vueltas a su cuello con una tela. Contuvo una risa al ver que era una bufanda y que había hecho caso a su consejo. Pasó por su lado, miró los ojos azules verdosos y después la bufanda. Ella no dijo nada, solo puso los ojos en blanco y le pidió con las manos que le mostrase el camino. Primero tenían que alejarse de la ciudad, y a partir de ahí escogerían una ruta.

Las calles estaban ajetreadas, gente comprando cosas a última hora para los regalos de fin de año y los que querían enviarle algo especial a la misma reina Morana. Cada vez las calles estaban más vacías, y Brennan quiso entablar conversación, pero se encontraba con la duda de si querría hablar, así que prefirió callarse hasta que llegaron al mapa con las rutas, un tablón de madera con un dibujo gigante mostraba las altas y peligrosas montañas de Brumous.

—¿Cuál hacemos? —Preguntó la asesina.

—Había pensado en que tú escogieras.

—Supongo que en un día no conseguiremos hacer todas las rutas.

—Si crees eso es porque no acostumbras a hacer senderismo.

—Lo más parecido a senderismo que he hecho ha sido correr y saltar por tejados, aunque de pequeña iba al bosque del lado de la ciudad con mi amiga.

—Entonces deberías empezar por una fácil.

Brennan observó, con detalle, el mapa hasta dar con las rutas marcadas de color azul. Miró los kilómetros que comportaba cada una, pero no eligió la más corta, al contrario, escogió la más larga. Obviamente no la habría escogido si no fuera porque en la mochila llevaran unos bocadillos del mismo sitio al que últimamente iban demasiado. El pan bien horneado de buena mañana, junto con los quesos hechos de leche de cabra de los pueblos perdidos por los alrededores de Brumous, eran una maravillosa combinación, igual que la carne de cordero hecha a la parrilla. Que el pan duro se volviera más blando por el calor de la carne era uno de los pequeños placeres de la vida.

—Vamos.

El chico empezó a caminar por la nieve, siguiendo las indicaciones que decía el mapa. Lo siguió, escuchaba como las botas de piel de la asesina aplastaban la nieve por donde pasaba.

—¿No me vas a decir dónde?

—Esta ruta se hizo conocida porque los senderistas más experimentados conseguían encontrar cuevas. Unas cuevas un tanto especiales. Se dice que están embrujadas.

—¿Fue Libitina?

—Es un misterio, pero está claro que se trata de magia, así lo dice la historia. Dice que bajo la tierra de Brumous hay una fuente de poder que arde sin cesar, de ahí que el agua siempre esté caliente. Sin embargo, ya puedes estar cruzando los dedos para ser capaz de encontrar una.

—¿Acaso este camino no lleva hasta ellas?

—Técnicamente sí, pero están igualmente escondidas. No están en medio del camino, para entrar a algunas incluso hay que meterse por agujeros bastante estrechos, otras están cubiertas por arbustos... Encontrarlas es una suerte, la verdad.

Había unos cuantos árboles caídos por el camino, y tuvieron que pasar por encima de éstos. Se había girado para ayudar a la chica a pasar por encima de una, pero una vez más, Daeva no había perdido el equilibrio en ningún segundo, y no sabía por qué le había sorprendido eso cuando era una de las mejores asesinas del continente. Según lo que le había contado, estaba entrenada hasta la médula, preparada para situaciones inesperadas, tenía una mente resolutiva, y eso lo había podido comprobar cuando mató al espía de Olyseus delante de sus narices. Ese hombre al que le habían cortado horrorosamente la lengua, al verlo le habían entrado náuseas.

—¿Crees que podríamos encontrar una de esas cuevas?

—Es una tarea complicada, además, ¿no querías investigar la zona?

—Si encontramos una de esas cuevas, y nadie sabe dónde está, es un buen escondite.

—Dudo que encontremos alguna.

—Yo creo que sí.

Brennan rio para sí mismo, dándose cuenta de que eso era bastante imposible dadas las

circunstancias. ¿Cómo podrían encontrar una de esas cuevas con la cantidad de nieve que había? Ni de coña podrían entrar en una.

Brennan tuvo que cerrar el pico, porque sí que encontraron una. De hecho, la había visto la asesina mientras él paraba a atarse la bota encima de una piedra grande. La curiosidad de Daeva la había llevado a adentrarse al bosque, y el chico la había maldecido por lo bajo al ver que no la encontraba. Cuando pensaba que lo había abandonado a su suerte, o peor, que ella se había perdido, una sensación de nerviosismo creció en su pecho, pero desapareció al instante en que escuchó su apellido romper el silencio de la arboleda.

Corrió desesperadamente, quitando las ramas que sobresalían de los árboles. ¿Dónde se había metido esa mujer? Se había separado bastantes metros de la ruta marcada, había pasado unos cuantos árboles caídos y rotos por la mitad. Nadie pasaba por ahí, se veía todo demasiado puro, todo emblanquecido, el camino que había seguido tenía ya la nieve sucia de hojas, pero esta zona tenía la nieve virgen y era tan blanca que incluso Brennan tenía que entrecerrar los ojos.

—¡Aquí! —Volvió a escuchar y siguió el eco de la voz.

Encontró a Daeva intentando mover una roca delgada pero larga.

—Haz fuerza conmigo —le ordenó.

Corrió hacia la piedra y se puso al costado de la chica, ayudándola a empujar lo que parecía una simple piedra, empujaron, hicieron fuerza con las manos y finalmente esta cayó al suelo de forma plana. La piedra era tan dura que ni se rompió en dos. Entonces vio el agujero por el que, si te encogías, podía caber una persona. La luz del día iluminaba un escenario que parecía sacado de un pequeño papel anunciando un viaje a Ondine, el país conocido por sus grandes tripulaciones, sus mares turbulentos llenos de toda especie de peces, sus calas y playas preciosas.

—Creo que merezco un premio por haber encontrado una — Daeva se cruzó de brazos orgullosamente.

—Qué pena, creo que me he olvidado las medallas en la otra mochila —bromeó.

—¿Entramos o no? —señaló la cueva.

—Hay que aprovechar la oportunidad, nunca había visto una de estas.

Los dos entraron, haciéndose pequeñitos para pasar por el agujero, y al entrar vieron que podían estar completamente de pie.

—Ya empiezo a tener calor —anunció la asesina.

El agua era lo que hacía que pareciera una sauna. En el centro de la cueva estaba el agua, mientras que los dos caminaban alrededor gracias a una pequeña zona rocosa. Brennan dejó la mochila en una piedra un poco más arriba y se quitó la capa, permitiendo que Daeva viera el pelo blanco que, no hacía mucho, él había adquirido.

—Tiene buena pinta.

—Un poco de calor no me iría mal, tengo los huesos helados —añadió la asesina mirándolo desde la otra punta de la cueva. Las voces resonaban por la estancia.

—Ojalá podernos meter. —El chico se puso de rodillas y dejó que su mano se calentara al tocar el agua.

—Bañémonos.

—No llevamos la ropa adecuada —puntualizó Brennan.

—No me seas tiquismiquis —empezó a caminar hacia la roca que sobresalía, donde él había

colocado la mochila. La chica se quitó la capa poco a poco y después se quitó el corsé para dejarlo encima de la piedra—. Nos podemos bañar desnudos.

Su corazón se contrajo un poco de repente, esas palabras lo habían provocado más de lo normal, contó quince respiraciones para tranquilizarse, pero algo en su estómago fue subiendo y llenándole todo el pecho. Sin embargo, lo que realmente lo había descolocado era la comodidad y tranquilidad con la que lo había dicho.

—Mírala que lanzada —se apañó para ocultar sus emociones con una sonrisa torcida.

—Ay, por favor, somos adultos. Ni que nunca hubieses visto el cuerpo de una mujer.

—Sí que he visto algunos, para tu información. Y lo digo más por ti que por mí, no me gustaría incomodarte.

—Tampoco soy para tanto —susurró.

Brennan no pudo evitar resoplar mientras negaba con la cabeza. ¿Acaso no se había visto? ¿Acaso no había visto la de veces que se había puesto un poco nervioso cuando la había tenido cerca? ¿O es que estaba enfermo?

—¿Qué? —Quiso saber.

—Eres imposible —la miró a los ojos azules verdosos que ahora no tenían color por la falta de luz—. Venga, metámonos.

—Gírate. No te quiero ver —lo atacó con sus palabras, él se había dado cuenta de que era uno de sus métodos para esconderse detrás de su muro.

—Deberías preocuparte más de lo que yo pueda llegar a ver. Daeva se cruzó de brazos esperando, y él volvió a resoplar, mostrando una sonrisa burlona, aunque igualmente se giró para darle privacidad.

—¿Y dentro del agua qué?

—No hay tanta luz.

—¿Crees que podrás controlarte y no mirar más allá de la línea del agua?

—¿Me estás retando, Hinsen?

Escuchó el roce del jersey con la camiseta, y él también se quitó el jersey que le tapaba hasta el cuello. Seguidamente se deshizo de la térmica. Se escucharon cremalleras y el roce de la tela al desprenderse de la piel. El metal y el hierro chocaron contra la piedra, Daeva se había quitado todos los cuchillos y dagas.

—Para ti no creo que sea un reto tan grande. Al fin y al cabo, tú ya me has visto sin camiseta un par de veces.

No respondió por unos segundos, dejando que las palabras rebotaran entre ellos. Parecía que cada vez hacía más calor, pero no solamente por el agua que reposaba en la cueva, el agua que esperaba ser usada. Brennan se sacó los calzoncillos, quedando completamente desnudo.

—Entonces el que lo tiene complicado eres tú, supongo —habló calmadamente la chica que le estaba dando la espalda.

—¿Nos apostamos algo? —La incitó, y al no recibir respuesta siguió—. Quien mire antes, algo que no debe, invita a un chupito de whisky al otro.

Las palabras salieron fluidamente de sus labios, y solo hablar de alcohol había hecho que su garganta notara la falta de éste. ¿Cuánto llevaba sin beber? ¿Dos semanas?

—Hecho —dijo alto y claro.

—Nos damos las manos y saltamos a la vez, dándonos la espalda. ¿De acuerdo?

—Y cuando estemos en el agua, empezamos la apuesta. Y para hacerlo un poco más interesante... Nos pondremos cara a cara.

Su pulso había ido subiendo desde que ella había hablado con ese tono suave y determinante. Brennan sabía que esto podía descontrolarse, que podía perder. ¿Cómo iba a lograrlo teniéndola a ella delante? Había ganado una vez, podría ganar otra, se dijo a sí mismo. Inhaló aire por unos quince segundos y respondió.

—Hecho.

Dicho eso, se escucharon unos pasos que se acercaban a él muy lentamente, juntamente con sus respiraciones. Entonces notó cómo algo le acariciaba el brazo. Le daría la mano para controlar que los dos saltaban a la vez, estaban al borde de la piedra, con un saltito se hundirían en las aguas termales. La mano de ella vagaba por su brazo, era un toque suave, tentador. Volvió a notar lo mismo en el otro brazo.

Lo estaba buscando.

Y de repente, su espalda notó por completo su tacto, su piel templada chocó con la piel fría y suave de ella, quien no se movió, al contrario, se quedó allí. Fue realmente él quien se apartó a los pocos segundos. La textura de su espalda a lo mejor la podía incomodar y quería todo menos eso. Las marcas de los castigos que había recibido durante su juventud habían moldeado su parte trasera, creando líneas cruzadas y relieves donde normalmente no había.

—No te preocupes por la espalda —dijo—. No me molesta, no me importa.

Se le formó un nudo en la garganta. Esta vez el que dio el paso fue Brennan, quien se acercó para volver a tocar su espalda con la de ella, y poco a poco sus manos se encontraron en el camino, entrelazaron los dedos y respiraron. Se concentró en eso, en las manos de la famosa asesina, eran suaves, delgadas, se preguntó si toda su piel tendría el mismo tacto. Debía de parar de pensar en eso.

—A la de tres saltamos —anunció Daeva—. Uno.

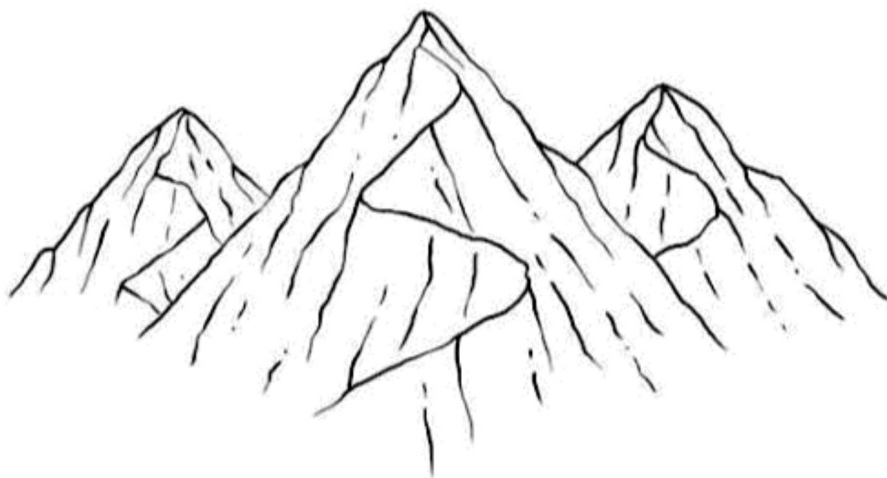
Inhaló una gran cantidad de aire.

—Dos —continuó contando.

Cerró los ojos.

—Tres —finalmente dijo.

Y los dos saltaron al agua que calentó sus cuerpos al segundo.



CAPÍTULO 22

El agua empezó a quitar todo el frío que había sentido durante la caminata que ella y su compañero habían realizado, no habían llegado al final del camino, pero Daeva se había fijado en las hojas, los árboles, las montañas que se veían tan cerca, tan altas e imponentes. Durante las pendientes le había costado un poco más seguir el ritmo de Brennan, quien parecía que hubiera hecho esa ruta mil veces. Ella estaba más acostumbrada a correr, no a caminar, era otro tipo de cansancio.

Al saltar le soltó la mano para poder hundirse en las aguas paradisíacas, le había recordado a uno de los lagos que había en Bonhomía. Cuando quiso salir a la superficie, se propulsó con el suelo de piedra y subió. No era tan profundo como pensaba, pero no quería tener que estar moviendo las piernas constantemente para mantenerse a flote, así que nadó hasta la piedra y notó como ahí sí que llegaba. Reposó la espalda en esta y al cabo de unos segundos salió su compañero del agua. Aún tenía los ojos cerrados mientras cogía aire y se pasaba las manos por el pelo, colocándose lo hacia atrás.

Tuvo que controlarse para no mirarlo demasiado, pero era imposible. Sus brazos se tensaban con el movimiento y su abdomen estaba suavemente definido, y a ella se le cortaba la respiración. Notaba que se forzaba a sí mismo para tenerlos cerrados, y eso no era válido en la competición.

—Abre los ojos —le ordenó.

Obedeció y se giró en su dirección, sus ojos no dudaron en mantenerse en su cara, no flaquearon ni miraron más allá del agua. Se acercó nadando hasta llegar a la piedra, dejando cierta distancia y quedando de pie uno frente al otro. El corazón de Daeva temblaba un poco. Aún sentía la sensación del roce de sus espaldas, notaba la textura y recordó cuando lo ayudó a limpiarla de sudor. Ahora que Brennan la podía ver, no quiso mirar sus pectorales, ni su clavícula, ni menos su cuello, y que no lo hiciera pareció aumentar el interés del chico por el juego. No podían mirar más allá del agua, pero, no había especificado nada más. ¿Qué sería capaz de hacer para que ella perdiera? ¿Hasta dónde llegaría su orgullo?

Al ver que no hacía nada, dio otro paso acortando la distancia. Y si no fuera porque Daeva estaba demasiado concentrada en tranquilizar su respiración, se habría dado cuenta de que él también lo estaba intentando hacer.

—Creo que esto será un reto más fuerte para ti que para mí — Brennan apoyó los brazos en la roca, uno a cada lado de ella, rodeándola, prohibiéndole una huida, obligándola a mirar. No se movió.

—¿Acaso intentas ponerme nerviosa? —atacó.

Aunque ella misma sabía que esa pregunta ya tenía respuesta y que estaba funcionando. Él apartó la mirada por un momento, como si estuviera pensando sus siguientes palabras, a los pocos segundos la volvió a mirar.

—¿Por qué eres asesina?

—La respuesta corta y fría sería... Por dinero.

—¿Y la larga y sentimental?

—¿Por qué tanto interés en saber sobre mí?

Brennan tensó la mandíbula y Daeva se sintió en ventaja.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Te recuerdo que tengo que sonsacarte información.

—Ya te conté todo lo de Morana. En cambio, últimamente pareces más interesada en mi vida.

«Mierda». Debía cambiar de tema, así que optó por responder a su primera duda. Podría mentirle obviamente, pero sentía que no podía, que no debía. Se había pasado gran parte de su vida mintiendo a muchas personas, la mayoría eran víctimas suyas. Podría haberse inventado una historia en ese mismo instante. No le salía, era como si Brennan rompiera el muro tras el que ella se escondía diariamente.

—Siempre he querido ser una guerrera, proteger al pueblo que me crió y me salvó de una muerte asegurada. Desde pequeña me escapaba para ir a los campos de entrenamiento de los futuros soldados, me imaginaba, algún día, empuñando una de esas espadas con el emblema, vistiendo sus ropas con orgullo y luchando por aquellos que no pueden hacerlo por su propio pie.

»Pero las mujeres no eran aceptadas en el ejército, aunque igual conseguí apuntarme a clases de autodefensa, eso fue un tiempo después de haber estado entrenando con la mujer que me había salvado. Ella practicaba el arte del bastón de quebracho, un arte que requiere de mucho equilibrio y un conocimiento inmenso sobre el espacio que te rodea. Ponerte en una mentalidad en la que el espacio y tú sois uno solo, que os compenetráis, que te ayuda a ser consciente de todo, a escuchar cosas que antes no podías porque estabas demasiado en tus pensamientos. La mujer se ponía en su hermoso huerto de hortalizas y meditaba, también entrenaba y aprendía movimientos con el mismo bastón de quebracho, una de las maderas más fuertes y duras de los bosques.

»Así que, además de espiar a los soldados, también empecé a espiarla. Pero claro, no tardó mucho en descubrirme. En vez de echarme de su propiedad, me invitó a entrar y desde ese momento me convertí en su alumna. Me enseñó los pilares morales de un guerrero, que casi los he echado a perder al convertirme en asesina. Me mostró cómo podía utilizar todo mi cuerpo para ser más rápida, más fuerte y menos predecible. Ella me construyó, ella me creó como persona. No era mi madre biológica, pero era lo que más se acercaba.

»Yo quería ser una guerrera para el ejército del reino, lo que yo no sabía es que un hombre nuevo había llegado a la ciudad, yo debía tener unos trece años cuando me ofreció instruirme, no era lo mismo que ser una protectora, pero igualmente podía hacer justicia. Así que me fui con él.

O sea que, sentimentalmente hablando, soy asesina porque quiero proteger a la mayor cantidad de gente posible y limpiar el mundo de la gente malvada. Puede parecer muy fantástico, pero es verdad. He matado a pedófilos, violadores, mercenarios de mercancías ilegales, incluso en uno de mis trabajos conseguí liberar a cinco niñas de convertirse en esclavas sexuales. No llevo una insignia, no llevo un atuendo que me dé el título de una salvadora. Pero igual hago un trabajo parecido al de los soldados, porque mantengo a mi gente a salvo, aunque yo no tenga una gente concreta a la que salvar, yo intento proteger a los demás de las maldades que ocurren en la oscuridad de las calles.

Brennan no paraba de mirarla, ella notaba todo su cuerpo tensarse y a la vez soltarse mientras hablaba. Lo estaba haciendo, se estaba abriendo un poco más. Se lo estaba dejando ver, aunque no del todo.

—Soy una asesina porque quiero proteger a quien sea. Porque en su momento, a mí, se me dejó sin protección alguna, a mi merced —apartó la mirada de los ojos marrones que llevaban tanto rato observándola. No quería llorar, nunca había llorado por cómo se había convertido en lo que era.

—Eres, sencillamente, maravillosa.

Volvió sus ojos al chico.

—Y tú estás loco por pensar tal cosa.

¿Realmente estaba loco?

Daeva se sumergió en el agua, saliendo de la pequeña barrera que él había creado con sus brazos para ponerla en tensión, para ver hasta dónde podía aguantar. Brennan podría estar horas y horas escuchando hablar a la protectora, se había dado cuenta de eso muy rápidamente. Parecía que siempre tuviera algo que contar, como si su vida fuera interminable. Cuando salió del agua, empezó a parpadear muy rápidamente y seguidamente lo miró.

—¿Qué pasa?

—¿Qué tendría que pasar? —respondió demasiado rápido. Entrecerró los ojos y notó que su mirada no se detenía en ningún sitio, estaba obligándose a no mirarlo. Demasiado nerviosa como para que no hubiera pasado nada, entonces se dio cuenta.

—¿Qué has visto? —Su sonrisa empezó a asomar.

—Te he dicho que nada —atacó.

Empezó a nadar en la dirección contraria y la siguió, utilizó sus brazos para cruzar las aguas de la cueva y conseguir una respuesta. Había ganado, no se lo podía creer. Daeva paró de nadar y se apoyó en la roca, con los brazos cruzados encima de la piedra, y su cabeza descansando entre éstos.

—¿Han sido bonitas las vistas?

—Por favor —se exasperó poniendo los ojos en blanco. Brennan se colocó de la misma forma que ella a su lado, mirándola, aprovechando para ver su pelo mojado y su cara empapada. Podría haber sido perfectamente una de esas ninfas que cuentan los mitos y los cuentos. Podría haber sido una sirena de esas que cantaban hasta enamorar a los hombres y después ahogarlos.

—No es que sea lo más bonito del mundo, tengo que admitir. Pero creo que lo más interesante

es lo que puede llegar a hacer.

Resopló. La estaba llevando al límite.

—Eres un perverso.

—Dice la que me ha visto enteramente desnudo.

Se separó de la piedra y nadó en la dirección contraria, otra vez, y él empezó a sonreír mucho, no podía evitarlo. Necesitaba más, era imposible parar. Así que volvió a nadar hacia ella y la acorraló contra la roca con una sonrisilla. Debía pararse a sí mismo, pero necesitaba verla ruborizada, ver sus mejillas rosadas, así que hizo un último movimiento. La miró con calma, como si nunca pudiera cansarse de la vista y poco a poco acercó su cara a la de ella. Lo hizo tremendamente despacio, vio los ojos curiosos de Daeva antes de que sus labios quedaran a centímetros de su oreja. La escuchaba respirar. Su olor lo puso un poco nervioso, la esencia de ella que no podía olvidar.

—Me debes un chupito, Daeva —le susurró, y notó como esta tragó profundamente.

Se separó y la volvió a mirar, y vio algo nuevo en esos ojos que tanto lo hipnotizaban. La mano de la chica dudó en si tocarlo o no, y observó como poco a poco sacaba la mano del agua y le tocaba la mejilla.

La asesina estaba acariciándolo por primera vez, no era como cuando lo agarraba de la cara para que la mirase, sino un tacto suave, sus ojos parecían apenados y se sintió mal porque sentía que ella estaba recordando por todo lo que él había pasado. Pero, aunque sus historias fueran distintas, los dos habían sufrido lo suyo. Un sentimiento nuevo empezó a llenarlo, un tipo de calma energizante, algo que nunca había sentido. Estaban pasando demasiadas cosas en muy poco tiempo y demasiadas preguntas se le pasaban por la cabeza, incapaz de responderlas una por una. ¿Por qué ahora había empezado a sentir? ¿Cómo ella podía haber creado tantas emociones en él? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué sentía? ¿Qué debía hacer? ¿Qué quería hacer? ¿Por qué ahora mismo se sentía bien? ¿Por qué no quería despegarse de ella? ¿Por qué ahora había una pequeña parte de él que deseaba no morir?

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—En que por primera vez tengo demasiadas cosas en la cabeza, y no sé a cuál vocecilla hacerle caso.

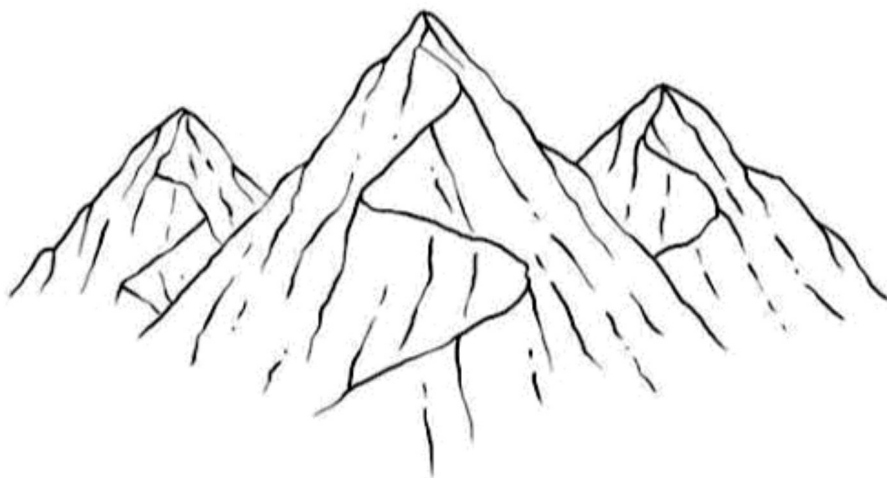
Daeva respiró profundamente, y él copió el gesto.

—¿Tú? —preguntó.

Ella dejó de acariciarle la mejilla.

—En que no estoy pensando en nada después de mucho tiempo. La protectora se separó y empezó a nadar hacia el otro lado de la cueva, que no era muy grande, y quiso ir con ella, pero sabía que querría su propio espacio. Así que se permitió disfrutar del calor de las aguas termales y puso la cabeza entre los brazos apoyados en la piedra. Podía notar esos ojitos azules verdosos encima de él, y puede, solo puede, que quizás él tensara un poco los músculos de su espalda para marcar más su figura.

Pero claro, no lo admitiría.



CAPÍTULO 23

Estaban de camino a la ciudad, el cielo se había vuelto poco a poco de un tono violeta y fucsia, las nubes se teñían de los colores pastel y la luz del sol se iba perdiendo con cada metro que recorrían. Pasaron por una cascada de la que caía agua casi congelada a borbotones. Daeva agradeció haber traído la bufanda, realmente en estas zonas montañosas hacía mucho más frío que en la ciudad, pero el paisaje conseguía relajarla.

El sonido del viento que pasaba entre los árboles, el psithurism, entraba en sus oídos y parecía un suave silbido por parte del bosque, como si este hablara con ella. La verdad es que ni ella misma sabía que algunas acciones podían llegar a tener un nombre, había aprendido esa palabra cuando una vez viajó a un pueblo alejado del norte del continente.

—Llevo aquí dos semanas y hasta ahora no me había dado cuenta de lo bonito que es este reino.

Seguían caminando, no debía quedar mucho rato. Brennan miró a su alrededor, dando una vuelta sobre sí mismo.

—Ahora es nuestra mejor época. Los árboles están teñidos de nieve, todo resplandece, todo parece estar tan limpio... Muchos viajeros vienen durante estas semanas, cuando la nieve no para de caer sobre el suelo, y todo parece estar en silencio. Sinceramente, cuando te adentras en el bosque, todo puede parecer sacado de un libro de cuentos. Es como ver un sitio irreal convertirse en real.

—¿Cómo es esto durante las otras estaciones?

—Por la altitud en la que estamos, siempre estaremos por debajo de las temperaturas comunes. El otoño y la primavera casi no se notan, el verano es fresco y se agradece, pero los entretiempos aquí no existen.

—No podría soportar este frío por toda mi vida.

El chico soltó una corta carcajada.

—Bueno, aquí tenemos la piel más dura y gruesa, haciendo que nuestra masa corporal esté preparada para sobrevivir más fácilmente a los inviernos.

—Las playas de Ondine son preciosas, mira que yo no soy mucho de playa pero... El agua es tan cristalina que crees poder ver hasta el más pequeño de los peces, y cuando el sol da fuerte sobre el agua salada, parece que haya mil diamantes sobre el mar, por la fuerza con la que éste brilla.

—Debes haber viajado mucho.

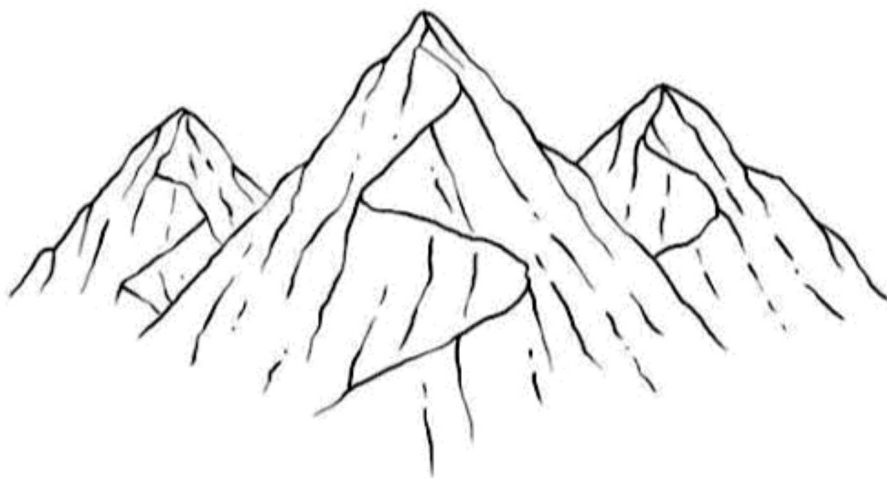
Quiso ofrecerle la idea de, algún día, llevarlo a un nuevo reino, llevarlo a descubrir nuevas culturas y paisajes que a lo mejor podrían llenarlo de vida. Le podría gustar Midori, con sus frondosos bosques, quizás Ramé le pareciera demasiado conflictivo, aunque no le disgustaría echarse unas copas y jugar al billar con más personas. También podría enseñarle Visha y todas las cantidades de plantas que hay. Por un segundo pensó en proponérselo, pero la realidad la golpeó más fuerte de lo que había pensado. ¿Cuánto tiempo le quedaría? ¿Cuánto tiempo faltaba para que Sahil le ordenara su muerte?

—Siempre por trabajo —aclaró, sintiendo que su estado de ánimo decaía por haber pensado demasiado, otra vez.

—Me gustaría salir, alguna vez, de Morana.

La voz se había debilitado, como si recordara que su final estaba escrito, que el tiempo volaba. Por primera vez, parecía triste al darse cuenta de que moriría, le dolía, y sonrió para sus adentros, un poco esperanzada al ver que, quizás, él estaba mejorando. Daeva quiso responderle, decirle que sí, que lo haría, pero sería mentirle y mentirse a sí misma.

Así que decidió cambiar de tema y preguntarle por las tradiciones del reino durante el aniversario de Morana. Se lo seguía contando mientras llegaban al hostel, continuó hablando cuando puso la llave en la cerradura, y terminó de explicárselo al estirarse en la cama, reventada.



CAPÍTULO 24

—No pienso llevar una daga encima —Brennan dijo cuando Daeva le ofreció una de las suyas. No acostumbraba a darlas tan fácilmente, pero al día siguiente, después de la comida, empezaría el baile que llevaban esperando por una semana y no se arriesgaría a que los encontraran y lo intentaran matar. Eso lo tendría que hacer ella, no dejaría que nadie se lo quitara.

—No hará falta que la utilices —respondió, mentalmente cruzando los dedos para que fuera cierto.

—De acuerdo...

La cogió por el mango y la guardó en el bolsillo interno del traje, cabía a la perfección.

—Sé que seguramente no me lo dirás, pero si me dijeras de qué va todo esto podría saber qué información darte.

—No debo contar mucho.

—Solo necesito saber qué está ocurriendo, ¿por qué me secuestraste?

La asesina se lo pensó por unos instantes. ¿Sería cometer un error?

Era cierto que le había cogido un poco de confianza, y quizás si él sabía qué necesitaba podría hacer que esto fuera mucho más rápido.

—Alguien quiere matar a la reina.

—¿Y la queréis proteger?

Pudo ver la lucha interna de Brennan en sus ojos, la parte que le decía que ojalá la reina muriera, y la otra que era consciente de que si querían protegerla era por el bien del reino.

—Es lo que mi cliente planea. ¿Te sirve eso?

—Supongo... —se pasó la mano por el pelo y se sentó en la cama. Ya habían cenado, Daeva se había pasado la mañana releendo todas las cartas de Sahil, revisando y apuntando mentalmente todo lo que debería hacer y fotografiar. Su cliente le había preguntado cómo había logrado conseguir una cámara, ella no se lo contó, había información que no era necesaria contar, exponer su pasado había sido un acto poco frecuente.

—Creo que ya está todo listo. Mañana entramos en palacio, nos escabullimos cuando todos

empiecen a bailar y me muestras todo lo que tu hermana te contaba.

No tardaron mucho en meterse bajo las sábanas, no hablaron, parecía que, desde el momento en el que se tumbaban encima del somier, no debían intercambiar palabra hasta que alguno de los se despertaba por la mañana. Pero no había incomodidad, sino, tensión, al menos hasta que se dormían. Daeva creía que, llegados a este punto, ya se habría acostumbrado a compartir cama, pero cada vez que agarraba la manta y reposaba su cuerpo en el colchón, algo aparecía en su estómago, y este se intensificaba más cuando notaba el peso de Brennan a su lado. Se había obligado a dormirse varias veces, pero sus sentidos se agudizaban cada vez que el chico se movía. Lo había notado alejarse de ella lo máximo posible, como si tuviera miedo de tocarla. Pero en la cueva había parecido completamente lo contrario.

¿Por qué estaba pensando en eso?

Repasó, otra vez, todo lo necesario para el baile. Hasta que se levantó de golpe, sentándose en la cama con un movimiento tan rápido, que incluso su compañero se sobresaltó.

—¿Estás bien? —preguntó rápidamente.

—No sé bailar —soltó, ya se lo había contado anteriormente, pero se había olvidado por completo. ¿Cómo se suponía que debería infiltrarse en un baile si no sabía hacerlo? —. Debo aprender.

—Mañana es el baile.

—Ya lo sé, por eso debo aprender ahora mismo.

Brennan se pasó la mano por la cara y se levantó mientras intentaba peinar su pelo blanco. Daeva no iba a decírselo, pero echaba mucho de menos el pelo castaño, con este tono parecía mucho menos suave y dócil. De repente, le ofreció una mano, haciendo una pequeña reverencia.

—Empecemos cuanto antes.

—¿Tú sabes bailar?

Él aguantó una risa, pero notó una escondida medio sonrisa.

—Tú misma dijiste en su momento que tendríamos que integrarnos —le recordó—. Además, desde la adolescencia he admirado los cortejos en el baile.

—¿Qué cortejos? —Aceptó la mano.

Brennan se acercó y la levantó de la cama con un suave movimiento, poniéndola frente a él y caminando hasta el centro de la habitación. Dio un paso y agarró con su otra mano la cintura de ella. Incluso por encima de la camiseta que utilizaba de pijama podía notar su tacto. Daeva dejó que la posicionara de la forma idónea, cogió su brazo lentamente y lo puso por encima de su hombro, después levantó la mano y se quedaron en la posición de baile.

—Años atrás los chicos y las chicas iban a distintos bailes, aún continúan haciéndose en las familias ricas. Los pretendientes invitan a su dama a la pista para enamorarla con sus pasos. Esos cortejos pueden ser desde el simple entrelazamiento de sus manos, hasta los dedos de él paseándose por la espalda de la chica.

De repente, la asesina fue mucho más consciente de lo cerca que estaban, notó más intensamente sus manos, y se atrevió a pasar la mano del hombro al cuello de su compañero, a lo que él respondió tragando saliva. Lo miró a los ojos.

—Además, mientras bailas con tu acompañante, puedes apreciar su olor, notar cómo se mueve, cómo tus los pasos se mezclan con los del otro. La encuentro una forma muy interesante

para llamar la atención de la persona a la que se quiere.

—Enséñame —le ordenó, intentando recuperar la compostura.

Brennan empezó a mostrarle los pasos básicos, a contar mentalmente y a enseñarle las posibles combinaciones. Daeva no pudo seguir el ritmo, tenía la mente demasiado concentrada en los números como para dar fluidez, su rigidez afectaba al baile y se estresó.

—Déjalo, no aprenderé nunca —se apartó de golpe.

Su compañero de baile dio un paso hacia delante y la agarró solamente de la cintura, como si quisiera tranquilizarla. ¿No le tenía miedo? ¿Por qué ahora se acercaba de esa manera y después, en la cama, se alejaba lo máximo posible?

—Debes dejarte llevar, no pensar.

—Me es imposible dejar de hacerlo.

—Te diría que me pasa lo mismo. Pero no es cierto.

—¿No piensas?

—No me gusta hacerlo. Obviamente que pienso en lo que digo y lo que hago, pero cuando no estás haciendo nada con tu cuerpo, tu mente empieza a darle demasiadas vueltas a las cosas y llega un punto en que abres cajones del pasado. Cajones que deberían mantenerse cerrados.

—¿Qué cajones no quieres abrir?

—La mayoría de mis cajones no cierran bien, por eso estoy como estoy. Es como si no encontrara la tuerca que sobresale, aquella que debo arreglar para por fin cerrarlos.

—¿Has conseguido cerrar alguno?

—El de mi padre. Pero hay otro que estaba a medio abrir, y que alguien abrió, sin querer, e hizo que sacara lo de dentro. Ahora solo faltaría ordenarlo todo y cerrarlo de una vez.

La asesina sintió que hablaba sobre la muerte de su familia, y se sintió un poco mejor al saber que quizás lo había ayudado.

—Pero eso no importa. Ahora debes relajarte.

—Es complicado bailar sin música —se excusó.

—Entonces sígueme.

—¿Por qué debería hacerte caso?

—Porque ahora mismo soy el único que puede ayudarte —le mostró una sonrisa.

Puso los ojos en blanco y se cambió los pantalones. Cuando estaba preparada para salir, la miró de arriba a abajo.

—¿No tienes algo de color?

—¿Qué pasa con lo que llevo?

—Vas muy negra, y al sitio al que vamos será mejor ir con algún color.

—Creo que tengo algo —frunció el ceño mientras pensaba.

—Genial —se acercó a su oreja—. Te espero abajo.

Cerró la puerta y rebuscó entre la mochila a ver si conseguía alguna prenda distinta. Gracias, a los astros y a los planetas, encontró una camiseta holgada con cuello de barco de color roja. Se la puso y la ajustó a su cintura con su indispensable corsé. Se miró en el pequeño espejo y se hizo una trenza baja con una goma de color negra, dejó caer un delgado mechón de pelo a cada lado de la cara. Se encontró con Brennan abajo y la guió por las silenciosas calles de Brumous, en su

cabeza no paraban de repetirse las imágenes de los pasos que le había enseñado, pero no lograba encontrarle la lógica. Sería una misión imposible.

Pararon delante de una puerta, había una ventana que mostraba a gente dentro, se escuchaba de fondo algo de música. ¿Qué habían venido a hacer? ¿Por qué la había traído? Brennan abrió la puerta y le dio un suave empujoncito para que entrara. Los oídos de la asesina se llenaron de música, risas, el sonido de los pasos de la gente mientras bailaban. Todo colisionaba al mismo instante. El contraste de la calle, que parecía un cementerio, con el revuelo vivo del interior del bar.

El chico hizo que lo siguiera y se posicionaron en la barra, donde su compañero pidió una mezcla entre un refresco marrón y un ron. Ella solo cogió una cerveza. Lograron sentarse en los taburetes de la barra.

—Bebe rápido y ahora nos unimos.

—¿Qué?

Brennan señaló, con la copa, un grupo de gente que bailaba.

—Ni en tus sueños.

—Tienes que aprender a dejarte llevar, vivir el momento —gritaba en la oreja de la chica.

—Dice el que hace unos días me pedía que terminara con su existencia —bromeó, aunque era verdad. Volteó la cabeza y sonrió mientras sus ojos la penetraban, como si solo él pudiera ver a la verdadera Daeva, una Daeva que nadie ha visto nunca.

Se bebieron lo que le habían pedido al camarero y dejaron las capas colgadas de unos percheros que podías encontrar por toda la sala. La gente cantaba con cervezas en la mano, brindaba por la reina Morana y animaban a los que bailaban. No era un vals como el que Brennan le había enseñado, era un baile más rudimentario, en el que los bailarines hacían lo que les apetecía, se cogían de las manos y daban vueltas. Una mujer un poco mayor a Daeva se levantaba la falda para hacer ritmos con sus zapatos de tacón bajo, y los músicos estaban sentados en sillas de madera con los instrumentos.

La asesina miraba a todos los lados, nadie se fijaba en ella y eso le agradaba en esos momentos, pasar desapercibida. Aquí nadie la conocía, y era un sentimiento tan puro, tan agradable... Nadie la encontraría, no debía preocuparse. La multitud se separó y formaron dos líneas, una delante de la otra. Su compañero la colocó delante de él y se unieron a los bailarines.

—Estás loco.

—Me lo agradecerás —dijo a la vez que le guiñó el ojo.

Cuando una nueva canción empezó, la línea de delante se acercó a la suya, la postura era la misma que la del vals, y cuando quiso hacer los pasos que le había enseñado. La agarró con más fuerza, apretándola más contra él, y la empezó a guiar por el círculo que se formó. Bailaban saltando. Brennan la guiaba y sonreía. Intentaba concentrarse en contar.

—No cuentes los pasos. Siente la música, déjate llevar —le gritó suavemente al oído.

Lo intentó, y cuando empezó a mover los pies de forma más rítmica, una chica apareció delante de ella. Habían cambiado de pareja, él bailaba con una muchacha más pequeña, mientras que una mujer rubia de pelo rizado la agarraba de la cintura y le contagiaba su sonrisa. Daeva se encontró sonriendo de forma tonta mientras bailaba. Pararon de dar vueltas y se cogieron de una mano, acercándose y alejándose en pequeños pasos, la mujer hizo que la asesina diera una vuelta sobre sí misma.

Podía notar como Brennan la miraba, lo buscó y ahí lo encontró, mirándola con una sonrisa contenida. La música siguió cambiando y poco a poco permitió que esta la llenara, que solo lograra escuchar la música. Volvieron a cambiar de pareja, esta vez con un hombre mayor con

unas cejas blancas despeinadas y una boina gris encima de la cabeza, las arrugas del hombre destacaban más mientras sonreía, y cuando terminaron de cambiar de compañero de baile, se sorprendió a sí misma al ver que Brennan la volvía a coger por la cintura. Pero más le sorprendió el hecho de que sus cuerpos estaban completamente conectados, ella tenía la mano en su hombro y sus pasos se mezclaban, justo como él le había contado anteriormente. Bailaron con todas sus fuerzas, hasta que sus pies le pidieron parar, se separó y lo guio con la mano hacia una silla vacía.

No había más sitio.

—Siéntate, debes estar reventado —le ofreció la silla mientras hiperventilaba.

—No, no. Siéntate tú.

—A ver, alguno de los dos debe sentarse.

Miraron la silla e intercambiaron miradas.

—Tengo una idea —sonrió el chico.

Se sentó en la silla, y antes de que pudiera darse cuenta, la agarró por la mano, hizo que diera una vuelta sobre sí misma y terminó sentada en su regazo, su brazo rozando el pecho del chico. Brennan rio con fuerza, y esa melodía llenó gratamente los tímpanos de la asesina, quien no pudo evitar contagiarse y empezó a reír mientras lo miraba. Su risa llegaba hasta los ojos, aparecieron unos hoyuelos que nunca antes había visto o notado. Se quedaba sin aire de tanto reír. ¿Cuánto hacía que no reía con tantas ganas? Noto el pecho de él en su brazo. Apoyó la cabeza en el hombro de su compañero y poco a poco empezó a relajarse, hasta que su respiración volvió a ser constante.

Algo caliente rozó su cuello y unas manos rodearon su cintura. El aire caliente que salía de la boca de su acompañante había impactado en una de sus zonas sensibles, y cada vez era más consciente de esas manos. Empezó a ponerse nerviosa, nunca había estado de esa forma con nadie, y tenía menos sentido que ahora estuviera así con él. ¿Se había dejado llevar demasiado? ¿Qué estaba haciendo? No debería estar viviendo estas experiencias con alguien que debía morir.

Se levantó de golpe, borrando sus facciones de la cara y acercándose a coger la capa, que se puso en una milésima de segundo, y no tardó en agarrar el mango de la puerta y salir a la calle, donde el aire frío le dio la bienvenida. Tampoco pasó mucho hasta que escuchó pasos detrás de ella y se giró para ver quien la seguía. Pero era Brennan.

—¿No te ha gustado? —Tenía el ceño fruncido.

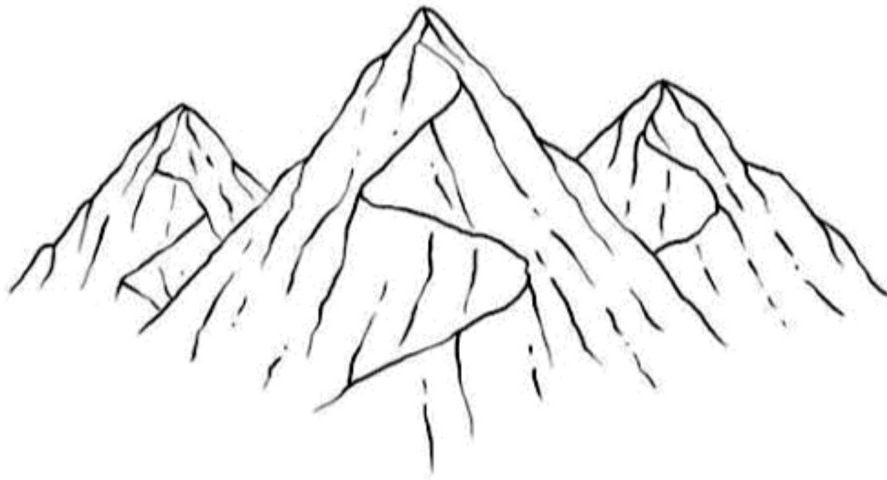
Claro que le había gustado, pero lo que más le había gustado había sido el sentirlo tan cerca de ella, poder sentir su olor, su tacto y sobre todo haber visto su sonrisa y esos hoyuelos. Le había encantado descubrir que le gustaba bailar. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien.

—Vamos a casa. Estoy cansada.

Empezó a caminar y él se le unió en la marcha. No fue hasta que estaban tumbados en la cama, que Daeva se dio cuenta de que se había referido a la habitación provisional como su casa. ¿Era así como lo sentía realmente? ¿Se sentía como en casa? Se obligó a no pensar en sus palabras y terminó durmiendo de espaldas a él, como siempre.

Aunque una última pregunta se le pasó por la cabeza. ¿Realmente la odiaría? Porque, por la forma en la que la había mirado, no lo parecía. Quizás había encontrado a alguien con quien hablar y ya está.

Pero, ¿ella? ¿Ella qué había encontrado?



CAPÍTULO 25

En la entrada del palacio esperaban más de un centenar de personas con sus mejores galas. Pero él solo tenía la mirada fija en Daeva, su protectora lucía espectacular esa tarde, con su pelo recogido dejando ver fácilmente su parte de cabello blanco, con un delineado sencillo y no muy recargado. La había visto poniéndose las botas de piel y ajustándose una banda de cuero con varias dagas en su pierna derecha. Él solo llevaba una escondida.

Las imágenes de la noche anterior habían aparecido en su cabeza desde primera hora de la mañana, justo después de la horrenda muerte de su madre y hermana. La había visto tan feliz, tan llena de vida y tan preciosa... Se preguntó decenas de veces a qué se debía la necesidad tan rápida de volver al hostal. ¿No le había gustado la noche? Para Brennan había sido como volver a un pasado en el que él salía a bailar cada viernes y conocer a distintas damas.

En esa época no había sabido ligar, pero hablando con señores mayores, le contaron sobre la danza, y él utilizaba sus mejores armas para enamorarlas, aunque no todas buscaban a alguien que bailara bien. Nunca había destacado entre sus compañeros, nunca había sido el más guapo, el más atractivo, el más gracioso. Él estaba ahí, y si venía alguien, pues venía. Y ayer se había sentido completamente vivo, aunque desde que todo esto había empezado había habido muchas más veces en las que lo había notado, ese sentimiento de plenitud y adrenalina.

Se había arriesgado al sentarla en su regazo, pero ella había reído, y esa risa lo había tranquilizado más de lo que jamás hubiera imaginado. Ahora había vuelto a su frialdad, como si no pudiera mostrarle más de su interior, y la verdad es que sentía que se estaba volviendo adicto a descubrirla, a rascar un poco más.

Las puertas de metal se abrieron, y poco a poco los invitados las cruzaron con sus invitaciones en mano para que los guardias pudieran controlarlos. El palacio era extremadamente alto, y estaba completamente cubierto de nieve y escarcha. Brennan le ofreció el brazo a Daeva para entrar acompañados.

La protectora miró el brazo preparado para recibirla y después lo miró a los ojos, pero empezó a caminar junto a la multitud. ¿Por qué estaba tan distante? Él también inició su marcha hacia el interior del castillo, un poco más nervioso de lo que había pensado, había una alfombra que

indicaba el camino, y mientras se infiltraron maravillosamente entre las clases altas, observaron cada rincón, cada pasillo que fuera necesario recordar para saber ubicarse. Los guardias estarían vigilando principalmente la sala de baile, los otros pocos que quedarían estarían fuera.

Caminaron por unos minutos, hasta que llegaron a uno de los salones de bailes. La música ya sonaba, y creyó ver la mano de Daeva temblar un poco, quiso cogerla y apretarla para que se tranquilizara. No le apetecería bailar delante de todo el mundo. Estaba entrenada para matar, no para bailar. Pero sabía que lo lograría, la había visto hacerlo ayer por la noche.

Así que se colocaron en una zona del salón y todo el mundo empezó a entablar conversación, como nadie los conocía, nadie intentó hablar con ellos. Aunque los dos saludaban con la cabeza al ver pasar a los demás invitados. Les dieron una copa de champán a cada uno y poco a poco fueron dando sorbos. Era el mismo salón donde había ocurrido todo. Podía ver la sangre en el suelo de mármol, podía ver a su madre chillando, y para colmo, la reina estaba sentada en ese trono, el mismo trono en el que había ejecutado sin remordimientos a su familia. Algo parecido a la ira recorrió sus venas, el recuerdo de lo que pasó ese día. No podía dejar de mirar a la reina con furia.

—Estoy aquí —Daeva susurró, sus brazos se rozaban.

—Y ella está ahí como si nada, festejando su vida, mientras que ella misma ordenó arrebatársela a mi hermana y a mi madre.

Brennan no podía estar en esa sala, y menos soportar la presencia de la gobernante. Los demás invitados empezaron a bailar con la música e intentó concentrarse en la melodía. Todos bailaban, los únicos que no lo hacían eran ellos dos. La protectora se puso delante de él, mirándolo a los ojos por primera vez desde esa mañana.

Nunca se había preguntado cómo de grande era el poder de la reina Morana. ¿Podría destruir ejércitos por completo o ya estaría agotada tras cortar tres cabezas? ¿Sería por eso que los anteriores reyes la eligieron a ella?

Si alguien quería matarla entonces pocos conocían de su poder o no era de gran magnitud.

—Hay que bailar.

—¿Cómo puede actuar como si nada?

Su acompañante desplazó su mirada por todo el cuerpo de él, lo estaba analizando, entonces, con mucha delicadeza, el dedo meñique de ella tocó el suyo. Su mano se abrió, la había estado manteniendo cerrada en forma de puño todo este rato. Ella entrelazó la mano con la suya y con el pulgar le acarició la palma. Brennan no podía evitar concentrarse en el roce y olvidarse de la reina por unos segundos.

—Bailemos.

Su voz era una divinidad, parecía un cántico de algún ángel nacido en el cielo. Poco a poco, lo arrastró hacia la pista, se colocaron de la forma correcta y se deslizaron entre la gente con pasos largos y suaves. Sus miradas colisionaron, y mientras él miraba esos ojos que mezclaban fabulosamente el azul claro del cielo y el verde de los bosques, todo desapareció. Estaban bailando en una habitación repleta de gente, pero para él era como si estuvieran solos. Solo estaba ella.

Mantenían la distancia que el vals requería, pero lo cierto es que quería envolverla completamente, quería ver la falda de ese vestido volando y danzando al ritmo de sus movimientos. Quería tenerla lo suficientemente cerca como para poder notar su respiración, para esconder la nariz en ese cuello que estaba manchado por unas pocas pecas. Todo eso le estaba

volviendo loco, lo estaba desviando de su camino, de su objetivo inicial.

Bailaron acompañados de esa música tocada por una decena de violines, violas, clarinetes... Había una orquesta entera en el salón principal, y ellos se perdían entre las notas de cada uno de los instrumentos, se perdían entre respiraciones y pasos que cada vez salían mejor. Sus pies se estaban conociendo, adaptándose a los del otro y al poco rato parecían uno solo. La guiaba, pero realmente no había uno que gobernara, nadie estaba ejerciendo más poder, solo bailaban. Solo existían a la vez, de forma igual.

Las canciones se hicieron largas, y Brennan sabía que tenían una tarea que hacer, pero intentó aprovechar al máximo ese momento, olvidarse de que todo esto era una farsa, y que, por lo que había notado, Daeva no quería estar cerca de él, y eso le dolía, aunque lo podía llegar a entender. Solo era un peón. Pero, en esa taberna, en esa cueva, todo había sido distinto, y era ese recuerdo el que no acababa de encajar con su historia.

Se había perdido en sus ojos cuando la chica que lo había sacado de ese agujero negro apartó la mirada. Salió del pequeño encantamiento en el que parecía haber entrado. Y mientras bailaban, ella habló.

—En la siguiente vuelta, cuando pasemos junto a la puerta, hazme girar sobre mí misma y salimos del círculo.

—Entendido.

Terminaron de moverse, y cuando encontraron dicha puerta quitó los brazos, con una mano la giró, y de una forma sutil los dos salieron de la multitud que bailaba. Cruzaron las puertas con los guardias e iniciaron el camino hacia otra de las salas, por ese pasillo principal había más gente, nadie reparaba en ellos, su acompañante caminaba a un ritmo constante y la barbilla bien alta, esos ojos azules verdosos observaban todas las salas donde la gente bailaba. En un movimiento, la chica del vestido color crema se escondió en uno de los pasillos secundarios. La siguió, y cuando llegó, no vio a nadie. ¿Dónde estaba? Empezó a caminar por ese pasillo, y algo lo empujó hacia la pared. Estaban escondidos delante de una puerta, Daeva a centímetros de él.

—Esto es lo que vamos a hacer.

—La próxima vez empuja más fuerte, a ver si me desmayo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Me vas a llevar por todo el castillo. Llévame por las salas que conozcas. No tenemos tiempo. Debemos ser rápidos.

—De acuerdo.

Brennan sentía la respiración de ella en su cuello, esos ojos vigilaban de un lado al otro. Daeva lo miró y reparó en la poca distancia que había entre ellos dos, notó que su pulso enloquecía, pero se apartó, dejando paso a la experta espía.

Había perdido la noción del tiempo, sentía que había recorrido todo el palacio más de una vez, pero es que esos pasillos se juntaban y separaban cada dos por tres, aparecían más y más puertas con el tiempo. Siempre quedaba algún sitio que observar, algún espacio que fotografiar. La chica ponía la cámara delante de su ojo derecho, cerraba el izquierdo y tocaba un botón, seguidamente un papel pequeño salía del objeto.

Brennan se había quedado pasmado, viendo cómo realmente esa dichosa máquina podía

plasmear la realidad, y el entorno en el que se encontraban, en un trozo de papel. Tenía los bolsillos llenos de esos papelitos, incluso en los pantalones. Caminaban con rapidez por cada planta, incluso por las zonas menos necesarias, como la cocina y los baños. No creía que, si ese asesino entraba al palacio, fuera al baño. Pero no conocía ese mundillo. Así que dejó que Daeva hiciera su trabajo, mientras él iba vigilando.

Bajaron a la segunda planta, parecía que habían terminado. Entonces, vio una puerta entreabierta, y su curiosidad no pudo negarse a entrar. Había visto ese lugar antes. Estaban en una sala gigante y larga, con cuadros en las paredes. Era donde su hermana se había pasado horas observando obras de arte, lo reconoció en el instante en que vio un cuadro de una mujer relajándose en una rama gruesa de un árbol, las pequeñas hojas estaban por delante de su cara, el árbol debía ser un sauce.

Caminó por la habitación, esperando a que su compañera le metiera prisa, pero parecía tan absorta en las pinturas como él. Sus ojos pasearon por decenas de cuadros, por decenas de colores y escenas. Entonces, llegó una imagen nueva, era una pintura de los bosques que rodeaban Brumous, y conocía muy bien ese punto de vista, había sido pintado desde la ventana del comedor de su casa. Esa imagen la había visto durante toda su vida.

El cuadro era de su hermana, lo que le pareció asombroso en un principio. ¿De dónde habría sacado las pinturas? ¿Y el lienzo? Por un momento dudó, pero la firma se lo confirmó. Era de ella, de su hermanita. Su querida y artista hermana pequeña que había vivido tan poco para lo buena que era. La impotencia se apoderó de él, recordando que la reina Morana disfrutaba en los salones de baile con total tranquilidad, y que, después de haber ejecutado a su hermana, había tenido la cara de mantener esa obra de arte.

No pudo soportarlo, necesitaba salir de ahí.

Unos pasos poco sigilosos crearon eco en el salón de pinturas, se giró y vio a su compañero caminando rápidamente hacia fuera. No debería estar haciendo tanto ruido. Así que lo siguió, queriendo pararlo para que no creara sospechas, todos estaban en la planta baja, y ellos en la segunda, deberían bajar. Caminó deprisa, sin entender por qué estaba marchándose de esa forma. ¿Estaría enfadado por el hecho de que hoy lo había estado evitando casi todo el tiempo? Esa pregunta cruzó su mente instantáneamente, pero se la quitó de la cabeza. ¿Por qué debería estar enfadado?

Lo cierto es que esa noche Daeva no había dormido nada bien, y cuando se vio a sí misma con un insomnio gigantesco, se giró en la cama, y se encontró con la cara de Brennan a poca distancia. Siempre dormían dándose la espalda, quizás él se había movido durante su descanso. No obstante, para la asesina, fue una sorpresa ver esa cara totalmente relajada. La poca luz de la habitación provenía de la ventana, era luna llena y esta tenía la suficiente fuerza como para iluminar un poco la negrura de la noche.

Reparó otra vez en ese pelo blanco que ella misma había teñido. Ahí lo decidió, cuando terminaran con el baile se lo volvería a teñir de color castaño, se lo veía demasiado distinto, y, para ser honestos, a ella le gustaba ese color natural en él. Le quedaba bien. Sus ojos estaban cerrados, y su respiración era constante y tranquila. No supo el porqué, pero se quedó embobada viendo cómo lograba dormir.

Y ahora perseguía al chico de pelo blanco por los pasillos de la segunda planta del palacio de la reina Morana, que estaba vigilado por guardias. Giró a la izquierda, ella también lo hizo.

Aceleró el paso y lo agarró del brazo.

—¿Estás loco? —susurró agresivamente.

La miró, y ella se perdió en los ojos que estaban almacenando unas lágrimas que en pocos segundos podrían llegar a resbalar por esas mejillas pálidas. Algo dentro del corazón de la asesina se rompió un poquito, pero ahora no podía dejar que eso le afectara. Debían salir de ahí. Tenía todas las fotografías necesarias. Era hora de marchar, irse y desaparecer del castillo.

—Intenta que tus pasos no hagan tanto ruido —pidió con dulzura.

No hubo respuesta.

—Nos vamos —le informó.

No se movió cuando dio unos pasos hacia delante, así que se giró y volvió a estar delante de él en un movimiento largo y sutil.

—Vayámonos —le cogió la mano para hacer que caminara.

Se escucharon unos pasos y la asesina miró al sitio del cual provenían. Un sonido firme y un eco. Entonces, vio a dos soldados caminando, iban a verlos. Agarró con fuerza la mano de Hinsen e hizo que caminara deprisa, bajaron rápidamente por las primeras escaleras que vieron. Estaban en la primera planta ya, pero estaban lejos de los salones, no llegarían a tiempo. Tenía que hacer algo. Debía hacer algo. El pasillo estaba lleno de columnas incrustadas en las paredes, no podrían esconderse.

Así que hizo lo primero que se le ocurrió, lo había leído en algunos libros. No es que leyera mucho, pero los libros de misterio le encantaban, había aprendido mucho más de lo que imaginaba al adentrarse en esas páginas donde se hablaban de varias formas de enterrar a alguien, las zonas más débiles del cuerpo humano, e incluso métodos de espionaje. Y quizás la táctica que iba a utilizar no sería la más eficiente, pero seguramente los guardias pasarían de ellos. Así que, lo iba a hacer.

Aún sujetaba la mano de su compañero y lo hizo caminar hacia la parte más oscura del pasillo, donde hubiera menos luz. Hizo que se pegara a la pared, quizás no los verían tanto, pero no podía arriesgarse. Lo miró a los ojos, esas pupilas marrones que parecían estar en otra dimensión, que parecían no estar en el presente. Estaba perdido, ahí lo vio, no estaba bien, había un vacío inmenso en sus ojos.

Los pasos se acercaron más, y más. Y cuando no pudo retrasar más el momento, rezó a los astros y a los planetas para que saliera bien.

—Esto es necesario —le advirtió.

Sin embargo, él estaba ausente.

Respiró profundamente y, cuando los pasos fuertes ocupaban sus oídos, puso su mano en la mejilla del chico y clavó los labios sobre los suyos. Deseando que los guardias pasaran de ellos, deseando que no les llamaran la atención y que los tomaran por dos tontos enamorados. La correspondió cuando pasaron unos pocos segundos, como si ese beso lo hubiera vuelto a la realidad. Él también ejerció fuerza sobre ella, poco a poco, sin darse cuenta. La asesina encontró la necesidad de hacer más creíble el beso, así que abrió sus labios y los juntó de nuevo, besándolo con fuerza.

Brennan finalmente despertó y siguió el beso con la misma intensidad que ella usaba. Las manos viajaron hacia la cintura de su vestido, y la apretó, cortando toda distancia entre ellos. El pecho de Daeva subía y bajaba, mientras que sentía que se dejaba llevar por los labios que había mirado tantas veces. Los labios que se había negado probar y ahora estaba degustando. Algo se descarriló, ella era un tren con un recorrido muy cerrado, y ese beso tiró de una palanca para

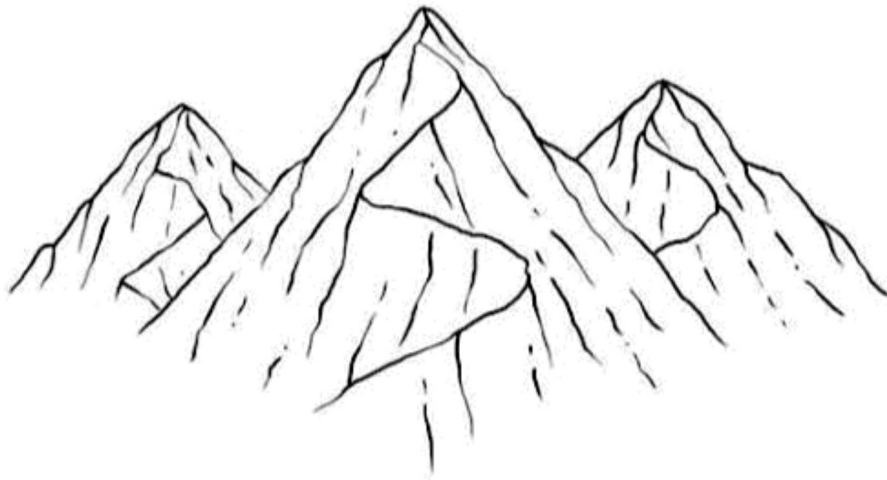
cambiar de carril, y éste la llevó a la locura.

Cogiendo la cara de su compañero entre sus manos, juntando sus labios, comiéndolo a besos, dejando que su lengua entrara y jugara con ella. En un segundo, la posicionó contra la pared. Los pasos lograron su máximo volumen, estaban pasando por delante de ellos. Pero no le importó a Daeva, estaba en otra dimensión, viajaba por el espacio junto al chico que la besaba como si fuera la última gota de agua en el mundo.

Sus cuerpos se reclamaban, se presionaban entre ellos, buscando un contacto, un roce. Las manos de la asesina se perdieron por ese pelo blanco, y las manos de él se mantenían en la cadera que no podía dejar de mover por impulso. Si estaba mal... ¿por qué se sentía tan bien? No le buscó respuesta, solo disfrutó y mordió el labio inferior de Brennan, provocando que saliera algo parecido a un gemido que la hizo perder la cabeza. Debía controlarse, se estaba dejando llevar demasiado. Pero no podía. Era imposible. Algo se había encendido en su interior.

Los dos jadeaban mientras sus bocas se buscaban desesperadamente, ella se impregnaba de su esencia y le encantaba ese beso con mordeduras sutiles, un beso con lenguas mezclándose y labios necesitados.

Los pasos dejaron de sonar, aunque eso había pasado hacía ya un rato, para ser honestos. Daeva volvía a la realidad de forma pausada, no queriendo separarse de esa dimensión paralela a la que había viajado, pero volvió a la realidad donde ella era una asesina y él solo era una pieza importante, de un puzle, que dejaría de existir.



CAPÍTULO 26

Daeva había separado sus labios, podía notar que estaban rojos e hinchados. ¿Qué había sido eso? ¿Por qué le había gustado tanto? Brennan estaba hecho un lío, igual que su respiración. Había sido totalmente nuevo, hacía años que no besaba a nadie, y pensaba que moriría siendo así, pero allí estaba. Acababa de besar a la chica que iba a matarlo, y no se lo creía. ¿No lo odiaba? ¿Le gustaba?

—Ya se han ido.

La chica no lo miraba a los ojos.

—¿Eh?

—Digo, que se han ido —lo miró—, los guardias —aclaró con la voz entrecortada.

—Ah —solo pudo decir.

—Casi nos pillan, debemos irnos.

—Entonces...

—Era una táctica para que no nos vieran. Tranquilo. No tendrás que volver a hacerlo.

Lo decía como si él no lo hubiese disfrutado. ¿No había visto sus reacciones? ¿Estaba ciega? Él se había dejado llevar. Estaba por volverla a besar para dejarle claro que, para él, no había sido ningún incordio, es más, estaría encantado de repetir. Pero, quizás, a ella no le había gustado. ¿Todo había sido falso? No podía pensar con claridad, solo quería volverla a notar cerca de él. Daeva caminó en dirección a la puerta, la siguió, aun dándose cuenta de todo lo que había pasado, todo lo que había sentido y todo lo que ese beso había despertado en él.

Daeva cogió en un momento sus capas y le dio la suya, cruzaron las gigantescas puertas, abandonaron los pasillos con estatuas de mármol y lámparas de araña con luz cegadora, dejaron atrás la música clásica que resonaba por todas las paredes. Se despidió de ese castillo del que deseaba no volver a saber nada más, permitió que su mente se fuera, que desconectara y presionó el botón de autopiloto, dejando que sus piernas tomaran el control, que funcionaran sin saberlo.

Las calles no estaban vacías, había gente saliendo de bares con cerveza en mano y pies borrachos. Pero no estaba atento, su cuerpo alto caminaba por esas calles de piedra cubiertas de nieve, aunque su mente danzaba por los confines de su cerebro, vagaba por los recuerdos de su hermana y madre. La misma escena se repetía una y otra vez, nunca había dejado de verla, pero ahora dolía menos, cada vez disminuía. Podría haberlas salvado, ¿no? Podría haber hecho algo, pero habría sido muy arriesgado. ¿Por qué estaba absorto en el pasado ahora?

Debía aprovechar el presente. Debía vivir antes de morir. Todos venimos a este mundo para morir, pero también para vivir, y mientras él no muriese, debería aprender a sentirse vivo. Pero, después de haber estado tanto tiempo viviendo de una manera tan monótona, era complicado cambiar esos hábitos, aunque estaba dispuesto a intentarlo.

La chica no hablaba mientras caminaba a su lado. No quiso decir nada, sintió que ella también estaba pensando en sus cosas y no quería atormentarla con palabras, aunque no pudo evitar observar. La capucha de la capa le tapaba el cabello, pero mostraba su perfil, su nariz, sus pestañas y sus labios. Dichosos labios los de ella. Si se había quedado varias veces hipnotizado por su forma de hablar, de moverse, de respirar, aún se había quedado más hipnotizado por el sabor de sus labios, por la sensación que había provocado en él. Se preguntó mil veces si le había gustado.

Ahora sabía que lo había besado solo para que los guardias no les advirtieran o los encontraran y rebuscaran entre sus bolsillos. Sabía que había sido por una causa concreta, pero, en esas condiciones, un beso debería ser falso, edulcorado de mentiras y sin sentimiento. Y éste había sido lo contrario, había sentido cómo desnudaba su mente, había incluso sentido esas paredes de hielo romperse para él. Ella también se había dejado llevar, estaba seguro. No podía haber sido algo tan simple. Algo se le escapaba.

Sus ojos la buscaban, intercalaban la imagen de la calle con la de la chica, indeciso sobre qué hacer mientras la observaba.

Había sido un simple beso, ¿verdad? No había nada más entre ellos dos, solo una simple, pequeña y diminuta atracción sin importancia. Nada que ella no pudiese solucionar. El problema es que ahora quería más, había sido como probar un veneno del que nunca te puedes saciar, de esos que siempre necesitas una dosis más grande, pero claro, cuando llegas a su máxima cantidad las consecuencias son fatales.

Se había prohibido mirarlo durante la vuelta a casa, estaba a mil por hora, su cuerpo necesitaba contacto y no podía permitírselo. Aun así, notó los ojos de su compañero sobre ella, notaba cómo la recorría por la mirada, y deseó que dejara de hacerlo, que él no le diera vueltas a las cosas, no como ella lo hacía. Deseó que lo dejara pasar y que creyera que no había sentido nada.

Y como si los astros y los planetas hubieran escuchado sus plegarias. Algo cayó y giró la cabeza para ver qué había pasado. Con sus ojos vio al chico sentado en el suelo de nieve con una cara adolorida. ¿Se había caído? Se sorprendió por cómo un chico con un dominio tan impresionante de sus pies en la danza podía caer tan fácilmente. No pudo evitar reírse por cómo había sonado el golpe, por las facciones de él al estar dolorido. No pudo evitar reírse con todas sus fuerzas, sentía que explotaría, su estómago dolía de tanto reír. Se tapó la boca con la mano para contener la risa, pero no lo consiguió. ¿Cómo el chico que llevaba toda una vida envuelto de

hielos resbaladizos había podido caer?

—¡No te rías! —pidió Brennan mientras se tocaba el trasero intentando ahuyentar el dolor.

Reía sin parar, y con pasos descuidados quiso ayudarlo a levantarse, pero un trozo de hielo decidió que no lo haría. Resbaló y cayó al lado de su compañero de baile. Hizo una mueca de dolor y vio como él se mordió el labio inferior para aguantar una risa. Le propinó un golpe suave en el hombro.

—Ni se te ocurra... —empezó a decir seriamente—. Reírte.

No obstante, ni ella misma pudo contener las risotadas. Los dos se perdieron entre carcajadas mientras intentaban levantarse, no paraban de caer por el hielo resbaladizo que había bajo sus pies. Al final, consiguieron llegar al hostel de una pieza. Se cambiaron y se metieron en la cama en silencio. Daeva sonreía sutilmente ante el recuerdo de la noche, y cuando el chico se tumbó a su lado, sintió la necesidad de aclarar el beso, pero algo la paraba.

—Daeva —susurró Brennan.

—¿Sí?

—¿Cambiará algo ahora?

—¿Por qué debería cambiar cualquier cosa? —Giró su cuerpo y se encontró con el chico mirándola.

—No sé. ¿Qué ha sido eso?

—Mira. Yo... Llevo mucho tiempo sin contacto físico y eso ha sido una reacción irracional. No le des vueltas a la cabeza.

—¿Cuánto hace de la última vez?

—Creo que tres meses —frunció el ceño—. Este último año me he soltado un poco más, por así decir, he intentado buscar afecto entre muchas personas, pero, aunque lo disfrutaba, no era especial.

—Realmente quieres cumplir esa promesa.

—Quiero hacerlo. Quiero encontrar a alguien y poder abrirme del todo, aunque sea poco a poco.

—¿Aún te cohíbes? —preguntó.

—Poco a poco me voy soltando —se puso un mechón de pelo tras la oreja.

—Siento que cada día te conozco más —Brennan miró sus labios. Daeva también lo sentía, no se había dado cuenta, pero había compartido más cosas personales con él que con sus últimos ligues. Entre ellos había cierta comprensión, se entendían, y sin saberlo se ayudaban.

—Deberíamos dormir —sugirió, posicionando su cuerpo hacia el techo.

—¿Y tú? —Quiso saber.

—Tuve algunas parejas, aunque siempre terminaban alejándose de mí. Sobre todo durante la época en la que yo me metí en líos. Las entiendo, pero siempre ha habido una parte de mí que me decía que no estaba tan mal. No me enorgullezco de lo que hacía, pero hice lo que tuve que hacer para sacar a mi familia adelante.

—¿Y la última vez que tuviste?

—Terminamos justo antes de lo de mi familia. Hará unos tres años que estoy solo.

—¿Y ningún encuentro casual?

—¿Tanta curiosidad tienes?

Daeva se sonrojó, no se había dado cuenta de la necesidad que tenía para saber tanto sobre él. Dejó de mirarlo y le dio la espalda, soltó un jadeo al notar su trasero dolorido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, solo que...

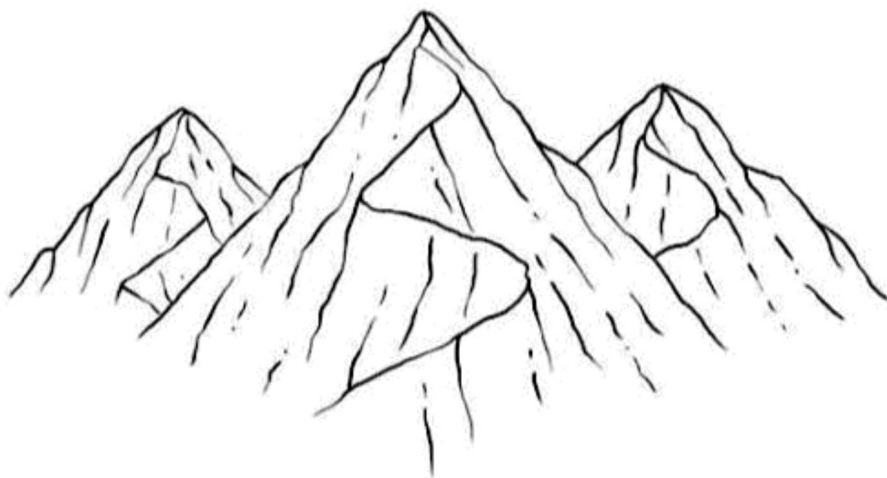
—¿El culo?

Dejó salir una suave risa ante el uso de palabras explícitas.

—Exacto.

Cerró los ojos e imaginó una realidad donde ellos dos eran realmente amigos, y no solo una asesina y un rehén. Imaginó una realidad donde ellos se habían conocido en un bar, o en el bosque, que alguno de los dos había invitado al otro a un café y que a partir de ahí se habían ido descubriendo el uno al otro.

También imaginó su beso en otras circunstancias, pero, cuando sus labios empezaron a pedir a gritos el contacto de los de Brennan, se obligó a deshacer la imagen, a quitar esos colores y sensaciones de su mente, y navegar por la oscuridad de la noche para caer en un sueño profundo.



CAPÍTULO 27

Sus botas de piel dejaban huella en la nieve mientras caminaban por el bosque. Daeva había querido volver a ir, y no pudo negarse al querer complacer los deseos de su protectora. Caminaron por una zona con menos árboles, las mejillas de la chica estaban rosadas, a la vez que su nariz. Brennan se maravillaba al ver los pasos suaves y agradables de la chica que caminaba delante de él.

—¿Venías mucho a la montaña? —Se giró para verlo de cara.

El chico que poco a poco tenía menos dolor en su interior sonrió y se metió las manos en los bolsillos.

—Principalmente con mi hermana y mi madre —respondió nostálgicamente—. Sobre todo en invierno, a mi hermana le encantaba coger trozos de nieve, hacer bolas y lanzármelas a la cara. Mi madre la regañaba, pero no le decía que parara, sino que ella misma cogía otra bola y se la tiraba a mi hermana. Las dos tenían una relación como de hermanas más que una relación de madre e hija. Después yo me unía. Mientras mi madre se sentaba en una roca para descansar, mi hermana y yo nos perseguíamos por la nieve, correteábamos a ver quién cazaba antes al otro, nos escondíamos donde podíamos y nos asustábamos el uno al otro.

—Parece que eran muy divertidas.

—Eran el alma de la fiesta.

Suspiró y los recuerdos lo entristecieron. Cuando sintió que volvía a desconectar de su entorno, recibió un golpe duro en el pecho. Su jersey estaba lleno de polvo blanco, nieve que la asesina más temida le había lanzado. Lo miraba con una sonrisa que sutilmente llegaba a sus ojos, unos ojos que fingían inocencia y tenía las manos escondidas detrás de su espalda. Si quería guerra, la tendría.

Brennan sonrió maliciosamente y tardó unos pocos segundos en agarrar una cantidad mínima de nieve y hacerle forma. Por el rabillo del ojo podía ver cómo Daeva también lo estaba haciendo. Cuando tuvo la bola preparada la sostuvo en su mano derecha, preparado para atacar. Ella también estaba lista.

—Espero que tengas buena puntería —bromeó.

—De eso puedes estar segura.

Y ahí mismo, en medio de un bosque congelado, dos adultos ya conscientes de las maldades del mundo en el que vivían, iniciaron una inocente pelea, donde se perseguían para meter nieve en la capa del otro, corrían lo máximo posible y se tiraban montones de bolas. Dos jóvenes adultos que habían pasado por demasiadas cosas en muy poco tiempo, que habían sufrido las consecuencias de una vida complicada y que habían tenido que tomar decisiones muy complejas para su edad.

Sus risas se perdían entre el viento y la llanura que los rodeaba. Sus respiraciones cansadas se encontraban cada dos por tres, y sus pies dolían de tanto corretear. En un momento de despiste, Brennan perdió de vista a Daeva, empezando a buscarla desesperadamente, hasta que algo lo tiró al suelo. El peso de la chica se quedó en sus costillas, lo acababa de aplacar con su cuerpo. Los dos yacían tirados en la nieve, riendo y dejando salir su yo infantil por primera vez.

Sin pensarlo, abrazó a su compañera y la acercó lo máximo posible, oliendo su pelo y permitiéndose respirar con tranquilidad. Esperaba que la chica se separara de él, pero se quedó y le devolvió el abrazo con un poco de fuerza. No pudo evitar sonreír para sí mismo. ¿Sentía felicidad? Hacía años que esa emoción no aparecía en su triste corazón.

Después de un rato, cuando los dos habían conseguido volver a tener un pulso más normal y constante, dejó de apoyarse encima de él y se colocó en la nieve.

—Hacía tiempo que no me reía —susurró la protectora—. Me refiero en un periodo tan corto de tiempo, estos días he reído mucho.

—Tienes una risa preciosa, nunca dejes de hacerlo —la miró y sus miradas se encontraron—. Por favor.

—¿No me quitaría credibilidad sobre ser una asesina letal?

—No tienes que demostrarle nada a nadie.

Se quedaron en silencio, mientras oían el sonido de los pájaros y otros animales paseando por el bosque. Brennan pensó en todas las preguntas que quería hacerle a la chica que estaba tumbada, con los ojos cerrados, sobre la nieve.

—¿Quién te metió en el gremio, concretamente?

Ella suspiró.

—Actualmente es uno de mis mejores clientes, me había estado espiando por un tiempo y me interceptó durante mi camino a una de las casas donde en ese momento vivía. Al principio tuve miedo, no siempre he sido así, le pedí que me dejara y me dijo que tenía una oferta. Él era consciente de que a las mujeres no se las deja entrar en el ejército, y me prometió instruirme para poder ser útil de otras formas.

»Yo, que era muy curiosa y cabezota, acepté. Así que me fui con él poco después, empezamos mi entrenamiento en esa ciudad, después me mudé con él, me dejó quedarme en su casa, mantenía su distancia y me cuidaba. No era muy hablador, pero su compañía no era desagradable, no había incomodidad. Empezó a entrenarme como espía, y en menos de lo que esperaba, ya estaba haciendo mis primeros trabajos. Cobraba bien, aún cometía errores y los encargos eran sencillos, pero poco a poco todo se fue complicando. Entonces fue cuando inicié mi entrenamiento como asesina. Yo ya sabía defenderme gracias a la mujer de la que te hablé y

al inicio de mi reclutamiento de la ciudad donde había crecido. Pero para ese entonces no nos habíamos adentrado en el uso de ciertas armas. Sabía utilizar la espada, sabía defenderme con ella, pero no atacar. Me introdujo a las dagas, al arco, el hacha, algunos me gustaban más que otros, pero gracias a eso ahora puedo luchar con cualquier objeto en mano.

»La primera persona a la que maté intentó violarme, era un pedófilo que secuestraba a niñas y las vendía como esclavas sexuales. Así que mi entrenador me pidió que consiguiera que el hombre se fijara en mí e intentara secuestrarme. Cuando se acercó, me agarró de la cintura con fuerza, pero yo saqué mi daga y le corté la mano, después lo maté. No dejé que el miedo entrara en mí, nunca me había pasado algo así, pero me alegré de mí misma por haber terminado con uno de esos tipos. Me había asegurado de que hubiera uno menos en el mundo, y eso me enorgullecí.

—Tu entrenador y tú debéis llevaros bien. ¿Le tienes aprecio?

—Ha sido lo más parecido a una figura paternal que he tenido. Pero también ha hecho cosas que no me gustaron.

La volvió a mirar, interesado por su historia.

—Supongo que no tiene sentido que te oculte su nombre, tampoco es que vayas a poder decirlo por ahí —vio como la chica sonreía ante su broma, pero era una sonrisa entristecida—. Sahil, mi entrenador y cliente más recurrente, tomó una decisión que tendría que haber tomado yo.

—¿Cuál decisión?

—La mayoría de asesinos en el gremio son hombres, las mujeres escasean, y estas tenemos un órgano que puede llegar a interferir en nuestro trabajo.

—¿Qué órgano?

—Nos produce mucho dolor, nos debilita y nos atormenta por una semana. El periodo va unido a los órganos reproductores femeninos, y el dolor que crea es horrible e insoportable. Claramente puedes hacer cosas, no hace falta que te quedes esos cinco días tumbada en la cama, eso depende de cada uno. En mi caso era horrible, sangraba mucho y el dolor era desgarrador, como si te clavaran una daga por toda la zona del vientre. Más de una vez intenté entrenar con el periodo, pero me cansaba mucho más rápido. Así que Sahil tomó una decisión que me pertocaba a mí. Sin comentármelo, me anestesió y al cabo de las horas me desperté en mi cama conectada a unos cables. Yo no sabía qué había pasado, pero me enteré de que me había capado como a un animal, además de hacerme una ablación endometrial. Una operación para hacer que tu sangrado no sea tan abundante y tu dolor esté bloqueado.

—Entonces...

—El periodo no interfiere en mi trabajo.

—¿Te gustaría tener hijos?

—He visto demasiado como para querer traer a un niño al mundo, aparte de que físicamente no puedo.

No había cerrado la boca, como si quisiese decir algo más, pero no salió palabra alguna. Así

que no la forzó con el tema.

—¿Tienes planes de futuro? —preguntó el chico.

—Sí.

—¿Te apetece contármelos? —Le sugirió.

—No. Quiero quedármelos para mí misma.

—Siempre eres muy misteriosa —frunció el ceño.

—Lo sé, eso es lo que le engancha a la gente.

—Es lo que me engancha a mí —dijo sin pensar.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, se sonrojó y maldijo su lengua descontrolada. Se levantó y le ofreció una mano a la chica que estaba tumbada en la nieve. Antes de que aceptara la mano, Daeva extendió los brazos y empezó a moverlos a la vez que las piernas, dibujando una forma de ángel. Una vez terminado, agarró su mano y se levantó.

—¿Y tú tienes algún propósito de año nuevo? —La chica pelinegra le preguntó.

—Sinceramente pensaba que a estas alturas estaría muerto.

—Creía lo mismo, pero parece que algo quiere que te quedes durante un tiempo más.

—Creo que ese algo es tu cliente.

—Tristemente tu vida está en sus manos.

—En verdad está en las tuyas, Daeva.

Se formó un silencio mientras volvían hacia el hostel donde comerían, se había vuelto su lugar más cómodo, la calefacción estaba encendida siempre, el servicio no era malo y las duchas de agua caliente se agradecían.

—Me vas a matar, ¿cierto?

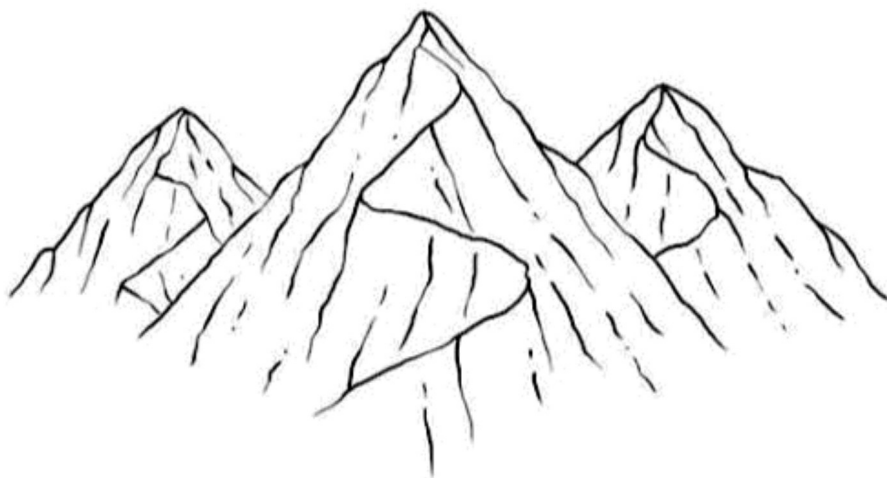
—Es mi trabajo —forzó una sonrisa tierna y relajada.

—Me parece bien. Creo que ya he vivido lo suficiente.

—Eres muy joven.

—Estas semanas me he sentido más vivo que durante estos tres últimos años. Tranquila. Mi momento llegará, y tú serás la que lo haga. Y realmente me alegro de que a la última persona que vea sea a ti.

Daeva aceleró el paso evitando una respuesta, y se preguntó si había dicho algo mal, si la había ofendido. Ella era la primera que quería terminar con el trabajo, y él se sentía preparado, aceptaría la muerte como una cuenta pendiente que tenía que saldar. Se reuniría con su familia y finalmente descansaría, agradeciendo esos últimos recuerdos creados con su protectora.



CAPÍTULO 28

Sus manos estaban cubiertas por unos guantes de plástico que la ayudaban a no mancharse del tinte. Gracias a los astros que podría olvidarse del pelo blanco de Brennan, sus raíces habían empezado a asomar y eso la hacía feliz. Con el pote de tinte a un lado, iba repartiendo el mejunje por todos los mechones.

Lo podría haber hecho perfectamente él, pero unos días atrás habían estado practicando lucha cuerpo a cuerpo y se había hecho daño. Ella estaba perfectamente, pero parecía que a su compañero aún le faltaba un poco de práctica. Daeva había estado repasando los tipos de golpes, las zonas más delicadas de los hombres, y sin querer le había pegado un poco más fuerte para ser un entrenamiento “simple”. Pero eso no era lo peor. Sino que se había caído de espaldas contra una piedra que le dejó un fuerte dolor en su hombro derecho. Y tampoco era lo peor. Porque, además, después se había pegado una fuerte hostia contra la puerta al entrar a la habitación del hostel. Esta vez, con el otro brazo.

Así que le había prohibido mover los brazos por encima de los hombros, lo que comportaba que ella tenía que teñirle el pelo. El chico estaba callado en la silla de madera mientras la asesina hacía el trabajo. Podía ver cómo tenía los ojos cerrados y cómo disfrutaba del masaje que ella le estaba haciendo, y sintió pena, así que quizás, solo quizás, siguió con el masaje por un rato más después de haber terminado. El pobre Brennan estaba dolorido, un poco de relajación no le iba a ir mal.

—Hecho —dijo al pasar un rato.

—Gracias —le sonrió sutilmente.

Se deshizo de los guantes y los tiró a la basura, junto a todos los otros productos usados. Se sentó en el suelo, apoyando su espalda en la pared, mirando al chico sentado delante suyo. Cerró los ojos, esos últimos días no había dormido muy bien, se ponía nerviosa al recordar que estaba durmiendo a su lado. Así que intentó darse unos minutos para dormir, hasta que el rato que tenía que pasar terminó.

—Ya puedes quitarte el tinte —lo avisó, aún con los ojos cerrados.

—Tenemos un problema.

—¿Qué pasa ahora?

—No puedo mover los brazos.

Abrió los ojos y lo miró, suspiró y se levantó del suelo. Se estiró, intentando relajar sus huesos. Le cogió la mano y él la agarró para levantarse de la silla, lo acompañó hasta el baño y cerró la puerta. No es que el aseo fuera muy ancho, pero podían caber los dos con un poco de margen para moverse.

—Vamos a lavarte el pelo, entonces —habló. Estaba cansada, necesitaba dormir, y su voz no salía con mucha fuerza. Él asintió con la cabeza, y supuso que sabía lo agotada que estaba, pues no dijo nada, y se dejó llevar por lo que ella hacía. No preguntaba, no cuestionaba.

Le agarró el bajo de la camiseta y se la quitó con cuidado al llegar a la zona de las mangas. Soltó un bostezo y se tapó la boca, sus ojos somnolientos.

—¿Estás durmiendo bien? —susurró.

—Un poco mal, pero ya está.

—Vete a dormir —la miró con seriedad.

—No. Tienes que quitarte el tinte.

—Mira que eres cabezota —Brennan entrecerró los ojos.

—Pues ya somos dos. Venga, quítate los pantalones y déjate los calzoncillos.

Siguió sus órdenes mientras ella se arremangaba para no mojar su camiseta. Y Daeva sabía que mentiría si no dijera que había mirado los abdominales no muy marcados de su compañero. Y que quizás se había puesto un poco nerviosa. Lo hizo entrar en la ducha, y ella se metió después. El espacio era bastante reducido, pero logró meterse bajo la alcachofa de ducha y agarrarla. La bajó para probar la temperatura del agua y fue variando hasta encontrar una sensación templada. Notaba los ojos de Brennan encima de ella, aunque esta estuviera evitando mirarlo.

Estiró el brazo para hacer que el agua le mojara el pelo y sus ojos se encontraron. La cara empezaba a cubrirse de agua teñida de marrón y el chico no cerró los ojos mientras Daeva alargaba la otra mano para meterla entre los mechones. Pero era demasiada altura, no llegaba del todo bien, y él lo notó. Así que se arrodilló en el suelo de azulejos sin decir una sola palabra.

—Gracias —susurró Daeva.

—¿Sabes que solamente me he arrodillado ante ti? —Soltó una corta risa.

Decidió no responder, su mente en modo automático estaba ganando control sobre su cuerpo. Masajeó el pelo y lo enjabonó, él volvió a cerrar los ojos durante todo el proceso, y su cara reflejaba completa calma. Poco a poco, esa sensación empezó a invadirla, había silencio, y solamente se escuchaba el agua que caía sin parar. Colocó el mango en el pequeño trozo de metal para que se aguantara sola, pero dejó que siguiera funcionando. Sus manos eran dulces con el cuero cabelludo de su compañero y tiraba de él, exponiendo su cuello. Se le hacía la boca agua inconscientemente. Lo asoció al cansancio. No pensaba con claridad.

Cuando dejó de salir jabón, miró el color del pelo, finalmente marrón, y como seguía teniendo los ojos cerrados, se permitió sonreír ante la imagen. Ese sí que era el Brennan que conocía.

—Ya está —lo avisó.

—Gracias —se levantó, y el recuerdo de que la ducha era bastante pequeña volvió a la mente de la asesina. Pues el espacio era casi inexistente entre sus cuerpos. La mano del chico se

extendió y quiso apagar el grifo, pero lo paró.

—No la apagues. Ahora me ducharé.

—¿En el estado en el que te encuentras? —arqueó una ceja.

—Estoy bien —intentó convencerlo.

—Daeva —Eso hizo que prestara atención, pocas veces la llamaba por su nombre—. Estás agotada, ve a dormir.

—Igual ya tengo la ropa mojada, no me cuesta nada.

—Déjame ayudarte, al menos.

—¿Si me ayudas a ducharme estarás más tranquilo y dejarás de ser un pesado?

—Sí.

—Pero tu brazo...

—Ahora me importa una mierda el brazo. Quiero que descanses.

Resopló, pero empezó a quitarse la camiseta, la dejó en el suelo y le regaló una fingida sonrisa al chico, que solamente asintió, incitándola a terminar. Volvió a resoplar, pues estaba cansada. Supuso que no estaba tan mal que alguien la cuidara un poco, solamente un poco, nada más, de vez en cuando. Se deshizo de los pantalones y se quedó en ropa interior.

—Bien —susurró él, quien estiró el brazo para agarrar el mango mientras la miraba.

Daeva subió un poco la mirada, porque sus ojos marrones parecían un poco más oscuros y descansados de lo normal, y sintió que se adentraba en una montaña desconocida. Probó la temperatura del agua, cortando el contacto visual aunque siguió mirándolo.

—¿Cómo te gusta? —preguntó.

—¿El qué?

—El agua —sonrió un poco. Y sabía que si antes había fingido mal, ahora él sabía que estaba reventada.

—Caliente —respondió, parpadeando un par de veces para mantenerse despierta.

Brennan volvió a asentir, y mojó poco a poco su pelo, el calor del agua relajó sus músculos y la tentaba a dormirse. Volvió a colocar la alcachofa en el metal para untarse las manos de jabón y las metió entre sus mechones largos negros y blancos.

Daeva lo miraba embobada, y sentía que una parte de ella se estaba empezando a arreglar, que su niña interior agradecía ese cuidado tan íntimo.

Se permitió sanar esa parte que nunca antes había necesitado, porque había seguido adelante. No le importó sentirse un poco vulnerable, se lo permitiría por esa tarde. Solamente por esa tarde. Porque Brennan ya no era su rehén, era su compañero, y odiaba aceptar eso. Él parecía concentrado en su tarea.

—Gírate —susurró.

Y lo hizo, siguió sus órdenes. Cosa que nunca hacía. Empezó a masajear su nuca, su cuero cabelludo, y sentía que se iba, que se dormía.

—No te duermas —le susurró en el oído, y la cercanía de su voz fue lo que la mantuvo, por un rato, más despierta.

—Perdón —se encontró diciendo. ¿Desde cuándo pedía perdón?

—Tranquila —siguió masajeándola.

Le quitó todo el jabón del pelo. Cuando iba a agarrar la esponja, le cogió la muñeca, parándolo.

—Siempre me enjabono el pelo dos veces.

Era verdad, pero también sabía que otra razón por la que lo había dicho era porque no quería

que ese momento se terminara, quería que siguiera tocando su pelo, quería que siguiera cuidando un poco de ella. Brennan acarició su brazo con la mano que ella había cogido.

—De acuerdo —respondió.

Agarró el jabón y volvió a meter sus dedos entre los mechones. De la comodidad que sentía se olvidó de que estaba en ropa interior, aunque ya se hubieran bañado juntos en esas aguas termales. Dejó que de su boca saliera un suspiro agradable, y pareció que el masaje se ralentizaba. Cuando terminó, ella se giró. Los ojos de él eran delicados, marrones y tranquilos, y por esos minutos no vio ningún rasgo de tristeza en la mirada de su compañero.

—Estoy cansada —se le cerraban los ojos.

—Tienes que dormir.

Asintió, y dio un paso hacia delante, aunque él no le dio tiempo de apartarse para dejarle espacio, así que chocó contra su pecho. Lo miró con los ojos cansados y respiró. No se quejó, no le obligó a apartarse, se quedó ahí, a su lado, tocando su piel ardiente. ¿Cómo conseguía siempre estar a esas temperaturas?

—Siento que me voy a desmayar. El calor no me está ayudando a quedarme despierta. —Le salió una risa.

—Yo te sostengo, tranquila —susurró, su voz acunando sus oídos.

Las manos de él pasaron por sus brazos, acariciándola, y sus ojos se cerraban cada vez más. No, no quería dormirse. Deseaba quedarse ahí. Cuando aún tenía la posibilidad de justificar sus acciones con que estaba muy cansada. Brennan le cogió las manos con delicadeza, aún sin moverse del sitio.

Daeva apoyó la barbilla en el pecho de su compañero y lo miró desde abajo. Sonrió. Los ojos de él se abrieron un poco, como si estuviera sorprendido, pero después se relajó y Brennan le devolvió la sonrisa. Daeva se acercó un poco más, él le quiso dar espacio y dio uno hacia atrás. Sin embargo, ella volvió a hacer lo mismo hasta que la espalda de su compañero quedó completamente recostada en la pared, sus cuerpos cerca. Dejó la mejilla en el pecho de Brennan, cerrando los ojos.

—Solo déjame un rato así, y te juro que después me despierto.

Semanas juntos, conversaciones compartidas, bromas y descubrimientos, todo eso los había unido. Y aunque siempre demostrara la posición en la que se encontraban.

¿Qué tenía de malo dejarse llevar por un rato?

No tenía nada de malo.

Brennan la abrazó mientras ella se hundía en un mar calmado. Y se quedaron ahí, abrazados, entre el vapor de la ducha, con sus pieles rozándose, respirando, existiendo. Cuando sintió que necesitaba urgentemente irse a la cama, apoyó la frente contra el pecho desnudo. Lo acercó un poco, solo un poco más. Hizo como que no, pero sabía perfectamente que no se había dado el último chorro de agua fría, ese que utilizaba para recordar que la realidad era fría, y definitivamente para nada cómoda. Y que la falta de ese último chorro frío la mantenía en este tipo de sueño.

—¿Estás bien? —preguntó con delicadeza Brennan.

—¿Por qué me caes bien?

Eso hizo que él se riera.

—Sinceramente, no lo sé. Supongo que la situación en la que estamos no es muy normal, que

se diga. Hay algunas cosas de las cuales nunca podremos saber el porqué. Así que solo hay que seguir la corriente.

Puso las manos en su cintura, mientras seguía abrazándola. Lo acercó un poco más, conectando sus cuerpos completamente como si nunca fuera suficiente la cercanía que compartían. Subió la mirada, él la observaba. Movi6 un poco la cabeza, extendiéndola. Brennan se inclinó con calma.

Centímetros. Eso era lo que separaba sus labios de tocarse. Él tragó hondo, lo notó.

«¿Y si lo beso?».

Podía notar su aliento mezclándose con el de su compañero, y se preguntó otra vez cómo besaría teniendo todo el tiempo del mundo. Cómo besaría alejados de la vista de unos guardias.

Cómo besaría alejados de la vista de unos guardias. Cómo besaría por iniciativa.

«¿Puedo enviarlo todo a la mierda?».

¿Se arriesgaría a probar suerte? ¿A averiguar qué haría él? El baño, opacado por el vapor, la temperatura de sus cuerpos mojados de agua ardiente, su mente cansada, y ojos somnolientos. ¿Aguantaría mucho sin desmayarse?

—Creo que me voy a desmayar —soltó en voz tan baja que solo podría escucharla gracias a su cercanía.

Brennan salió casi corriendo de la ducha y apareció unos segundos después, con una toalla que usó para envolverla y la cogió en brazos. Ella se dejó. La llevó caminando, agarrando sus piernas y poniendo la mano en su espalda para que no cayera al suelo. Dejándola en la cama, casi completamente dormida, poniendo una toalla más pequeña encima del cojín para que no lo mojara, y tapándola con las capas suficientes para que no pasara frío.

Su cuerpo notó la falta de calor externo, y parecía que su sistema no estaba generando calor por su propio pie. Necesitaba encontrar una temperatura corporal estable.

—Brennan —susurró.

Vino inmediatamente. Ella tampoco acostumbraba a llamarlo por su nombre. Se arrodilló para mirarla a la cara, esperando a que dijera algo.

—Sé que voy a quedar fatal, y que soy la mejor asesina del continente. Pero creo que estoy resfriada, y necesito calor. ¿Puedes dormir conmigo?

—Daeva, ya duermo contigo cada día.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—De acuerdo —lo vio sonreír—. Me pongo el pijama y vengo.

—No, por favor. Necesito contacto directo, la tela va a retener tu temperatura dentro de tu cuerpo. Si hay roce piel contra piel, es más fácil que entre en calor.

Si fuera consciente de lo que estaba diciendo, definitivamente Daeva no hubiera ni de locos pedido ayuda a su compañero de habitación. Conociéndola, se lo habría guardado para sí misma, hubiera sufrido en silencio para no parecer vulnerable. Porque se había pasado gran parte de su vida intentando demostrar que era fuerte, en todos los aspectos posibles. Porque sus enemigos siempre la iban a ver como alguien débil, solamente por el hecho de ser mujer.

—Como deseas.

Escuchó unos cuantos pasos, y su mente ya estaba deambulando por los confines del mundo. El peso a su derecha se pudo percibir cuando la cama se hundió un poco.

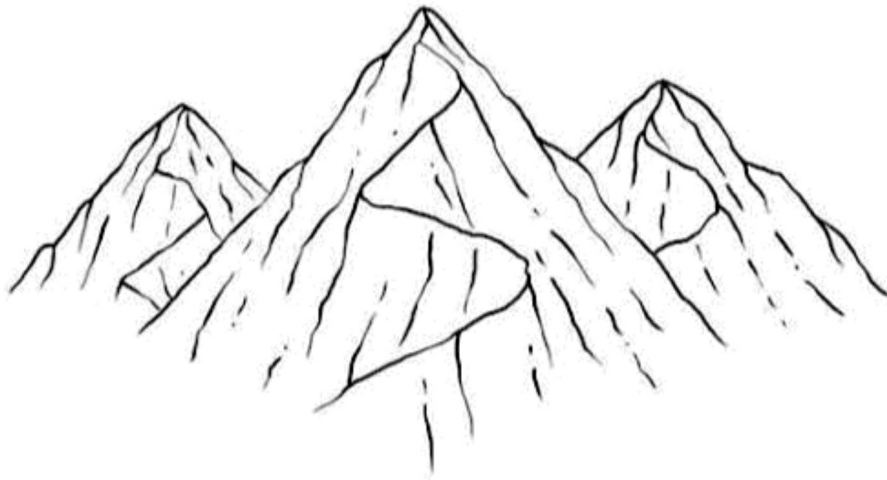
—Me he puesto pantalones. Estaría bien no morirme de frío.

—Estaría genial que no murieras —dijo sin pensar.

Brennan la envolvió en un abrazo, con el pecho calentando su espalda. Daeva se hizo una pequeña bola, intentando escapar del frío que creaba su cuerpo. Notaba la respiración del chico.

—No soy débil —quiso recordarle.

—Sé que no lo eres —susurró—. Eres la persona más fuerte e increíble que conozco.

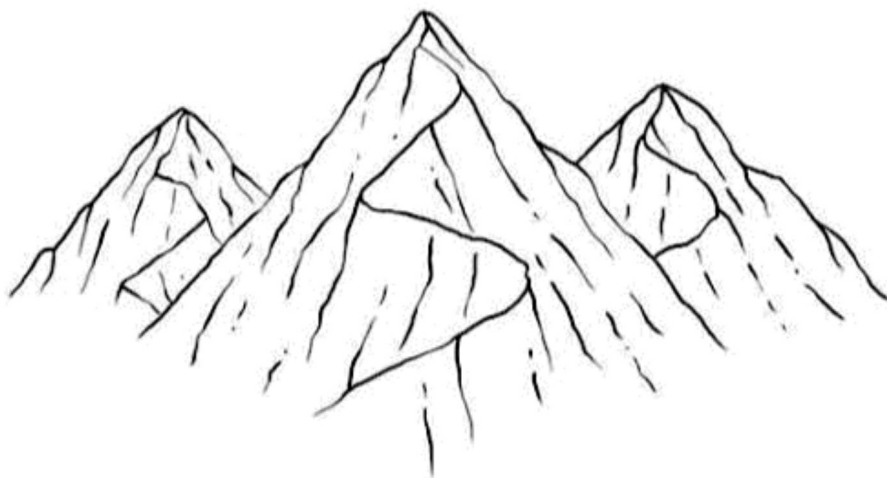


CAPÍTULO 29

No se separó de ella en toda la noche. No dejó de abrazarla ni por un segundo. Aprovechó que le había pedido ayuda, para cuidarla. Para poder, de alguna forma, hacer algo por ella.

Durmieron abrazados.

Sin ser conscientes de que la comodidad se había asentado entre ellos. Sin ser conscientes de que podían estar tranquilos el uno con el otro. Sin ser conscientes de que algo entre ellos dos se formaba con más fuerza cada día que pasaban juntos.



CAPÍTULO 30

Quedaban unas pocas horas para que las campanas sonaran doce veces al llegar a media noche. La última noche del año. La fiesta de fin de año. La fiesta para desear un buen inicio de año y hacer promesas, diciendo que en este leerás, empezarás a comer mejor, o viajarás más. Todas promesas que seguramente no se cumplirán, pero igual haces porque te ilusiona pensar que todo es posible.

Ya se había recuperado por completo del resfriado. Brennan había estado cuidando de ella durante dos días siguientes del casi desmayo, proporcionándole calor, conversación y comida caliente. Había dejado de comprar los bocadillos para empezar a traerle sopas y cremas recién hechas de una tienda que conocía donde daban comida ya preparada.

La asesina se vistió con una camiseta holgada blanca con cuello de barco, con las mangas sueltas y el abdomen ceñido gracias a su corsé de cuero, aunque este ya no era negro, sino de un rojo sangriento. Los pantalones también eran rojos, se decía que este color atraía el amor, aunque, en su caso, era un color que le encantaba y que la hacía sentirse mucho mejor consigo misma. No porque odiara su cuerpo, sino porque se sentía empoderada y fuerte. Salió del baño, extrañamente se había maquillado con una raya negra en los ojos mucho más gruesa de lo normal, y había puesto un color brillante como sombra de ojos. Se maquillaba poco, no acostumbraba a importarle mucho, para su trabajo no era necesario ir maquillada, aunque no le disgustaba para nada darse el gusto de verse algo más arreglada.

Su compañero de habitación se había puesto una camiseta que ella misma le había comprado, el chico no tenía mucha ropa en esa pequeña mochila, ya que ninguno de los dos pensaba que esto se alargaría tanto como para tener que celebrar el fin de año juntos. Menos mal que Brennan había recuperado su color natural, era mucho mejor. Vestía una camiseta blanca también holgada, aunque le quedaba un poco más ajustada por la zona de los hombros, los pantalones negros rectos le llegaban a la altura idónea para tapar el cuerpo de la bota de piel.

—¿Qué te has hecho en los ojos? —preguntó acercándose.

—Me he maquillado.

—Interesante. Te queda bien —se giró hacia la mesa para dar un bocado a un bocadillo que habían comprado.

—¿Quieres un poco? —Le ofreció.

—¿Yo? —Volvió a mirarla con la boca llena.

—Ajá.

Agarró el minúsculo maletín de maquillaje que tenía y se lo enseñó. Dejó que el chico revisara todo lo que quisiera, le preguntó qué demonios era cada cosa, se pasó una brocha por la cara y soltó una risilla mientras decía que era muy suave.

—¿Qué me puedes hacer?

—Déjame a mí —Daeva sonrió mientras Brennan se sentaba en la silla y ella se apoyaba en la mesa delante de él.

Con la mano cogió la brocha más pequeña y la untó de polvos dorados, los mismos que ella se había puesto en el párpado, le pidió que cerrara los ojos para maquillarlo y obedeció. Durante ese corto rato en el que la asesina difuminaba la sombra de ojos, no pudo evitar deslizar su mirada a los labios que ya había probado. ¿A qué sabrían sus besos dulces y tranquilos? ¿Qué sabores descubriría si besaba su cuello? Volvió a la realidad al segundo, maldiciéndose por pensar tales cosas.

Cuando terminó, Brennan se levantó y se miró en el espejo.

—Me veo muy guapo.

Se guiñó el ojo a sí mismo a través del reflejo.

Daeva rio.

—Vamos, hay que celebrar el año nuevo.

—Creo que esta será mi última fiesta, ¿me equivoco?

Pudo notar tristeza en esa voz. Ya no hablaba con tanta emoción sobre su muerte, y eso le alegraba, pero a la vez la destrozaba. ¿Desde cuándo empatizaba tanto con una víctima? Pero es que ya no se sentía así, todo era muy distinto, ya se habían empezado a conocer, no eran desconocidos. Él era Brennan Hinsén, y ella Daeva Maude, no eran la asesina y su rehén.

—Nada de pensar en cosas tristes hoy, ¿vale?

Asintió en respuesta. Cogieron las cosas y emprendieron la marcha hacia el bar donde normalmente la gente de su edad solía festejar. La vida en las calles era palpable, la gente vistiendo colores más atrevidos, maquillajes fiesteros y capas llenas de brillos. Todo el mundo vestía sus mejores galas para celebrar el último día del año, con unas buenas bebidas y música.

No tardaron en llegar al bar, la música era distinta a la última vez que habían salido por la noche, esa noche en la que había aprendido a bailar los bailes típicos de Morana. Esta música era más fiestera y salía de una especie de máquina que tenía música dentro. Quizás sí que las invenciones del reino de Tecna habían llegado a los otros reinos. Los jóvenes se amontonaban en la barra, se sentaban, se besuqueaban o bailaban. Ellos no tardaron en pedirse una copa para animar el ambiente, junto con unos chupitos de un licor extraño violeta al que su compañero quiso invitarla. Estuvieron hablando y bebiendo por un rato, hasta que poco a poco el alcohol que iban ingiriendo empezó a golpear su sistema y a hacer efecto, haciendo que sus mentes pensarán más rápido, sus ojos no se centraran tanto y la vergüenza se perdiera.

La agarró de la mano cuando las luces se apagaron y se encendieron unas de varios colores, debía quedar menos de una hora para el gran momento. Ella lo siguió, y terminaron en medio de la pista. Observaba todo su entorno, cómo la gente que la rodeaba bailaba, movía las caderas y se pegaban entre ellos. Y, sin pensar, empezó a copiar los movimientos, probando el terreno para saber cómo se sentía. Empezó suavemente a mover su cadera de un lado a otro, y poco a poco fue pillándole el truco. La música sonaba fuerte. Su cuerpo empezó a actuar sin ser consciente de cómo se movía, solo dejó que la melodía la llevara a otro lugar.

Vio cómo Brennan la miraba y él también comenzó a dejar su cuerpo moverse. La sala estaba llena y no podían mantener mucha distancia, pero ahora mismo, tenerlo tan cerca no le suponía ningún problema, es más, lo anhelaba.

Vio a una chica pegarse a su compañero de baile, lo agarraba por la nuca, y sus piernas se intercalaban. Sin saber de dónde sacaba las ganas, hizo lo mismo con el chico de pelo castaño, pegándose a él, pegando sus cuerpos y coincidiendo con cada movimiento.

Dejó su cabeza relajarse y terminó extendiendo el cuello, levantando la barbilla para disfrutar del momento. Su mano estaba puesta en la nuca del chico y esta estaba ardiendo. ¿Qué se sentiría al besarle ahí? Las manos de Brennan reposaban suavemente sobre su cintura, mientras se movían conjuntamente. Alguien los empujó sin querer, acercándolos aún más. Por un momento volvió a mirarlo. No paraba de observarla enteramente, de arriba a abajo, y Daeva no pudo controlar el impulso de ver dónde sus cuerpos se unían, sus caderas no paraban de encontrarse y rozarse. Y lo sentía todo.

Su respiración estaba entrecortada de bailar y volvió a estirar el cuello para respirar. Electricidad recorría su interior. Unos labios le dejaron un beso en el cuello extendido. Unos labios calientes y dulces que enviaron mil corrientes eléctricas por todo su cuerpo. Brennan besándole el cuello suavemente podría ser perfectamente su perdición.

Miró a su compañero de baile y paró de bailar. ¿Qué estaba haciendo? Le había gustado, pero eso no debía pasar. Le gritó al oído que iba a ir a la barra a pedir otra bebida, aunque era mentira. Necesitaba centrarse, no dejarse llevar por el momento. No podía. Era su rehén. Era su trabajo. Él solo era un peón. Él debía morir. Lo debía matar. No podía hacer esto.

Pero tampoco podía negar que sentía atracción. ¿Y por qué le había besado el cuello? ¿Había sido por el alcohol o por qué simplemente le había apetecido? Se quedó en la barra de pie mirando a todo el mundo bailando, cuando un chico se le acercó. Tenía el pelo blanco y los ojos de color verde, por lo que pudo intuir. Tenía la mandíbula marcada y una piel tan pálida como la nieve. Su pelo llegaba hasta la nuca y tenía la parte delantera agarrada en un descuidado moño.

—¿Estás sola? —le dijo al oído.

—No te acerques a mí.

Lo miró con esos ojos que sabía que ahuyentaban a cualquier persona y funcionó. El chico se fue y al segundo ya estaba bailando con otra chica de facciones muy parecidas. Se apoyó en la barra y se cruzó de brazos. ¿Cuánto quedaría para que sonaran las dichas campanas?

Quiso buscar a Brennan, pero de repente lo vio al otro lado de la barra hablando con una chica de pelo rubio rizado. Esta se reía por algo que él había dicho y le tocaba el brazo. Hizo un gesto de sorprendida al notar los músculos y sonrió inocentemente jugando con un mechón de su pelo perfectamente rubio. Sus dientes perfectamente rectos y su nariz perfectamente curvada. Era perfecta. Esperó a que se apartara de ella, pero no lo hizo. En cambio, pidió dos copas y cogió las dos, pero una la agarró la otra chica. Entonces notó que su cabeza se giraba, apartó la mirada

para que no la viera.

Justo al momento otro chico se le acercó. Este sí que tenía un pelo más castaño, no era de la tonalidad de su compañero de habitación, sino un poco más claro. Algo se apoderó de ella y empezó a hablar con total naturalidad e interés fingido al chico que la miraba de arriba a abajo. Ignoró el hecho de que éste solo le miraba los pechos, también ignoró que el chico solamente hablaba de sus trofeos deportivos, desconectó sus oídos mientras iba lanzando miradas a la otra punta de la barra, donde la chica tonteaba infinitamente con Brennan.

—¿Ese al que miras tanto es tu amigo?

—Somos... compañeros —pensó la respuesta por unos segundos.

—Bueno, pues parece que tu compañero se llevará un buen trofeo a casa.

—¿De qué hablas?

—No ves cómo la chica está coqueteando con él. Además, mira cómo se ríe. Seguro está pensando la forma perfecta para invitarla a su piso después de las campanadas para pasar un buen rato.

Daeva odiaba esa idea, aunque supiera que volverían a casa juntos. ¿Verdad? No podía escaparse tan fácilmente de sus manos, lo había estado manteniendo a raya para que no consiguiera huir, para que no se lo quitaran, para que no los atacaran o descubrieran. No podía ser que Brennan estuviera ligando con esa chica, ¿no?

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó al futbolista.

—Bueno, yo me lo estoy pasando bien contigo ahora.

—¿Y tienes pensada alguna cosa?

El chico sonrió torcidamente y se acercó a ella, posando las manos en su cintura. No eran las manos de Brennan, no eran las suyas, era un tacto distinto, más fuerte, menos dulce.

—Pues estaba pensando en robarte un beso a medianoche —le dio un beso bajo la oreja. Su cuello se extendió, mirando a su compañero a muy poca distancia de la chica—. Si te parece bien.

El chico se volvió a separar y ella fingió una sonrisa.

—Mira que eres tonto.

Se rio y empezó a hablar otra vez sobre cómo ganaba un montón de dinero y de su lujoso apartamento. Pero eso no le importaba. La gente empezó a chillar y a aplaudir. Alguien avisó sobre las campanadas e iniciaron la cuenta atrás.

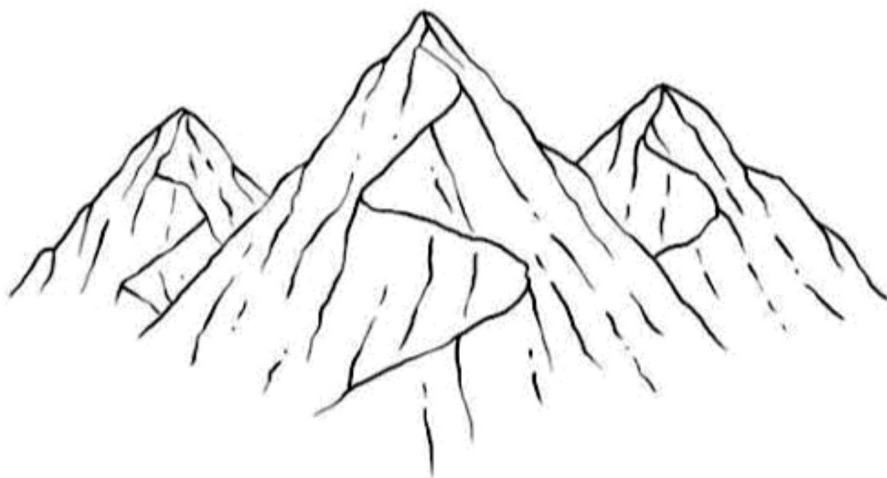
Todos se unieron a los gritos y poco a poco los demás buscaban a alguien a quien besar después. Volvió a dirigir una mirada a Brennan, quien parecía buscar a alguien entre la multitud. Quedaban dos segundos cuando sus miradas se encontraron, pero la chica rubia lo cogió de la barbilla y depositó un beso en sus labios. Daeva recibió uno por parte del chico con el que había estado hablando. La cogió de la nuca y la giró, y mientras besaba a ese desconocido, sus ojos no se despegaban de su compañero, quien también abrió los ojos para observarla. Y se miraron sin cesar.

Brennan profundizó el beso, y ella copiaba todo lo que él hacía al otro lado del local. Y de repente, ya no estaba besando a ese desconocido, estaba besando al chico que le había provocado tantas emociones incoherentes durante esos últimos días. Las manos de la cintura eran de él, solo de él. La lengua era suya, solo suya, no de otra persona. Brennan frunció el ceño, y se separó de

la chica que le había robado un beso, ella también se apartó y deseó al chico un feliz año nuevo. Su compañero caminó hacia la puerta, agarró la capa y salió del local.

Lo siguió.

No se le iba a escapar.



CAPÍTULO 31

Hacía frío en la calle, había empezado a nevar cuando salió del dichoso local. Estaba... No sabía cómo estaba, qué sentía, qué pensaba. Solo necesitaba salir de ese sitio para que le diera el aire, quería ir al hostel, quería meterse en la cama y olvidarse de la chica rubia que no había dejado que se fuera. La chica que le había quitado la bebida que él iba a ofrecer a la chica pelinegra que no paraba de estar en su cabeza.

—¿A dónde te crees que vas? —Esa voz irreconocible lo seguía.

—Estoy cansado.

—Ya te he visto, debes estar agotado de haberle metido la lengua hasta la garganta a esa chica rubia —sonrió tensadamente mientras el sarcasmo se notaba desde la otra punta del reino.

Resopló y no quiso decir nada. Ella aceleró el paso y se puso a caminar a su lado. No podía quitarse el sabor de su cuello de los labios, no podía quitarse de la cabeza el movimiento de sus caderas chocando, no podía parar de pensar. ¿Por qué estaba pensando tanto? Su paso era firme e intenso, necesitaba terminar con esta noche lo antes posible.

Cerró la puerta de la habitación y se cambió rápidamente para vestirse con el pijama. Daeva entró unos segundos después, también con un paso firme y cerró la puerta de un portazo que resonó por toda la estancia. La miró agresivamente mientras se metía en el baño. ¿Qué le estaba pasando? Observó su reflejo, pero sobre todo observó sus labios y no pudo evitar tocarlos, imaginando el tacto de los de su compañera de habitación.

Al salir se metió en la cama y se tumbó de espaldas, no pasó mucho rato hasta que notó que el somier pesaba un poco más, dando a entender que su protectora ya estaba estirada.

—Buenas noches —soltó con una voz que no estaba acostumbrado a utilizar.

—¿Acaso estás enfadado? —La voz juguetona de Daeva lo ponía furioso.

—¿Yo? No.

Se sentía como un crío de cinco años al responder de esa forma, pero no podía controlarlo, estaba en llamas. Rio ante su respuesta.

—¿Qué querías ser tú al que besara esta medianoche? —volvió a jugar con su tono.

No quiso responder. Verlo besar a ese chico lo había puesto celoso, pero no quería admitirlo.

No debería admitir que se moría por besar los labios de la famosa asesina, pues lo veía como un entretenimiento, se notaba que no estaba interesada. ¿Cómo podría sentirse atraída hacía alguien como él? Todo era demasiado confuso.

—Venga. Respóndeme —susurró en su espalda.

No pudo aguantar y se incorporó, quedando sentado en la cama, mirándola directamente a los ojos. Ella también se sentó sobre el somier.

—¿Quieres que te responda?

—Claro —torció la cabeza, retándolo.

—Bien. Aquí tienes tu respuesta.

Se acercó en un movimiento rápido a la chica, queriendo ver su reacción, queriendo comprobar si esa dulce respiración se aceleraba al tenerlo cerca. Unos milímetros más y sus labios se estarían tocando otra vez, pero no quería hacerlo sin antes su consentimiento. Un consentimiento que seguramente no recibiría por su parte, y que él entendería.

—Sí. Quería hacerlo. Pero claro, yo solo soy un trabajo, un rehén, un saco de información que utilizarás y después matarás. Pero creía...

—¿Qué creías? —Todo tipo de juego se borró de su voz, realmente se lo estaba preguntando.

—¿Por qué me besaste en ese pasillo?

—Los guardias...

—Me importan una mierda los guardias. Si quieres fingir un beso no te dejas llevar tanto, si no te gusta no sigues con el beso cuando hace rato que los malditos guardias han pasado de ti.

La chica no respondió, así que continuó.

—Lo sentí, y sé que tú lo sentiste.

—Yo...

—Dime que no has vuelto a pensar en eso. Dímelo y me olvidaré del tema —se acercó un poco más, su voz fue perdiendo fuerza y se convirtió en susurros demandantes—. Dime que no te importó. Que no te importó una mierda que te tocara la nuca o la cintura. Asegúrame de que tu espalda arqueándose fue una farsa. Dime que no sentiste nada cuando te apreté contra mí o cuando mis labios rozaron los tuyos. Dime qué cojones es esto. Dime qué hay aquí —señaló el espacio que los separaba—. Dime qué hay aquí, porque algo hay.

—Atracción. Nada más.

—¿Y qué vamos a hacer con eso?

Daeva se mordió el labio, vio como esos ojos azules verdosos viajaban hacia los de él.

—Solo quiero liberarme de esto. De esta tensión. Quitárnosla de encima y seguir con nuestras vidas, ya está.

—Porque solo es eso, ¿no? Atracción —la tentó Brennan.

—Solo atracción.

Lo miró una última vez a los labios, y él no pudo contener el relamérselos. Eso último pareció llevar al límite a la propia Daeva, quien juntó los labios contra los suyos. Haciéndole recordar con más viveza el sabor que no había podido olvidar en estos últimos días. La mano de ella se posó en su nuca, mientras sus labios lo controlaban completamente, también se permitió que sus manos se acercaran a ella, pasó una por la pierna de la chica.

Aún tenían un poco de distancia, pero no tardaron en ponerse de horcadas sobre el colchón y pegar sus cuerpos. Las manos de Brennan viajaban por la cintura y espalda, mientras que ella masajeaba su pelo, que había vuelto a su tono más natural. Podía sentir las palpitaciones de su

corazón, a la vez de otras que provenían de una zona más alejada.

No pudo aguantar, empezó a restregar sus caderas contra las de ella, necesitaba encontrar un contacto que lo tranquilizara. Necesitaba tocarla, hacer un recorrido por todo ese cuerpo con sus labios y escuchar su respiración entrecortada. La quería gimiendo su nombre, verla sin aliento y exhausta. La quería ver tomar el control y dejarse gobernar por la chica que había provocado tantas cosas en él. Quería verla agarrando las sábanas y retorciéndose de placer, quería hacer muchas cosas, demasiadas. La volvía loco.

Se separó durante un segundo, viendo esos labios hinchados y rojos. Necesitaba disfrutar el momento y a la vez asegurarse de una cosa.

—Prométeme que esto no hará que no me mates cuando sea el momento —le pidió.

La respiración de la chica era irregular y su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Te lo prometo.

Sonrió y volvió a besarla, esta vez mucho más agresivamente, mordiendo su labio inferior y neutralizando el gemido que salió de ella cuando le tocó un pecho por encima de la ropa. Ahora solo le importaba el presente, no debería pensar en el futuro. Disfrutaría este momento hasta que los dos estuvieran exhaustos.

Ahora no podría parar.

Estaba mal. No debería estar besándolo de esa manera. No debería estar muriéndose por quitarle la ropa a su compañero. No obstante, se sentía demasiado bien como para parar, así que abandonó todo pensamiento coherente, destrozó las murallas gélidas que la rodeaban y se dejó llevar por lo que necesitaba, y ahora lo necesitaba a él.

Gimió mientras Brennan le masajeaba un pecho por encima de la ropa, estos se sentían duros y ardían por el contacto. Entonces decidió dar el paso, hizo fuerza con su peso y lo tumbó en la cama apretando sus cuerpos con fuerza. Separó sus labios y mientras sus piernas estaban lo suficientemente abiertas como para sentarse encima, se quitó la camiseta que había estado usando de pijama. El chico se incorporó y empezó a besar sus pechos, a succionarlos y a jugar con sus pezones. Las manos se agarraban al pelo castaño y lo acercaban todo lo posible, pero nunca era suficiente, necesitaba que sus cuerpos se convirtieran en uno.

Cuando Brennan pareció pensar lo mismo, la giró e hizo que tuviera la espalda reposando en la cama, poniéndose encima. Y esos labios dulces empezaron una ruta, besaron sus labios con agresividad, con necesidad, y fueron bajando por todo el abdomen, paseándose por los pechos, por las costillas y el ombligo. Se separó y la miró. Se miraron. En esos ojos solo conseguía ver deseo, el mismo deseo que ella tenía. Con la boca, el chico agarró la goma del pantalón y la bajó, pasando la nariz por la cadera, después se ayudó con las manos, arrancando los pantalones y su ropa interior de una tirada.

—Esto no está bien —susurró ella.

Él volvió a unir sus labios para recordarle por mil veces más cómo se sentía todo lo que había entre ellos dos.

—¿Quieres parar?

La mano de Brennan bajó por el abdomen y dibujó círculos cerca de su zona más íntima. No pudo evitar abrir un poco las piernas, dejando espacio a su mano y sus dedos.

Daeva vio la oportunidad de salvarse de ese posible error, podría haberlo hecho, pero empezó a tocarla, empezó a tocar sus pliegues y una sensación arrasadora la invadió, y no pudo controlarse, porque tampoco pudo evitar soltar un jadeo y abrir los ojos para mirar al provocador de esas emociones.

—No —dijo finalmente.

Y con esa respuesta, empezó a mover sus dedos más rápidamente mientras sus labios la besaban. Arqueaba la espalda y sus caderas se movían para que aumentara el ritmo. Sin previo aviso, introdujo un dedo en su interior, y soltó un gemido que fue neutralizado por la lengua de él. Besándola mientras los dedos la penetraban.

—No sabes la necesidad que tenía de tocarte —susurró en su cuello.

Le depositó un beso en una de sus zonas más débiles, y recordó la primera vez que pudo notar ese aliento caliente en este. El toque de sus dedos era muy suave, casi parecía una tortura.

—Más —suspiró, abriendo más las piernas.

Le introdujo otro dedo y empezó a entrar y salir al mismo ritmo, no podía estarse quieta mientras la manipulaba y la estimulaba de esa manera tan impaciente, pues se encontraba con más necesidad de Brennan. Así que bajó la mano hasta encontrarse con la de él, y la tomó prestada.

—Exacto, enséñame a hacer que te corras.

La empezó a controlar, a utilizar esa mano grande a su gusto, y él sonrió, pudo notar la sonrisa que Brennan hacía al lado de su cuello. Sabía que tenía control sobre él, sabía que no haría nada que ella no quisiera, y eso le encantaba. Así que empezó a montar esos dedos mientras él besaba y succionaba su cuello, su clavícula y sus labios.

La sensación le encantaba, pero eso no iba a quedarse ahí, así que quitó la mano de su interior e hizo que retrocediera mientras Daeva se incorporaba. Su respiración estaba demasiado acelerada como para hablar, como para tentarlo con palabras para que se quitara la ropa. En vez de eso, ella misma clavó la mirada en él, y deslizó la vista por todo su cuerpo cubierto por ropa innecesaria. Notó que se tensaba ante sus ojos calculadores.

Se levantó por unos segundos de la cama, pero no sin antes dejar un beso en los labios del chico. Rebuscó entre su mochila y encontró el paquete de preservativos, los cogió y dejó en la mesita de noche. Volvió a la cama y se acercó un poco más, poniendo su mano en la cadera de este, subiendo poco a poco, subiendo la camiseta hasta que pudo ver unos abdominales no muy definidos que habían estado ocultos.

Notó como Brennan temblaba ante el recorrido que hacía con las yemas de los dedos. Agarró el bajo de la camiseta y lo tiró hacia arriba, ayudándolo a desvestirse. El silencio estaba escondido bajo sus respiraciones alborotadas y sin control, pero la tensión se palpaba en el ambiente. La indecisión, la necesidad. La falta de coherencia. Lo miró, recordando ese cuerpo que la había envuelto el día de las aguas termales de la cueva, el mismo cuerpo que abrazó en la ducha. La misma persona que había cuidado de ella mientras estaba enferma.

Con la luz de la luna se veía mucho menos, pero tenía el recuerdo guardado en su mente. Acarició su mejilla con suavidad y depositó un beso tierno y suave en sus labios, mientras la mano viajaba por el torso desnudo de su compañero. Nunca había tenido este tipo de contacto con ninguno de sus otros amantes, esos a los que invitaba a su cama de vez en cuando. Hacía años que no besaba de esa forma a nadie.

La mano siguió bajando, hasta que llegó al inicio de los pantalones, la deslizó hacia dentro y acarició lo que palpitaba bajo su mano. Brennan soltó aire desesperadamente por la boca, estremeciéndose. Solo para ella. Todo para ella, nadie más. Solo ella lo haría sentir de esa manera. Solo ella lo escucharía gemir.

Empezó a subir y a bajar la mano, haciendo que se separara de sus labios, para respirar, para sollozar de placer. Verlo de esa manera la excitó aún más, sabiendo que tenía el poder. Volvió a mirarla y esta vez no esperó más, la tumbó en la cama rápidamente y la besó con fuerza, por el cuello, la mandíbula, y besó el inicio de la zona que más lo anhelaba. No obstante, pasó por alto eso, besó sus piernas enteramente y se levantó de la cama mientras lo observaba. En un movimiento, se quitó los pantalones y quedó completamente desnudo, agarró un preservativo y se lo puso.

Se acercó a la cama con detenimiento y Daeva abrió las piernas para que sus cuerpos pudieran encajar. Sus zonas íntimas se rozaron y un gemido necesitado salió desde el fondo de la garganta, al igual que él jadeó ante el contacto. Estaba más que mojada y preparada para recibirlo al completo.

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto, Daeva.

El aliento golpeaba su cuello. Siguió hablando.

—Queriendo sentirte alrededor de mí —La volvió a tocar con los dedos, su zona demasiado mojada—. Queriendo ser la razón por la que olvides todo —dejó un beso debajo la oreja—. Déjame follarte.

No aguantaba más, le parecía una tortura.

—Por favor... —susurró—. Déjame meterme dentro de ti. Déjame mostrarte lo que me provocas cada vez que me miras. Déjame follarte de todas las formas en las que estoy pensando hacerlo.

El tacto de sus dedos era demasiado suave y que Brennan fuera tan directo con sus palabras provocaba que sus piernas temblaran y se abrieran más, que sus caderas se movieran para restregarse con lo que quería.

—Bren —gimió ese nombre por primera vez.

—Ordéname qué hacer contigo. Ordéname lo que quieras. Utilízame si quieres. No me importa. Tú eres la que lo gobierna todo en mí, eres una jodida reina, y yo puedo ser tu súbdito más leal. Solo déjame...

—Hazlo, por favor.

Lo cortó, agarrándolo para enfatizar la acción. Brennan la besó y ella posó las manos en esa nuca y ese pelo que tanto le gustaban. Cogiéndole el pelo con fuerza cuando se fue introduciendo poco a poco, dejando cierto tiempo para que se acostumbrara. Un gemido salió de sus gargantas al juntarse definitivamente. Él dentro de ella, ella alrededor de él. Su amante empezó a moverse, a salir y a entrar poco a poco, pero ese control empezó a desaparecer, ya que las estocadas aumentaban por segundos, la fuerza, el movimiento era más demandante, y Daeva fue moviéndose bajo ese cuerpo que tanto deseaba.

—Joder, Daeva.

Las paredes internas de ella se contraían, estimulándolo desde dentro. Ni ella misma había sido consciente de cuánto lo necesitaba. Su cuerpo respondía a todo lo que hacía y su mente había desconectado, solo se concentraba en que Brennan la estaba llenando y que la sensación era inigualable.

—Ponme encima —ordenó con una voz firme y demandante, aunque algún que otro sonido se escapaba de su boca.

La cogió de la cintura, la giró y se la subió al regazo. La espalda del chico reposaba en el cabecero de la cama mientras residía encima de él, controlando la situación. Y como la reina que era, lo gobernó. Empezó a moverse encima a un ritmo constante. Él cerró los ojos mientras sus manos estaban agarradas a la cintura de la asesina, las pasó a sus nalgas y las agarró con fuerza, con necesidad.

Fue manteniendo el ritmo, sabiendo que realmente debería estar aumentándolo, pero eso no podía terminar. No quería que terminara.

Los gemidos rebotaban por la estancia, y la cama hacía un poco de ruido ante los movimientos bruscos. No pudo evitar mirarlo y desear oírlo gritar, así que hizo que su interior se contrajera con fuerza por un corto segundo y él gimió más alto. Empezó a restregarse y a montarlo con más esmero.

—Joder.

Brennan empezó a mover su cuerpo para aumentar las estocadas. Los gemidos eran ya incontrolados y sin fuerza. Sus manos se agarraron a la madera que funcionaba como cabecero de la cama, dejando la cabeza de él en el medio.

—Quiero... —empezó a decir Daeva—. Quiero que me mires mientras te corres. Quiero sentir como lo dejas todo. Quiero oírte gritar mi nombre y que te quedes sin voz de tanto chillar.

—Lo haré, haré todo lo que me pidas —abrió los ojos y poco después la miraba mientras lamía los pezones, el cuello y la besaba.

Amaba estar encima, sentirse superior y darle órdenes. Y cuando sus piernas ya no podían aguantar casi, por todo lo que estaba sintiendo en su cuerpo, hizo un último esfuerzo. Dejando que se adentrará lo máximo posible, con una última estocada que la llevó al orgasmo que se prolongó mientras él terminaba. Un pequeño grito lleno de placer salió de su garganta.

Se quedaron sin respiración, mirándose mientras sus pechos subían y bajaban.

Todo parecía un sueño, y tenía miedo de despertar y darse cuenta de que todo había sido producto de su mente. Pero ahí estaba, esa chica lo había domado y ahora no podía saciarse. Aún después de todo lo que había pasado, aún después de haberla besado como nunca había besado a alguien. El pecho de ella subía y bajaba, y esos ojos azules verdosos lo continuaban mirando. Se había recolocado y le había quitado el condón, ya no estaba dentro de ella, pero sus cuerpos aún estaban tocándose. Sus manos aún agarraban su trasero desnudo. Poco a poco fue subiendo las manos por esa espalda y acarició sus mejillas rosadas.

—Joder, Daeva. Eso ha sido...

—No digas nada —le pidió, poniendo un dedo sobre sus labios.

Se levantó, diciéndole que iba al baño, y él miró al techo, sintiendo muchas más cosas de las que había sentido nunca, que estaba vivo, que la había besado, y había sido correspondido. Cerró los ojos, y no había otra cosa en su mente que no fuera Daeva Maude, no había otro pensamiento, otra escena, otra imagen. Solo era ella.

El y ella.

La puerta del baño fue lo que le quitó de su mente, Daeva se quedó en el borde de la cama, de

pie, mirándolo. Estaba callada. ¿Se arrepentiría? Entonces, sonrió calmadamente. No era una sonrisa tentadora, ni alegre, ni fingida. Era esa sonrisa que uno hace cuando se siente en paz, en comodidad. Dio la vuelta a la cama, y se sentó encima de sus piernas. La chica tragó hondo antes de poner un dedo encima de sus labios, y él lo besó. Lo miraba, y reconoció esa mirada. Era la misma forma en la que él la observaba cuando quedaba hipnotizado.

Brennan acarició esas mejillas sonrojadas y enredó los dedos en ese pelo un poco ondulado. La luz iluminaba la mitad de esa cara con unas pecas salteadas. Los labios estaban entreabiertos. No se cansaba de mirarla, de tocarla, de saborearla. ¿Sería esa su adicción? Empezó a tocar su espalda de arriba a abajo, con suavidad y dulzura, como nunca había tocado antes a nadie. Ella seguía con esa sonrisa. Puso las manos en su pelo castaño y le hizo un pequeño masaje en el cuero cabelludo.

—Mejor el pelo castaño —dijo suavemente, como si fuera un pensamiento.

—¿Te gusta más? —preguntó mientras reposaba la cabeza en la madera del cabezal.

—Mhm —afirmó y besó su cuello relajado.

Brennan se estremeció ante el contacto, y abrió vagamente los ojos, había una sonrisa sincera en los labios de Daeva, y la quiso volver a besar.

—Se te ve preciosa ahora mismo.

—¿Desnuda? —arqueó un poco las cejas.

—No. Cuando sonrías de esta forma.

Brennan se ayudó de sus manos en la espalda para acercarla, juntando sus dos corazones lo máximo posible. Daeva seguía tocando su pelo despeinado. No quería salir de la cama, no quería dormir. Sabía que esto solo pasaría una vez y ya está. Que ella no lo volvería a permitir. Que había sido un acuerdo silencioso, solo una noche, solo esta noche.

Intercambiaron caricias en la oscuridad de la habitación que se había convertido en su pequeño refugio. En esa cama no eran un rehén y su asesina, eran dos amantes que se habían encontrado por primera vez, y actuaron como tales, besándose con cariño y suavidad, uniendo sus respiraciones y jugando entre ellos. Los besos en el cuello eran recurrentes, escondía su nariz en el hueco de la clavícula de ella o dibujaba líneas curvas en esa espalda descubierta.

—El segundo vaso que tenía en la mano, era para ti —soltó.

Ella se separó unos centímetros y pareció realmente sorprendida.

—¿Qué?

—Tenía intención de llegar a ti, pero esa chica empezó a ligar conmigo, y yo intentaba amablemente seguir con mi camino.

—No hace falta que me des explicaciones.

—Quería besarte —dijo rápidamente, como si de esa forma pudiera no acordarse de lo que acababa de admitir. Pero ella solamente sonrió y se volvió a acercar.

—¿Hacemos la cuenta atrás? —propuso Daeva.

Y así lo hicieron, contaron desde el número uno hasta el doce, y cuando sus campanas imaginarias sonaron, sus labios se unieron. Aquellos mismos que habían aprendido a encontrarse a ciegas, sin necesidad de buscarse. Se besaron de la forma en la que lo hubieran hecho en esa taberna llena de música. Sus cuerpos se tensaron y se movieron al mismo compás. Ya estaba listo para volver a estar dentro de ella. Buscó la caja.

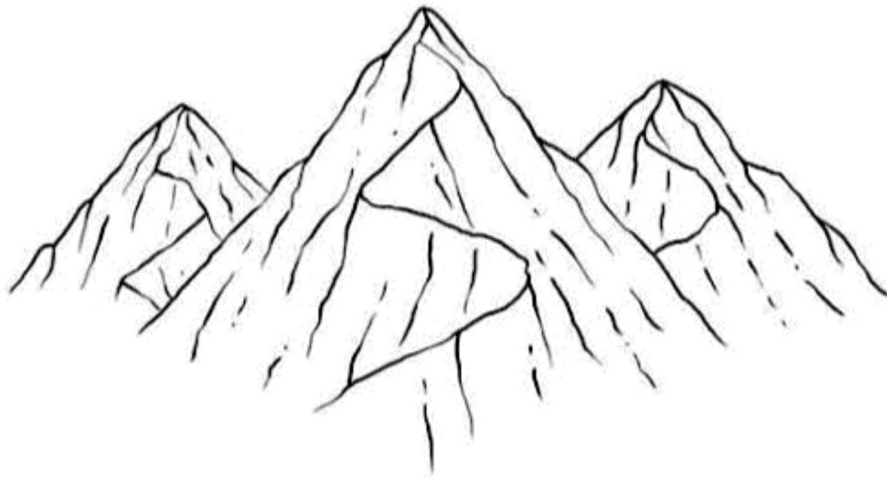
Besarla era como probar una droga, o encontrar tu helado favorito y no poder parar de

comerlo. La acercó lo máximo posible, y al poco rato gemían el nombre del otro entre susurros que se perdían por la habitación. Podrían haber estado segundos, minutos y horas besándose. Brennan dejó de estar sentado para estar encima de ella mientras sus cuerpos se compenetraban. Y, en esa primera noche del año, los dos se dejaron llevar, sin pensar en el mañana, sin recordar que su tiempo era limitado y que en algún momento ya no podría estar con ella, y que no podría volverse a sentir así.

—Quiero ser tuyo, y que tú seas mía por esta noche. Poder chillar al mundo que, por hoy, eres mía —le susurró.

—Entonces márcame con tus labios y demuéstrole que, por hoy, solo estamos tú y yo.

Siguió besándola, llevándola al límite, llegando al éxtasis conjuntamente. Su mente no podía pensar en otra cosa que no fuera ella, y es que Daeva se había metido en su cabeza para no salir nunca. Se había metido a sí misma en un cajón del cual él nunca encontraría una llave para sacarla.



CAPÍTULO 32

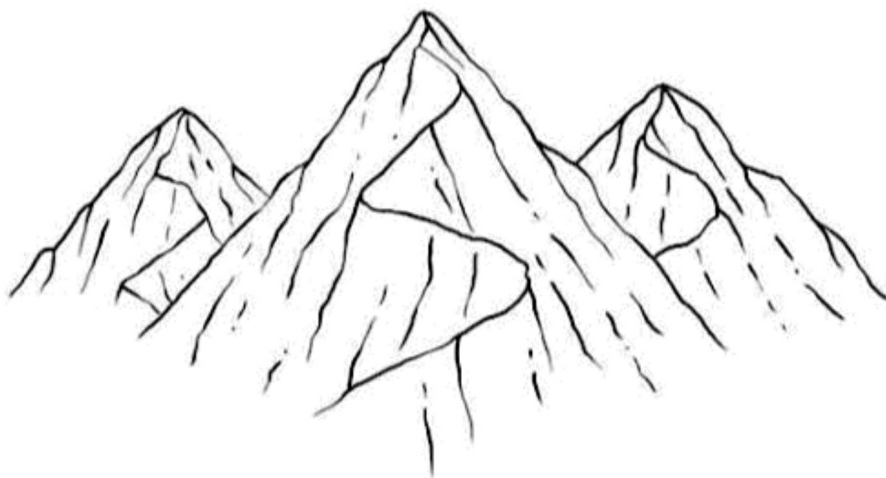
Esa mañana, cuando despertó, durante los primeros quince segundos, no pensó. Solo miró a la chica que dormía abrazada a él, y respiraba pausadamente.

Esa mañana, las imágenes de siempre no lo atormentaron.

Esa mañana, la imagen que solo ocupaba su mente era la que observaba.

Esa mañana, observó a la chica, dormida, que la ayudaba a sentir de todo menos tristeza.

Y de tanto observarla, volvió a dormirse.



CAPÍTULO 33

Estaba vestida, con su ropa, cuando su compañero de habitación se despertó. La luz la había vuelto a la realidad, la había sacado de su sueño y de esa noche que habían compartido. Al despertarse se había visto con la camiseta de él y había entrado en pánico. No podía verla de esa forma, habían quedado que solo era algo puntual, que no volvería a pasar.

Así que, al ser consciente que estaban durmiendo abrazados, se levantó corriendo de la cama y fue a prepararse, además de que deberían partir ese mismo día. No deberían quedarse más tiempo en Brumous. Habían tenido mucha suerte al no encontrarse con nadie más que quisiera espiarlos, pero tampoco se podía fiar. Así que, cuando Brennan se levantó, ella estaba empaquetando las cosas, y le había dejado preparadas unas prendas para que se vistiera.

—Buenos días, dormilón —dijo Daeva, girándose.

—Buenos días. —El chico bostezó acto seguido, y se vistió.

Todo iría bien, ya no pasaría nada entre ellos. No se lo permitiría a sí misma. Aunque el recuerdo de sus pieles en contacto la encendía de nuevo. Parecía que aún se sentía atraída por él, pero claro, él siempre sería atractivo. Pero dentro de un tiempo ya no se sentiría de esa forma. Ya lo habían hecho, eso tendría que relajar el ambiente y las ganas. ¿No?

Realmente tuvo un poco de miedo cuando se acercó, pensaba que la iba a besar, y no podía ser, pero solo le tocó el hombro con un gesto cariñoso mientras se iba hacia el baño. Al quedarse sola en el cuarto, sintió que volvía a respirar con tranquilidad. Miró su clavícula en el espejo, viendo como había una marca morada que él había creado al besarla repetidas veces ahí. La acarició, y los recuerdos la envolvieron.

Habían estado casi una hora tocándose, acariciando todas las partes del otro, aprendiendo cada centímetro de su compañero, cada músculo, cada vena. Creía que estaba viviendo un sueño, que la habían drogado y eran alucinaciones.

Pero todo había sido real. Y ella misma se encontró en ese momento totalmente relajada y cómoda, había dejado salir ese lado cariñoso que casi nadie conocía de ella. Había roto completamente esos muros de piedra que ahora se habían vuelto a levantar tras despertar.

El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos y siguió preparando las maletas, las dos

mochilas les servirían, solo tenía que colocarlo todo de la mejor forma posible para ahorrar el máximo espacio posible. No había nevado en toda la mañana, y realmente esperaba que siguiera así. Llenó las botellas de agua y las guardó.

—Supongo que nos vamos, ¿no?

—Mira que eres inteligente —bromeó.

Él se rio y la ayudó a empacar. Hablaron de coger unos bocadillos de tortilla para comer y de cómo echarían de menos el hostel barato. Esas cuatro paredes los habían acogido durante más de una semana y media. Habían pasado muchas cosas en ese corto periodo de tiempo. Brennan mantuvo la distancia, cosa que alegró y a la vez entristeció a Daeva. Supuso que realmente solo sentía atracción hacia ella, pero las cosas que se habían dicho... No. No tenía nada que ver, estaban bajo el efecto de los repetidos orgasmos que habían compartido mientras se tocaban y besaban en sus zonas más... No. Debía dejar de pensar en eso antes de cometer alguna estupidez.

Ese mediodía se despidieron de la habitación y dejaron las llaves en la recepción, el dinero en un sobre y compraron los deseados bocatas junto con unas pequeñas magdalenas de chocolate para desayunar. Caminaron por las calles con las capas tapando las mochilas. Llevaban lo necesario, ropa de recambio y ropa interior, junto con algunas cosas personales. La mochila no ocupaba mucho y no se notaba debajo de la capa. Las calles no estaban muy llenas, la gente estaría con resaca por la fiesta de la noche anterior, así que pudieron caminar sin preocuparse mucho por si alguien se daba cuenta de su presencia. La subida hacia la zona alta y rica de Morana era infernal, pero consiguieron llegar antes de lo previsto.

El crack de un trozo de madera sonó, y Daeva alzó la mirada sin mover la cabeza para ver de dónde provenía el sonido. Brennan la seguía a unos pocos metros, caminando a un paso más relajado. La oscuridad de una capa apareció por uno de los tejados. Alguien estaba de visita, alguien la había encontrado. Giró a la derecha, a un callejón que sabía que estaba cubierto por techos metálicos de segunda mano y esperó a que su trabajo entrara en el callejón.

—Debes correr.

—¿Qué?

—Hay alguien que me vigila, alguien puede encontrarte.

—¿Dónde voy?

—Donde sea, pero sé discreto, no te pueden ver, no te pueden coger. Sé que debería protegerte, pero sé quién me ha encontrado.

La capa negra con puntos dorados era una característica muy conocida de un viejo compañero.

—¿Me estás diciendo que te deje a tu merced con un asesino?

Se cruzó de brazos. ¿Acaso se olvidaba de lo que era ella?

—Recuerda que yo también lo soy. Ahora sal de aquí, escóndete —susurraba.

—Ahora sería un buen momento para escapar de ti, lo sabes, ¿verdad? —la informó.

—¿Lo harías? —preguntó, aterrorizada por la respuesta.

—No.

—Te encontraré, tranquilo —le tocó el brazo como despedida. Abandonó el callejón, volviendo a la calle principal. Debía alejarlos lo máximo posible de Brennan, así que inició una marcha más acelerada hacia la plaza principal. Se empezaron a escuchar más pasos y vio más capas que corrían por los tejados. No estaba sola. Llegó a la plaza donde se encontraban las tiendas, pero la mayoría estaban cerradas. Ahí no había tanto tejado. Recibió un toque suave en

el hombro y se giró rápidamente, lanzando un puñetazo a la cara de un hombre de unos cuarenta años, quien cayó de golpe al suelo y quedó inconsciente.

—Buen golpe —dijo una voz que era imposible no reconocer. Giró su cuerpo entero poco a poco mientras miraba al chico que la había encontrado. El pelo rubio rizado le tapaba la frente y la nuca, la sonrisilla maliciosa y el tatuaje del cuello lo hizo demasiado fácil de identificar.

El chico que vestía completamente de negro caminaba hacia ella con tranquilidad, y era consciente que él sabía que no le tenía miedo alguno. Se acercó a la pared que tenía a su costado, reposando la espalda con tranquilidad. Daeva podría con todos. Los esbirros aparecieron pocos segundos después, manteniendo la distancia con su jefe y ella.

—Vaya, vaya... Mira a quién nos hemos encontrado.

—El chico se acercó un poco más, dando un paso adelante.

—Has tardado más de lo que me esperaba, Cole.

—Qué bonito, ya no me llamas por mi apellido —entrelazó las manos.

—¿Qué quieres? —La asesina no mostraba ninguna emoción en sus facciones. Cuanto menos supieran o pudieran interpretar, mejor para ella.

—Ya sabes lo que quiero.

—Pues que sepas que no está aquí.

—¿Estás segura de eso, princesa? —Sonrió torcidamente—. Aunque también te buscaba para proponerte una oferta.

La chica no respondió, dejó que Cole hablara. El chico lleno de tatuajes y pelo rubio se paseaba por delante de ella, como si no le tuviera miedo.

—Hacíamos muy buen equipo —inquirió. Daeva soltó una risa falsa, harta ya de él—. Es verdad. Trabajábamos muy bien como pareja. Nos hicimos un buen nombre.

—Tú te hiciste un buen nombre, a mí solo me apartaste.

—Eso es...

—Cierto. Mira Cole, la próxima vez que quieras hacerte un nombre en algún gremio, intenta que los méritos que te atribuyes realmente sean tuyos. No vayas utilizando a los demás y te aproveches de su confianza.

—Si tú parecías encantada al ayudarme.

—Que yo sepa no te ayudé. Creo que tu memoria tiene lagunas. Porque mi mente recuerda perfectamente cómo fui yo la que se coló en muchos de los locales a los que tú después entraste a matar, fui yo la que se infiltró entre los baristas y te mostró todas las entradas. Fui yo la que te avisó de las zonas donde las sustancias tóxicas se encontraban. Tú solo hiciste una mínima parte del trabajo. Así que deja de hacer creer a tus clientes que fuiste tú el que robó ese barco, atracó el convento donde los pedófilos vendían a las niñas, mató a un mercenario o evitó la caída de una bomba.

El chico tensó la mandíbula. Todo eso lo había hecho ella, mientras que Cole se llevaba las aclamaciones y los méritos de lo que su compañera, por aquel entonces, había logrado por su propio pie.

—¿Sabes tus clientes que eres una farsa?

—Eso es...—Se cortó a sí mismo y se frotó la barbilla con la mano cubierta de un guante—. Mira que eres desagradecida.

—Claro, yo soy la desagradecida —resopló Daeva.

Su antiguo compañero empezó a perder los nervios, sonriendo malvadamente mientras parecía pensar en la mejor forma de atacarla o persuadirla de que volviera a su bando. Sus esbirros no se movían, esperaban órdenes, pero su jefe estaba demasiado concentrado en sentirse superior a

ella, en demostrarle que no era lo que Daeva decía.

—¿Qué te cuesta decirme dónde está el chico?

—No me cuesta nada. Pero no quiero decírtelo. Es mi trabajo, no puedes estar toda tu vida robando las cosas a los demás. Aparte, ¿quién te lo ha pedido?

Si el encargo había llegado hasta Cole Shebern, es que los rumores se habían esparcido, y si conseguían a Brennan podrían utilizar esa información tanto para el bien como para el mal. Podrían encargarse ellos mismos de la reina Morana, podrían venderles sus servicios al mismísimo Olyseus y ganarse un muy buen salario. ¿Cuánto cobrarían por matar a un gobernante? El precio debía ser una suma de dinero enorme, más de lo que Daeva pudiera imaginar.

—No es justo que yo te lo cuente todo y tú no me des nada.

—Hay muchas injusticias en este mundo.

—No hablemos de trabajo.

—No pienso hablar contigo de nada más.

Caminó hacia ella con tranquilidad. Los rizos rubios se movían al ritmo, siempre había sido atractivo, no se sorprendió al sentirse atraída hacia él en su momento. Los tatuajes siempre han sido una debilidad que no tenía vergüenza a admitir. Cole había sido uno de sus amantes en el pasado, pero hicieron mal al mezclar sexo con trabajo.

—¿Por qué no volvemos a estar juntos?

—Ni en tus sueños vuelvo a trabajar contigo.

—No hablo de eso. Hablo de nosotros. Quizás no éramos los mejores compañeros para el crimen, pero te aseguro que lo éramos en la cama.

—No hablo de eso. Hablo de nosotros. Quizás no éramos los mejores compañeros para el crimen, pero te aseguro que lo éramos en la cama.

—Por favor —puso los ojos en blanco.

—Seguro no te has olvidado de todo lo que hacíamos y cómo gritabas mi nombre —Él se acercó unos centímetros más—. Deberías agradecerme al menos esa parte.

Odiaba su orgullo, odiaba cómo la estaba mirando y cómo tenía los cojones de hablarle de esas formas, alejándose de la formalidad y no pudiendo separar sus encuentros con los trabajos.

—¿Sabes qué? Sí —respondió.

Él arqueó las cejas pensando que había ganado.

—Realmente te lo agradezco, Cole —Puso la mano en el pecho con un falso agradecimiento—. Creo que nunca habría aprendido a fingir mis gemidos de una forma tan eficiente y rápida sin ti.

—Siempre te ha gustado mucho jugar, princesa. Me alegra ver que no te has ablandado.

El chico ya estaba a una distancia muy cercana, incluso demasiado para la situación en la que estaban. Lo que no sabía su enemigo es que, en el fondo, se había ablandado un poco. Todo por culpa del idiota de Brennan Hinsén. ¿Se habría escondido? Evitó preocuparse por el que, en teoría, era su rehén.

—Dejarnos a solas —ordenó a sus esbirros—. ¿Es que ya no te gusto?

No respondió.

La mano de él se colocó en su barbilla, agarrándola con fuerza.

—¿Ni un poquito?

Acercó los labios a los suyos.

El agarre solo permitía que lo mirara a él. Nadie dijo nada, y ella separó unos milímetros los labios para respirar.

—Yo sí que te he echado de menos —le susurró.

Le miró los labios un momento, recordando su corto tiempo juntos. Se le acercó un tanto más, sus respiraciones chocaron. Ella abrió un poco más los labios, tentándolo, sabiendo que aún la deseaba, como otros muchos que se maravillaban por su forma de hablar y matar.

Aún habiendo estado trabajando en el gremio por ya un tiempo, aún seguían subestimándola, pensando que cualquiera podría hacer que Daeva Maude cayera en sus redes.

Que cualquiera podría llevársela a la cama. Pocos saben, que los amantes esporádicos que había tenido la asesina, los había escogido ella, aunque les hacía creer que habían tenido todo el coqueteo y el poder en sus manos. Cuando Cole hizo ademán de besarla, Daeva tomó aire y le clavó la daga en el costado del abdomen.

—Hombres, todos iguales.

Puso los ojos en blanco cuando clavó una de sus pequeñas dagas afiladas, que muchas veces llevaba en la manga de la camiseta. Cole se separó al recibir el impacto, haciendo una mueca de dolor. Unos segundos después, su antiguo compañero estaba en el suelo por culpa de un puñetazo colocado en la mandíbula. Un puñetazo que ella, desde luego, no había lanzado. La asesina no se había movido ni un centímetro cuando vio a Brennan soltando un quejido por el dolor en su mano.

Brennan Hinsén estaba allí, no había corrido, no se había escondido.

—Idiota —soltó aire agresivamente.

—Iba a... —dijo el chico moreno tocándose la mano.

—¿Iba a qué?! ¿Piensas que me dejaría besar por alguien como ese?

Su viejo compañero estaba en el suelo, y al ver a su objetivo sonrió.

—¡Esbirros! —Los hombres gigantes aparecieron otra vez en la plaza, ahora había más—. Cogedlo —ordenó y sonrió.

—Corre. Y esta vez de verdad. No te quedes —Daeva ordenó a su compañero.

—Pero.

—¡Cállate y corre joder!

Finalmente, Brennan obedeció y empezó a correr calle abajo. Su antiguo compañero de misiones aún seguía en el suelo mientras todos sus esbirros se acercaban a ella. No podría con todos a la vez, tendría que dividirlos. Así que empezó a correr también en la misma dirección que su compañero.

La pendiente la ayudaba a coger velocidad, pero no debía dejarse llevar por sus descontrolados y rápidos pies, en cualquier momento podía resbalar. Vio unas cajas de madera apiladas delante de una tienda y corrió hacia ellas, saltando encima de estas y ayudándose con

pequeños empujoncitos para escalarlas. Saltó y se enganchó a la pared, a las cañerías y metió las manos por los pequeños agujeros que había entre ladrillo y ladrillo. Sus uñas quedarían destrozadas y peladas.

Consiguió subir a los tejados, que le mostraban las calles, todas se unían a la plaza central que estaba delante de la puerta. La única entrada a toda la ciudad, la única salida posible y la única, seguramente, solución para poder escapar de los esbirros de Cole. Corrió por su zona más recurrente, los tejados habían sido sus aliados por muchos años, y se sentía cómoda por esas texturas que acariciaban sus botas. Escuchó chillar a algún hombre. Había conseguido hacer subir a unos cuantos, sonaban tres velocidades de paso distintas. Tres hombres, nada más. Había logrado dividirlos, con ellos podría. Los asesinos la perseguían por la inmensa azotea cubierta de nieve, las nubes grisáceas encapotaban el cielo, el sudor le recorría la nuca y la espalda. La mochila empezaba a pesar un poco y a moverse. Agarró las pequeñas telas de los costados y la ajustó, no podía desequilibrarse. Llegó al final del techo y se paró. Giró su cuerpo ciento ochenta grados y encaró a los asesinos. Aunque más que asesinos eran unos hombres brutos e idiotas que se movían por su sed de pegar puñetazos y derramar sangre.

Mucho cuerpo, poca cabeza. Los «sin cabeza» solo querían matarla, no intentarían analizar sus movimientos, en vez de eso, actuarían por instinto.

—Solo queremos al chico —dijo uno.

—Si fuera otra persona, os diría que como se os ocurra tocarlo, os mataré —sonrió lentamente, sabiendo que una parte de ellos la temían—. Pero como soy Daeva Maude, os desgarraré la garganta antes de que ni siquiera tengáis la posibilidad de hacerlo.

El primero en acercarse se había impulsado demasiado, así que, en vez de malgastar fuerza, dejó que éste intentase tirarse encima de ella y con un sutil movimiento se apartó de su camino, pero le propinó un pequeño empujoncito para que cayera al suelo de piedra de la calle, rompiéndose la cabeza. No miró a ver si salía sangre. Los otros dos hombres caminaron rápidamente hacia ella, Daeva agarró la espada que tenía escondida y le cortó el cuello en un movimiento firme a uno de los hombres.

El último que quedaba sacó un cuchillo e intentó clavárselo en el estómago, pero ella le hizo un corte superficial en la pierna para que retrocediera. Al posar las manos en la herida, Daeva se propulsó y lanzó una patada en la otra pierna. Cuando el esbirro cayó al suelo de rodillas, y las manos se apoyaban en la nieve, hizo que la espada atravesara el cuerpo.

Saltó entre edificio y edificio, limpiando la espada con el costado de su capa. Corrió otra vez mientras miraba desde las alturas a los demás esbirros de Cole. Aquellos carecían de rapidez y corrían con más complicaciones por encima de la nieve. Una de las farolas le llamó la atención, no estaba incrustada en las paredes. Así que se agarró al metal y se deslizó hacia abajo, quedando delante de ellos, frenándoles el paso.

Nadie le quitaría a Brennan.

Todos pararon de golpe al ver la espada asomándose en la oscuridad de su capa. La respiración de la asesina estaba controlada, como si no se hubiera cansado ni por un segundo. Daeva desenvainó el arma.

—¿Algún voluntario? —Jugó con ellos mientras los apuntaba con la espada.

Nadie dijo nada.

—¿No? —Se miraron entre ellos—. Supongo que entonces esto será mi buffet libre ideal.

Algunos empezaron a dar pasos hacia atrás. Pobres idiotas... Daeva empezó a batallar contra ellos, uno por uno, lanzando patadas, dando volteretas por el suelo y levantándose lo suficiente

para hacer que cayeran. Los inexpertos asesinos no sabían defenderse, casi parecía que no sabían ni dónde poner los pies para no perder estabilidad. Acabó con todo ese montón, mientras se ayudaba con el resbaladizo suelo. Al quedar todos en el suelo, pudo volver a respirar con tranquilidad. Hacía tiempo que no se enfrentaba a un reto de estas dimensiones, tenía un poco de miedo, pero la ganas de demostrarse a sí misma que no había perdido la táctica la motivaba. Realmente era buena, y cómo no iba a serlo cuando se había pasado casi toda la vida entrenando.

Nunca había creído en los libros donde el personaje ficticio aprendía todo en menos de una semana y ya estaba listo para terminar con el villano. No le parecía realista o adecuado a su realidad. Sus compañeros de colegio engullían esos libros fantasiosos, con dragones y hadas, ella no había creído nunca en esos seres mágicos falsos. Aunque algo que sí le gustaba leer, eran los finales felices.

Se preguntaba a sí misma si todos tendrían un final agradable en la vida real, no solo en las palabras de los escritores. Cuando uno termina un libro, deja de leer una historia, y el tiempo en ese lugar se para, todo se congela, pero en la vida real el tiempo no puede pararse. En los libros, los personajes se quedarán con la misma edad, reviviendo la misma historia una y otra vez. Pero todos morirán en la vida más allá de las palabras.

Fuera de las páginas todo ser vivo muere. Así que, ¿los finales felices solo ocurren en los libros porque todo se soluciona? ¿Los finales felices solo existen porque el escritor decide terminar la historia ahí? Con el paso de los años se dio cuenta de que no todo el mundo tenía su final feliz.

Su primer enamoramiento estaba bajo tierra, rodeado de plantas y un trozo de piedra encima de él con su nombre grabado. La familia de Brennan había sido ejecutada por la reina. Así que, no. No todos tienen su final feliz. Y dudaba que ella lo tuviera. Aparte, ¿qué es un final feliz? Todos mueren al final, aunque el lector deje de leer.

Entonces, suponía que un final feliz era morir sabiendo que había conseguido su objetivo, que había sido feliz, que había encontrado su sitio, la paz, aunque su vida terminara en algún momento. Suponía que un final feliz sería haber vivido una vida de la cual pudiera estar orgullosa, con sus errores y sus cagadas monumentales, pero habiendo aprendido.

Cole Shebern apareció otra vez, apartando los cuerpos de sus esbirros con el pie.

—Cada vez eres más letal, princesa.

La asesina no estaba para sus juegos, para hablar. Pero dejó que se acercara.

—Te recomiendo que pienses en mi oferta. Al fin y al cabo, yo solo quiero protegerte.

Le escupió y después le pegó un puñetazo en la cara.

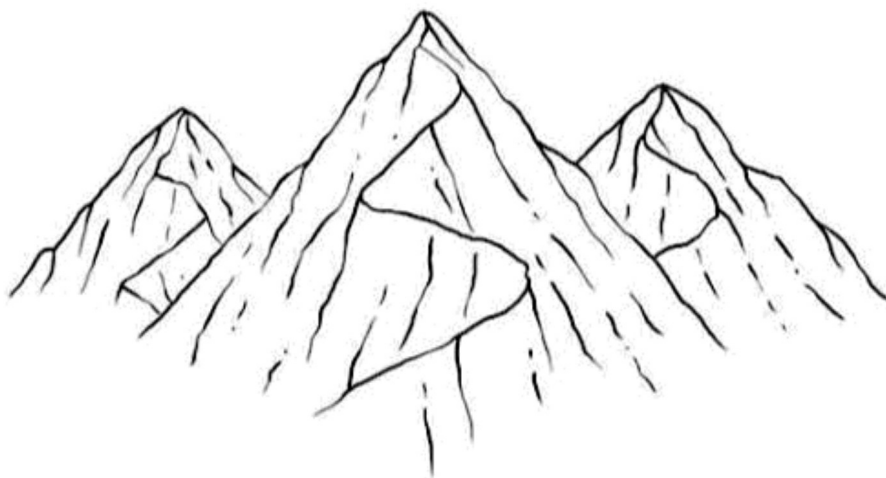
—Sinceramente espero que algún día te des cuenta de lo mal que hiciste las cosas. Nadie quiere a un mentiroso y un farsante. Hazte valer un poco.

Echó a correr, intentando pensar hacia donde podría haber ido Brennan. Sus pies se deslizaron a toda velocidad por la ciudad congelada, y vacía, por la fiesta de fin de año que había ocurrido la noche anterior. El sol parecía que iba cogiendo fuerza, aunque el frío se metía por todo su cuerpo y luchaba con su calor interior y sudor. La mochila aún seguía intacta, al menos no tenía que preocuparse por eso. Llegó al final de la ciudad, en la zona más baja, donde su compañero había vivido su infancia. Pasó la casa y miró en los alrededores, lo encontró en una caseta de madera abarrotada con varias herramientas de hierro.

Al abrir la puerta se quedaron mirando el uno al otro por unos largos y silenciosos segundos. El chico se levantó poco a poco y la miró de arriba a abajo, como si estuviera asegurándose que no tuviera ninguna herida en las zonas donde se mostraba piel.

—Estás bien. —Brennan elevó las comisuras de los labios en una sonrisa tranquila mientras habló.

—Estoy bien —La chica le afirmó.



CAPÍTULO 34

Ella estaba bien, no tenía ni un rasguño, en cambio, vio las dagas y la espada llenas de sangre. ¿A cuántos habría matado? ¿A cuántos les habría quitado la vida para que él pudiera vivir? ¿Realmente su existencia importaba tanto? Últimamente lo parecía. Quizás su existencia no fuera tan banal, quizás pudiera hacer algo para ayudar al reino. Evitar un asesinato parecía una buena misión de vida.

—Debemos irnos —le ordenó su protectora.

Salieron de la caseta donde él acostumbraba a esconderse cuando jugaba con su hermana pequeña al escondite. Durante su edad temprana, ella no lograba acordarse nunca de que ese era su sitio favorito. Cuando llegó a la adolescencia, su hermana ya lo encontraba siempre en la casita de madera. También se refugiaba entre esas estrechas paredes después de alguna discusión con su padre, o cuando las heridas aún dolían y no quería mostrarlas. Había sido su sitio seguro por mucho tiempo.

Le dolía aún un poco el puño de haber golpeado a ese chico rubio. Lo había escuchado y visto todo. No iba a dejarla sola, ella no le habría hecho eso, y al verlo tan cerca de ella, a centímetros de probar el sabor de esos labios, no pudo controlarse. Había eliminado todo pensamiento racional, no pensó en las consecuencias, y actuó por impulso. Nadie le haría daño a la chica mientras él estuviera vivo. Sabía que Daeva era capaz de protegerse sola, lo había demostrado demasiadas veces, y la admiraba, pero sus pensamientos lo habían opacado todo.

Caminaron por los callejones, inseguros, los ojos de la protectora estaban puestos en mil sitios a la vez. Entendió que estaba calculando todas las posibilidades, pero la pregunta era, ¿qué harían? Nunca podían estar seguros de si estaban solos, si aparecería alguien.

—Tenemos que marcharnos de la ciudad ya.

—Pues hay que ir a la puerta lo antes posible.

Se escondieron por los sitios más sombríos, evitando las calles más transitadas, las tiendas abiertas, recorriendo la ciudad por las zonas alejadas y vacías, tapados por telas por encima de sus cabezas. Daeva parecía alterada, pocas veces la había visto de esa forma, era distinto. Sabía

que estaban en peligro, pero era impresionante cómo incluso la chica más preparada para cualquier circunstancia aún lograba tener miedo o estar tensa.

Llegaron a la puerta. Estaban a unos pocos metros. Iban a lograr salir, escapar de posibles enemigos, iban a coger el tren. Solo debían dar unos pocos pasos y serían libres, por decirlo de alguna manera. Quizás harían otra investigación, tal vez visitar otro pueblo, salir por la noche a algún bar. ¿Volverían a bailar juntos? Toda esperanza se esfumó al ver unas capas rojas con un distintivo escudo que ya habían visto, y estas bloquearon la entrada en segundos.

Daeva se paró y caminó despacio hacia atrás. Lo miró y él abrió un poco más los ojos, esperando una orden, una idea, una respuesta. La chica seguía retrocediendo, lo agarró del brazo y sin decir nada se lo llevó de ahí. Habían bloqueado la entrada, pero no eran los esbirros de ese chico llamado Cole.

—Hay que buscar otra forma —dijo ella—. No podemos salir de la ciudad. Al menos tenemos lo necesario.

—¿Cómo puede caber todo en esa mochilita?

—Con el tiempo, uno aprende que lo que más le importa debe llevarlo encima. ¿Por qué crees que tengo tantos bolsillos?

Siguieron corriendo, sin ningún rumbo en concreto. Los seguían, no corrían a mucha velocidad pero algunos llevaban espadas del ancho de una palma entera.

—¿Estás seguro de que no hay otra forma?

—Solo hay esa maldita puerta.

—Tiene que haber algo...

—Espera. Las montañas.

Habían llegado al inicio de las rutas que habían estado haciendo estos días mientras la protectora había hecho tiempo para recibir las cartas de su cliente. Brennan le había explicado las rutas tan peligrosas de las montañas, aquellas que solo los expertos se atrevían a encarar durante el gélido invierno.

—¿Realmente te estás planteando cruzarla? Daeva. Tiene una zona de escalada y es de las rutas más largas y empinadas.

Los pasos de los hombres de la capa roja se hacían más sonoros, debían elegir.

—Podemos con ella —dijo la protectora con seguridad—. Además, la puerta está bloqueada, y nos estarán esperando. Hay que salir por esa montaña.

Brennan pensó en esa ruta, la había hecho una vez durante la primavera, y la pequeña zona de escalada había sido ya bastante complicada durante esa época, como para encima tenerla que hacer en invierno, con el viento, la nieve y el frío. Las manos se les congelarían, no podrían utilizar guantes y los pies se les cansarían. Al menos tenían los bocadillos, pero era un plan suicida. La adrenalina apareció otra vez en sus venas, una aventura, era eso. Así que, con temor a volver a sentirse una máquina que siempre hace lo mismo, miró a Daeva.

—Espero que traigas una cuerda.

Habían dejado atrás a sus perseguidores, no se atreverían a hacer la ruta y menos con el poco

conocimiento que tenían. Llevaban media hora caminando cuando la chica necesitó sentarse en una roca.

—Tiempo muerto.

—Nos quedan muchas horas por delante.

—Acabo de pelear con un montón de hombres, ¿sabes el cansancio que eso supone? En el momento estoy llena de energía, pero ahora estoy dolorida.

Brennan se mordió la lengua, no debería haber dicho nada. Ella no era ninguna máquina programada, su cuerpo también tenía un límite, se cansaba y dolía. Debía ser mediodía, el Sol empezaba a dar con fuerza, haciendo que el hielo se derritiera un poco. Aún no llegarían a la zona de escalada, pero realmente agradecería haber terminado con la ruta antes de que anocheciera. Dudaba que la chica llevara linternas.

—Dame la mochila.

Debía conseguir que no llevara tanto peso, no más que el propio suyo.

—Tú ya llevas una —La chica levantó la cabeza y entrecerró los ojos para mirarlo. Él flexionó las rodillas para llegar a su altura.

—Puedo con las dos.

—Sabes que aquí la que debería ser la mejor, soy yo, ¿verdad?

—Y eres la mejor, y la más preparada. Pero ahora debes quitarte ese peso de encima. Dámela, venga.

Daeva resopló dándose por vencida.

—Pero solo por un rato —lo señaló con el dedo y él lo apartó con un suave movimiento con la mano, tonteando. Le cogió la mochila y se la puso encima de la otra, con la capa cubriéndolas.

—Como desees —dijo mientras sus comisuras se elevaron, sonriendo estúpidamente.

Al final Brennan terminó llevando la mochila gran parte de la subida.

Si algo había aprendido con su madre y hermana, era a llevar mucho peso, ya que siempre le encasquetaban todas sus cosas en la gigante mochila, quejándose de que él tenía más fuerza y que era el mayor de los dos hijos. Nunca se negó, hacía lo que fuera para verlas contentas y facilitarles la vida, así que el peso que llevaba le recordaba a esos momentos. Escuchaba a la chica con pelo negro y blanco respirar entrecortadamente, ninguna ruta que habían hecho se parecía a esta.

—Esta montaña parece que nunca termina de subir.

—Todo lo que sube, baja.

—¿Y qué cojones tiene que ver la gravedad con esto?

El chico rio a carcajadas, poniéndose la mano en el estómago. La chica parecía irritada por la ruta, pero la curiosidad asomaba en sus ojos. ¿Realmente no se había dado cuenta de que había hecho una broma? Debería estar agotada. Tenía las mejillas rojizas, estaba adorable. Cansada, pero adorable.

—Digo que todo lo que subiremos ahora, lo tendremos que bajar. Es como una norma universal de las montañas.

—Ah —la voz débil hizo que se acercara a ella, preocupado.

—Descansemos.

Posó las manos en los hombros donde había dejado dulces besos la noche anterior.

Habría querido quedarse en ese momento por toda su vida. Con esa calma y esa ternura extendiéndose sobre su corazón agrietado que ahora estaba cubierto de vendas. Unas vendas que ella había puesto con delicadeza. Habían dicho que solo era atracción, pero, ¿por qué sentía que algo dentro de él crecía con más fuerza después de lo que habían hecho?

—¿Cuántas horas son esta ruta?

—Unas seis.

—¡¿Seis?! —Abrió los ojos como platos.

No quedaba mucho para entrar en la zona más rocosa y empinada de la grandísima montaña.

Sus respiraciones ya estaban cansadas, sus espaldas sudadas y su voz muda.

No habían hablado mientras ascendían poco a poco por la nieve. Las rodillas temblaban, deberían descansar, pero cuanto antes llegaran a Yseult, mejor.

—¿Ellos me habrían matado?

La chica paró de caminar, había estado marcando el ritmo por la última hora.

—Todos te quieren por la misma razón por la que yo lo hago. Ellos desean esta información que yo ahora poseo, lo que no saben es si yo ya la he conseguido. Seguro se preguntarán por qué aún sigues vivo.

—Claro, si tuvieras todo lo que deseas yo ya habría muerto hace tiempo —decir esas palabras le dolió más de lo que hubiese imaginado. Ahora a su mente se le hacía complicado pensar en que dentro de un tiempo indefinido ya no estaría con ella.

—Así que aún creen que no has desembuchado. Aunque tú ya me has contado mucho, y yo ya se lo he enviado a mi cliente.

—¿Quién era ese tal Cole?

—Nadie importante —empezó a caminar, evitando las preguntas.

—Me estás mintiendo, Daeva.

Ella resopló.

—¿Por qué tanto interés en saber sobre mí?

—Porque tú ya sabes mucho de mí.

—Realmente creo que estamos empatados.

—Nunca voy a saberlo todo sobre ti, ¿cierto?

—Es algo imposible, con cualquier persona. Sinceramente dudo que alguien pueda conocer a la perfección a otra, hay tantos pensamientos, tantas historias...

—¿Y cuál es tu historia con Cole?

La protectora respiró y se sentó en la roca más cercana. La copió, podrían darse un descanso y charlar. Se quitó las dos mochilas de la espalda y las abrió, sacando los bocadillos y unas cantimploras de agua. Esperó a que empezara a narrar su historia, un pequeño fragmento de esta.

Porque sentía que Daeva siempre tendría algo que contar.

—En su momento, Cole y yo tuvimos una relación, no una definitiva, nunca nos hicimos pareja, solo que teníamos encuentros sexuales consecutivamente. Con los amantes que he tenido solo era algo rápido y listo, nada más. Pero quedábamos más de lo normal, y él hacía poco que había empezado en el gremio, y yo lo ayudé. Porque creí, que quizás, eso podría ir a algo más. Porque me acordé de Lauren y su promesa.

—¿Lauren es ese chico?

—Lauren fue el primer amor que tuve, aunque yo nunca lo había aceptado —algo en sus ojos se rompió, había más oscuridad, tristeza, incluso se atrevería a decir—. Y pensé en lo que me había dicho, lo de abrirme a alguien completamente. Entonces ayudé a Cole con sus trabajos, pero terminó aprovechándose de mí de una forma u otra. Trabajábamos en equipo, pero yo estaba tan centrada en ayudarlo que no me daba cuenta de que me quitaba el mérito, decía que lo había ayudado yo, pero como personaje secundario. Cuando en verdad yo era la mente pensante y la ejecutora de muchas misiones. Así que me largué, dejé de acostarme con él y me mudé.

—Es un idiota.

—Parece que tenga un radar para éstos. —Lo miró, y él se rio, ella también se unió a las carcajadas. Brennan echaría de menos esa risa. ¿Cuánto tiempo le quedaría?

—Vamos, hay que seguir.

—¿Segura?

—Es una orden, síguela —dijo con voz tajante.

—Como desees.

Le pasó su mochila y empezaron a caminar. El camino cada vez se volvía más rocoso, pero al menos el sol aún los calentaba, no hacía tanto frío y el viento había cesado. Los pies estaban doloridos, pero necesitaban cruzar toda esa monstruosidad de roca gigante. El silencio se quedaba entre ellos, pero se escuchaban las respiraciones cansadas e irregulares.

La roca empeoró, la ruta era menos plana, más rocosa y peligrosa. La pared de escalada se posaba en sus narices unos minutos después.

Brennan había sacado la cuerda de su mochila y se la había atado a la cintura, subiría primero, enseñando a su compañera dónde debería colocar las manos para no resbalar. Mentiría si no dijera que Daeva parecía nerviosa, incluso muy cansada.

—Es solo un trozo —intentó tranquilizarla.

—Te puedes caer.

—Tú también.

Estaban al lado de una caída mortal, el espacio para caminar era casi invisible, con suerte había un metro de tierra entre la pared y el acantilado. Una mala postura, unos brazos temblorosos, y morirían.

Respiró profundamente e inició la escalada, rezando a los dioses, astros, a las estrellas y a todo el universo para que le dieran la fuerza suficiente para no resbalar, para no caer.

No quiso mirar a su protectora, pero notaba esos ojos azules verdosos observando cada centímetro de su cuerpo. Un poco más y llegarían a la cima, después todo sería descender tranquilamente. Su mano derecha no se cogió bien a la roca y resbaló, probó otro agujero y éste permitía un mejor agarre. El pie le tembló y también resbaló.

Daeva soltó un pequeño grito, como si temiera por su vida. Cerró los ojos e inspiró y exhaló por la boca. Debía relajarse. Continuó subiendo, a su ritmo, pero a la vez con rapidez, cuanto más tardara más se cansaría.

Finalmente llegó a la llanura, cayó al suelo, colapsando por el cansancio y cerró los ojos. Lo había conseguido, rio contra la nieve congelada y se levantó poco a poco, observando la preciosa escena que se le presentaba delante de sus ojos. Una niebla blanca encapotaba la ciudad y solo se veían los tejados, junto con las torres del castillo. Todo un paisaje grisáceo y blanco estaba

delante de sus narices, y era hermoso. Tiró la cuerda restante a Daeva y le pidió que se la atara bien a la cintura. Ella lo miró y vio algo parecido al miedo en su rostro. Quiso abrazarla, hacer lo que fuera para sacar ese sentimiento de su cuerpo y cabeza.

Las capas rojas se veían a lo lejos, pero tenían tiempo.

—¿Estás seguro de que no hay otra forma?

—Sé que te gustan los retos, a ver si consigues superar este.

Él también estaba preocupado por ella, nunca habían hecho una ruta tan densa y larga. Pero quiso darle algún incentivo para que lograra subir, tentarla a ver si la ayudaba a sacar fuerzas y ganas. Ella arqueó las cejas, aceptando la prueba y empezó a escalar. Seguía mirando el paisaje. Se sentó en el suelo, permitiendo que sus piernas se relajaran, su cuerpo se sentía demasiado cansado, demasiado dolorido. Se quitó la dichosa mochila de encima, sacó la cantimplora y bebió un poco de agua.

Sintió un tirón en la cintura. La cuerda volvió a relajarse. Se tranquilizó, todo iría bien, pero se levantó para observar a Daeva. Al levantarse, cayó encima de una roca, la cuerda se había tensado mucho, demasiado para lo normal. Algo se lo estaba llevando, no conseguía ver a la chica, estaba estirado en el suelo, intentando agarrarse a lo que pudiera. Sus manos rascaron la nieve, estaban congeladas, no sentía nada en los dedos. Miró los pies y vio una roca, creó un choque, y esta lo frenó de irse por el precipicio.

Daeva tenía la respiración muy entrecortada y jadeaba con complicaciones. Brennan levantó la vista y vio a la chica luchando por su vida, no estaba agarrada de la roca, iban a caer.

—¡Agárrate!

—¡No puedo!

—¡Claro que puedes! —Si se relajaba, ella caería, los dos caerían.

Sus oídos percibieron un sonido muy suave.

—¡Brennan!

La cuerda se estaba rompiendo con el roce del límite de la pared de piedra. Se maldijo a sí mismo y empezó a hacer fuerza con la cuerda, intentando subir el peso de su compañera, jadeaba cansado. Sus manos quemaban por la fricción del material, como si tuviera fuego en estas, pero consiguió levantarse, ponerse de pie para conseguir estabilidad, aunque algo lo acercaba cada vez más y más al precipicio. Volvió a caer sobre la nieve, viéndola a ella. Había logrado que llegara un poco más arriba, pero la cuerda se iba a partir en dos.

—¡Dame la mano!

—¡Estás loco!

Daeva pudo subir un poco más, pero sus manos resbalaban con el hielo. Volvió a separarse de la pared, incapaz de avanzar. La cuerda se tensaba más y más. Un ruido sonó finalmente y la cuerda se rompió, dejando a la chica en escalada libre.

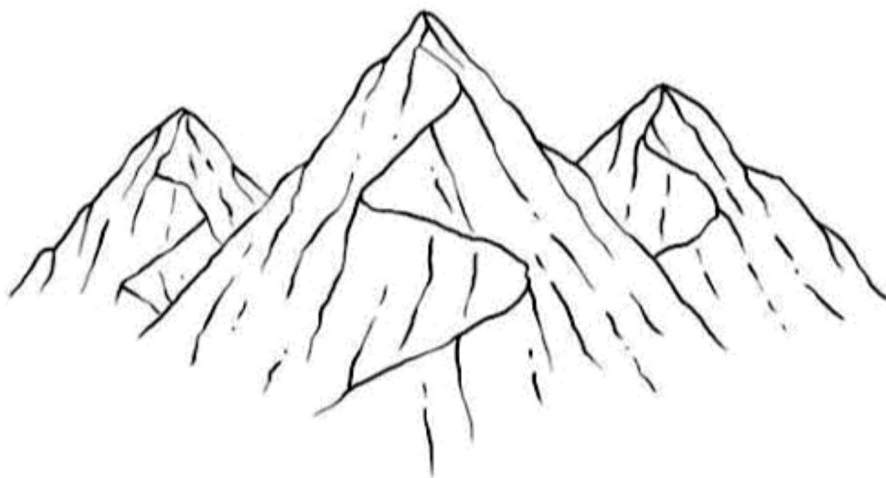
Brennan le agarró el brazo con los suyos y la aguantó mientras ella estaba a punto de caer.

No iba a dejarla ahí, no iba a soltarla. Antes moriría a hacerlo. Así que sacó las fuerzas de su interior y tiró de ella, con complicaciones y sudor. Hasta que pudo apoyar sus brazos en la llanura de arriba. La miró y vio lágrimas congeladas en las mejillas. Sus brazos agotados se despertaron al ver el miedo en esos preciosos ojos, reaccionaron y tiraron con toda la fuerza que pudo. Tiró de ella hasta que se tumbaron en la nieve entre sollozos y jadeos. Daeva temblaba, y odiaba verla así.

—¿Puedo...?

—Por favor —sollozó la famosa asesina.

Brennan la atrapó en un fuerte abrazo, rodeándola con todo su cuerpo y apretándola lo máximo a él, dejando que la chica sollozara en su pecho y se pudiera tranquilizar.



CAPÍTULO 35

Lo necesitaba. Había necesitado su contacto desde la primera hora de la mañana, pero lo había negado, y ahora estaba sollozando en ese pecho que la noche anterior había besado, oliendo la esencia de su compañero y dejando que su cuerpo temblara a su gusto, que lo soltara todo.

Todos los pensamientos que le recordaban que esto no debería estar pasando se esfumaron cuando le depositó un beso en la frente, cuando esas manos le recorrieron la espalda arriba y abajo para tranquilizarla.

Había estado a punto de morir, y creyó nunca haber sentido tal miedo, o al menos hacía mucho que no sentía esa emoción. Brennan podría haberla soltado, dejarla morir, pero ahí estaba, abrazada a él, con lágrimas de conmoción empapando sus mejillas y temblando de frío y terror.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando dejó de temblar, cuando su respiración se había tranquilizado y sus ojos ya no producían lágrimas. Pero se permitió descansar, mostrarse un poco.

¿Cuánto hacía que no lloraba?

Mucho tiempo, demasiado.

Y es que llorar no es cosa de débiles, llorar es para aquellos que han sido fuertes por mucho tiempo, y es bueno, y ayuda, aunque no lo parezca en su momento. Pero la tranquilidad que le recorría por el cuerpo después de haberlo soltado era muy satisfactoria. No dijo nada, no quiso estropearlo todo.

Pero una parte de su mente la obligaba a levantarse y a hacer como si no hubiese pasado nada, para evitar posibles preguntas. Aunque al mismo momento otra voz le decía que hablara con el chico que la había salvado, que lo besara, que acortara toda distancia entre ellos. Esa voz guiada por la atracción y el deseo. Porque solo era eso, ¿no?

Deseo.

Ya está.

Fue él quien se separó, como si se hubiese dado cuenta demasiado tarde de lo que estaba haciendo, como si supiera que lo apartaría siempre a la primera y quisiera evitarse el rechazo. Se

incorporaron, quedando sentados con las piernas cruzadas. Apartó la mirada cuando sus ojos se encontraron. El silencio se acomodó entre ellos, esta vez sí había algo distinto, ya no era tan tranquilo, tan calmado, había nerviosismo.

—Eres un idiota —soltó, mirando el hermoso y letal paisaje—. Podrías haberme soltado, dejarme morir y escapar.

—Tú misma me dijiste, a tu manera, que me convenía que solo tú me tuvieras bajo control. Que los otros no serían tan benevolentes.

—Yo no soy benevolente.

—Me dejaste dormir en el sofá, me ayudaste a abrir el cajón de mi pasado —respiró—. No eres el monstruo que seguramente piensas que eres.

—Es que tú eres diferente.

—¿Porque quería morir?

No quiso responder, no quería decir algo que pudiese interpretarse de otra manera. Así que se levantó y empezó a descender la montaña. Los pasos de su compañero hacían de banda sonora mientras, a un ritmo pausado, los pies estaban concentrados en bajar la empinada montaña. Deseó que el descenso fuera menos complicado que la subida. Deseó una cama cómoda, y una ducha de agua caliente.

No habló durante el camino, su mente se perdió por los confines más oscuros y alejados de su imaginación, creando escenas ficticias, evitando pensar en el presente, o preguntarse cuándo le enviaría Sahil una dichosa carta. Su cerebro vagó por una escena muy detallada de ella en la ducha, desnuda, con el agua ardiente calentando y relajando su cuerpo. Con un champú con olor a flores y a chocolate, quitándose el sudor con una suave esponja y sin ninguna herida en su piel. Parecía una escena demasiado irreal, porque al fin y al cabo lo era.

Pero algo distinto entró en esa escena, algo que su mente no pudo evitar imaginar. Alguien había entrado en la ducha, un cuerpo que había visto recientemente. El chico de pelo y ojos marrones la besó tiernamente en los labios y enredó las manos en su pelo, ayudándola a lavarlo. Sus cuerpos se habían acercado mucho, sentía su zona más sensible rozando la de él.

El agua seguía cayendo y los besos eran mojados y dulces, abrió los ojos para ver, segundos después, a Brennan colocándola con fuerza y deseo contra la fría pared azul embaldosada, mientras sus cuerpos chocaban y se buscaban, intentando llenar la necesidad. Cuando le tocó un pecho, Daeva se obligó a volver a la realidad y concentrarse en el camino que se encontraba delante de ella. ¿A qué había venido eso? Maldijo a su mente sucia y pervertida por haber pensado tal cosa y caminó más rápido, queriendo llegar lo antes posible a Yseult y pedir dos habitaciones.

Unas horas después, los tejados de dicha ciudad ya se veían con facilidad. Sonrió, lo habían conseguido, lo habían logrado juntos. Una parte de su interior se emocionó tanto que provocó que sus piernas empezaran a correr por la adrenalina que se almacenaba en su cuerpo cansado, y Brennan soltó un grito pidiendo que lo esperara, pero hizo caso omiso, porque necesitaba correr, soltar aire y quedar tan cansada que su cabeza no pudiera pensar en nada al llegar a una cama. Así que dejó que sus pies la guiaran, que el viento gélido se colara por su nuca, que su pelo se moviera y enredara. Perdió la voz de su compañero entre las montañas, saltaba de piedra en piedra, se sentía libre, como si gobernara ese mundo perdido, un mundo tan perdido como ella.

Corrió tanto que terminó apoyada en una gigantesca piedra donde la ruta iniciaba, dejando su mochila ahí. Un cartel de madera le daba la bienvenida al pueblo de Yseult, y de la emoción

empezó a saltar con toda su energía, riendo y dejando que todo abandonara su cuerpo. Brennan apareció segundos después, casi sin aire y se la quedó mirando mientras se quitaba la mochila de su espalda. Daeva no pensó, se abalanzó sobre él, abrazándolo con un montón de fuerza, saltando y cruzando las piernas por encima de su cintura. El chico de pelo marrón se desestabilizó y cayó al suelo, encima de la nieve. No pudo evitar que las carcajadas salieran descontroladamente de su garganta. Los ojos confundidos de Brennan empezaron a entrecerrarse a la vez que esa sonrisa tan bonita que tenía aparecía en sus facciones, incluso sus hoyuelos aparecieron a cada lado de su cara. Quiso besar sus labios, quiso ser la provocadora de esa expresión en su cara.

—¡Lo hemos conseguido!

Lo abrazó aún más, juntándose lo máximo posible a él, impregnándose de su olor, y su calor. No pensaba, no estaba siendo racional. Pero lo besó entre sonrisas. Depositó un rápido beso en esos magníficos labios. Cometió un error, lo sabía, y su cerebro enviaba órdenes a su boca, pero esta desobedecía. Lo miró después de ese corto beso y quiso levantarse y separarse, volver a poner distancia, pero no pudo. Así que lo besó, y la correspondió desde el primer instante.

«Detente», su cerebro dijo.

«No quiero», luchó contra sus pensamientos.

«No desmontes los muros».

«Vete a la mierda».

Su lengua entró fácilmente, ella se lo permitió. Lo cogió por la mandíbula con las dos manos y dejó que le tocara la espalda y la acercara más, como si nunca fuera suficiente. Su respiración se aceleró y sus mejillas se sonrojaron. La mano de Brennan pasó por su pelo bicolor, y notó como sonreía. Daeva no pudo evitar hacerlo también. ¿Qué estaba pasando? Parecía idiota. Pero esos labios... La sensación... Todo él.

Sentía que podía contarle cualquier cosa y que la apoyaría en todo. ¿Por qué?

El beso no era apasionado, era dulce, tranquilo y feliz.

¿Era feliz?

«Para, Daeva», el cerebro pidió.

«Déjame un rato más», le susurró a su conciencia. Brennan se incorporó y ella se quedó sentada encima de él. El chico se separó un instante, juntando sus frentes y volvió a sonreír. Esos dientes que no eran perfectamente blancos, que no estaban colocados totalmente rectos, porque no era una sonrisa lo que se diría perfecta, pero él lo era. Daeva creyó ver cómo iba a decir algo, pero no quería oírlo, así que lo besó otra vez, presionando sus labios por unos largos segundos. No quería dejar de hacerlo.

«Vas a tener que matarlo».

Sus labios dejaron de moverse, se volvieron firmes. Se levantó.

—Esto no tendría que haber pasado.

Y pudo ver algo parecido al dolor en esos ojos marrones, y se odiaba a sí misma por crear esa sensación en el corazón roto del chico. Inició la marcha, dejándolo en el suelo. Un nudo se le formó en la garganta. ¿Por qué siempre se echaba atrás? ¿Por qué tenía que pensar racionalmente? Sintió como si unas lágrimas quisieran salir a la luz. ¿Por qué esto? ¿Por qué? ¿Por qué, joder? Supo que la seguía, pero no podía ni mirarlo a la cara. Así que vagó por las calles, con pasos que falseaban decisión y confianza.

Necesitaba pensar, necesitaba alejarse, construir más capas de piedra, granito, hielo, lo que fuera. No podía entrar, nadie debería hacerlo. Tenía que encerrarse, nunca le había sido

complicado. ¿Por qué ahora lo encontraba tan difícil?

No entendía nada.

No existía ninguna palabra que pudiese explicar lo que pasaba por su mente, la cual estaba vacía pero a la vez su pecho residía lleno de algo inefable. No conseguía descifrarlo. Brennan seguía a la protectora, a la amante. No, no eran amantes. Pero tampoco compañeros. ¿Qué pasaba?

Repasó si había hecho algo mal, si había puesto la mano en algún lugar indebido, pero no parecía nada de eso. ¿Qué le pasaba a ella? Durante ese interminable rato en el que hicieron vueltas por Yseult, sin ningún rumbo, deseó poder leer mentes para meterse en la de ella y comprenderla.

Finalmente pararon delante de una puerta con relieves dibujados, eran dibujos de cervezas y caras sonrientes. Entraron y pudo ver que se trataba de un hostel, una mujer los recibió detrás de un pequeño mostrador.

—Bienvenidos jóvenes, ¿en qué puedo ayudaros? — preguntó la mujer con pelo rubio, le llegaba por los hombros y era muy rizado, las arrugas empezaban a formarse en su piel. No era ni muy joven ni muy vieja.

—Nos preguntábamos si tendrías dos habitaciones.

Dos, no una. Ese detalle no se le escapó a Brennan.

Iban a dormir separados, por primera vez después de casi dos semanas. No supo cómo sentirse al respecto. La mujer les entregó dos llaves doradas y les indicó en qué planta encontrarían los aposentos. Caminaron en silencio, con los pies cansados. No se había dado cuenta de lo reventado que se sentía, todo le dolía. Daeva se paró delante de una puerta y se giró para mirarlo, aunque no logró descifrar su cara porque no vio nada, ni un rastro de sentimiento. Entonces entendió que las barreras estaban otra vez intactas. Miró la puerta delante de él y vio que era la que le había asignado la mujer. Sus habitaciones estaban enfrentadas, a menos de un metro de distancia.

¿Sería un metro suficiente para separarlos?

¿Un metro lograría que dejaran esa atracción a un lado y pasaran página?

Un metro parece una tontería hasta que sientes que es demasiado. Estaba a un metro de ella. Tardaría un segundo en recorrerlo para volver a unir sus labios, un segundo y podrían estar besándose, un segundo y haría lo que fuera para complacerla, para oírla gemir, para verla moverse encima de él.

Un segundo.

Un metro.

Un pasadizo.

Una estupidez. Era una estupidez porque ella misma lo había dicho en otras palabras. Era un idiota por pensar que algo podría ocurrir. Además, iba a morir, quizás no tenía sentido empezar a vivir, pero lo estaba haciendo por su madre y hermana. Aprovechar el tiempo que ellas no pudieron tener.

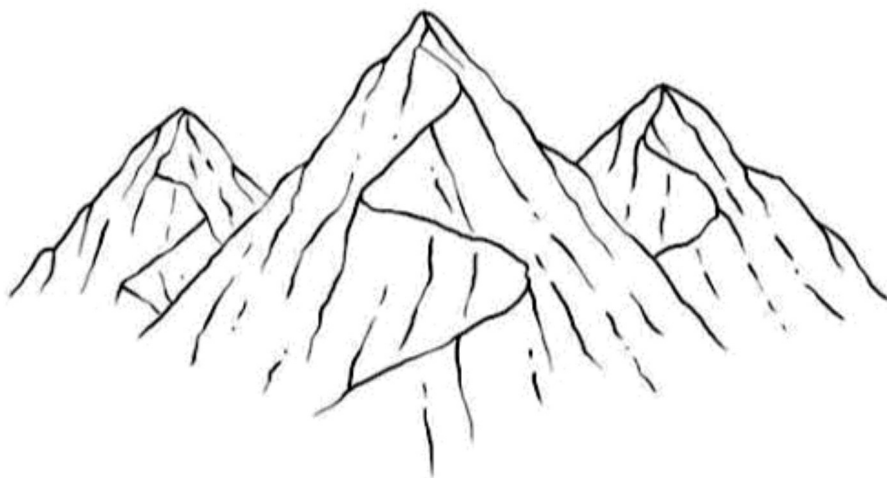
Caos. Todo en su mente era un caos.

La chica parpadeó y abrió su puerta, haciendo que segundos después desapareciera tras esta, y se quedara solo en el pasillo. Abrió la puerta que le correspondía a él y entró en la habitación.

No quería pensar. Lo hacía mucho últimamente, más de lo establecido. Pero su mente estaba ocupada, por Daeva, solo por ella, y a veces por la idea de morir en poco tiempo. Ya no sabía ni cómo se sentía respecto a la muerte. Morir significaba dejar de estar a su lado, pero a la vez era una liberación, supuso.

Caos. Todo caos.

Cajones abiertos y destrozados, sin organizadores, todo mezclado. Su cabeza era un despacho lleno de cajones esparcidos por la sala y papeles por el suelo, y no sabía por dónde empezar a ordenar.



CAPÍTULO 36

La habitación era demasiado silenciosa, demasiado espaciosa para solo ella. Se había duchado, cambiado de ropa y quitado algunas cosas de la mochila. Y ya no sabía qué hacer. No estaba para hablar, o para jugar a cartas, un entretenimiento que habían ido utilizando durante esos días eternos en Brumous. Se tumbó en la cama demasiado grande. Siempre había agradecido sus momentos de soledad, pero llevaba mucho tiempo orbitando alrededor del chico de pelo castaño.

Consiguió dormir un rato, y al despertarse notó que todo su cuerpo estaba acurrucado en la zona derecha de la cama, dejando todo lo demás libre. ¿Tanto se había acostumbrado a dormir en esa zona, que su cuerpo ya dejaba espacio para Brennan? Se levantó, enfadada consigo misma. Hizo vueltas sin parar por encima de la madera que no crujía. El espejo en la pared de delante de ella mostraba su reflejo perfectamente limpio. Se acercó, buscando respuestas.

—¿A ti qué cojones te pasa?

El reflejo no movió la boca para responder. Quería hablar con su conciencia, con sus dos partes, la que se dejaba llevar por lo racional y lo sentimental.

—Sabes que teníamos que hacerlo.

Una voz más pausada salió de su garganta. Necesitaba verbalizarlo para organizar sus ideas. Y parecería una loca, pero nadie lo escucharía. Necesitaba hablar con su mente, y mirarse al espejo era una forma de hacerlo.

—Primero la cago acostándome con él. Y ahora lo beso porque sí. ¿Se puede saber por qué lo hago?

—Creo que sabes la respuesta —respondía su mente.

—Eso es mentira.

—Darcy...

—No, no quiero hablar con ella. Quiero hablar con Daeva, no la metas a ella en esto. No le incumbe. Solo... Joder. Soy estúpida —rió y una lágrima salió—. ¿En qué estaba pensando?

Mírame, míranos.

—Ya lo hago.

—Él no... No. Sería de idiota.

—Eres muy dura contigo misma.

—Una asesina no debería ser benevolente, no se debería dejar llevar por inútiles sentimientos como ese. Debo matarlo, en cualquier momento recibiré la carta de Sahil. Nunca se sabe. No tiene sentido intentarlo. Por los astros... Soy yo la idiota. ¿En qué cojones pensaba? Lo voy a destruir todo. No debería estar haciendo esto. Soy un desastre.

—No lo eres.

—¡Cállate! ¡¿Acaso no me ves?! No puedo salvar a nadie, no sé ni por qué empecé a preocuparme por Bren, ni tampoco sé por qué siento esa atracción hacia él. ¿Es porque quiero salvarlo? ¿Es porque me da pena que quiera morir? ¿Es eso? Soy un caos.

El reflejo no paraba de copiarla, hacía lo mismo que ella, hablaba de la misma forma, pero dos partes de ella se encontraban en ese espejo dorado y perfectamente limpio.

—Mírame, míranos. Haciéndome el lío a él y a mí. Seguro ahora estará odiándome por no darle explicaciones porque siempre me cierro. Dime. ¿Por qué estos muros no se rompen de una vez?

—Daeva...

El reflejo lloraba, ella sollozaba.

—Sé que lo hago para protegerme, pero, me duele tanto sentirme tan encarcelada.

—Estás diciendo cosas sin sentido.

—Ahora mismo nada tiene sentido. Seguro ni lo que digo tiene coherencia, que las palabras me salen solas, que cualquiera persona que me escuchara pensaría que estoy loca. Sé que se lo prometí a Lauren, pero me da tanto miedo.

Era eso, no era autocontrol, no era una capa de hielo impenetrable, era el miedo lo que la hacía construir piedra por piedra ese muro. Era el miedo lo que la bloqueaba, lo que no la permitía abrirse con nadie más que con ella misma. Estaba aterrorizada. Aterrorizada de que si dejaba que alguien viera más allá, se asustara y se fuera. Que se abriera para después ver a los demás alejarse. Era miedo al rechazo, y no lo había sabido hasta entonces. Si se abría a cualquier persona esta podría irse, y quería ahorrarse ese dolor, porque si ya lo había sentido con Lauren (alguien que tampoco había logrado entrar tanto), no se podía imaginar lo que podría llegar a sentir al perder a alguien del todo.

Pero ese pensamiento también chocaba con algo que la atormentaba. La pregunta de por qué alguien querría entrar. Si ni sus padres la habían querido y la habían abandonado, cómo alguien podría amarla cuando su propia familia la había rechazado.

Siempre se había dicho que no le importaba, pero realmente lo hacía. Se supone que el amor de la familia es incondicional, lo había visto en las casas donde la habían acogido por un tiempo. Los padres se amaban, y jugaban con sus hijos, los cansaban a abrazos y besos. Pero no lo recibía, al menos no de la misma forma. El pueblo la había acogido como una más y siempre estaría agradecida. Muchos la querían y le mostraban su amor, pero siempre hasta cierto límite. Nadie la podría querer de la misma forma que una madre o un padre. Por eso, la idea de que alguien la pudiera amar, se le hacía imposible.

Nunca creía a Brennan cuando le decía que no se iría, siempre se había dado el beneficio de la duda. Porque si ni sus padres se quedaron, cómo lo haría un rehén. Con el tiempo, Daeva aprendería sobre sus traumas de abandono, solo que en ese momento no era consciente de todo lo que su mente evitaba que pensara.

Cogió el espejo, cansada de estar encerrada, agotada de hablar consigo misma y lo tiró al suelo, evitando aceptar lo que se temía. Éste se rompió añicos, esparciéndose por toda la habitación en pequeños fragmentos. Después compraría otro igual y lo colocaría para no molestar a la dulce mujer que los había atendido.

Alguien tocó la puerta.

¿Brennan?

Se emocionó más de lo que debería y fue corriendo a girar el pomo de la puerta. Una mano le cubrió la boca y se oyó un portazo. Se quedaba sin respiración. Mordió la mano a Cole Shebern y este soltó un quejido de dolor y la liberó.

—Tú...

Se fue hasta la mesita de noche y cogió una daga.

—Espe...

Le propinó un puñetazo en toda la cara.

—¡Eres un capullo! —volvió a golpearlo, toda la rabia que tenía dentro salía de repente—. ¡Encima te presentas aquí! ¡Cabrón! —le dio en sus partes con la rodilla, Cole cayó al suelo y se retorció.

Quiso clavarle la daga en el cuello, quitarle las tripas y venderlas en el mercado negro, dar su cuerpo a los cerdos para que lo comieran. Iba a cortarle las piernas, los brazos, dedo a dedo. Iba a hacer que se arrepintiera de haber venido.

—¡Vengo solo!

Gritó el chico en el suelo y ella se controló, bajando la daga. Se puso de cuclillas y lo agarró del cuello de su chaqueta.

—Eres. Un. Mierdas. —le susurró con rabia y le rompió la nariz. Se separó y caminó hacia la puerta, poniendo el pestillo y cerrando la ventana a la vez que corría las cortinas. Encendió la luz y esperó a que dijese algo.

—He venido a advertirte —se pasó la mano por la nariz ensangrentada.

—No necesito de tu ayuda.

—¿Estás segura?

Odiaba que la cuestionaran. Tensó la mandíbula y se volvió a acercar.

—Olvídate de llevarte al muchacho. Es mío. Es mi trabajo. No me vas a quitar más méritos.

—Debes matarlo.

—No te obedezco.

—Debes hacerlo Daeva.

Cansada de que Cole hablara lanzó la daga contra la puerta y esta se clavó en la madera robusta, obligándole a que callara.

—La próxima va hacia ti —amenazó.

Daeva Maude realmente podía provocar que hasta cualquier humano sintiera miedo, que quisiera esconderse bajo cualquier mueble y desear desaparecer antes que probar su furia.

—Van a venir más.

—¿Acaso crees que no sé que cada día que pasa los rumores se van extendiendo?

—Debes tener cuidado.

—Sé cuidarme sola —sacó la daga de la puerta.

—Supongo que no serías tan idiota de mantenerlo con vida después de saber la información —se sentó en la silla del escritorio—. Así que el chaval es duro de roer por lo que veo.

Dejó que creyera eso, dejó que pensara que no sabía nada, pero tampoco se lo confirmó. Miró la daga de la libélula y acarició la hoja afilada.

Si Brennan quería morir, si alguien conseguía quitárselo de las manos, él no hablaría, porque esperaría la muerte. Y él no dejaría escapar esa oportunidad, por lo que ella sabía.

—Lo mataré cuando mi cliente me lo pida.

—Sé que mataste a todos mis esbirros.

—Tampoco es que fueran muy inteligentes.

—Lo sé. Y también sé que eres muy lista y calculadora. Que no se te escapa ni una, pero me veo con la necesidad de advertirte de algo.

Lo miró finalmente, el pelo rubio caía por su frente y estaba despeinado.

—Mi cliente quiere que te tenga vigilada.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque sé que fui un idiota en el pasado —Cole miró al suelo—. Y sé que no lo puedo cambiar, pero siento que te debo —se levantó—. Me abriste los ojos Daeva, y he cambiado.

—Hace menos de veinticuatro horas me demostrabas todo lo contrario.

—A mí también me vigilan, princesa.

Puso los ojos en blanco al escuchar el apelativo cariñoso.

—No me importa que me lo digas. Las palabras no importan si las acciones no las acompañan.

—Te lo demostraré, algún día. Pero, debes matarlo, cuando tengas la dichosa información.

—Sabes que eres un cabrón, ¿verdad? Y que a la próxima no dudaré en clavarte mi preciosa daga en el esófago.

El chico sonrió, quitó el pestillo de la habitación y a los dos segundos estaba fuera. Esperó otros más a asegurarse que no había nadie en el pasillo y ella salió corriendo a la puerta de delante para comprobar que Brennan estaba bien. Picó la puerta y en escasos momentos el chico la abrió con solo una toalla tapando la parte inferior de su cuerpo. Daeva se obligó a mirarle a la cara, parecía confuso, ella también lo estaba. Pero no tenía ni un rasguño, realmente Cole había venido solo. Su compañero frunció el ceño esperando a que dijese algo.

—¿Unas cartas? —arqueó la ceja, deseando que no sospechara. La miró de arriba a abajo. ¿Qué estaría pensando?

—Entra y me pongo algo.

Se pasaron todo lo que quedaba de tarde jugando a cartas, hablando y explicando alguna que otra anécdota. Brennan solo consiguió ganar a Daeva una vez a las cartas, quizás porque quería que ella ganara o porque su cabeza no paraba de dar vueltas sobre todo lo que había ocurrido en las últimas horas. Demasiadas cosas que entender, muchas preguntas y cabos sueltos.

—Y... Vuelvo a ganar.

La protectora mostró las cartas con una sonrisa orgullosa.

—O sea, que aparte de ser la asesina más preparada del gremio, una excelente bailarina y una increíble amante... Se te dan bien las cartas —deseó que la parte del sexo no la incomodara, le había salido completamente solo.

Ella rio y se pasó la mano por la cara.

—Se podría decir que sí. Aunque lo de excelente bailarina lo dudaría.

—Por favor. No me seas humilde, en nada aprendiste los pasos. A cualquier persona le habría costado más de una lección llegar a tu nivel.

—Supongo que aprendo rápido.

—Eres impresionante.

No lo podía negar, realmente Daeva Maude era increíble, una persona extraordinaria, una mente inteligente junto con una belleza que la complementaba. Una vez la chica le contó que realmente no era tan bonita como los demás creían, solo que sabía aprovechar sus pocas curvas y que su personalidad era lo que principalmente atraía a los hombres. Brennan lo dudó, porque para él, ella era una obra de arte. Pero supuso que esa sería solo su opinión.

—Estoy cansada, creo que me voy a dormir.

—Deberíamos reposar, tienes razón.

A continuación, todo se empapó de confusión y tensión. Iban a dormir separados y no sabían cómo actuar. Darse la mano era demasiado formal, un abrazo quizás estaría bien y un beso sería pasarse.

—Pues, mejor me voy.

—Claro, claro —dijo Brennan.

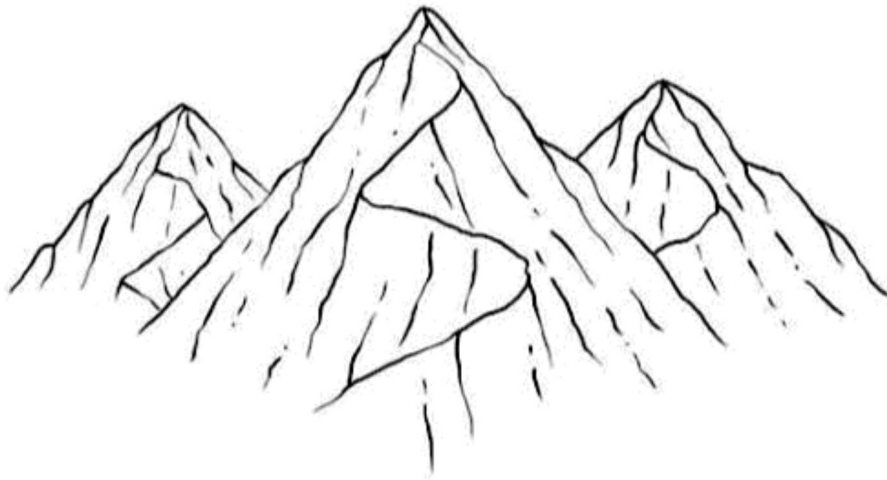
¿Y si le decía de quedarse?

—Se me hará raro dormir solo.

La chica se paró antes de salir de la habitación y lo miró por encima del hombro.

—A mí también.

No le dio tiempo a responder, Daeva se esfumó a toda velocidad de la estancia, y se quedó solo. Intentó acomodarse en la cama, aprovechar el espacio, pero no lo logró. Su cuerpo tendía a moverse y a colocarse en la parte izquierda del somier. ¿Qué haría ahora?

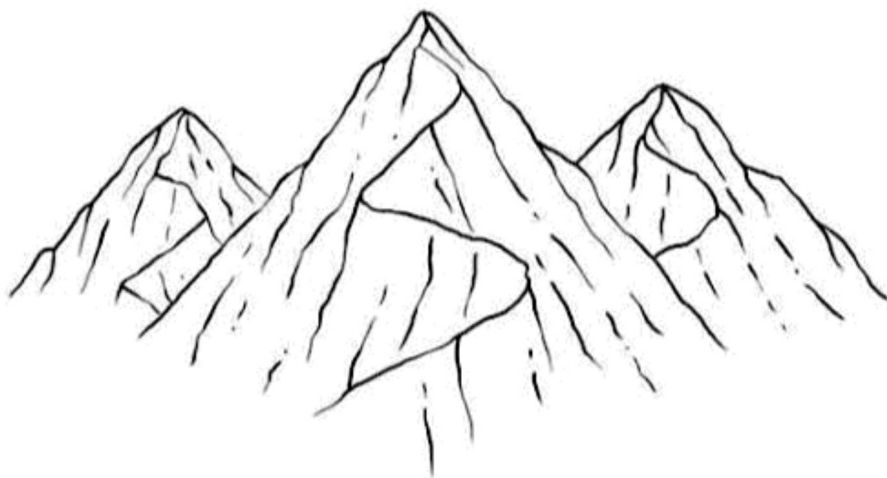


CAPÍTULO 37

El insomnio se apoderó durante bastantes horas de los amantes, quienes dormían uno en cada habitación deseando que el otro tocara la puerta y entrara, que alguno de los dos diera el paso. Pero a su vez deseando que no lo hicieran. Porque ese encuentro solo había sido por una noche, eso habían acordado. Aunque ninguno de los dos logró borrar las imágenes de su mente, la sensación y la excitación.

Preguntándose a ellos mismos en qué debería estar pensando el otro, no pudieron evitar que los recuerdos los asaltaran de improviso, tampoco que sus manos se metieran entre sus ropas e intentaran encontrar algo que los distrajera, que los calmara.

Y así, cada uno en sus respectivos aposentos, recordaron lo que tanto anhelaban que volviera a pasar.



CAPÍTULO 38

El traqueteo del tren empezaba a no ser tan molesto. Llevaban ya unos diez minutos, los árboles que los rodeaban se difuminaban con el suelo y no se veía nada con claridad, la velocidad hacía que el exterior pareciera una pintura un tanto abstracta, todo manchas y colores sin ninguna forma del todo concreta.

Casi lo habían perdido, Brennan se había quedado dormido, se había pasado toda la noche en vela, preguntándose si sería buena idea ir a la habitación de la conocida asesina. Pero al final se detuvo a sí mismo, y con el paso de las horas consiguió caer en un sueño muy ligero. Se levantó por los porrazos en la puerta, y durante una milésima de segundo pensó en que era el hombre del bar que iba a pedirle el dinero de la noche anterior. El recuerdo de una vida que ya no le pertenecía lo había golpeado con fuerza, pero cuando se había vestido con rapidez y había empezado a buscar las monedas, se dio cuenta de que esa no era su habitación, de que el escritorio estaba limpio y vacío y de que ya no vivía en esa ciudad que lo había llevado a la monotonía, que lo había ido matando poco a poco, absorbiendo toda la poca energía que albergaba.

Así que abrió la puerta con el pelo despeinado y vio a Daeva perfectamente lista para irse. Con cada mechón de su pelo colocado a la perfección, sus ojos despiertos y su capa puesta. Pidió perdón y corrió a terminar de alistarse, la chica se había quedado apoyada en la puerta, observándolo y él estuvo todo el rato notando esos preciosos ojos analizándolo.

Tuvieron que correr por toda la calle, yendo de un lado para otro, lograron no resbalar por la nieve y subir al tren con las respiraciones lejos de ser controladas. Habían ocupado los primeros asientos que encontraron y se dejaron descansar por unos minutos.

—¿A dónde vamos?

—Tenemos que alejarnos lo máximo posible de Brumous. Iremos a la frontera entre Ramé y Morana, ahí intentaré hablar con mi cliente.

—¿Lo conoceré?

—No es buena idea.

Se quedaron en silencio y esos diez minutos transcurrieron en paz.

—Creo que me voy al baño, no me ha dado tiempo.

Se levantó y caminó en dirección a los inodoros, abrió y cerró la puerta con el pestillo, bajándose el pantalón y observando el pequeño compartimento. ¿A cuántas horas estaban de la frontera? ¿Saldría del reino por primera vez? Alguien picó la puerta. Brennan chilló que estaba ocupado, pero el pasajero continuaba insistiendo. Terminó lo antes posible y abrió la puerta deseando saber quién cojones no le dejaba mear tranquilo.

—Mira a quién tenemos aquí.

Un chico sonrió malvadamente. No le gustaba esto, no le gustaba ni un pelo. ¿Qué hacía él aquí? Creía que se había ido de Morana, es lo que habían hablado hace unos años.

—¿Qué...?

El chico pelinegro le pegó un puñetazo en la mandíbula, y cuando se estaba preparando para dar otro, Brennan solo pensó en correr. Así que, como pudo, salió disparado de la zona, corrió por en medio del vagón donde sabía que Daeva estaba. Vio que tenía la capucha cubriendo su cabeza. Mal, todo mal, no lo vería. Continuó corriendo mientras algunas personas levantaron la cabeza al escuchar tal alboroto.

Su enemigo caminaba con rapidez y decisión, con ganas de partirle los huesos, y ese pensamiento congeló la sangre del rehén. Corría entre los asientos acolchados, la madera sonaba e incluso notaba el vagón moverse irregularmente. Vio una salida de incendios que daba hacia arriba, y no se cuestionó ni por un segundo seguir adelante, llegaría un punto en el que no habría más vagones. Brennan, quien sentía miedo en esos momentos, quien sentía la necesidad de salvarse, subió las escaleras metálicas y terminó en el techo del tren. El viento lo empujaba y le costaba mantenerse de pie, pero se concentró en que las piernas no le fallaran. Corrió en dirección contraria a la del tren, volviendo hacia atrás.

Estaba encima del vagón donde Daeva residía sentada, la pequeña claraboya incrustada en la madera le ofrecía esa visión superior. Golpeó el cristal repetidas veces, rezándole a los dioses que por favor la chica mirase hacia arriba. Lo hizo. Se miraron y ella entendió que algo no iba bien, segundos después desapareció. Se giró al escuchar a su enemigo subir al techo.

—Te voy a matar Hinsén.

La furia y la venganza estaban marcadas en la cara del chico pelinegro llamado Pearson.

—Pues ponte a la cola —bromeó.

—Me voy a vengar de todas las veces que nunca saliste herido de esas mierdas en las que los dos estábamos metidos. Desearás no haber nacido.

—No es mi culpa que fuerais idiotas y no supierais manteneros en las sombras.

—Ahora me vas a decir que no hiciste nada.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que fui más inteligente.

La rabia se notaba en su boca, mostraba los dientes, como si fuera a utilizarlos, como si fuera a morderle y a quitarle pedazos de su cuerpo con estos.

—Me encantará matarte chaval.

—No quieres hacer esto, créeme —entrecerró los ojos mientras se le advertía.

—¡Chicos! Preparaos.

Dos chicos más aparecieron detrás de él. Brennan quiso dar un paso atrás, salir corriendo, pero sabía que todo saldría bien. Si alguien lo mataba, no iba a ser Pearson. Sino la chica que estaba

escondida detrás de esos hombres, esperando en la escalera.

—De acuerdo, tú lo has querido —se encogió de hombros y puso las manos en los bolsillos de su pantalón—. ¡Daeva!

Sus enemigos se miraron entre ellos.

—Lista.

La chica apareció en dos segundos y los hombres se giraron. Antes de empezar a luchar, lo miró y le guiñó el ojo. Brennan comenzó a correr hacia Pearson e iniciaron un combate cuerpo a cuerpo.

El tren iba a toda velocidad. Se escuchó el sonido del metal incrustado en algún cuerpo, y jadeos en el aire por el cansancio. La protectora había atravesado su espada por todo el cuerpo de uno de sus antiguos compañeros de mercancías.

Y mientras que ella luchaba contra el otro hombre, Pearson batallaba contra él, su enemigo estaba guiado por la rabia y la furia, pero aun así clavaba los puñetazos en sus sitios más débiles, aunque igualmente el chico de pelo castaño seguía dándole un golpe tras otro a su contrincante.

Sabía que Daeva ya había terminado con los demás cuando saltó encima del chico pelinegro y lo cogió del pelo, tirando de él para desestabilizarlo y hacerlo caer contra la madera del vagón.

—¿Así que eres tan debilucho que tienes que buscarte a una chica para que te proteja?

La conocida asesina tensó la mandíbula.

—Tranquilo, Hinsen, no soy el único que vendrá a por ti. Hay más conmigo.

¿Cuántos más habría en ese tren?

La protectora se separó del hombre y lo apuntó con una de sus dagas.

—No te preocupes, yo me encargaré de él.

—¿Y quién se supone que eres tú, preciosa?

—Mejor que no lo sepas —le propinó un zapatazo en la cara y éste gimió de dolor.

Empezaron a correr, sabiendo que su enemigo no lograría levantarse por un rato, entraron en el vagón y cogieron las mochilas.

—¿Qué hacemos?

—Sígueme —le ordenó la chica.

Cruzaron el vagón y terminaron delante de una puerta. Daeva la abrió y el viento les impactó en la cara, la velocidad había disminuido un poco, pero no sabían cuánto quedaría hasta la próxima parada. Si se bajaban en la siguiente, entonces los demás también lo harían, así que debían salir de inmediato y no dejar ninguna pista de hacia dónde se dirigían.

—A la de tres saltamos.

—¡¿Qué?!

Ella puso los ojos en blanco.

—Es sencillo, salta y haz la croqueta o una voltereta, no dolerá tanto como parece.

—Esto es de locos.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—No me cuestiones —lo advirtió con el dedo y se calló lo que iba a decir.

Así que asintió con la cabeza y se quedó mirando la nieve, esta podría amortiguar la caída y la mochila también podría ayudar. Deseó que doliera menos de lo que se imaginaba. Realmente iba

a saltar de un tren en marcha.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no la escuchó contar hasta tres, pero la mano de ella lo arrastró hacia fuera del vagón en movimiento. Soltó un grito ante la sorpresa y chocó contra la nieve fría y profunda. El tren continuaba avanzando y unos segundos después ya no se escuchaba el ruido de las ruedas contra las vías. Brennan se incorporó con los ojos abiertos, aún sin ser consciente de lo que acababa de pasar.

—¿Cuántas más veces iba a jugar con la muerte?

—No hagas esa cara, por los astros.

—Ay perdone usted, ¿es que acaso no es la primera vez que se tira de un puto tren?!

En vez de enfadarse por haber chillado, la chica ocultó una risa, prensando los labios para evitar sonreír y se levantó con una sonrisilla asomando en su cara. Daeva le ofreció la mano para ayudarlo a ponerse de pie, una mano que aceptó, pero Brennan tenía otra idea mejor para devolverle el susto. Así que tiró de ella para que cayera encima de él.

—¡Eh! —se quejó, intentando deshacerse de los brazos que la rodeaban.

Las risas ahogadas provenían de ellos dos.

—No te vas a escapar de aquí —rodaron por el suelo—. Podríamos haber muerto. ¿Estás bien?— la miró, asegurándose de que no tuviera ni un rasguño.

—¿Y esa idea te aterriza?

Lo había hecho por unos segundos, y una incertidumbre lo consumió mentalmente, ¿ahora le temía a la muerte?

—Y sí, estoy bien. Aunque la sensación ha sido extraña, pero bueno, siempre hay una primera vez para todo —Finalmente se levantaron y empezaron a caminar por la nieve que se hundía bajo sus pies—. Me voy a hartar de esta maldita nieve.

—Una vez te acostumbras no está tan mal.

Se miraron e intercambiaron una rápida sonrisa. Caminaron en silencio, haciendo descansos hasta llegar al pueblo más cercano que encontraron. Al llegar a éste, de una puerta salieron varias mujeres y hombres con dificultad para caminar. Un tallo de madera anunciaba la taberna de la cual estos salían. Como si el estómago tuviera ojos, sus tripas sonaron, recordándoles la necesidad de comer y el hambre que habían apartado de sus mentes con tal de llegar a algún sitio.

Brennan no dijo nada, pero reconocía las calles.

Abrieron la puerta y se sentaron en la primera mesa que vieron, pidieron una sopa bien caliente para templar sus cuerpos y comieron en silencio. Estaban demasiado exhaustos. Había música sonando de fondo, los instrumentos de viento relajaban el espacio a la vez que lo llenaban de sonidos, llenando los vacíos silenciosos.

—¿Me contarás quién era ese tío? —preguntó curiosamente Daeva.

No era una orden, más bien era una proposición.

—Ah. Sí. Em... —tragó hondo—. ¿Te acuerdas de esos líos en los que me metí?

La chica asintió.

—Pues, yo siempre me mantenía al margen, era consciente de que lo que hacía estaba mal, que no debía hacerlo, pero estábamos mal en casa y no tuve otra opción, trabajaba en más de un negocio a la vez, y vender ciertas mercancías estaba más bien pagado.

—¿Qué hacías con ese dinero?

—Las medicinas de mamá.

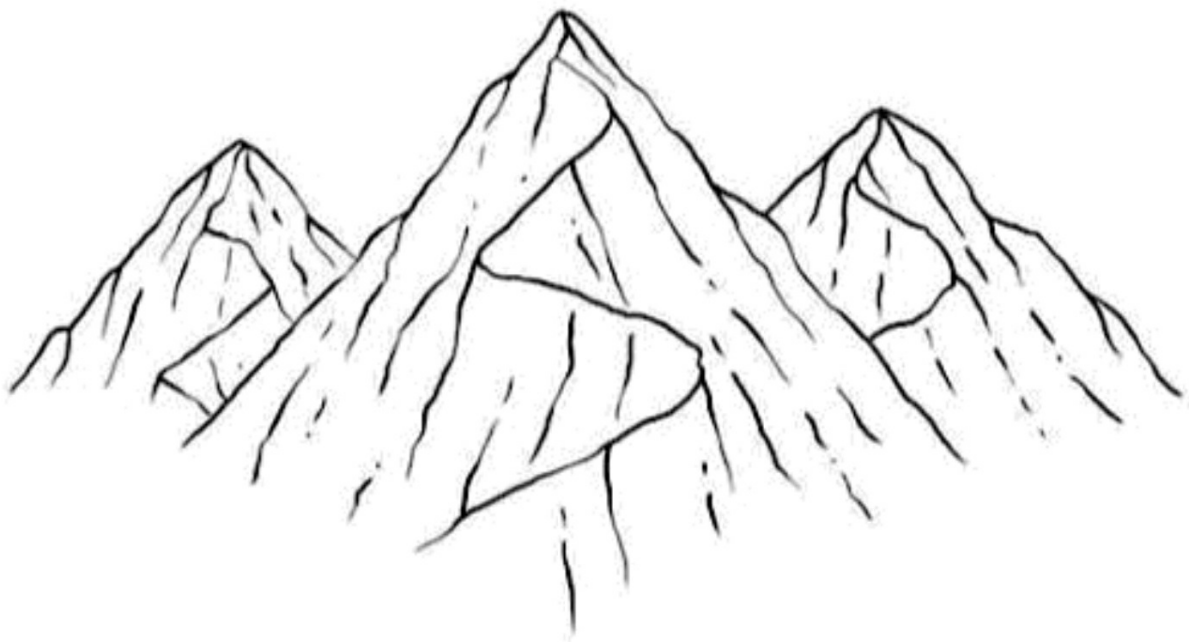
Daeva respiró y no dijo nada más.

—La cuestión es que yo siempre había tenido facilidad para estar pero a la vez no, era más sigiloso que mis demás compañeros, y muchas veces los han pillado y encarcelado. Pero, en cambio, a mí no. Porque no era tan idiota como para dejarme ver o irme de la lengua. Pearson y yo hacíamos un buen equipo, pero él era mucho más cabezota e irracional. Cuando conseguí el dinero me fui. Dos días después lo encarcelaron, y por lo que se ve, ahora me culpa a mí. Aunque lo entiendo.

—¿Crees que hay más que buscan venganza?

—Nunca se sabe.

Resopló y se agarró del pelo estresado, había logrado salir de esos líos, ¿por qué ahora su pasado lo volvía a perseguir justo cuando parecía que estaba pasando página?



CAPÍTULO 39

No se veía con fuerzas para negar su atracción o la necesidad que tenía de besarlo.

Haciendo que, después de una corta lucha interna, pidiera dos habitaciones para ella y su compañero. Pues parecía que sus pensamientos habían sido opacados por el chico de pelo marrón, y no podía evitarlo. De todas las personas que había en el continente, ¿en serio tenía que sentir atracción por uno de sus rehenes? Se consideraba una estúpida por eso.

Sacó varios papeles y los colocó encima de las sábanas que olían a limón, tenía un trabajo pendiente fuera de Morana. Debería partir en menos de lo que pensaba, y no podía arriesgarse a traer a Brennan con ella. Eran dos trabajos distintos, y no pondría en peligro al chico que aún debía matar. Debería coger otro tren, salir del reino y acabar con ese diminuto inconveniente. No se había dado cuenta de que ya había pasado un mes desde que empezó todo.

Se le había hecho eterno y a la vez tan corto. Demasiadas cosas habían ocurrido. Ni se planteó la posibilidad de dejar a Brennan solo. Había la posibilidad de que lo encontraran. Además, algo dentro de ella siempre le recordaba que no debería confiar tanto en él. Que, aunque su relación fuera extraña y siempre le asegurara de que no se iría, siempre se dejaba una pequeña vocecita en su interior que la paraba. ¿Confiaba en él? Sí, para qué mentir. ¿Confiaba completamente en él? Tampoco nos pasemos.

Ahora ya no solo los perseguían los demás asesinos que lo querían por su información, sino que se añadían a la lista los propios enemigos de éste, que deseaban venganza. Sacó un trozo de papel y empezó a escribir a una dirección que hacía tiempo que no utilizaba. Solo sería por un tiempo, solo hasta que volviera. No obstante, necesitaba un favor, uno muy grande. Y sabía qué debía hacer, a quién debía escribir. Quizás no fuera la mejor idea, aunque era mejor eso que nada. Así que dejó que su mano escribiera la información más básica, no metería a más gente en sus embrollos. Al terminar, dobló el papel amarillento y lo colocó dentro de un sobre. Salió del

hostal a paso rápido y entregó la carta. Incluso pagó más para que fuese en tren, pues debía llegar cuanto antes.

Estirado en la cama de la otra habitación, Brennan dejaba que sus pensamientos lo invadieran.

Se obligaba a repasar la dichosa escena una y otra vez. Pensando que, si lo reproducía un centenar de veces, el dolor empezaría a irse haciendo que cada vez fuera doliendo menos. No funcionaba. Su cabeza empezaba a crear variantes, pero aun así todas terminaban mal. Se dijo que volvería a verla una vez más, solo una y volvería a hacer cualquier cosa. Cualquier cosa menos pensar.

Reinició la imagen y lo vio todo. La puerta abriéndose delante de él, las manos de los guardias bloqueando las suyas, su madre, su hermana y su padre de rodillas en el mármol.

Después las lágrimas lo emborronaban todo. Recuerdos imprecisos. Emociones a flor de piel. El techo dejó de tener dibujos, estos se habían convertido en manchas sin forma. El agua que salía de sus ojos caía por los costados de sus mejillas, mojando las mantas. El pecho se le contraía al pensar en todo, no podía respirar mientras ellas no estaban. Se imaginó a su madre y a su hermana estiradas a su costado, mirándolo, existiendo, sonriendo a su manera.

—Estamos bien, cariño.

Su mente reprodujo a la perfección la voz de su madre. Incluso pudo notar una suave caricia en la mejilla mojada para calmarlo, pero solo provocó que llorara más.

—Ya nos encontraremos más tarde.

Giró la cabeza y pudo ver a su hermana pequeña con una sonrisa tan grande que le llegaba a los ojos. ¿Por qué su mente jugaba con él de esa forma?

—Os necesito a mi lado —sollozó.

No había llorado desde esa pesadilla, pero por primera vez lo estaba haciendo, y era un mar. Se había convertido todo en un mar que chocaba contra sus muros que negaban la entrada al recuerdo, que lo atrapaban. Las olas hacían fuerza para romperlos, y si estos se rompían, el recuerdo ya no sería tan fuerte, sería liberado, y a su vez él también lo sería. No obstante. Sabía que había algo más.

Y es que le aterrorizaba superarlo.

El dolor dolía, aunque fuese una obviedad. Era un océano y un incendio a la vez. Se quemaba y ahogaba al mismo tiempo. No podía respirar, sus ojos se hinchaban, el dolor no le permitía ver.

No podía.

No podía vivir sin ellas.

No podía seguir. Estaba cansado de luchar, de sentirse mal, de pensar.

—Siempre lo estamos.

—Eso es mentira —miró al recuerdo de su madre.

—Aunque no estemos para abrazarte, siempre nos tendrás aquí —La madre posicionó la mano en el corazón. Un corazón que por fin estaba aceptando el dolor y la pérdida.

—Lo siento muchísimo.

—Vive por nosotras, hermano —susurró la hermana.

Se levantaron y él se incorporó. Lo miraban con una sonrisa en la cara mientras se quitaba las lágrimas e intentaba tranquilizarse. Quiso levantarse, abrazarlas, pedirles que se quedaran. Porque se estaban despidiendo y no quería, no podía. Pero decidió que lo haría fácil, que las dejaría marchar, que se quedaría sangrando pero que algún día sanaría. Y que todo estaría bien. Que el camino podría ser muy agrio y dulce a la vez, pero que mejoraría con el tiempo. Así que dejó que se fueran, que abandonaran ese rincón de su mente y que se llevaran el dolor que tenía en su corazón. El dolor del recuerdo que lo había perseguido por tantos años.

—Nos veremos algún día, dentro de mucho, pero volveremos a vernos.

La madre cogió la mano a su hija y desaparecieron de la habitación, como humo, dejándolo otra vez solo. El dolor siguió ahí, por varios minutos, lloraba sin parar, pero no buscó calmarse, se permitió sentir. Se dejó sentir cualquier cosa. Descongeló todas las emociones que había estado reteniendo por estos años, las revivió y las aceptó. Se perdonó por muchos errores que había cometido, se pidió disculpas a sí mismo por haberse dejado tanto. Siguió llorando, pero lo hizo más cuando la puerta de su habitación se abrió. La chica que lo había desencadenado todo estaba de pie mirándolo.

No hubo palabras, no dijo nada, tampoco se fue de la estancia. Caminó muy lentamente y se sentó con él en el colchón. Esos ojos conectaron con los suyos. ¿Acaso podría ver la tristeza en éstos? ¿Acaso podría ver lo roto que estaba con solo mirarlo de esa forma? Ella dudó, lo pudo notar por la forma en la que sus manos parecían querer acercarse.

Él deseó que lo hiciera.

Y como si le hubiera leído la mente, en menos de un segundo lo envolvió en un abrazo que podría haber arreglado todas sus grietas. Era uno de esos abrazos en los que parece que la otra persona haya recogido todos los pedacitos que tienes esparcidos por la habitación. Daeva había entrado en el despacho de Brennan, había ordenado los papeles y los había colocado en su cajón correspondiente.

Le había ayudado a construir un nuevo cajón, a comprar más luces para la estancia y a recoger todos sus pedazos. Porque, si él era una habitación oscura con mil trozos perdidos, y había solo una luz, aquella luz era ella, y con el paso del tiempo se había expandido más.

Con ese abrazo, el chico ya no tan roto, volvió a tranquilizarse, a respirar, a vivir.

Todo entraba y todo salía, las preguntas, las dudas, los recuerdos, las emociones.

La chica lo abrazaba con toda su fuerza, él resguardaba la cara en el hueco de su cuello y su esencia lo envolvía y lo relajaba.

Todo era más fácil al no estar solo. Pero no entendía a la chica que estaba junto a él. ¿Por qué ahora lo abrazaba? ¿Por qué a veces se alejaba tanto?

—Estoy aquí —dijo.

Inhaló y exhaló, buscando las palabras.

—¿Por cuánto tiempo?

Daeva se separó y lo miró a los ojos, los de ella estaban tintados por alguna emoción que no supo distinguir. ¿Debilidad? ¿Tristeza? No lo sabía.

—¿Qué? —dijo confundida.

—Siempre te digo que me quedaré, pero en realidad eres tú la que me alejas.

Continuó separándose, saliendo de la cama, otra vez se alejaba, como había hecho ya repetidas veces.

—Yo...

No terminó la frase. Brennan necesitaba respuestas, desde que la había conocido había esperado a que hablara, pero hay veces en las que tienes que girar un poco el pomo de la puerta para que esta se abra.

Caminó rápidamente hacia la puerta, y él decidió seguirla. No podía marcharse otra vez, no podría alejarlo por siempre. No le importaba caer mil veces, no le importaba aporrear la puerta, correr o caminar, siempre encontraría la forma de llegar a ella. Lucharía. Se arrastraría con tal de que la puerta no estuviera cerrada. Porque Daeva era una gigantesca puerta que daba lugar a un palacio enorme, un palacio que resguardaba su corazón, y estaba llena de engranajes, contraseñas y candados, y él tendría la paciencia suficiente como para desmontarlos todos. No sabía cuál era ese sentimiento, pero no se lo negaría a sí mismo.

La siguió y le quiso cerrar la puerta, pero él se interpuso en el camino.

Entraría. Joder si entraría.

—¿Por qué te alejas? —pidió.

—Necesito espacio —decía mientras caminaba de un lado hacia otro. Por un momento se miró al espejo, pero apartó la vista al instante.

—Tú has marcado el ritmo, tú has marcado siempre el espacio que nos aleja.

—Ese espacio es necesario —lo miró a la cara.

—Explícamelo.

Se mordió el labio inferior y se miró las manos, que parecían temblar. Él no se movía de su sitio, esperaba, como había hecho por todo este tiempo.

—Voy a matarte Brennan. Es mi trabajo. Eres mi trabajo. Nada más. ¿No lo ves? ¿Qué te creías? No puedes acercarte más, no debes hacerlo. Cuanto más te acerques más daño sufrirás, porque al final vas a morir y eso es inevitable. Si haces lo que creo que quieres hacer... Te advierto de que es una equivocación.

—Permíteme el beneficio de la duda.

—Eres imposible —movió las manos desesperadamente—. Debes alejarte —marcó cada palabra mientras caminaba hacia él, remarcando la importancia, la orden.

—No quiero.

—Pues uno de los dos tendrá que hacerlo —se giró, como si no pudiera soportar mirarlo, como si fuese algo imposible de evitar, como si se estuviese conteniendo.

No supo qué decir. Y por unos segundos odió no poder saber lo que pasaba por la mente de la chica.

—¿A qué le tienes tanto miedo?

Lo miró de repente, con un rápido movimiento de cuello.

—Yo no le tengo miedo a nada —dijo con voz firme.

Algo le decía que no era del todo cierto.

—Eso es mentira —se atrevió a decir.

—¿Te crees que me conoces? —enarcó las cejas—. Brennan, me conoces desde hace un jodido mes. Así que, no me conoces. Y no puedes ir soltando suposiciones así como así. Porque son eso: suposiciones. No puedes esperar que me conozcas al completo.

—Quizás no te conozco en tu totalidad pero sé leerte.

—A mí nadie me lee —entrecerró los ojos.

—No.

—¿Disculpa?

—Voy a corregirte.

Se cruzó de brazos y alzó la barbilla, esperando a que hablara.

—No te leen porque no quieres. Porque te cierras. Y me sabe mal decírtelo, pero conmigo ya no eres un libro cerrado. Seguro me faltan mil historias por saber de ti, pero sé quién eres. Al menos sé lo que me has contado, y te puedo asegurar que tú no te has dado cuenta, pero yo sí. Conmigo te abres, Daeva.

El pecho de la increíble asesina subía y bajaba con brusquedad.

—Así que, te lo vuelvo a preguntar. ¿A qué le tienes tanto miedo? —se acercó un paso—. ¿A que te abra del todo? ¿A que consiga meterme en tu cabeza? Porque te aseguro que tu ya te has metido en la mía.

—No sigas por ese camino —susurró débilmente la chica.

Iba a hacerlo. Iba a seguir. Porque si él ya no estaba tan ciego, quizás podría ayudar a que abriera los ojos. Quería hacerlo.

—¿Tienes miedo a mostrar tus debilidades? ¿Tus inseguridades?

Vio que por sus facciones, estaba en lo correcto.

—¿A que, si lo veo todo, después me aleje?

—No sabes lo que dices —desconectó sus miradas.

—Soy muy consciente de lo que estoy diciendo —dijo en un susurro.

Quiso besarla. Joder, quería besarla demasiado. Sin embargo, debería aceptar que no le dejaría.

—¿Por qué ahora me sueltas todo esto? —preguntó curiosa.

—Porque pienso cada cosa que haces. Porque has ocupado gran parte de mi mente desde que te conocí.

—¿Y qué sientes cuando piensas en mí?

No se arriesgaría a decirlo. No cuando sabía que no lo correspondería.

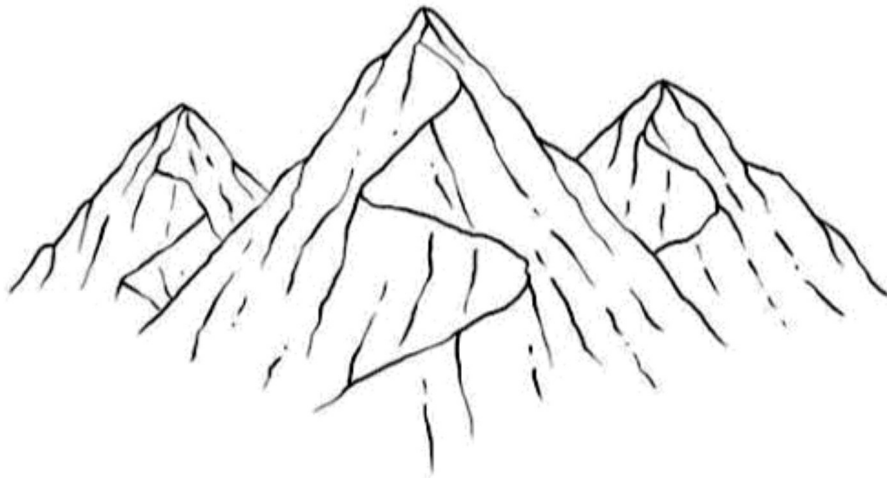
—Todo menos tristeza.

Eso pareció hacer sonreír a Daeva, pero fue algo tan sutil, que incluso pensó que había sido una alucinación creada por sus ganas de que ella lo hiciera.

Se acercó con paso calmado, como un gato o una pantera a punto de atacar. Puso la mano en su pecho, donde su corazón latía con demasiada rapidez y fuerza. Tuvo miedo de que lo notase, que lo entendiera, que pusiera nombre a eso que sentía.

—Entonces, bienvenido a la vida. Disfrútala mientras puedas. Pero no malgastes tu tiempo intentando encontrar un hueco entre mis muros, porque son indestructibles.

Lo que ella no sabía es que, sin querer, Brennan ya había estado escarbando un pequeño agujero por donde entrar.



CAPÍTULO 40

Daeva sonrió al salir de la habitación, reposando la espalda en la pared. Brennan finalmente estaba sintiendo, después de tanto tiempo preocupada por ese chico, lo había logrado. Había llorado, lo había soltado, y estaba orgullosa por eso. Pero el recuerdo de que la muerte se interpondría en su camino la arrasó.

¿Por qué le dolía tanto pensar en que dejaría de existir?

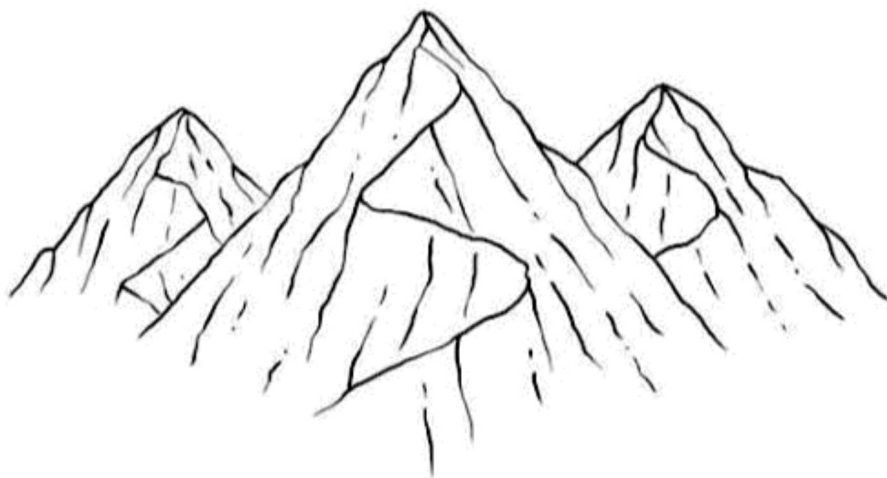
Se volvería a quedar sola. Durante un segundo se había mirado en el espejo y había recordado la conversación con su conciencia. No podía dejarlo entrar. Pero lo deseaba tanto... No. Al final todos se alejaban, y si no, lo hacía ella. ¿Por qué alguien querría estar a su lado? Mataba como forma de vida, era fría y distante, le costaba expresarse y los que la conocían de verdad estaban muy lejos.

Al verlo llorar de esa forma no había podido evitar consolarlo y estar ahí para él. Irónico, ¿cierto? Ella se permitía acercarse, pero al revés no.

No podía negar el hecho de que durante un segundo había deseado besarlo para sacarle el dolor, para demostrarle que no estaba solo en eso.

¿Por qué estaba llena de contradicciones?

Supuso que todos los humanos lo están, pues somos un sin fin de pensamientos contradictorios, mas al final lo que interesa es el camino que eliges y la acción que realizarás.



CAPÍTULO 41

Brennan la miraba con el ceño fruncido. No le importaba, no iba a cambiar de opinión. Y más cuando la persona que venía ya había aceptado.

—¿Una niñera? ¿En serio? Creo que soy capaz de cuidarme solito —dijo.

—Solo será por dos días.

Daeva terminaba de colocarse algunas dagas entre los bolsillos.

—Pues exactamente por eso.

Puso los ojos en blancos y justo su invitado llamó a la puerta. Giró el pomo y un chico con una escasa barba y pelo negro entró a escena. Miró a la asesina de arriba a abajo y la saludó con una mano. Luego, miró al compañero.

—Bueno. Rectifico. Niñero.

—No soy ningún niñero —dijo con aire despreocupado mientras revisaba la habitación. Su compañero de armas se paró a su lado y la miró—. Tienes el pelo más largo.

—Suele ocurrir cuando el tiempo pasa.

El chico cogió una manzana que había en el escritorio y le dio un mordisco.

—Veo que sigues siendo igual.

—Hay cosas que no cambian.

—Supongo que no. Te he traído un regalo.

Frunció el ceño cuando el chico pelinegro le entregó una pequeña bolsa de tela que abrió en dos segundos. De esta salió una daga con el cabezal rojo y un rubí en medio, el dorado brillaba con la luz de la habitación, lo miró de cerca, el relieve formaba flores y estas terminaban al inicio de la hoja plateada.

—Te la envía cierta persona que te echa mucho de menos.

Dentro de la bolsa había una pequeña tarjeta.

*Vuelve a casa cuando quieras, yo te espero con
los brazos abiertos.*

- Flora

Daeva no quiso mostrar ninguna emoción, pero su interior sonreía. Miró a su compañero de armas y dijo:

—Dile que yo también la echo de menos.

El chico asintió y miró otra vez a Brennan.

—Supongo que es a ti a quien debo cuidar.

—Repito, sé cuidarme solo —El otro decía.

—Si me ha llamado será por algo —se acercó y le tendió la mano—. Soy Mylo, uno de sus compañeros de armas. Tranquilo, no te preocupes, nos lo pasaremos bien.

Brennan le devolvió el apretón y la miró.

¿Era buena idea? No lo sabía. Sin embargo, ya estaba hecho.

—Pórtate bien.

—Aburrida —puso los ojos en blanco su amigo.

Le propinó un golpe suave en el hombro y él respondió con una risa grave. No lo diría, pero lo había echado de menos, se podría decir que era una especie de hermano mayor, aunque la más madura era ella de lejos.

—Cuídate mucho —El chico de pelo marrón dijo.

Daeva respiró hondo y lo miró de arriba a abajo, intentando recordar cada centímetro de su cara, de su sonrisa y sus ojos. El silencio era tentador. Quizás, en otras circunstancias, sin Mylo en la habitación, se habría despedido con un beso, pero se contuvo y se fue por la puerta sin decir nada. Le esperaba un camino largo pero, gracias al tren, éste sería más rápido. El trabajo era demasiado sencillo de realizar.

Le haría sufrir a ese gilipollas por haber hecho daño a una mujer que lo amaba, alguien que confiaba en él, y se aseguraría de que no hiciera más daño a otras personas.

Dejó en manos de Mylo al chico que le provocaba tantas dudas en su cabeza. Al chico a quien quizás, algún día, podría explicarle por qué alejaba a todo el mundo.

—Entonces...

El chico llamado Mylo continuaba comiendo la manzana, que había sido suya, y mirando las cuatro paredes que los rodeaban. Ese cuerpo musculoso imponía solo con verlo, y la voz casi lo hizo temblar. Había visto a muchos chicos con ese tipo de cuerpo, había trabajado con ellos, pero nunca le habían impresionado. Este tenía una presencia distinta, una presencia que demostraba que era una especie de guerrero.

—Eres el compañero de armas de Daeva.

—Exacto —dijo mientras masticaba con la boca abierta. Se tumbó en la cama y miró al techo.

—¿Tienes alguna cosa pensada?

—Mmmm. No, la verdad.

—Genial —frunció los labios.

De repente, éste se levantó.

—¿Hay bares?

—Sí.

Una sonrisa maliciosa apareció en los labios finos del chico. No hacía nada de la partida de Daeva y ya la echaba de menos, su voz, su sonrisa y su pelo en movimiento. Aunque agradeció la compañía del pelinegro. Quizás podría distraerse por un rato.

—Vayamos entonces.

—Son las cinco de la tarde —puntualizó Brennan.

—Nunca es demasiado pronto para beber una buena cerveza.

Vale, se iban a llevar bien.

Los dos charlaron por horas en el bar debajo del hostel sobre todo tipo de bebidas, explicando sus mejores combinaciones e historias que ocurrían cuando habían estado borrachos. Brennan omitió la parte en la que utilizaba el alcohol para no sentir, para volverse neutral ante las emociones. Y, durante ese rato, pudo sentir que no estaba tan perdido, que había más gente, más mundo. Incluso le supo mal no echar de menos a la chica que lo había sacado de la monotonía.

Terminaron invitando a todo el bar a una ronda de chupitos, y a partir de una hora decente, empezó a sonar la música. Cuando las copas ya le habían subido lo suficiente como para hacer tonterías, se encontró cantando letras populares del hombro de Mylo, chocando cervezas y saltando al ritmo de las canciones. Y cuando estuvieron demasiado cansados, se sentaron en las mesas con sillones acolchados.

—¿Cómo te hiciste amigo de Daeva? —le preguntó.

El chico dejó la jarra de cerveza en la mesa de un golpe y lo miró, se pasó la mano por la barbilla, pensando.

—En el primer entrenamiento, a ella la pusieron a entrenar con las chicas, aunque se veía de lejos que tenía mucha más experiencia que nosotros. A las otras les costaba mantener el ritmo, y ella se sentía infravalorada por el hecho de estar haciendo cosas que dominaba. Así que le preguntó al instructor por un oponente de su tipo. Yo llevaba unos años entrenando en un pequeño ring de boxeo, también había aprendido un poco sobre el uso de la espada gracias a un amigo mío. Su padre era soldado y le enseñaba a su hijo y a mí. El instructor me escogió. Daeva tardó nada más y nada menos que treinta segundos en ganarme. A partir de ahí le cogí cierta admiración, aunque creo que ella también lo hizo hacia mí.

»Entrenábamos más horas que los demás. Los dos teníamos el mismo objetivo, dar lo mejor de nosotros mismos. Supongo que era inevitable que nos volviéramos cercanos. Bueno, dentro de lo que cabe. Daeva siempre ha sido reservada. Creo que de las pocas personas que la conoce mejor es una de mis compañeras de armas. Tampoco me sorprende, siempre ha tenido este miedo a que los demás se alejen.

—Lo he notado.

—Perdón, no debería estar hablando de ella de esta forma.

—Tranquilo, te entiendo. Pero sí que me ha parecido que muchas veces se cohíbe al hacer ciertas acciones. Incluso se lo he dicho —Mylo alzó las cejas al escuchar eso—. No es una persona muy cariñosa pero cuando lo es, siempre es en el momento adecuado.

—¿Acaso es cariñosa contigo?

—Se puede decir que sí. A momentos.

Mylo entrecerró los ojos y frunció las cejas, como si algo no le cuadrara.

—Interesante.

—¿Por?

—Se me hace extraño. Pero bueno, yo no soy nadie para hablar de ella. Hace más de un año que no la veo.

—Y yo la conozco de hace un mes —Brennan se encogió de hombros—. La gente cambia.

—Supongo —miró a la pista de baile y a unas chicas que no paraban de ponerles ojitos—. Venga, ayúdame a hablar con la pelirroja, tiene una bonita sonrisa.

Brennan ayudó a que Mylo ligara con la chica pelirroja. Cuando la noche estaba llegando a su fin estos dos desaparecieron para ir al baño, y él se quedó charlando con las otras chicas quienes le intentaron coquetear, pero muy amablemente había rechazado. Realmente eran agradables y claramente graciosas, pero no eran la chica que tenía en mente, una que se llamaba Daeva Maude. No sabía cómo, pero cuando ya llevaba unas copas de más salió el tema.

—Debe ser muy especial —decía una chica castaña con una copa en la mano.

—Es...—pensó las palabras adecuadas—. Todo es distinto con ella.

—Aw, que bonito —dijo una rubia con pecas.

—Pero dices que ella parece querer alejarse de ti.

—Sí, no lo sé. A momentos me abraza e incluso me ha llegado a besar. A ver, sé que ya hemos tenido sexo, y tengo que admitir que ha sido uno muy bueno. Pero, no lo entiendo. Dijo que solo sería una vez, yo lo acepté encantado. No porque yo sea de los que tienden a tener líos de una noche. Sino porque era ella.

—Quizás no quiera aceptar sus sentimientos. Quizás le han hecho daño en el pasado y quiera ahorrarse el dolor de un nuevo fracaso —propuso la rubia.

—Siento que...

—¿Te gusta?

—Creo que sí. No sé, estoy hecho un caos. Yo tampoco es que esté muy centrado, tengo mis problemas que están empezando a organizarse, pero tampoco quiero presionarla. No quiero asustarla. Aparte, no sé cuánto tiempo me queda con ella.

Una mano grande en el hombro lo pilló desprevenido.

—Creo que deberíamos ir a descansar —Mylo apareció con pintalabios por toda la boca. La chica sonreía detrás de éste y saludaba a sus amigas, las cuales parecían orgullosas.

—Tienes razón —lo miró—. Un placer chicas.

Se despidió de ellas con un saludo desde la puerta del bar.

—¡No tengas miedo a decir lo que sientes! —chilló la chica de pelo castaño.

Cuando llegaron a la habitación del hostel, su posible nuevo amigo se fue a la de Daeva.

—¿Te parece si intercambiamos?

—¿De habitación?

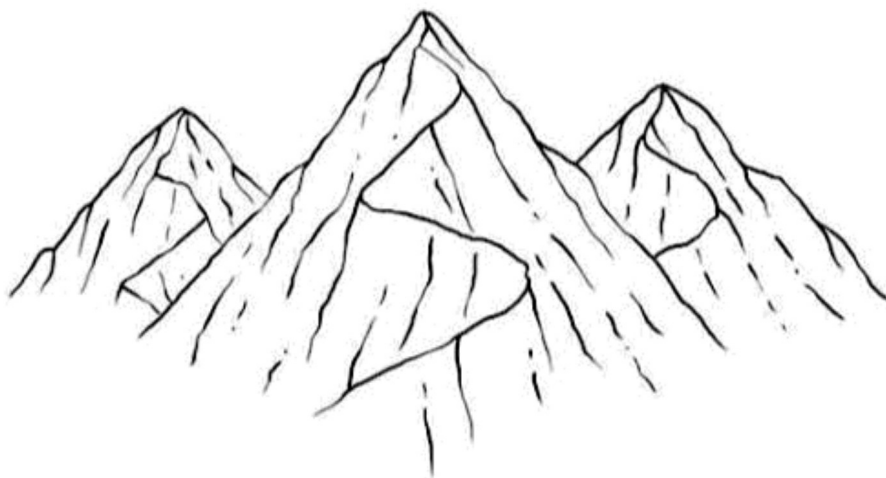
—Ajá.

El chico pelinegro caminaba con un poco de dificultad, al igual que él, y seguramente no quiso preguntar por qué, pero igual accedió y le agradeció por una noche tan magnífica. No quería pensar en la gigantesca resaca que tendrían al día siguiente.

Brennan entró en la habitación. Se tumbó en la cama de golpe, dejando su cuerpo muerto y cansado reposar. Las sábanas olían a ella y, sin pensar, se metió entre estas y las estrujó acercándolas a su nariz. Creyó que nunca podría cansarse de ese olor, incluso creyó que tampoco lo haría de probar esos labios carnosos y dulces, apasionados y calmados, tentadores y seductores. Había tantos adjetivos para describirlos, a estos y a toda ella.

La soledad de la cama volvió a golpearle. ¿Estaría pensando en él? Se levantó para rebuscar en el armario donde ella había dejado un poco de ropa. Encontró su viejo jersey, el mismo que llevaba cuando lo secuestró, al fondo del mueble vio un estampado conocido. Lo rebuscó y sacó finalmente. La camiseta de gatitos regordetes estaba ahí. Su vieja y destrozada camiseta de gatitos. ¿La había guardado? La olió y reconoció inmediatamente la esencia, era la esencia de Daeva. ¿Acaso se la habría puesto? ¿O era solo que la tela se había intoxicado del maravilloso perfume de la chica al entrar en contacto con su ropa?

La volvió a guardar, se sentía un invasor mirando en el armario, pero se puso su antiguo jersey. Si la tenía debía ser por algo. Se metió en la cama, una cama que estaba medio vacía y vagó por los recuerdos que tenía con la chica que ahora se encontraba a kilómetros de distancia, hasta que finalmente cayó en un sueño profundo.



CAPÍTULO 42

Había llegado a Mieko, el reino de la lujuria y el mineral, un territorio lleno de minas y dinero. La gente vestía completamente distinta a lo que estaba acostumbrada a ver. El dorado abundaba, también lo hacían los vestidos con corsés y los maquillajes extremos con unas joyas que podrían pesar más que una de sus pequeñas dagas.

Se sentía fuera de lugar, así que cambió su capa por otra aunque le costara deshacerse de una de sus pertenencias. Sin embargo, a veces hay que hacer sacrificios para un bien mayor, y si debía renunciar a su querida capa negra para matar a un abusador, lo haría sin pensárselo dos veces. La vendió por más de lo que normalmente valdría, pero al hombre rico que la había comprado no le importó derrochar el dinero. El hombre de pelo castaño claro y cara perfecta, maquillada con un dorado impactante, había estado hablando con ella por quince minutos de sus tierras y todo el dinero que conseguía sin mover un dedo.

Una vida tranquila y sin muchas preocupaciones, por lo que él explicaba. La capa con una tela dorada y dibujos rojos pasaba más desapercibida, aun así, no era un tono que acostumbrara a utilizar, pero era preciosa, eso no podía negarse. Así que se la colocó y ató.

No tardó mucho en encontrar al capullo al que debía matar. Quitando el hecho de que le habían dado su dirección, había oído que su nombre era popular en las tiendas de joyería. Al entrar en el local éste apartó rápidamente la mano de la cintura de una muchacha, y con solo ver ese gesto, notó que su sangre hervía, pero debía controlarse. La chica, mucho más joven que el vendedor, salió casi corriendo del espacio ruborizada y ocultaba su cara. No iba a dejar que a nadie más le pasara eso.

—¿Qué deseas preciosa?

—Una amiga me dijo que en su trastienda guarda una de sus mejores joyas.

Sonrió, intentando seducirlo y él captó la indirecta. Caminó rápidamente hacia la trastienda y lo siguió lentamente, haciéndose esperar. Cuando entraron en una pequeña habitación llena de cajas, que más bien parecía un trastero, el hombre la miró de arriba a abajo y cogió suavemente la barbilla de la asesina.

—Tengo las más impresionantes joyas de la ciudad, pero creo que la mejor eres tú.

Volvió a sonreír, fingiendo enamoramiento, deseo y, sobre todo, inocencia. Todo falso. El hombre cayó en sus redes y cuando quiso acercarse para besarla, le pegó una patada en los huevos. Mientras caía al suelo, retorciéndose por el dolor repentino, corrió hacia la puerta, la cerró y puso el pestillo.

De esa habitación solo saldría una persona viva, y esa sería Daeva Maude. Así que cuando intentó tirársele encima para atraparla, le clavó la daga en la clavícula, seguidamente la quitó para hacer un corte muy superficial cerca del cuello. Y aunque el hombre empezó a sangrar, la asesina sabía que eso no terminaría ahí, el violador no tendría la posibilidad de morir de forma rápida.

—¿Quién eres? —preguntó sorprendido y aterrorizado.

—La que se encargará de que nunca más pongas tus manos encima de una mujer.

Cogió la mano derecha del abusador y lo miró.

—¿No te da asco saber que han creado tanto dolor?

No respondió, tampoco es que esperara que lo hiciera. Agarró otra de sus dagas, una mucho más gruesa y afilada. Le cortó la mano. Un aullido de dolor inundó la estancia, pero le puso un trapo que había en el almacén en la boca para ahogar sus gritos. Cogió la otra mano e hizo lo mismo. Los gritos ya no se oían, las lágrimas de dolor caían por las mejillas pecosas del hombre mayor. No sintió pena en ningún momento, ni arrepentimiento, es más, lo disfrutó. Agradeció ver al hombre chillar silenciosamente, desangrarse y entrar en un estado inconsciente al desmayarse por la abundancia de sangre. Hubiera preferido matarlo mientras estuviera despierto, pero las circunstancias idóneas no se dieron y tuvo que conformarse con atravesar su corazón con la nueva daga que había adquirido de su querida amiga que la esperaba en la ciudad que podría, quizás, considerar lo más cercano que tenía a un hogar.

Salió de la tienda con una enorme sonrisa y después inició la marcha hacia la dirección donde el cliente se encontraba. Era un edificio alto y lleno de columnas arquitectónicas preciosas, las estatuas también abundaban en las escaleras de mármol de caracol. Podría decirse que cada edificio casi se confundía perfectamente con un palacio o mansión. Dio unos toques en la puerta y se sorprendió al ver a una mujer que tenía un moratón en el brazo. Eso no pasó desapercibido bajo el ojo de la asesina.

—Ya no molestará a nadie más —le aseguró.

Ante las palabras, la mujer colapsó, cayó al suelo y empezó a llorar. Daeva no sabía qué hacer, pero decidió darle su espacio, que encontrara las palabras. Se agachó y miró a la mujer. Su pelo castaño tenía ese tono brillante, pero seguro se había perdido con el tiempo, un factor que mostraba cómo había sufrido. Esta alzó la cabeza y le mostró una gigantesca sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

Sollozaba tapándose la cara. La asesina la ayudó a levantarse y a entrar en casa, la sentó en el sofá e intentó darle un vaso de agua que, muy amablemente, ella rechazó diciendo que no debía preocuparse, que ya estaba bien. Se quedó un rato, la mujer le explicó todo lo que había tenido que aguantar. Daeva tenía el corazón encogido al escuchar todos los golpes que había recibido, pero se quedó, aunque ese no fuera su trabajo. Dejó que la mujer llamada Aila soltara todo lo que

llevaba dentro, lo que había ocultado por tanto tiempo. Se desahogó y finalmente se tranquilizó.

—¿Por qué esperar tanto? —le preguntó.

—Necesitaba preparar mi partida, vender este piso y largarme. Si pasaba de inmediato, me hubiera quedado sin nada —le contó la mujer.

Minutos después abandonaba el piso con el dinero que había ganado, era más de lo que le habían dicho por carta. Lo agradeció, aunque por un momento quiso dejar algo para Aila, devolverle un porcentaje del dinero, pero esta se había negado rotundamente.

La puerta se cerró y caminó por una de las ciudades más concurridas de Mieko. Pagó por una habitación en un hostel que, aunque fuese barato, el lujo que la rodeaba parecía sacado del más caro de los hoteles en Ramé. Podría haberse sentido incluso como una princesa, pero eso no era parte de ella, y por un momento fantaseó con ser de la realeza, hasta que se dio cuenta de que nunca encajaría en ese papel, que nunca lograría sentirse completamente cómoda. Principalmente porque era una vida demasiado distinta y alejada de la suya.

Se permitió una ducha caliente y enjabonarse abundantemente todo el cuerpo. Al salir se observó en el espejo. No quería hablar con su conciencia, así que solo se miró. Miro su abdomen, que no era plano, su cintura no muy marcada y sus pechos caídos por el peso de estos. Le gustaba su cuerpo, era bastante normal. De pequeña había admirado a las mujeres con curvas marcadas y cuerpo de reloj de arena, incluso le habían llegado a crear complejos, porque sentía que debía encajar en ese mundo, en un mundo de cuerpos iguales. No obstante, nadie es igual. Y lo cierto es que eso le gustaba. Así que aprendió a amar su cuerpo, y a agradecer que pudiera hacer todas las cosas que hacía en su día a día.

Se vistió y tumbó en la cama, que olía a detergente floral. Durmió hasta que su cuerpo la despertó, estaba cansada, muy cansada, pero debía seguir. Aunque se permitió dormir por unas horas más y desconectar. Estaba bien, estaba en paz. En un principio creyó que echaría de menos a Brennan, y lo hacía, pero estaba genial con su propio espacio. A momentos deseó compartir alguna charla con él, una tarde de juegos de mesa o simplemente estar en la misma estancia, compartiendo vida. Se asustó al querer que eso ocurriera. ¿Por qué estaba tan obsesionada con él? ¿«Obsesionada» era la palabra adecuada?

Al volver a caer en un sueño ligero, se dio cuenta que su mente volvía a soñar, un hecho que hacía tiempo que no ocurría, y que seguramente estaba provocado por todas sus preocupaciones.

Estaba en medio de la montaña, corriendo y sudando. Alguien la perseguía y ella corría y corría hasta que sus pies dolían. Iba descalza, vestía un vestido dorado y ajustado que no permitía mucho movimiento. ¿Quién la perseguía? De repente, chocó contra una puerta en medio de las rocas. Miró el pomo y escuchó los pasos de gente chillando, gritando que era una asesina sin corazón y que nadie la querría por ser como era. Giró el pomo, buscando una escapatoria y apareció en una habitación.

La habitación del hostel de la ciudad de Brumous, y no estaba sola, al contrario, en la cama estaban estirados Brennan y una copia de ella. O no se dieron cuenta de su presencia o no la veían. Era invisible. El chico le acariciaba el pelo y le dejaba varios besos por toda la cara. ¿La miraba siempre de esa forma? ¿Era cómo se veían desde fuera? Sus ojos estaban conectados, y Daeva se sintió en calma, como si algo calentara su corazón y le diera un tipo de esperanza. Los dos empezaron a besarse, y ella se tocó sus propios labios. Recordando cada beso que había compartido con su compañero.

Los amantes se separaron unos centímetros, y cuando vio que su copia iba a decir algo, quiso agarrarla y apartarla, decirle que no lo dijera, que no se atreviera. No obstante, algo la tenía

anclada al suelo. No podía moverse. Y tuvo que ver cómo su copia le susurraba:

—Te quiero.

El tiempo se detuvo, y Daeva sentía que no podía respirar. Brennan se levantó de la cama y empezó a guardar sus cosas.

—¿Qué haces? —preguntó la copia.

—Yo... —tragó hondo—. ¿Cómo podría quererte? ¿Acaso no sabes que eres un monstruo? ¿Una asesina?

Dolía.

Que le dijeran lo que ella misma pensaba a la cara, dolía. Daeva se encogió al ver la escena. Una escena que su mente había creado, que quería meterle miedo, recordarle una de sus pocas inseguridades. Uno de sus mayores miedos convertido en una pesadilla. Quería despertar, pero también quería chillar a Brennan, decirle mil veces que por eso lo alejaba de ella. Porque sabía que eso pasaría tarde o temprano y que era un idiota por haber aceptado quedarse con ella. Que no debía acercarse, que no debía entrar en su corazón. El chico estaba a punto de salir por la puerta, pero no iba a marcharse. ¿No? Caminó hacia su compañero y se interpuso entre él y la puerta.

La veía. Ya no era invisible.

—¿Lo entiendes? Por eso te aparto constantemente. Porque te vas a alejar. Porque no te gusto, no me quieres. ¡Joder, Bren, entiéndelo!

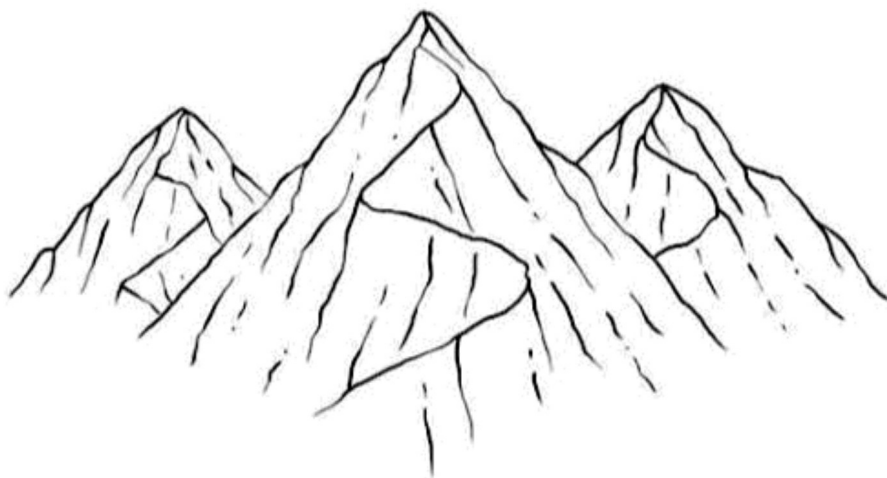
El chico no respondía, la miraba confuso.

—¡Dime algo! ¡Dime qué sientes, porque yo no lo sé! —dio un pequeño golpe en el pecho—. ¡Dímelo! ¡Quítame las dudas de la cabeza! ¡Quítame estos sentimientos que hay en mi corazón y explícame por qué tuve que enamorarme de ti! ¡Y me duele decírtelo! ¡Y sé que vas a rechazarme, que vas a alejarte! ¡Siempre he estado sola y siempre lo estaré! —No podía respirar y las lágrimas empezaron a brotar—. Desde siempre no he dejado que nadie entrara en mi corazón para ahorrarme dolor. Porque todos se van. Porque todos saben que soy una asesina. Y amo mi trabajo pero a la vez lo odio, porque me prohíbe vivir tranquilamente. Ser la mejor me está rompiendo, y no debería ser así. Estoy cansada de tener mi coraza, quiero ser yo.

Brennan pasó de largo y se fue por la puerta, y de repente estaba cayendo libremente por una oscuridad que la envolvía, hasta que se despertó entre sudor y mantas desordenadas.

Una pesadilla.

Solo había sido una pesadilla.



CAPÍTULO 43

Estaban hablando cuando alguien picó a la puerta, pero ninguno de los dos tuvo tiempo a levantarse, ya que, seguidamente, la chica con pelo negro y blanco entró en su habitación. Los dos chicos giraron rápidamente la cabeza, Mylo la saludó con un asentimiento de cabeza, Brennan no hizo nada, estaba demasiado ocupado observándola, recorriendo todas sus facciones, temiendo haberla olvidado.

No lo había hecho. ¿Cómo podría? Si la había observado tantas veces a escondidas que creía que podría dibujarla con los ojos cerrados, aunque fuese un pésimo pintor. Su nuevo amigo se levantó y se giró ofreciendo su mano.

—Un placer conocerte, Brennan.

La aceptó.

—Igualmente, Mylo.

Le dio un suave golpe en el hombro y se fue. Él y la chica salieron del dormitorio y Brennan se tumbó en la cama. Ya había vuelto.

¿Cuántas cosas le contaría? ¿Había venido con una capa nueva? Minutos después Daeva entró a la estancia, no corrió a abrazarlo, no sonrió, solo parpadeaba. ¿Qué tormentas habitaban en esa cabeza? Fue él quien tuvo que dar el primer paso.

—Hola —dijo.

Y entonces apareció. Una sonrisa calmada y tranquilizante, pero notó que su mano temblaba un poco, había algo en esta.

—Hola idiota —respondió, haciendo que la mirara a la cara, olvidándose por unos segundos del sobre que guardaba.

—Supongo que un trabajo menos.

—Gratamente sí.

—¿Una ronda de cartas?

Se lo pensó, pero terminó negando con la cabeza. Sacó la mano a la luz, miró la carta y se mordió el labio inferior. ¿Qué pasaba?

—Tengo que leer esto. Así que, si me dejas por favor un momento.

Entendió la situación, era de su cliente seguramente, así que se fue a su habitación asignada y esperó. El espejo mostraba una cara con más luz, su pelo castaño incluso parecía brillar. ¿Sería ese el reflejo de un alma feliz? Quizás no era feliz del todo, pero seguro que algo había cambiado, estaba mejor, se lo notaba.

Hizo introspección durante esos minutos delante del espejo. Todo había cambiado bastante, había salido de su apartamento para estar de un lado para otro, echaba de menos la estabilidad, pero a la vez le gustaba el movimiento.

Tenía un mejor aspecto, una sonrisa fácil asomaba en sus labios, las emociones que había ido experimentando dentro de él lo envolvieron. Las risas con Daeva y con Mylo y los estudiantes a los que, mentalmente, había denominado como «los Bomba». El llanto del otro día que lo había revivido. La emoción que lo invadió al besar a la chica que lo había sacado de su mente. Su corazón uniéndose pedazo a pedazo. La adrenalina. El miedo. El nerviosismo. Los celos. La indecisión. Todo era un conjunto, y todo lo sentía.

Al fin y al cabo, supuso que eso era vivir.

Sentir.

La puerta se abrió, y vio por el reflejo a esa chica de ojos verdosos. Se giró y sonrió sutilmente. Era preciosa, mente y cuerpo. ¿Lo sabría? ¿Sabría lo que él pensaba? ¿Sabía lo que sentía hacia ella? ¿Lo que le provocaba?

—¿Me acompañas a recoger unas cartas?

No pude evitar sonreír.

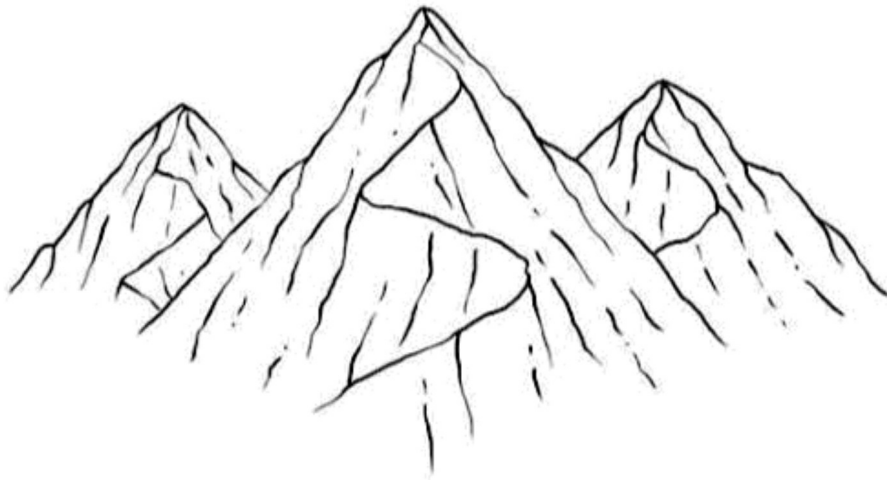
—Claro.

Salieron por la puerta, y le preguntó si le apetecía contarte lo que había pasado con ese encargo secreto. Ella parecía un poco cansada, como si no hubiese dormido bien. Así que al decirle que ya se lo contaría más tarde, no insistió más. Caminaron por las calles, y el pueblo era mucho más pequeño en comparación a Brumous. Su protectora le preguntó por esos días con Mylo, y Brennan le contó todo lo que habían hecho, diciéndole que tenía muy buenos amigos.

—Supongo que sí —sonrió Daeva, y cómo le encantaba que sonriera.

Entró a por sus cartas y él esperó fuera, mirando a su alrededor y al día que hacía. Se puso las manos en los bolsillos para calentárselas un poco y ella salió un rato después, con los ojos mirando al suelo. Como si no quisiera mirarlo a la cara. Le cogió la mano y la entrelazó con la suya.

Brennan miró el contacto. ¿En qué estaría pensando? Lo guió hasta un callejón, una calle un poco oscura. Cuando se giró para preguntar qué pasaba, se encontró sin tiempo a producir palabras. Un breve instante, un segundo, y todo se apagó. Toda la luz se fue en su mente. Sus ojos se cerraron por el impacto de algo en su cabeza y lo último que notó fue cómo caía al suelo.



CAPÍTULO 44

Otra vez estaban aquí, en la misma situación. Ella de pie mirándolo mientras él se despertaba del golpe que le había dado. Brennan sentado en una silla, esta vez atado. Sus ojos parecían desorientados, pero su voz era calmada y suave como el terciopelo.

—Supongo que ahora es el momento.

No respondió. ¿Qué podía decir? Había pasado más de un mes junto a él, y cada segundo había valido la pena. Por eso sería horrible despedirse, matarlo. Porque eso es lo que haría. Lo mataría, le rompería el corazón que por unos instantes ella sabía que había curado, porque lo había notado, porque había mejorado.

—¿Puedo decir algo antes de irme?

Lo dijo como si fuera a abrir una puerta y a desaparecer.

—Habla —le dijo, permitiéndole expresar sus últimos pensamientos.

—Ha sido un jodido honor ser tu rehén. Que me pusieras en esas situaciones de vida o muerte. Activaste algo en mí que nadie había logrado. Me enorgullezco de haberte dado todo lo que querías, y te prometo que no me olvidaré de esos momentos que compartimos, de risas y contacto físico. Decirte que no he probado a alguien como tú en mi vida y que ha sido un honor. Pero, sobre todo, que no te tengo miedo. ¿Cómo podría? ¿Cómo puedes tener miedo a alguien que te ha salvado?

—Voy a matarte Brennan Hinsén, nada de lo que digas va a cambiarlo.

—¿Por qué siento que me mientes ahora? ¿Por qué noto por primera vez duda en tu voz?

—Es mi trabajo. Es nuestro trato.

—Entonces mátame. Vamos, reina de la muerte, mata a tu súbdito más fiel.

Lo haría. Lo mataría.

Se acercó, sacó su daga del bolsillo del muslo y acortó el espacio entre ellos. Él mantuvo las piernas abiertas para que pudiera acercarse. Se inclinó y colocó su daga en la barbilla del chico.

Sin cortar el contacto visual, él alzó la cabeza. No supo cómo lograba mantener esos ojos tan quietos. ¿Realmente no tenía miedo? Claro que no, lo vería como una liberación. Algo en su corazón se contrajo, si lo veía de esa forma, entonces no había sanado tanto como creía. Memorizó esos ojos que en unos segundos iban a perder ese color marrón achocolatado. Había estado todo este tiempo protegiéndolo de los demás con todo lo que tenía para llegar a este momento. Para matarlo.

Él no temblaba, sabía que esperaba a que la daga de la libélula se clavara en su palpitante corazón. No volvería a escuchar esos latidos en el pecho, con el tiempo olvidaría el sonido y la sensación de esa noche que compartieron juntos, de sus dedos en su espalda, de la sensación, del tacto.

—Gracias.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Por hacerme sentir.

¿A qué estaba jugando? ¿Ahora tenía que decirle todas estas cosas? ¿O es que simplemente quería sacarlo antes de morir para no sentir que le faltaba algo por decir?

—No me des las gracias. No por esto. Te tengo que matar.

—Hacía mucho tiempo que me estaba muriendo. Y cuando estaba a punto tú entraste y me hiciste sentir algo que no era vacío. Me volví adicto a la sensación y pensé que, a lo mejor, tú podrías hacer lo que hacía tanto tiempo que deseaba que sucediera.

No quería escuchar las palabras.

—Creo que hice mal al besarte —continuó. Algo dolió en su interior, una punzada, quizás en el corazón—. Porque una vez empecé no pude parar. No sé cómo he logrado mantener tanto las distancias contigo Daeva. No sé cómo sacarte de mi cabeza.

—No hagas esto por favor. No intentes que me arrepienta. Sé lo que tengo que hacer.

—Entonces hazlo —sonrió sutilmente—. Mátame.

Bajó la daga de la barbilla de él y la movió hasta el pecho. Solo debía presionarla un poco, un apuñalamiento justo en el corazón y ninguno de los dos sufriría. Mentira. Ella sí sufriría. Y se había dado cuenta de que no todo el mundo se alejaba, sino que lo hacía ella. Primero con Lauren, después con sus compañeros de armas, y ahora con Brennan. Tenía tanto miedo a que la abandonaran otra vez, que se iba antes de que los demás pudieran hacerlo.

Cogió el mango de la daga con las dos manos, para lograr más fuerza, para estar segura.

Cerró los ojos, esperando a que la reina de la muerte lo matara. Respiró hondo y recolocó las manos para un mejor agarre. Inhaló y exhaló una vez, y otra, y otra más. La sonrisa de él desapareció y recordó que nunca volvería a ver esa sonrisa, y eso la mataba, la quemaba por dentro.

Así que lo besó, aplastó los labios contra los del chico al cual tenía que matar. Y él, sin poder moverse, le siguió el beso. Fue como volver a su zona de confort, a una comodidad absoluta. Lo besaba con necesidad, con añoranza, la daga seguía en el pecho sin hundirse en el tejido ni en la piel. Abrió la boca un tanto para que su lengua entrara, y él no dudó. Si le daba algo, sabía que lo cogería, fuese lo que fuese. Daeva no pudo evitarlo, no pudo evadir lo que tanto había crecido en su pecho. Dejó el peso de la daga en la mano derecha, y con determinación la lanzó a la otra punta de la habitación. No podía matarlo.

No quería, mejor dicho.

Se rendía. Él ganaba, y a ella no le importaba. No le importaba una mierda haber perdido. Había roto su promesa de matarlo. Aunque bien sabía que nunca cumplía las promesas que hacía con sus víctimas.

Lo besó con esmero, intentando transmitirle a base de ese contacto lo que no lograba expresar en palabras. ¿Por qué era tan complicado? Él no podía deshacerse del nudo, Daeva había notado que sus brazos se movían, seguramente para poder tocarla. Él cerró las piernas y se sentó encima de él para profundizar más el beso, pasando las manos por su pelo. Dichoso ese pelo.

—Necesito tocarte. Necesito...

Dejó de besarlo, esperando a que terminara.

—Te necesito a ti —la miró con unos ojos llenos de deseo y determinación.

—¿Cuánto me necesitas? —se movió lentamente encima de él. Vio sus músculos tensarse, y cómo tenía que luchar contra las cuerdas que le prohibían tocarla.

—Mucho —suspiró—. Te necesito ahora. Por favor... Suéltame.

¿Y si se marchaba? ¿Y se la dejaba ahí tirada? El miedo creció en su pecho. Confiar en él. ¿Sería tan malo confiar completamente?

—¿Y dejarte escapar?

Brennan la miró sorprendido, como si no se creyera que después de todo lo que habían pasado juntos, la asesina siguiera pensando que se largaría.

—¿Para qué escapar cuando tengo lo que más necesito, y quiero, delante de mis narices?

—No me necesitas, realmente.

Nadie la necesitaba, solo cuando requerían de su ayuda puntualmente.

—Te equivocas.

—Te cansarás de mí muy rápido.

Todas las inseguridades, todos pensamientos que siempre había ocultado bajo su capa de hielo, estaban saliendo a la luz. Estaba aterrorizada. Habían pasado semanas juntos, y sentía que si empezaban a pasar aún más tiempo unidos, se cansaría de ella, que la encontraría aburrida, plana. Insignificante.

—Suéltame y te quitaré esa estúpida idea de la cabeza.

Creyó en sus palabras, aunque dudó unos instantes en si desatar las cuerdas o no. Apartó las manos de su cuello, y las bajó lentamente hacia el nudo, deshaciéndolo y notando la respiración de Brennan en su cuello. Sentía sus ojos observándola. Al desatarlo, la cogió de la cintura, los levantó de la silla, y la sentó a ella. Agarró la cuerda y ató las manos de Daeva por detrás. Ella confió. Quiso confiar.

—Te voy a demostrar una cosa, Daeva —le besó la mandíbula y paseó la nariz por su cuello —. Te voy a demostrar que, incluso con la posibilidad que tengo ahora de escaparme, me quedaré —La volvió a besar con fuerza—. Joder si me quedaré.

—¿Y si me estás mintiendo? —susurró.

—Ponme a prueba —respondió relamiéndose los labios, y juntándolos con los suyos poco después.

Se lo correspondió, porque ya no podía negar lo que sentía por el chico que había empezado siendo su rehén. Empezó a tocar su cuerpo por encima de la ropa, y entendió la necesidad de Brennan al quitarse la cuerda de las manos. Era un impulso. Le agarraba la mandíbula mientras

la besaba y todo en su interior se derretía. La electricidad que se creaba entre ellos era como si todo fuese nuevo. La cuestión es, que no lo era. Brennan se arrancó un trozo del bajo de la camiseta y se separó de sus labios.

—Confía en mí —le pidió.

—¿Qué...?

—¿Te acuerdas de lo que dije una vez? Solo me he arrodillado ante ti, y así lo seguiré haciendo.

Puso una rodilla en el suelo, y su respiración se paró al verlo hacer. Siempre había sabido su posición, nunca había cuestionado su poder. Lo gobernaba, y se lo estaba mostrando. Y si él hacía eso, ella podía confiar en él. Le vendó los ojos con el trozo de tela, y lo aceptó. Los dedos de Brennan empezaron a desabrochar el corsé, después los pantalones, y poco después estaba de cintura para abajo desnuda.

—Abre las piernas para mí —susurró.

—Aquí la que da las órdenes soy yo. —Quiso remarcar, pero ahora mismo estaba a su merced.

Cogió las rodillas de la asesina e hizo un poco de fuerza, aunque ella no opuso resistencia. Las abrió de par en par y besó uno de sus muslos. Daeva tiró la cabeza hacia atrás, anhelando aire, dejándose llevar.

—¿Estás segura de eso?

Volvió a besar su piel, lenta y suavemente. Pasó a la otra pierna, y poco a poco fue abriéndolas más y más. Para que fuera directamente a la zona que quería. Y, aunque no lo veía, sabía que Brennan estaba sonriendo con la cabeza metida entre sus piernas. Los besos se acercaban pausadamente a su centro, pero parecía que estuviera torturándola, y ella se removía en la silla, acercándose a su cara, pero él se separaba y reía un poco.

Estaba volviéndose loca. Necesitaba liberarse de la sensación, necesitaba que la tocara completamente.

—¿Así está bien? —besó una zona ya muy cercana.

Sintió que sus piernas temblaban, luchó un poco contra las cuerdas. ¿Conseguiría deshacerse de ellas y coger ella misma la cabeza del chico para que lo hiciera ya? Solo consiguió gemir un poco, pidiendo clemencia. Cosa que nunca hacía.

—Estoy esperando una respuesta, Daeva.

—Hazlo ya, por favor.

—¿Hacer qué?

Estaba jugando con ella, los dos lo sabían. La estaba tentando, llevándola al límite para hacerla hablar y decirlo con sus propias palabras.

—Tocarme.

—Hay muchas formas de tocarte —besó por un segundo su zona íntima y sintió que iba a explotar si no empezaba ya—. ¿Prefieres correrte sobre mis dedos, o mi lengua?

—Lo segundo.

—Como deseas.

Recorrió la zona con su lengua y Daeva empezó a respirar con dificultad, entreabriendo los labios. Abrió más las piernas, dándose por vencida, ofreciéndose para que hiciera lo que quisiera.

—¿Así? —hizo un movimiento lento y largo.

La asesina gimió.

—¿O así? —empezó a acelerar el ritmo.

Y no hizo falta que dijera nada, pues sus jadeos respondieron por ella, el movimiento de sus caderas lo demostró sin ser consciente. El orgasmo crecía dentro de ella por momentos, por segundos, y necesitaba que acelerara un poco más el ritmo. No tuvo que decir nada, él mismo empezó a saborearla con más ganas, y ella se volvía sensible a cada roce, anhelando más y más.

—Calma —susurró.

—Si sigues así no aguantaré, Bren.

—Aguanta un rato más, aún no he terminado contigo.

La agarró de las caderas, acercándola completamente a su cara, y finalmente Daeva sentía que iba a explotar. Viajaba por algún lugar sin ser consciente de lo que estaba ocurriendo, solamente concentrándose en el placer. Brennan no paró hasta que sus piernas intentaban cerrarse por los espasmos que ocurrían por todo su cuerpo, avisando que ya había llegado al orgasmo, y que su prolongación la sobreestimulaba.

Le quitó la venda de los ojos con una mano. Sus piernas aún temblaban. El no poder ver lo que hacía lo había hecho mucho más excitante. Cómo la había lamido, cómo había besado sus muslos y cómo la había llevado hasta la más alta de las montañas. Abrió los ojos, aún tenía la respiración entrecortada.

—¿Lo ves? Sigo aquí.

Daeva no se lo creía. Había tenido la oportunidad de escapar, podría haberla dejado atada a esa silla y ser un hombre libre, pero se había quedado. Él siempre se quedaba. Nadie se había quedado antes, no de esa forma. Solo un idiota se habría quedado. Y ese idiota tenía nombre y apellido; Brennan Hinsén.

—Mi turno.

Sabía que estaba excitado, que no se había deshecho del dolor en su entrepierna. Los ojos de él brillaron, centellearon.

—No hace falta que lo hagas.

—Yo quiero.

Brennan se tardó lo suyo en deshacer el nudo de las manos. Se separó para que pudiera levantarse, y así lo hizo. Lo miró decidida, paseó su vista por todo su cuerpo, cubierto por la ropa que dentro de poco le quitaría.

—Dámela.

Su rehén, aunque ya no lo podía considerar como eso, ya que quería quedarse, le dio la venda. Quería probar algo nuevo, jugar. Así que le puso la venda y le susurró al oído:

—Espera un momento.

Él se quedó de pie. Daeva empezó a quitarse lo que le quedaba de ropa, la camiseta ajustada y las bandas de cuero. También se quitó el sujetador y se volvió a acercar.

—Dame tu mano.

Se la mostró, y la tomó para hacerle tocar un pecho. Él toqueteó y masajéo. Daeva se lanzó a besarlo mientras seguía. Sabía que él era consciente que estaba desnuda, completamente desnuda. Y que no poder verla era una tortura para él. Lo besó hasta que se olvidó de todo, de los problemas, del hecho de que estaba desobedeciendo a su cliente. Olvidando que tendría que haberlo matado pero no había sido capaz, porque lo quería ahí con ella.

Deslizó la mano hasta sus pantalones, le desabrochó el cinturón y escuchó la respiración de Brennan cortarse.

Seguía besándolo mientras él la tocaba. Corrió la cremallera hacia abajo y bajó los pantalones, junto al bóxer, lo suficiente como para dejarlo todo al descubierto. Daeva no dudó en empezar a tocarlo, primero caricias, paseándose por sus centímetros, y después lo agarró con la mano. Él gimió en su boca y ella empezó a mover su mano.

—Daeva —jadeó Brennan.

Absorbió su nombre entre besos. Siguió moviendo la mano, arriba y abajo, y cuando su mano se cansó, se separó de los labios del chico. Se arrodilló ante él, cómo había hecho unos minutos antes Brennan. Dejando que sus manos viajaran desde el pecho hasta la cadera, dándole a entender que estaba bajando.

—¿Daeva? —preguntó el chico.

—Estoy aquí —susurró delante de la dureza y supo que lo sintió.

Daeva abrió la boca y dejó que entrara lentamente y cuando sentía que no podía más, empezó a recorrerlo con los labios, dejando que entrara y saliera. Brennan gemía mientras lo llevaba al límite, jugueteó con la lengua, lamió, se separó y volvió a dejarlo entrar. Todo a su debido tiempo, pero sabía que él no aguantaría mucho, que le quedaba poco, y para su sorpresa, él buscó su cabeza con las manos. Marcó el ritmo, pidiéndole más intensidad. Brennan enterró las manos en su pelo, y la asesina dejó que la guiara, que la gobernara cuando él se había declarado su súbdito más fiel.

Le permitió concentrarse en demostrarle que podía con él y que sabía cómo hacerlo llegar a donde fuera.

—Necesito...

—¿Qué necesitas? —se separó un instante.

—Necesito estar dentro de ti.

Sonrió, porque también lo necesitaba. Se levantó a duras penas, porque sus piernas estaban como flanes, porque ya estaba excitada, ya estaba lista. Fue a coger algo de la mochila y volvió.

—¿Con venda o sin venda? —le preguntó Daeva al oído. Brennan no respondió, él mismo se la quitó rápidamente, sin poder aguantar las ganas de verla, la miró de arriba a abajo y dejó su vista en la mano, donde había un condón. Lo cogió y se lo puso, sabiendo que miraba cada uno de sus movimientos, y cuando terminó le respondió.

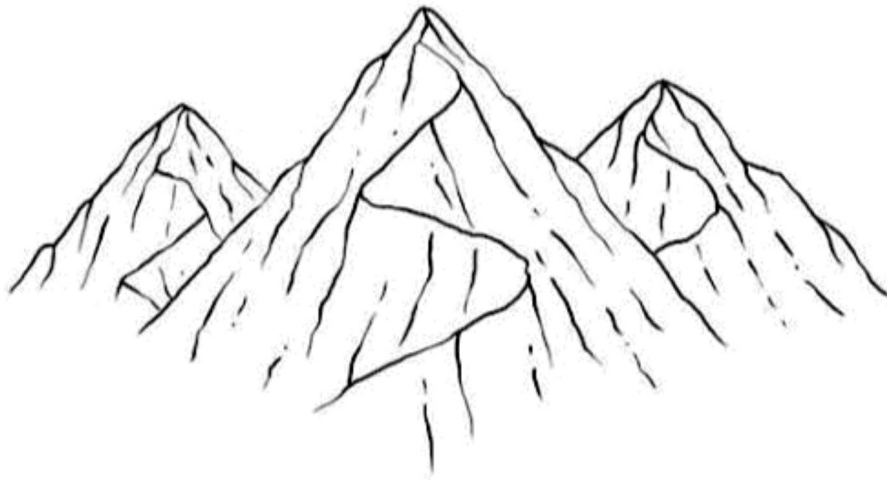
—Contra la pared.

—Eso no es lo que te he...

Sus manos envolvieron su espalda y la acercó lo máximo posible a él. La asesina notaba la dureza en la zona baja de abdomen y se perdió en el beso. No podía negárselo. Le quitó la camiseta al segundo y él se terminó de quitar los pantalones. Una vez los dos desnudos, volvieron a pegarse el uno al otro. Como si no hubiera un mañana, como si solo existiese el presente. Brennan la agarró de las nalgas, ella pasó las manos por la nuca y el pelo. En un movimiento ágil y rápido, la subió a su cintura y Daeva lo rodeó con las piernas. Se movieron juntos hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Contra la pared —repitió Brennan, su voz rasposa y grave.

—Contra la pared —respondió Daeva, confirmándolo, permitiéndoselo.



CAPÍTULO 45

Se vistieron entre ellos, agarrando la ropa del suelo y tocando sus pieles desnudas con suavidad y delicadeza, le ató el corsé de la cintura con calma, ella le puso la camiseta. Siempre tendemos a querer desvestir a la otra persona, pero cuando todo ese contacto termina, ¿por qué nos vestimos a nosotros mismos?

Ellos se ayudaron, compartieron ese tipo de intimidad. Daeva dejó un beso tierno en los labios de su... No sabía que era, quién era, cómo referirse a él, pero Brennan la agarró suavemente de su no muy marcada cintura. Al separarse, respiraron con calma, inhalando y exhalando, compartiendo aire.

—Larguémonos —dijo el chico.

Lo cogió de la mano y salieron de ese hostel, estaba amaneciendo, era el comienzo de un nuevo día. ¿Hacia dónde irían? No lo sabía. Se preguntó si le parecería interesante subirse a ese transporte y decidir de forma aleatoria dónde bajarse, quiso proponerle la idea.

Pero algo se interpuso. Una cantidad innumerable de hombres aparecieron, notó la tensión en su cuerpo y en el de Bren. ¿De dónde salían tantas personas? Era de locos, no podría con tantos, pero lo intentaría. ¿Tantos sabían sobre los rumores del posible asesinato de Morana? Aunque no la miraban a ella, lo miraban a él, al chico que se posicionaba a su izquierda.

—Bradley Brennan Hinsén —dijo el que parecía el cabecilla—. Mira que eres una pequeña rata escurridiza.

El chico de pelo marrón se encogió un poco de hombros y maldijo por lo bajo. No estaban ahí por los rumores. ¿Los líos de él? No hubo conversación ni una explicación, no actuaron de la misma manera que Pearson, quien estaba detrás de ese hombre de pelo pelirrojo. Solo actuaron. Una avalancha de asesinos y matones empezaron a correr tras ellos. Bren la agarró de la capa dorada y roja e iniciaron la huida.

Daeva empezaba a estar un poco harta de siempre correr y correr, siempre lo mismo. Nunca había tenido que escapar tantas veces en un periodo tan corto de tiempo. Pero lo hizo otra vez hasta agotarse.

Al dar la vuelta a una calle, dejaron las mochilas rápidamente escondidas entre unas cajas. Sus

respiraciones alborotadas y discontinuas. No podrían con tantos. Tendrían que haber llegado a la estación, pero estos los llevaban a la zona contraria de la ciudad. ¿Qué podrían hacer? Ese fue uno de esos momentos en los que se demostró que, incluso las personas más preparadas, inteligentes y analíticas, también pueden encontrarse con obstáculos insuperables que deben aceptar, para después buscar otra salida.

Porque, por primera vez, los atraparon.

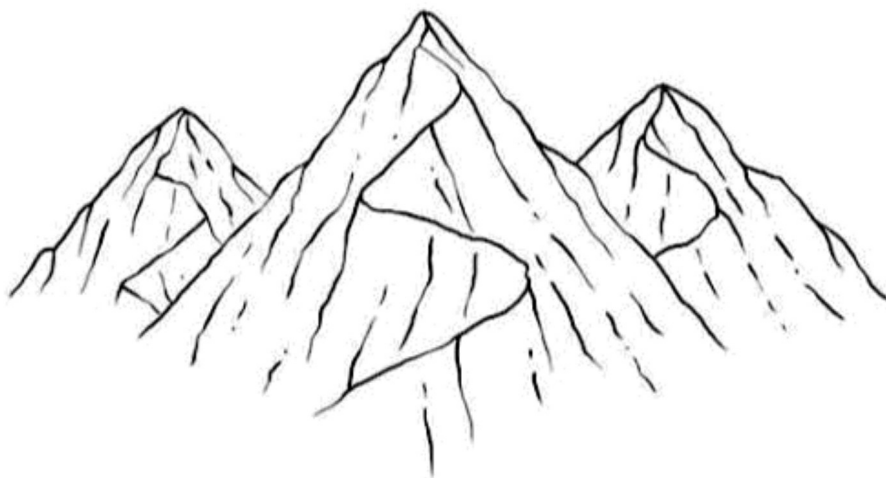
Y ni ella, ni Bren pudieron hacer nada contra la multitud.

Los habían llevado a una gran casa que a simple vista nadie pensaría que fuera algo parecido a una cárcel privada. Sus ojos vendados no habían podido ver todos los pasadizos y escaleras que realmente cruzaron, bajaron y subieron. Solo sabían que habían dado un trillón de vueltas por esa propiedad. Los tiraron en distintas salas delimitadas por barrotes por donde sus cuerpos no podrían escapar, ni aunque se deslizaran entre metal y metal.

Escuchó una puerta cerrarse y sus muñecas dejaron de estar bloqueadas por las manos de uno de los matones. Se deshizo de la venda y sus ojos no lograron ver nada, a medida que los segundos pasaron, pudo vislumbrar unas pocas luces en las paredes. Podrían haber sido perfectamente unas catacumbas, no había luz natural. Se levantó, agarrándose de los metales y luchando contra la puerta para romperla. Solo tenía una daga, la de la libélula. Si esos matones no se la habían quitado es que estaban muy seguros de que ellos no tendrían posibilidad de escapar.

Movió la puerta hacia delante y hacia atrás con fuerza, pero no podía romperla. Solo se abriría con una llave, que seguramente sería muy poco probable que pudiera conseguir. Gritó el nombre de Bren y éste rebotó por las paredes húmedas. Estaba sola, completamente sola. Reposó la espalda en la pared y esperó a que el cansancio se apoderara de ella. Quiso despertar, para saber si esto también era una de sus pesadillas. Se sumió en la oscuridad del sueño y se dejó llevar.

Sin saber cuánto tiempo había transcurrido, algo la despertó, concretamente un golpe contra el metal. Se despertó lentamente con el horrendo ruido metálico. Había alguien en su puerta, un hombre. Entrecerró los ojos para adaptarse a la poca luz, y los abrió de repente al verlo ahí, con moretones formándose en esa cara.



CAPÍTULO 46

Todos sus antiguos compañeros se habían ido turnando para pegarle varios puñetazos por todo el cuerpo. Había perdido la cuenta de cuántos golpes había recibido en la cara, el estómago y las costillas. Todo le dolía, y cuando pareció que se habían cansado de molestarlo, se durmió tiritando de dolor en la esquina de esa pequeña habitación rodeada de barrotes.

Sabía que lo odiaban.

Lo despertó un nuevo ruido, como si alguien quisiera jugar un rato más con él. Era Pearson, quien parecía no haber tenido suficiente, ya que el chico sonreía con una mueca malvada formándose en sus labios.

—Finalmente estás recibiendo tu merecido.

—Habéis necesitado casi un ejército entero para atraparme. Realmente os aburrís mucho con vuestra vida como para estar tan centrados en terminar con la mía.

Se levantó dolorido. El chico pelinegro enfureció y abrió la celda con una de las muchas llaves del gigante llavero que traía en sus manos. Le pegó una bofetada, pero estaba tan dolorido que no sintió nada, y se alegró por primera vez de no hacerlo.

—Eres un malnacido y un mestizo de mierda.

—¿No se te ocurren más insultos? Venga, eso me lo decían constantemente en el instituto. Vamos, sé un poco más original. ¿O es que ese cerebro de mosquito no te lo permite?

Le pegó un puñetazo en el estómago. Nada. Brennan empezó a reír, y su antiguo compañero casi soltó fuego por la boca. Otro golpe y lo acorraló contra la pared.

—Yo de ti tendría cuidado con lo que dices. Porque tu novia está a unas escaleras de distancia de aquí y la verdad no me iría mal desahogarme un poco.

Ante las palabras, y la amenaza, Brennan lo agarró del cuello de la camiseta y lo tiró al suelo. Le pegó una patada en la cara, rompiendo otra vez su nariz, y dio un puñetazo tras otro hasta que se cansó, hasta que Pearson casi parecía no poder respirar, ni moverse.

—Ni se te ocurra acercarte a ella.

Le regaló un puñetazo de despedida y corrió hacia la puerta, cerrando esta y sacando las llaves para quedárselas. El chico no se movió del suelo, y Brennan deseó que nunca más lo hiciera. Unas pocas escaleras. Esa era la distancia. Corrió de un lado para otro, intentando encontrar ese pelo medio negro y medio blanco que tanto le gustaba. No gritó, no quería que lo reconocieran. Para su sorpresa, no había nadie más vigilando, y agradeció eso a los dioses. Hasta que finalmente la encontró, durmiendo contra una pared, hecha una bolita. Restregó las llaves por el metal, haciendo que un sonido sutil pero fácil de oír sonara, poco a poco la chica abrió los ojos y lo vislumbró entre la negrura que los rodeaba.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sonaba débil.

—He venido a rescatarte.

¿Acaso no era obvio?

—Eres idiota.

Entrecerró los ojos mientras ella se pasaba una mano por las sienes.

—¿Así es como me lo agradeces? —Torció la cabeza hacia un lado.

—Podrías haber escapado —puntualizó.

Y qué manía con lo de escapar. ¿Cuándo entraría en su preciosa mente que no lo haría? Pero si hacía falta se lo repetiría mil veces.

—Podría. Pero me faltaba algo.

—¿Y has venido a restregármelo?

Se odió un poco a sí mismo por no haberse dado cuenta antes de esa gigantesca inseguridad que había mostrado varias veces. No obstante, se prometió que haría lo que fuese para ayudarla a superarla.

—Lo que me falta eres tú.

Daeva dejó de estar en el suelo, se levantó muy lentamente del suelo húmedo, pero no se acercó a los barros. ¿Otra vez manteniendo distancia? ¿Y si se había dado cuenta de que él solo le traía problemas y por eso no quería que se acercara a ella? No podían quedarse mucho tiempo ahí hablando, debían aprovechar para salir.

—Eres un idiota —resopló—. ¿Por qué haces esto?

—Porque tú me salvaste una vez a mí. Me sacaste de ese apartamento y de toda esa vida que yo tenía y no vivía.

—Te saqué de allí para matarte, no era mi intención dejarte con vida —se acercó un poco, solo unos pasitos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿El qué?

—Matarme.

Miró al suelo, y supo que estaba buscando las palabras para explicárselo. Debían darse más prisa.

—Porque fui débil.

—Lo dudo.

—Literalmente mi trabajo estaba totalmente enfocado en, al final, matarte. Ni eso pude hacer. Lo que me convierte en una pésima asesina que no sabe cumplir su cometido, su encargo. Después de esto nadie me va a contratar, no lo harán si sigues con vida. Debería matarte, ¿lo sabes?

—Lo sé. Pero también sé la razón por la cual ahora mismo estoy vivo.

—Pues dímela, porque yo estoy hecha un lío.

—Lo sabes, pero no quieres decirlo en voz alta. No quieres verbalizarlo, porque si conviertes lo que sientes en palabras, entonces será real, y te aterroriza —intentó acercarse más a los barrotes para ver su cara—. Tú me salvaste, ahora es mi turno de salvarte a ti. De liberarte.

—No merezco tu ayuda, ni tu compasión, ni tus buenos actos.

Realmente la Daeva fuerte y llena de muros gruesos no estaba en esa celda, había entrado en contacto con una Daeva llena de pensamientos que la rebajaban, que la hacían empequeñecerse y sentirse mal.

—Entonces déjame, al menos, darte mi amor.

Era la primera vez que decía esa palabra. No obstante, sabía que era el momento adecuado, era consciente de que ahora debía decirlo, que ahora todo debía salir.

—Y merezco menos tu amor.

—Me estoy entregando a ti ahora mismo Daeva. Por favor... Necesitaba que lo entendiera, que se le metiera en la cabeza, que lo aceptara.

—Yo... No lo merezco.

—Sí que lo haces. Todos merecemos amor.

—Alguien como yo no, soy un monstruo.

—Eso es lo que haces creer a la gente.

—Soy una asesina Brennan. Parece que a momentos lo olvidas. Eso que sientes por mí te está cegando, no soy buena para ti, no lo merezco. Cuando alguien me ve entrar por su ventana ve a la mismísima muerte acechándolo. Todos tiemblan ante mí. ¿Por qué tú no?

—Porque yo vi a mi salvación.

—Lo que pasa es que tú eres raro —giró la cabeza, evitando su mirada mientras arqueaba las cejas.

—No soy raro —sonrió calmadamente y supo que ese era el momento para abrirse en su totalidad—. Soy un idiota que se enamoró de la mujer que debía matarlo.

No hubo respuesta por parte de ella, calló de una forma letal, y entendió que había logrado acallar todas las voces que vivían en la cabeza de su amiga, su amante, su protectora. Por unos cortos segundos se volvió inseguro al haber soltado demasiado, pero ya estaba hecho. Era ahora o nunca. Un rayo de esperanza lo atravesó, aunque el miedo al rechazo lo inundó. Daeva finalmente se acercó a los barrotes, mirándolo sin despegar los ojos de los suyos, pero no lo miraba de la misma forma, había delicadeza y ternura.

—Sácame de aquí —susurró.

No era una orden, por primera vez no le estaba ordenando nada, era más una petición, una súplica. Agarró las llaves a toda prisa antes de que alguien viniera. Miró cada dichosa llave, probando con cada una a ver cuál de todas estas encajaría y sería la indicada. Notaba la mirada

de la chica encima de él, pero no debía desconcentrarse. Finalmente, una entró. Miró a la chica.
Un giro.

Dos giros.

Abrió la puerta. No salió corriendo, no, se deslizó sigilosamente y con una mano cerró la puerta de la celda sin provocar ningún sonido. No miró nada más, solo a él. Un ruido vino desde el final del pasillo. Los dos miraron de dónde provenía y volvieron a mirarse.

No perdió el tiempo, lo agarró de la mandíbula y lo besó, sin pensárselo. No lograba sacar las palabras ni los sentimientos, así que se lo demostró. ¿Por qué le costaba tanto verbalizarlo? No quiso responder a la pregunta. Tampoco se entretuvo, así que pasó las manos hacia la nuca y después las enredó en el pelo castaño del chico por el que sentía algo que nunca se había permitido sentir en su totalidad. Él puso las suyas en sus mejillas y la acercó más y más. Aire, energía, pasión, un vaso de agua refrescante y amor. Masticó la palabra.

Amor.

Amor.

Amor.

Era eso, nada más. Se permitió sentir, destruir de una vez los muros de su corazón, derribarlos con una máquina de demolición, tumbarlos y permitir que Bren entrara y lo cuidara. Se lo daría, lo había decidido.

Se lo daría todo. Daría todo lo que tendría que haber dado a Lauren. Había cumplido la promesa. Se estaba dejando amar, al fin se estaba permitiendo amar completamente, sin filtros. Y, al pensar en eso, tuvo que contenerse para aguantar las lágrimas.

Fue él quien paró el beso.

—Corre —le ordenó.

Ella arqueó las cejas y sus labios hinchados sonrieron confusamente.

—¿Tú dándome órdenes? —bromeó.

—Creo que ya era hora de empezarlas a dar fuera de la cama.

Le guiñó un ojo con una sonrisilla y depositó en sus labios un suave beso. Al despegarlos él no escondió una sonrisa, tampoco lo hizo ella. La agarró de la mano justo cuando otro ruido sonó, unos pasos hicieron eco. Alguien venía.

—¿Corremos? —le preguntó al chico.

—Corremos.

Se dejaron guiar por su instinto, corriendo y subiendo escaleras hacia arriba, no sabían a cuantos metros de profundidad estaban. Paso a paso y pie tras pie, los ruidos se volvían inexistentes. Así que lo hicieron lo más rápido posible, intentando tardar poco tiempo en subir, subir, subir. Respirar en silencio y no hablar, solo mirar. Los ojos abiertos en su totalidad para avistar cualquier movimiento.

Giraron a la derecha, después a la izquierda, parecía un laberinto interminable, creían que no

saldrían nunca. Volvieron a oír los pasos, caminaron más rápido, agarrados de la mano. Cogió la daga escondida, los matones hicieron mal al no quitársela. Se oyeron unas voces y se escondieron donde pudieron, dos hombres pasaron por de largo, y volvieron a retomar la huida.

Pero no pasó mucho hasta que un hombre se los encontró. La asesina no dudó en clavarle la daga directamente en el corazón. Ella no se dio cuenta hasta unos instantes después, de que se trataba del cabecilla del grupo. Brennan abrió los ojos como platos, pero suspiró con tranquilidad después, se acercó.

No había sacado la daga aún. El chico de pelo marrón se acercó mucho más hasta susurrarle al oído:

—Te voy a dar un consejo. No vivas atado al pasado, no vale la pena. Te lo digo por experiencia propia. Avanza y olvídate. No puedes hacer nada más.

Daeva sacó finalmente el arma y el hombre cayó al suelo.

—Qué bien me ha sentado decir eso —dijo sin preocupación. Parecía que cada vez había más luz.

¿Lo lograrían? Daeva se lo pidió a los astros, al universo y a todas las estrellas del cielo. Pidió a sus guías espirituales y a las almas que la rodeaban que le indicaran el camino, y se dejó llevar en su totalidad. Ahora tiraba de Brennan y la seguía sin rechistar. Giró a la derecha, y otra, y otra vez. Subió unos escalones y encontró una puerta. No había para meter llave. Respiró hondo y giró el pomo, abriendo la puerta para encontrarse con una barba muy fácil de reconocer. Mylo se giró completamente y abrió los ojos como platos.

¿Qué cojones hacía ahí?

—Menos mal que os he encontrado.

La asesina quedó estupefacta, realmente todos lo estaban.

—¿Qué...?

—Os explico la versión resumida —Los miró a los dos—. ¿Te acuerdas de la chica del bar, Brennan?

Asintió.

—Pues le hice una visita antes de marcharme, ya sabes, para despedirme —guiñó el ojo con una pequeña sonrisa—. Y he salido esta madrugada cuando he visto a un montón de hombres perseguir a un chico y una chica. Gracias a tu capa —la miró— os he podido identificar. Así que he esperado hasta que la mayoría estuvieran fuera de esta casa tan extraña para entrar. La cuestión es: sé como salir de aquí.

La tranquilidad la invadió, y la incertidumbre desapareció. Podía volver a respirar, verían la luz del día. Y así, gracias a una casualidad, Brennan, Daeva y Mylo, salieron de esa profunda oscuridad para encontrarse con un precioso atardecer asomando entre los edificios y casas. La nieve estaba sucia de tantas pisadas y corrieron hacia el tren, el cual hacía sonar su chimenea por la que salía humo. Debían darse prisa, pero necesitaban las mochilas, así que fueron a esas cajas medio desmoronadas y después corrieron con el viento de su bando, ayudándolos a llegar a tiempo.

Pasaron el tiquet y subieron los escalones que separaban el suelo del tren. Finalmente pudieron sentarse y asimilarlo todo. Las emociones estaban a flor de piel y la asesina se fue al baño para ponerse agua en la cara, apoyando las manos en el pequeño trozo de mármol.

—Se va a quedar —le dijo el reflejo, su conciencia.

—Lo sé —susurró—. Lo sé.

Sonrió. Sonrió de esa forma en la que incluso los dientes que se escondían atrás aparecieron.

Una sonrisa en su totalidad. Estaba en paz, con un sentimiento floreciendo en su interior, como un tulipán. Sí, un tulipán. La flor que simboliza el enamoramiento, la pasión y el amor puro. Su tulipán se abría para recibirlo todo y crecer, crecer, crecer.

Al volver al asiento, vio a Brennan durmiendo contra el cristal y la capa cubriéndolo para protegerlo del frío. Mylo estaba sentado delante de ellos y Daeva decidió sentarse con su amigo por un rato.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero, ¿qué hacíais allí?

—Bren ha tenido una vida dura, como muchos ahí fuera, solo tuvo que hacer cosas que ahora le están pasando factura. Tranquilo, no volveremos aquí. No tengo pensado ponerlo en peligro.

—Se suponía que debías matarlo, por lo que me contó —frunció el ceño.

—Lo sé. Pero no pude.

Sacó la daga de la libélula de su manga y jugueteó con ella.

—Entiendo.

Ella le regaló una sonrisa. Los dos sabían lo que significaba y a quién simbolizaba.

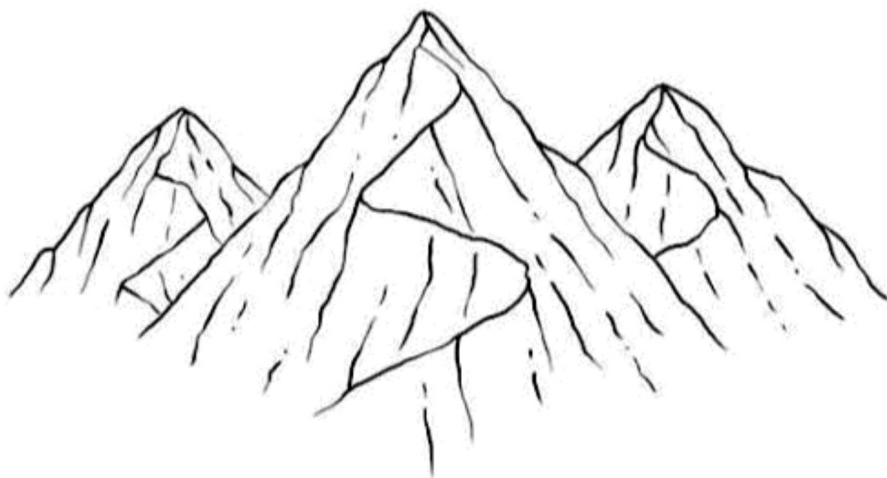
—Creo que es hora de devolvérsela.

—Cuando estés lista —le respondió Mylo.

Se levantó del asiento acolchado y le revolvió el pelo negro, a lo que rechistó y la pegó suavemente en la pierna para que se fuera. Él se bajaría y haría trasbordo en otra parada para dirigirse a casa. ¿Dónde estaba su casa? La asesina aún no lo sabía. Echaba de menos la ciudad donde se había criado, echaba de menos las primaveras ahí, la tranquilidad y felicidad de las calles, las flores y los bosques donde le gustaba de vez en cuando cazar. Echaba de menos a las personas y las familias de ahí, el aire reparador y puro junto con el olor a comida recién hecha. Algún día volvería.

Se sentó al lado del chico que le revolvió el estómago y el corazón y apoyó la cabeza en su hombro. Se bajarían en la última parada, pero después, ¿qué harían? Se durmió aún con el cuerpo entumecido por el cansancio, esperando a que Brennan, al despertarse, se sintiera mejor. Los moratones no habían pasado desapercibidos ante sus ojos, y por un momento, al recordarlo, quiso salir de ese tren y matar a cada uno de los que le habían hecho eso. Se tranquilizó al pensar en que se alejarían de todo eso. Se obligó a pensar en Sahil y en lo que podría pasar.

Soñó que estaba en una cama bien grande y ancha, que el chico de pelo castaño la miraba mientras acariciaba su cara, el sol entraba por la ventana, debía estar amaneciendo y olía a flores. ¿Estaban donde creía que estaban? Se levantó de la cama y fue hacia la ventana, el paisaje era tal cual lo recordaba, todo estaba igual, nada había cambiado. Soñó hasta estar tan cansada que todo en su mente se apagó, como un interruptor.



CAPÍTULO 47

Les quedaban unas pocas paradas para llegar, pero ya se había despertado, aunque no quiso moverse al ver a la chica de pelo negro y blanco dormía apoyada sobre él. Eso era real, todo lo era. El traqueteo del tren, el pelo sedoso de la chica emanando ese olor a flores, aunque ahora estaba opacado por el olor a suciedad y humedad. Eso no le importó lo más mínimo. Habían superado demasiadas cosas. Quería descansar, respirar y aprovechar el tiempo que tenía con ella. Tiempo, tenía tiempo.

Daeva se despertó al poco rato y se incorporó lentamente pasándose las manos por los ojos. Al girar el cuello, sus miradas se cruzaron y ella sonrió. Maldita esa sonrisa, que lo volvía loco y hacía que su corazón se acelerara tan rápidamente. Fue ella la que se acercó con esa sonrisilla y lo besó tiernamente, como si llevaran toda una vida juntos. Su corazón se derritió ante Daeva, palpitó, se emocionó.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó.

—No lo sé, pero la verdad no me importaría besarte otra vez — dijo.

Alguien se había levantado de buen humor.

—Yo encantado.

Se acercó más y volvió a besarla, ahora con un poco más de esmero, de fuerza. Buscaba sus labios, los anhelaba tanto que se preguntó cómo había podido vivir hasta ahora sin ellos, sin ella. Brennan no era de los que creían en el destino, sin embargo, le agradeció a quien fuera por haberlos unido. Su respiración se volvió inestable mientras ellos se encontraban de todas formas, buscando el contacto que lo llevara hasta el límite, pero con solo besarla era feliz. Toda ella lo había hipnotizado con solo entrar en su apartamento esa noche. Quién le diría que se enamoraría de una chica así, él no lo habría creído, no hubiera visto posible sentir algo más allá del vacío. Pero ahí estaba.

Fue él quien tuvo que controlarse antes de sentir la necesidad de quitarle la ropa y tomarla por completo, sentirla alrededor suyo.

—Estamos en un lugar público —le recordó.

—Pues vamos al baño —lo besó en el cuello.

La risa fue inevitable y ella apoyó la cabeza en su hombro, riendo también. Esperaron hasta que se bajaron en la última parada, el pueblo antes de cruzar la frontera con Ramé. No se lo podía creer, no quedaría nada para desaparecer de su reino, de irse a otro país, de explorar y conocer mundo. Fueron a comer algo, el único bar que había en el pueblo estaba medio vacío, y es que donde estaban no se podía considerar ni un pueblecito. El terreno estaba ocupado por una veintena de casas, y por suerte tenían un supermercado y un bar, pero no había nada más. Estaban rodeados de llanuras blancas nevadas, invernaderos, bosques y granjas.

Si se detenía a pensar, dudaba que fuera a echar de menos el frío y la nieve, pero era consciente de que seguramente le entraría la morriña en algún momento. Era cierto que se alejaba de todos los líos, del recuerdo de ese palacio, de la reina y de sus malas experiencias, pero también se alejaba de su madre y hermana, de las cuevas termales, del hostel donde todo había ocurrido con Daeva... Supuso que al final todo tiene su lado bueno y lado malo.

La chica estaba hablando de los sitios a los que podrían ir de Ramé, las zonas menos conflictivas y a los bares a los que saldrían a beber por la noche, cuando paró de repente. Frunció el ceño y giró la cabeza hacia la dirección en la que la mirada de ella estaba fija. Era él, el chico rubio de pelo rizado y tatuajes buscaba a alguien, y lo encontró. Lo que no se esperaba es que los estuviera buscando a ellos. Se acercó a la mesa con aire preocupado.

—Qué bien que estéis aquí, pensaba que no lo lograría —empezó.

—Vete.

—Daeva...

—No quiero hablar contigo, no necesito que me digas nada.

—Esto te interesa —le indicó.

Brennan se quedó en silencio, dejando que ellos hablaran pues no tenía nada que aportar. Ella resopló, miró el bar con detenimiento, y sabía que estaba vigilando a ver si había alguno de sus esbirros infiltrado entre las mesas.

—Estoy solo —dijo, como si le hubiera leído la mente.

—¿Qué quieres?

—Lo están buscando, y saben dónde estáis.

Daeva no mostró ninguna emoción ante las palabras, pero era consciente de que algo en su precioso cerebro estaba alerta.

—¿Por qué me avisas?

—Porque he cambiado, y te lo debo.

—No debería fiarme de ti —le recuerda.

—Lo sé, lo sé. Pero, de verdad. Debes conseguir la información y matarlo antes que os intercepten —lo miró a él ahora—. Tienes que contarle todo lo que sepas, es necesario.

Hizo ademán de contarle que ya lo sabía todo, pero Daeva saltó antes de que pudiese decir nada.

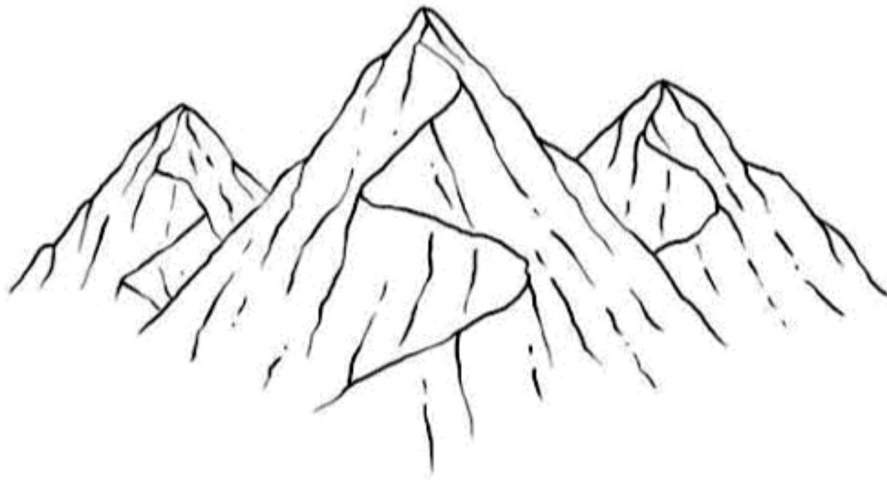
—¿Quién nos va a interceptar?

—Espías de Olyseus, otros asesinos con sus esbirros... Cualquiera que desee conseguir un buen puñado de dinero —explicó Cole, quien de repente miró por la ventana y seguidamente palideció—. Mierda.

Daeva miró y los vio, ahora sí que se podía ver su nerviosismo. Sus miradas se cruzaron, Brennan asintió, entendiendo que era hora de correr por milésima vez. Se levantaron de la mesa y dejaron unas monedas en la madera oscura, agarraron las capas, las mochilas y salieron del bar a toda prisa. Escondiéndose de las miradas del grupo de casi diez personas que los buscaban, se perdieron entre los pocos callejones, esperando a poder llegar a la estación para poder huir y dejar todo eso atrás.

Estaba cansado de huir, cansado de luchar por su libertad. ¿Cuánto más tendría que aguantar? Si lo cogían, ¿cuánto tardarían en matarlo? Le entraron escalofríos por primera vez al pensar en su propia muerte, algo que nunca le había pasado en estos últimos años. Pero algo había cambiado.

Él había cambiado. Él estaba sanando.



CAPÍTULO 48

Una cosa la tranquilizaba. Nadie sabía que Sahil ya tenía toda la información. Otra idea la atormentaba. Si no sabían que su cliente ya lo sabía todo, entonces los demás irían a por Brennan y si lo cogían lo podrían incluso despellejar vivo para que contara los detalles del palacio o la vida de la reina Morana.

Tristemente, no pudo evitar que alguien los viera, no había suficiente espacio para esconderse, los habían encontrado, y eran muchos, todos con el mismo objetivo, llevarse al chico que ella no había podido matar, el chico por el que había arriesgado su reputación, el chico que la había confundido hasta llegar aquí, a esta situación.

Lo miró y tuvo la necesidad de decirle algo.

—Mientras yo esté aquí, nadie va a hacerte daño.

La besó y al separarse empezaron a correr hacia el bosque. Cole se había esfumado. Aún no sabía si confiar en sus palabras, pero lo estaba viendo con sus propios ojos, los estaban persiguiendo.

Los pequeños grupos de enemigos se estaban mezclando mientras se formaba una gran masa. Las águilas que sobrevolaban la zona veían dos puntos, uno negro y otro dorado siendo acechados por una mancha gigante negra y roja. Daeva no sabía qué hacer, estaba muy cansada de correr, ellos eran más rápidos, habían cogido práctica en esto de las carreras.

Se giraba de vez en cuando para ver a qué distancia se encontraban los enemigos, tenían tiempo, iban con ventaja. Ella siempre iba un paso por delante de los demás, pensaba, luchaba y corría más rápido. Terminaron de cruzar el inmenso y pobre bosque, no habían visto ningún animal. La mochila empezaba a pesar y la abrió para quitar al menos las dagas y todas las pequeñas armas que albergaba, sobre todo la de la libélula. Se las escondió por la ropa como pudo y le gritó al chico que abandonara la mochila. La ropa, ahora mismo, no era una necesidad primordial para el futuro, ya comprarían más al terminar con esto.

No podía correr más, pero se obligó a darse un último empujoncito y al conseguir mucha distancia contra los asesinos y esbirros, miró a Brennan. Tenía la respiración agitada, como la de ella. ¿Qué haría ahora?

Si corrían hasta Ramé igualmente estos los seguirían, no se quedarían en Morana. Esto no era un conflicto interno, si la reina moría, Olyseus vendría y se apoderaría de la corona, lucharía incluso con el ejército y el pueblo entero para hacerse con el poder. Ese rey estaba literalmente cegado por el poder, y no debería nunca conseguir toda esa información, sabía que esta estaría a salvo con Sahil, quien, por primera vez, estaba haciendo algo por el continente entero. No eran los malos, aunque la gente los temiera.

Daeva no era un soldado, ni una general, pero era una asesina que luchaba por aquellos que no podían hacerlo por sí solos, una persona que mataba para conseguir el bien de la sociedad, y esto parecía que se le estaba quedando muy grande. Ya no estaba batallando contra una persona en concreto, sino con toda una Corte, un ejército, un Consejo y un reino entero.

Todos se acercaban, los veía desde la distancia. ¿Cuánto tiempo les quedaba? Quizás unos minutos. Al ver a los otros correr, empezó a caminar lentamente hacia atrás, inconscientemente. Tenía miedo, sí. Nunca había tenido tanto miedo como ahora, estaba aterrorizada, no sabía qué hacer. Estaba en su límite, nadie la había instruido como para enfrentarse a una multitud de ese tamaño.

Respiró hondo, siendo consciente de todo lo que la rodeaba. Ya no había árboles, todo era blanco, puro y precioso, que triste que la escena que se le presentara delante de sus ojos hiciera tanto contraste.

—Daeva.

Brennan dijo su nombre, su voz temblaba. No, ahora no podía con esto, no podía escucharlo hablar. No cuando ya tenía la solución para salir de esta, para que los enemigos se fueran de una vez y los dejaran en paz. Se le rompió todo su interior. No se veía con fuerzas para mirarlo directamente, así que lo observó por encima de su hombro.

—No quiero morir.

Tuvo que contener las lágrimas. ¿Iban a morir los dos? Después de todo lo que habían vivido, lo que habían superado, lo que le había costado a ese chico volver a querer vivir. ¿Ahora tenía que suceder todo esto? Las manos de la asesina temblaban, y dudó en si lograría alzar la voz, decir algo para tranquilizarlo, pero la verdad es que estaba igual que él. No quería dejar este mundo, y menos sin haber vivido toda una vida con él. Porque quería estar con él. No lo había chillado a los cuatro vientos, no se lo había dicho con palabras, pero intuía que lo sabía.

Respiró y su labio inferior tembló. Era consciente de que sus ojos estaban tintados de tristeza por doquier, pero no podía evitarlo. Los otros se acercaban. La hora llegaba y no podía pensar en otra solución. Debería aceptar el presente y volver a lo mismo otra vez. Se giró completamente y fingió una sonrisa calmada, pero el desgarré que sufría su corazón en ese momento era demasiado obvio.

Se permitió por unos instantes estudiar la cara del chico que le había hecho sentir tan viva y feliz a la vez. Quizás les había costado su tiempo, se podrían haber ahorrado una o dos semanas, pero los dos eran unos completos cabezotas que no tenían ni idea de lo que sentían el uno por el otro. Se odió a sí misma por no haberlo dejado entrar antes. Miró la daga que tenía en la mano, la libélula plateada le susurraba que lo había logrado, pero sentía que igual había decepcionado a Lauren, que había cumplido la promesa, pero que ahora se mancharía como todas las otras.

Memorizó todos los centímetros de sus facciones, cada pedazo de piel, cada poro, cada pelo marrón, cada partícula oscura que danzaba por su iris. Las cejas y las pestañas, también memorizó su garganta, su cuello, su clavícula, hombro y pecho. No podía olvidarse de él, y deseaba que no lo hiciera cuando los dos estuviesen separados. Cuando se acercó, cuando creyó

que estaba preparada, o al menos eso es lo que se decía a sí misma, puso la mano en la nuca de Brennan, notando que ardía.

Soltó una risa floja que duró un respiro. Él siempre había sido el que tenía fuego en su interior, el que siempre tenía la piel como si fuese un calefactor, el que lo derretía todo. Ese fuego había derrtido los bloques de hielo donde había guardado su propio dolor, y además de derretirse a él mismo, la había derretido a ella. Había derretido y derrumbado un corazón que se había negado a sentir amor. Ella siempre había sido fría, pero había pasado de ser un iceberg a convertirse en un río que dejaba el agua correr, como sus sentimientos.

Los ojos marrones del chico también estaban tintados por algo, no quiso saber de qué, pero lo notaba. Giró un momento la cabeza y vio a sus enemigos a metros de distancia. Unos segundos y ya estaría. No podía hacer nada. No podía luchar contra ellos. Así que lo besó. Diciéndole todo lo que se podía sentir, mostrándose vulnerable. Besó por última vez esos labios delgados y dulces que la habían llevado a la locura, que le habían provocado tantas sensaciones, esos labios que amaba y nunca se podría cansar de besar. Entre besos respiró y habló.

—Perdóname.

Clavó la daga en el pecho de Brennan. Las lágrimas le inundaban la vista, los ojos, las mejillas. Todo era agua. Él no abrió los ojos, no luchó contra el metal. Lo aceptó todo, siempre había aceptado todo lo que ella le había dado.

—Te perdono.

La besó con más profundidad, acercándola a él, y cuando la daga se profundizó más en su piel, cayó al suelo. Todo se detuvo. No se escuchaban más pasos, más gritos de guerra por parte de los enemigos. Daeva intentó contener el llanto, el grito que le subía por la garganta. Él estaba en el suelo, sangrando, y ella no podía socorrerle. Debía hacerles creer a los demás que había fracasado en el trabajo, que no había logrado el objetivo establecido. Imploró a los astros para que le dieran fuerza y no se avalanzara sobre él.

Todo en su interior chillaba, se quedaba sin voz y lloraba sin límite, mientras que su faceta exterior solo derramaba lágrimas. Los miró, a todos los provocadores de su acción, puso su mirada más letal, más fría, una que nunca podría haber reproducido después. La miraron y después al chico. Podía escuchar lo que decían.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo un joven a su superior.

—Está muerto. No hay nada que hacer.

Al menos algo había salido bien, al menos pensaban que no lo sabía todo. Al menos pensaban que era una inútil y que no había sido capaz de cumplir con su deber. Por primera vez, se alegró de ser una mujer, se alegró de que la subestimaran. Aunque no pudo sentir ni una gota de felicidad por lo que había hecho. Todos amamos, pero, ¿a qué precio? ¿Cuánto te puede llegar a costar amar a alguien?

Todos se fueron, finalmente, y ella no se movió en ningún momento. Siguió llorando hasta que quedó completamente sola en ese paisaje que ya no era tan blanco, había menos nieve. Fue en ese entonces, cuando se abalanzó sobre el cuerpo de él. Cuando lo abrazó, lloró aún más descontroladamente. Era un monstruo, no había otra descripción para ella. Era una asesina en toda regla. No podía ni proteger a los que quería. Le quitó la daga y la lanzó con fuerza contra la nieve, odiando esa libélula y el recuerdo de Lauren.

—Lo siento, lo siento, lo siento —sollozaba mientras acunaba el cuerpo.

Puso las manos en la herida, en el pecho e intentó parar la hemorragia. Sus manos se llenaban

de sangre, y fue la segunda vez que odió ver ese color rojizo en estas. Lo odiaba. Estaba tan destrozada, tan cansada, que no se dio cuenta de la presencia de alguien detrás de ella.

—Daeva

Cole Shebern la miraba.

—Ayúdame —Le imploró a la vez que sanglotaba.

—No puedo.

—Sí, sí que puedes.

No podía respirar. Aire, necesitaba aire. Pero su aire estaba entre sus manos y no podía conseguirlo ahora. Brennan era aire para sus pulmones.

—Está muerto. Le has dado en el corazón.

Negaba con la cabeza, su corazón llegaba a doler tanto que hasta pensó en quitárselo de cuajo.

—No... No... No —Se negaba.

—Daeva, no se pue...

—No le he dado en el corazón —susurró apoyando la frente con la del chico tumbado.

—¿Qué?

—Necesitaba —Intentó respirar por la nariz—. Necesitaba que los otros creyeran que lo había matado para que nos dejaran solos. Necesitaba hacer ver que él estaba muerto.

—Entonces.

—Ayúdame a salvarlo. Por favor. Hay posibilidades. Tiene que haber una pequeña posibilidad. No puede dejarme. No puede irse. Se tiene que quedar conmigo.

Se levantó y le mostró las manos a Cole, quien parecía confuso.

—¿Tanto me decías que habías cambiado? Pues demuéstremelo ahora. Ayúdame a salvarlo. Haré lo que sea, lo que sea. Si quieres quedarte con mis méritos no me importa. Di que tú conseguiste la información antes de que yo lo matara. Diles lo que quieras. Pero ayúdame a que viva.

El chico rubio no dijo nada pero se acercó a Brennan y lo agarró.

—Estamos a cinco minutos de Ramé —informó.

¿Tan cerca? ¿Tanto habían corrido? Caminaron rápidamente y no se había dado cuenta de que la temperatura estaba más templada, que ya no hacía tanto frío. Que estaban saliendo del reino de Morana. Y que, en menos de lo que pensaba, estaba en una ciudad con poca nieve pero principalmente llena del marrón desgastado de los edificios bajos de Ramé.

Habían salido.

Brennan había salido por primera vez de su reino.

No habló durante todo el camino, había dejado una de las mochilas medio vacías en el campo, alguien la utilizaría o vendería. No le importó. Estaba tan preocupada por el estado del chico que no pensó en nada más que eso.

Cole no tardó nada en entrar a un local y hablar con una mujer, esta los hizo subir a un attillo donde un hombre con ropa blanca y algo colgado del cuello los atendió. No podían quedarse con él, aunque Daeva quiso quejarse pero no encontraba la voz, sentía que estaba afónica, que las cuerdas vocales no le funcionaban correctamente. Así que debieron abandonarlo ahí y los

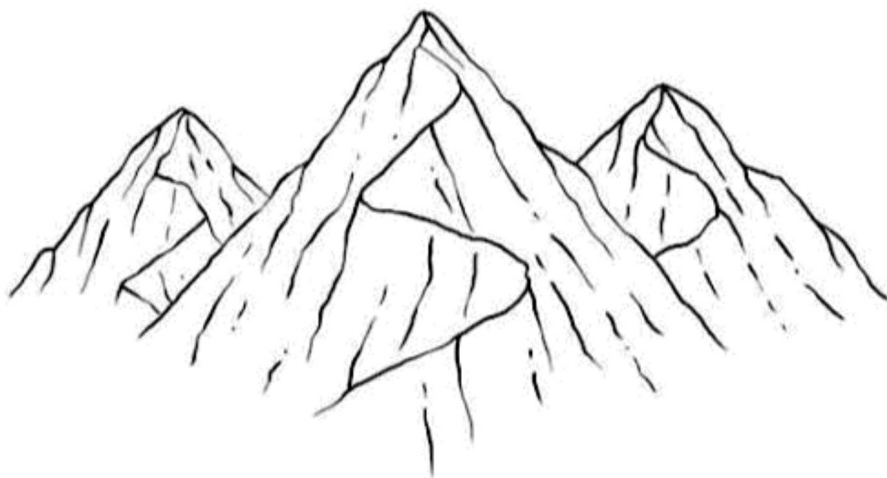
avisarían si lo conseguían.

No era justo. No se merecía estar en ascuas todo ese tiempo para saber si sobreviviría. Pero no pudo hacer nada, solo esperar y pedir ayuda a quien fuera para que saliera bien.

En la ducha se había enjabonado hasta quedar roja por el roce, quería quitarse todo lo que sentía, borrarlo de su piel y dejar de estar triste y rota. Todo era su culpa. Se maldijo unos instantes por no haberlo matado antes, por no haber logrado la información con más antelación, incluso maldijo a Sahil por tardar tanto en responder.

Pero no se arrepentía de lo que habían vivido hasta hoy, no se arrepentiría nunca de haber roto una de sus reglas y haberlo dejado con vida.

No se arrepentiría nunca de haberse enamorado de él.



CAPÍTULO 49

Sahil no la había llamado para que fuera a su despacho, pero necesitaba contarle que Brennan no estaba muerto, pero que confiaba en él y que no diría nada. Estaba totalmente decidida a ir casa de su cliente más fiel, el hombre que la conocía desde su temprana adolescencia, y abrirse a él.

Habría ido si no fuera porque Cole llamó a su puerta justo cuando ella debía irse.

—Necesito hablar de algo contigo.

No le había dado tiempo ni de girar el pomo para invitarlo a entrar, simplemente se sentó en la cama y la miró muy seriamente.

—¿Qué ocurre? ¿Más matones?

—Sé quien quiere matar a la reina Morana.

Ella también lo sabía, era consciente de que Olyseus estaba muy interesado en la situación de la reina y su futuro. Pero no dijo nada, lo dejó hablar.

—El primer marido de la reina.

No pudo evitar fruncir el ceño ante la novedad. ¿No estaba muerto? Realmente nunca se supo lo que había pasado con ese matrimonio, ni dónde estaba, ni cómo estaba el primer esposo de Morana.

—¿Y cómo es que lo sabes?

—Hace tres décadas, cuando la reina Morana subió al trono con veinticinco años, unos años después murió mi padre. Éste tenía tendencia a escribir en hojas de papel y libretas. Le encantaba dejar su huella en algún sitio que con los años pudiera seguir intacto. Así que escribía constantemente su vida en pequeñas libretas que yo normalmente no entendía cuando mi madre me las enseñaba. Yo no conocí a mi padre, nací cuando él ya estaba muerto, mi madre se había quedado embarazada cuando fue asesinado. Porque no murió, a él lo asesinaron. Por muchos años yo me he negado a leerlas. Porque si las empezaba sabría que terminarían y no quería despedirme de él. No quería empezar a conocerlo para después tener que decirle adiós. Aunque pueda releerlas siempre que quisiera, pero la sensación de descubrir algo nuevo nunca puede

repetirse con un mismo objeto o persona.

—Ve al grano Cole.

Siempre había sido muy charlatán, eso lo sabía desde hacía tiempo. Le costaba no irse por las ramas o decir cosas innecesarias. Normalmente no le molestaba, pero en esos momentos necesitaba respuestas, muchas respuestas.

—La cuestión es que ayer volví a mi piso y me sentí con fuerzas para leer alguna. Lo que me sorprendió fue descubrir que mi padre parecía llevar una doble vida. No solamente era un carnicero, sino que hubo una época en la que fue muy amigo de la actual reina, incluso diría que amantes en secreto. Eran muy jóvenes, y las fechas coinciden con la separación del primer marido. Entre esas líneas mi padre cuenta que Morana abandonó a su marido porque a ella la habían nombrado General de las tropas del reino. Ya sabes, antes de que los reyes del momento murieran en la Batalla de los Diez Reyes. Una de las otras razones de su divorcio fue que estaba enamorada de mi padre, quien por ese entonces estaba cortejando a mi madre.

»Viendo el panorama de la guerra que iba a empezar, decidió que lo mejor era no seguir en contacto con la, ahora, reina. Sin embargo, sabía muchas cosas sobre ella y eso le pasó factura. Unos años después de que Morana llegara al trono, ordenó su muerte, asegurándose de que nadie pudiera saber nunca sobre su pasado. Privándome a mí de conocerlo. No obstante, lo que ella no sabe es que mi padre guardó todos los secretos entre esas páginas amarillentas, y que yo sé cuál es el nombre del primer marido de la reina Morana, quien podría tener muchas ganas de reclamar venganza.

Daeva le preguntó por el nombre. Creyó estar lista para ese momento. ¿Quién le diría que uno de sus antiguos amantes sería la verdadera clave para descubrir una amenaza? No estuvo preparada para saberlo, porque todo empezó a dar vueltas, a ser asfixiante, abrió los ojos y frunció el ceño mientras su cabeza estaba sumida en un caos eterno. Es impresionante cómo algo tan simple como un nombre puede cambiar toda la perspectiva, ser consciente de todo. ¿Cómo no lo había visto antes?

Todo encajaba.

Su cerebro creaba todo tipo de teorías, dolía de tanto pensar. ¿Podía fiarse de las palabras de Cole? Sus recientes actos demostraban que sí, pero necesitaba verlo por sí misma. Tenía que hablar con Sahil inmediatamente. Cogió la capa y corrió hasta empezar a ver la majestuosa casa. Relajó el paso cuando estaba a punto de llegar, pero se paró de golpe al ver entrar a un chico un poco más joven que ella con un sobre. Su cliente recibía más cartas aparte de las de la asesina, no podía solo tenerla a ella.

De joven, cuando la instruía, le había contado que no era la primera niña que entrenaba. Por ese entonces, le preguntó si algún día podría conocer a los otros, conocer a más niños como ella, jóvenes abandonados por sus padres con ansias de proteger al mundo de las numerosas desdichas que se vivían entre las sombras que gobernaban en los reinos. Le dijo que no, y en ese momento, viendo a ese joven entregar una carta, se preguntó si sería de alguno de sus iguales.

No se acercó, esperó a que éste saliera. Y cuando finalmente lo hizo, llevaba otra carta en mano. Caminó directamente hacia él y lo paró. Había algo en su mente, que sobrepensaba todo, que le decía que debía hacerlo. No quiso dar explicaciones cuando el chico se la quedó mirando con el ceño fruncido, así que fingió total conocimiento del tema y no dijo nada más que:

—Yo me encargo de entregarlo.

La conocía, lo supo porque unos instantes después pareció que temblaba, y obviamente no quiso negarle nada a una de las asesinas más peligrosas del continente. Se fue por donde había

venido y al estar completamente segura de estar sola. Leyó la carta de arriba a abajo, poniendo atención hasta en el más mínimo punto y coma.

Estaba con la carta en la mano cuando escuchó a alguien chillando un nombre que ella conocía. Una voz femenina y joven reía a todo pulmón mientras gritaba el nombre de su amigo. ¿Qué cojones hacían ahí? Desde que se habían separado en esa pequeña taberna había creído firmemente que esos dos ya habían vuelto al sitio de donde venían. Se alejó del callejón donde se había escondido para llegar a la gran calle.

Layn, la chica de pelo castaño oscuro y gafas negras, apareció corriendo con una sonrisa enorme en la cara. La vio al instante y se paró para acercarse.

—Layn —dijo.

—¡Daeva! —Su voz excitada fue escuchada por quizás la mitad de la calle.

—¿Qué haces aquí?

—Nos han dado un descanso en la escuela. Ven, corre conmigo.

No se opuso a hacerlo, debía sacar muchas cosas de la cabeza y cansarse para poder dormir plácidamente esa noche. Corrían a toda prisa. La siguió por varios metros.

—¿Por qué corremos? —preguntó.

—Por eso.

Señaló hacia delante, mostrando una tienda. Fue entonces cuando Gulyio salió de esta rompiendo el cristal de la gigantesca ventana al atravesarla. Los cristales llenaron el suelo y la gente se quedó quieta. El chico se las quedó mirando y sonrió de esa manera tan preocupante, dando a entender que había hecho algo. Y definitivamente era algo no muy bueno. Pero es que esos dos amigos eran de todo menos normales. La gallina que tenía en las manos aleteaba sus alas con fuerza, pero el chico de pelo negro con mullet no la soltó. Detrás de él apareció un hombre mayor con pelo blanco y bigote prominente.

—¡Ladrón!

—¡Corred! —gritó Gulyio.

Emprendieron una huida cuesta abajo, la facilidad con la que se movían sus pies era casi peligrosa, a la mínima podrían resbalar, pero en Ramé no había ni hielo ni nieve, y Daeva rezó para que sus extremidades se adaptaran al cambio de suelo.

Los dos adolescentes la adelantaron, pero no porque fueran más rápidos, sino porque no eran conscientes del peligro de esa pendiente.

La juventud, la etapa en la que seguramente se dice que más locuras haces. Eso nunca es totalmente cierto, si uno hace de vez en cuando una locura, esa llama infantil, por así decirlo, siempre seguirá viva. Daeva Maude, reconocida asesina de veintidós años, aún cometía estupideces y locuras. Que es lo que a su edad debería ocurrir, quitando el hecho de que era una joven adulta que tuvo que madurar antes de lo previsto.

Layn conseguía esquivar a las personas, pero Gulyio tropezó con una caja que había en un costado de la calle, después le saldría un bulto en el costado derecho del estómago por el impacto, pero siguieron corriendo. Ya no se escuchaban los gritos del hombre ma-yor, entonces subieron sobre el tejado de una casa. Parecían tres compañeros de toda la vida, amigos pasándose bien. Las partes más altas de los edificios estaban llenas de tendederos. ¿Quién tendía la ropa al aire libre en pleno invierno?

Pasaron entre las telas, esquivándolas y provocando que alguna u otra cayera. Un camión apareció cuando el terreno ya estaba más plano, saltaron a la vez y cayeron entre el montón de

paja que éste albergaba.

La asesina se puso la mano en el pecho intentando controlar la respiración y de repente estalló en una risa imposible de no contagiar a los estudiantes que estaban estirados al lado de ella. La gallina quiso escapar pero el chico la agarró con más fuerza.

—¿Por qué una gallina? —preguntó entre risas.

—Tenía hambre.

—¡Pues te compras una jodida hamburguesa en un bar!

—Nos apetecía tortilla —explicó Layn encogiéndose de hombros.

—Solo a vosotros se os ocurre robar una gallina.

—Es que ¿y si dentro de un par de días también nos apetece? En lugar de tener que ir a comprar un bocadillo de tortilla cada semana, podremos hacérsela nosotros mismos.

Ella flipaba en todos los colores posibles, porque encima tenían razón, era un ahorro inmenso en bocadillos, pero la situación se le hacía demasiado surrealista como para estar viviéndola. Se quedaron tumbados en la paja riendo y respirando entrecortadamente hasta que éste frenó. Se bajaron de un salto y la chica cogió a la gallina en brazos, acariciándola como si fuese un animal como un gato o perro, sin preocuparse del puntiagudo pico que en cualquier momento.

—¿Y el perro? —preguntó.

Daeva frunció el ceño, aunque unos segundos después entendió que se refería a Brennan.

—Recuperándose.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la chica.

—Lo apuñalé para salvarnos, pero ahora se está recuperando. Pude conseguir ayuda de un médico y está en reposo, aunque no me dejan verlo.

—¿Has cumplido la promesa?

—Sí, creo que sí —sonrió calmadamente.

—Y... —Escondió las manos detrás y la miró con unos falsos ojos inocentes—. ¿Entre vosotros no hay nada?

—Eh... No es de vuestra incumbencia.

Inició una marcha hacia la dirección contraria, pero los dos la siguieron por el amor al secretismo y a los cotilleos.

Así que le empezaron a hacer todo tipo de preguntas, a las que ella no respondía o solo sonreía. Cada vez que hacía una de esas sonrisillas, Layn chillaba y daba pequeños saltitos emocionada, Gulyio la miraba como si no entendiese ninguna de las reacciones de su amiga.

—A ver, se nota que os gustáis.

La asesina se giró de repente.

—¿Perdona?

—No te hagas la idiota Daevita —Daeva arqueó las cejas sorprendida al ver al chico sintiéndose tan cómodo como para utilizar un diminutivo, éste dio un paso atrás ante la casi invisible amenaza.

—¿Acaso no veías cómo te miraba mientras hablabas? Parecía un niño mirando cómo se hace el algodón de azúcar, estaba embobado.

—Pues no. —¿En serio había estado tan ciega? Se había pasado todo ese tiempo haciéndose creer a sí misma que nadie nunca la podría querer, mientras la observaba todo el rato.

Había estado tan metida en su cabeza, que no había tenido en cuenta todo lo que la rodeaba. Sonrió felizmente. Se tocó el pantalón y recordó la carta.

—¿Tenéis algo que hacer mañana por la mañana?

—En breves debemos volver —dijo Layn.

Gulyio asintió reafirmando las palabras de su amiga.

—¿De qué se trata?

—Tiene que ver con explotar...

—Estamos dentro —Le paró el paso el chico, poniéndose delante de la asesina sin ningún miedo y aceptando muy animadamente la propuesta—. ¿Buscas una bomba grande o unas pequeñas para ir soltando poco a poco?

—Solo necesito destrozarse alguna que otra cosa, no matar a nadie. De eso me encargo yo.

—Esto va a ser emocionante.

El chico pelinegro caminaba alegremente delante de ellas, aunque la que los estuviese guiando fuera la asesina, que sabía perfectamente lo que debía hacer. Había acumulado mucha rabia y pena en su pecho, y mañana lo soltaría todo contra la persona indicada.

Como siempre, las puertas de la casa de Sahil se abrieron cuando pasaron unos segundos después de haber llamado a la puerta. Uno de los sirvientes la guio hasta el despacho donde se encontraba la persona que había ido a buscar. Las paredes llenas de cuadros costosos, las lámparas colgantes de araña carísimas y unas columnas arquitectónicas de último diseño.

El sirviente la dejó delante de otra puerta, esta era más pequeña y estaba menos decorada que la principal. La persona de dentro pegó un grito permitiéndole la entrada, a lo que ella giró el pomo y entró en la estancia con la mesa, la gran ventana y unas estanterías llenas de libros de política y economía. La chimenea que se encontraba en la pared de la derecha estaba encendida, y el hombre de piel muy oscura y bigote blanco abrió los brazos dándole la bienvenida, aunque tampoco se levantó del sillón.

—Mi queridísima Daeva, no esperaba tal visita. Creo que no te he enviado ninguna carta.

—He venido a saldar mi cuenta, tienes algo que darme.

—Ah, claro.

Sahil se agachó y abrió un cajón, ella se quedó mirando una escultura aparentemente nueva. Un sobre apareció sobre la mesa y él le hizo un gesto para que lo cogiera. Lo abrió con delicadeza y vio la cantidad altísima de dinero.

Ese era el precio a recibir por apuñalar a la persona que amas, nada más y nada menos que decenas de billetes de un valor enorme.

—¿Y qué tal fue?

—Lo apuñalé.

No sonrió, no salió ninguna expresión de su cara fría y distante.

—Bien, bien...

Se pasó la mano por la barbilla y se levantó de la silla, hizo un gesto para que ella también lo hiciera, y el hombre se acercó a darle un abrazo. Se separó cuando esos brazos cubiertos por una

americana estuvieron a centímetros de rozarla. No aceptaría ningún contacto físico por parte de él. Éste se sorprendió y frunció el ceño. Daeva lo miró de arriba a abajo, y soltó la bomba.

—¿Cuándo tenías pensado decirme que no estoy trabajando para quien creo?

—¿Qué? —Sahil entrecerró los ojos.

El siguiente sonido hizo que sus tímpanos petaran al encontrarse con el bombardeo. Sahil cayó al suelo, mientras que ella estaba en el lugar idóneo para que ninguna piedra, escultura o mueble le cayera encima.

Si no fuera porque sus orejas estuvieran opacadas por el estridente ruido, juraría escuchar las risas de Gulyio y Layn al otro lado de la calle. Se acercó al hombre que estaba en el suelo y respiraba muy dificultosamente.

—Eres una traidora —dijo mientras tosía el polvo fuera de sus pulmones.

—¿Yo? —alzó las cejas ante la increíble estupidez que estaba diciendo.

Ahogó una risa sarcástica y se acercó enfadada. Iba a descargar toda la ira que se había acumulado en su corazón. Iba a terminar con él y su asqueroso plan.

—Has sido tú el que me ha utilizado. Me ocultaste el plan inicial.

Rebatió.

—¿Qué te ha ofrecido Olyseus para hacer que te pusieras de su lado? ¡Eres tú el jodido traidor! ¡Fuiste tú el que se ha aprovechado de mi confianza y nuestra relación durante estos años!

Al leer la carta, le había caído todo como un jarrón de agua fría. Le rompió el saber que Sahil había estado enviando toda la información que había recopilado, supuestamente para salvar a la reina, mientras que, en realidad, estaba proporcionando material al enemigo. Los espías eran suyos, incluso se había enterado de que ella no había matado en su momento a Brennan, y por eso envió a los hombres de las capas rojas contra ella, para asegurarse de que lo matara. Su antiguo instructor no quería evitar un posible asesinato contra la reina, lo estaba planeando.

—Te diré una cosa, querida. Cuando uno prueba el poder, siempre querrá más y más.

—¿Por qué me engañaste?

—Sé que fuiste una de las que ayudó a matar a Abbadon, sé todo sobre lo de tus compañeros de armas y obviamente intuí que si eras capaz de hacer tanto como para que el rey Abbadon no consiguiera algo, sabiendo que Olyseus es peor, no te negarías a participar. Eres consciente de lo que la muerte de Morana supondría, así que solo necesité decirte algo parecido a una mentira.

—¿Qué te ha ofrecido?

El hombre se levantó del suelo, aunque no llegaría muy lejos, ya que otra bomba explotó, esta estaba ubicada detrás de la estantería y se desmoronó por completo. El mueble cayó encima del cuerpo cansado del señor que la había engañado.

—Seré el General de sus tropas cuando uno de mis asesinos la mate, y la guerra por el trono dé comienzo.

—Hablas en futuro, como si creyeras que no te mataré.

—Soy como un padre para ti.

—Lo eras, solo que esa imagen que tenía de ti desapareció cuando me enteré de tus planes. ¿En serio odias tanto a Morana?

—¡Ella me dejó por un título!

—¡Estabas haciendo casi lo mismo conmigo! ¡Me has utilizado para lograr un dichoso título como General!

Desenvainó la espada, la que le había regalado unos años atrás.

Lo iba a matar por venganza.

Brennan no había sido importante para el trabajo, le había ordenado matar a un inocente, aunque Sahil se había entretenido mucho tiempo para buscar posibles conexiones que desorientaran a la asesina, para que ella no sospechara. ¿Todo ese trabajo para ser General?

—Mira que yo soy vengativa, pero esperar tantos años para matar a tu exmujer me parece ya algo demasiado macabro, incluso para ti.

—Tú no entiendes nada sobre el amor.

Su respiración era un caos y le costaba formular las palabras. Daeva cogió el mueble y se lo quitó un poco de encima para que pudiese salir. Si alguien lo mataba, sería ella, no una estúpida estantería.

—No sabes nada. Solo me has estado utilizando todos estos años a tu antojo.

—¡Yo te he hecho ser Daeva Maude! ¡Eres mi creación!

—Exacto. Tú me creaste y me alejaste de un reino que podía darme una adolescencia un poco más sana y normal. En cambio, acepté irme contigo porque creía que ahí nadie me echaría de menos. Te aprovechaste de mis inseguridades. Eres tú el monstruo.

—No sabes de lo que hablas, estás demasiado confusa.

Estaba intentando invalidar sus emociones y sus pensamientos. Pero no se lo permitiría. Él agarró una de las espadas que tenía en la destrozada habitación.

—¿En serio quieres enfrentarte a tu superior? ¿A la persona que te lo enseñó todo?

—Tú ya no eres nadie para mí.

Lanzó un espadazo y lo bloqueó. La asesina siempre estaba calmada en este tipo de encuentros, pero por primera vez la rabia le envolvía los sentidos y no pensaba con claridad. Todo había sido en vano, todo había sido falso, una mentira. Era un mentiroso. Un jodido traidor. Lo odiaba. Lo mataría. Él devolvió el golpe y ella se desequilibró con una piedra que había detrás de su pie. Otro golpe y le hizo un corte en la pierna, empezó a sangrar, había sido más profundo de lo que creía. Estaba furiosa y no controlaba sus movimientos, no estaba siendo analítica ni práctica. Solo se dejó guiar por su fuego interno, así que empezó a hacer movimientos rápidos y fuertes con la espada.

El hombre parecía reírse, como si se estuviera burlando de ella, esquivando la mayoría y sin dejar caer una gota de sudor. Entonces lo hizo, le clavó la espada en el costado del estómago, todo sangre, mucha, mucha sangre. Se miró el estómago, frunció el ceño y la volvió a mirar.

—Realmente lo has hecho.

¿Acaso había dudado de sus palabras? ¿Pensaba que todo era un juego para su entretenimiento? Daeva sacó la espada y volvió a hundirla en el otro costado. Otra bomba explotó y esta vez empezó a arder toda la habitación. Las cortinas empezaron a quemarse, la madera también. El olor a fuego inundó sus fosas nasales. El cuerpo ensangrentado cayó al suelo y empezó a atragantarse con su propia sangre, hasta que el suelo estaba completamente manchado de líquido rojo. Sacó la carta que ella había escrito calcando la letra de Sahil. La releyó y le dio el visto bueno.

Cruzó la mansión con calma, con la rabia aún en su cuerpo. Fue pisar la calle, y una ola de calor se extendió por todo su cuerpo. Otra bomba explotó, y el impacto contra su cuerpo hizo que le dieran el último empujoncito para llegar al medio de la calle y girarse para ver su obra de arte. La casa en llamas, una casa donde había aprendido muchas cosas, una casa llena de mentiras.

Sonrió, orgullosa de su trabajo. De su último trabajo que involucraría a Sahil.

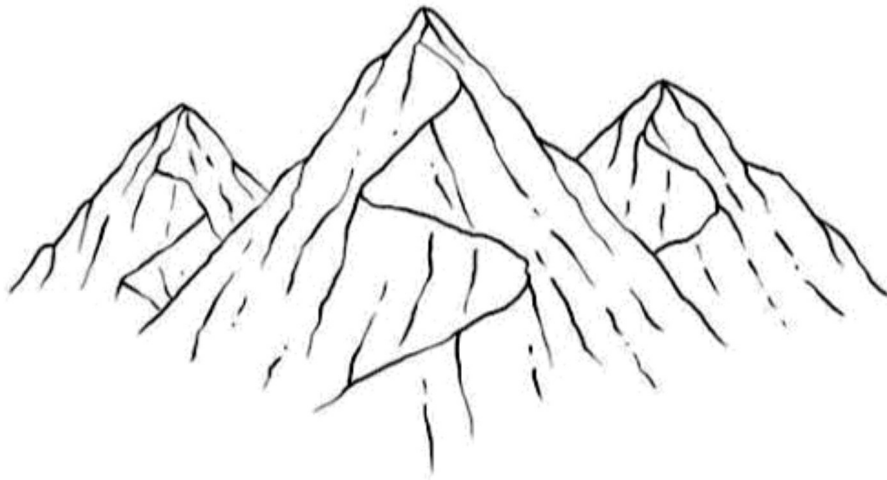
Empezó a caminar calle abajo, Gulyio y Layn se le unieron en la marcha hacia la zona de correos, donde enviaría la carta al rey Olyseus contándole que se iba a retirar del puesto. Fingió ser Sahil y le contó que era muy arriesgado atacar a la reina y que no podría contar con él. En otra de sus cartas, avisaba a todos los asesinos, que su antiguo cliente había contratado para rodear el castillo de la gobernante, que el trabajo se terminaba, que no habría asesinato. Daeva sabía que el rey, ciego por el poder, no haría un ataque directo, ya que sino los demás reyes podrían desterrarlo por atentado contra el Consejo Continental.

Las envió con la compañía de los dos estudiantes, que aún estaban en su punto más alto de adrenalina como para no parar de hablar de todo lo que había sucedido. Pero la asesina solamente recordaba todo lo que había tenido que hacer para lograr que hoy saliera bien su trabajo.

La noche anterior se tuvo que colar por la ventana, superando el complejo equipo de protección que Sahil siempre utilizaba, suerte que había estado un tiempo viviendo en esa casa y se conocía todos los pasillos y trampas como la palma de su mano. Tuvo que entrar en el despacho con una llave que siempre guardaba en su habitación. Así que debió subir las escaleras, entrar en sus aposentos, no despertarlo, agarrar las llaves y volver a bajar para abrir las puertas de la estancia donde todos los informes se guardaban.

Ahí encontró todos los contratos con los asesinos y los espías. Colocó las bombas que los dos amigos le habían fabricado en menos de lo que se esperaba y calculó la distancia a la que los muebles caerían, con una daga hizo una marca en el suelo para saber dónde debería estar.

Se despidió finalmente de los dos amigos tan anormales que había conocido. Layn le dio un abrazo, Gulyio se despidió con un fuerte agarre en la mano, ella se quedó de pie hasta que desaparecieron entre las tiendas y la gente. Ellos regresarían a la escuela en poco tiempo y deseaban disfrutar de las vacaciones. Quizás no estuvieran muy bien de la cabeza y no fueran las personas más empáticas del mundo, pero se habían ganado un pequeño rinconcito en su corazón, y deseaba que no la olvidaran nunca, y que la aportación que ellos habían hecho en su historia, fuera recíproca.



CAPÍTULO 50

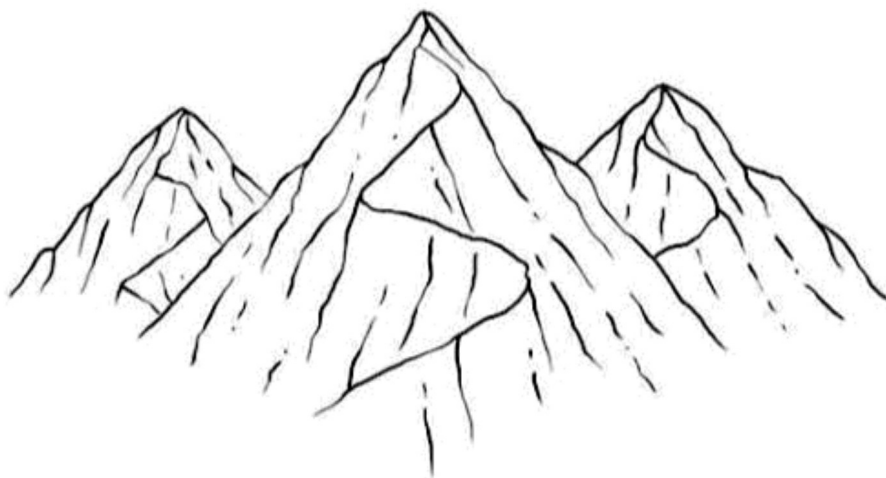
La famosa asesina estaría mintiendo si dijera que no le importaba que nadie supiera de su trabajo, había una parte de ella que quería que la reina Morana supiese que la había salvado de un asesinato, de su muerte. Quería que supiese que la asesina más temida por el mundo de los trapos sucios se había convertido en una heroína. Pero nadie le daría ese reconocimiento. No le pondrían una medalla. Porque la mismísima Daeva era consciente de que, para muchos, seguiría siendo un monstruo.

Y que, a veces, los mejores héroes, lo son porque hacen que nadie sepa lo que podría haber pasado. Los mejores héroes quizás son los que evitan que el mundo se entere de la catástrofe antes de que ocurra. Así que sería una heroína invisible, escondida tras la faceta de un monstruo temido por muchos. Aunque la verdad, preferiría mantener su identidad bajo esa capa de invisibilidad para vivir, finalmente, una vida más tranquila.

¿Y si no quería seguir siendo un monstruo?

¿Y si ya no quería denominarse como una «asesina»?

¿Y si ya no quería ser Daeva Maude?



CAPÍTULO 51

—Vaya siesta te has pegado, ¿no?

Se miraba en el reflejo del espejo mientras practicaba para saber qué decirle a Brennan. Hoy el médico les daba el permiso para verlo y no sabía si estaría durmiendo o despierto. Había estado toda la madrugada pensando cómo iniciar la conversación y en cómo podría mirarlo a los ojos después de haberlo apuñalado.

—¿Cómo vas a decirle eso? —se dijo a sí misma y se pegó en la frente, haciendo que su cerebro se despertara un poco—. ¿Me odias? —volvió a empezar—. No, no, no. Ni de coña digo eso —pensó un poco más—. Siento haberte apuñalado, era para salvarnos —soltó aire exasperadamente—. Me va a pegar una patada o una buena hostia. Vamos, no puede ser tan difícil, ¿no? Solo tengo que decirle lo que siento o lo que me salga al momento.

No daba con nada. No obstante, no tuvo mucho más tiempo para pensar. Cole la esperaba fuera y había llamado a la puerta, así que agarró la capa, que volvía a ser negra. El día anterior había vendido la dorada y roja por un precio bastante alto, así que pudo comprar unas flores para llevárselas al chico que aún se estaba recuperando. Unos milímetros más y le habría dado en el corazón, pero nunca podría haberlo hecho, nunca podría haberlo asesinado.

Caminaron en silencio por las calles. La presencia de Cole, extrañamente, la tranquilizaba un poco. ¿Podría haber cambiado realmente? Lo parecía.

Tenía todo el cuerpo en una tensión nerviosa que se notaba por el temble de sus manos, no podía dejar de mirarla. ¿Y si realmente la odiaba? Después de todo lo que habían vivido juntos, aunque fuera por un periodo de tiempo reducido y compacto. No podía terminar ahí.

Sin embargo, ¿qué le aseguraba que siguiera queriendo estar cerca de ella? Aceptó su destino, se convenció a sí misma que la rechazaría, cuando las últimas veces se lo había repetido varias veces. Brennan no se iba a alejar. No obstante, eso había sido antes de que lo apuñalara. ¿Había destrozado su confianza?

Subieron las escaleras que llevaban al altillo y el médico los estaba esperando afuera. Daeva le dio gracias al doctor y los dejó ahí, delante de la puerta. Cuando los pasos cesaron, miró por

muchos segundos el pomo. Preguntándose qué pasaría a continuación. Todo el nerviosismo desapareció cuando abrió la puerta y lo vio durmiendo.

Tenía el pecho descubierto, la herida a la vista y la cicatriz que se quedaría para siempre en su piel. Sintió que iba a llorar de felicidad cuando vio que los pulmones de Brennan se movían. Sus fosas nasales inhalaban y exhalaban aire. Vivo. Estaba vivo. Y eso era todo lo que necesitaba saber.

Se acercó pausadamente y se sentó en una silla cercana a la cama. Su cara seguía igual de perfecta y bonita, aunque la barba había crecido y su pelo alborotado estuviera sucio y lleno de grasa. La habitación no es que oliese muy bien por todo el sudor. Llevaba una semana sin ducharse, pero no le importó. Lo vital es que vivía, ya está. Dejó las flores en una pequeña mesita.

—¿Por qué necesitabas que lo salvara? Creía que tu trabajo era matarlo —preguntó Cole Shebern. No lo miró.

—Lo era.

—¿Qué ha cambiado?

No podía despegar los ojos de él, estaba hipnotizada, creía que si dejaba de mirar su pecho llenándose y vaciándose, de repente dejaría de hacerlo.

Sonrió sutilmente mientras su corazón se tranquilizaba y se relajaba al verlo tumbado en la cama.

—Que me enamoré de él. Y no debería haber ocurrido, pero pasó —Se encogió de hombros al decirlo, como si fuera lo más normal del mundo. No había logrado evitar sus sentimientos, se había machacado mucho tiempo por sentirse así. Ahora ya no debía hacerlo.

—¿Por qué él y no yo? —preguntó.

No era un ataque, era más bien una duda curiosa e inocente. Así que lo miró.

—Creo que soy incapaz de responder a esa cuestión. No podemos controlar lo que sentimos, pero está bajo nuestro poder si lo aceptamos o rechazamos. Y yo debía aceptarlo, porque hacía mucho tiempo que me lo merecía. Aparte, tú no me amabas, ni yo a ti.

—Tienes razón.

No había odio o rencor en esa conversación, era poner las ideas encima de la mesa y darse cuenta de que ellos dos nunca habrían funcionado más allá de lo físico, no superaban esa barrera emocional, no viajaban al espacio cuando se besaban. Sin embargo, ahora ella lo hacía, cada vez que estaba con Brennan estaba navegando por un mar cristalino y tranquilo, cabalgaba por los bosques verdes llenos de vida y hacía figuras en la nieve mientras nevaba.

—Cualquier cosa ya sabes dónde encontrarme —dijo, ella asintió—. Sé feliz, Daeva. Eres la persona que más se lo merece, y si eres feliz con él, entonces no lo apartes de ti. Y tranquila, no diré nada.

Agarró el pomo de la puerta y los dejó solos.

—Así que, ¿me amas?

La voz débil casi no se lograba escuchar, pero toda su piel reaccionó y se erizó. Aguantó la respiración, no quiso decir nada. Volvió a mirar al chico tumbado en la cama.

—No te quedes ahí, vamos —Abrió los brazos, invitándola a darle un abrazo.

No dudó en abalanzarse sobre su cuerpo cansado, en agarrarlo con fuerza y no dejarlo ir por nada del mundo. Nadie lograría separarlos. Ya no.

Lo abrazó con todas sus fuerzas y él paseaba su mano por la espalda de la chica. Estaba vivo. Vivo. Vivo. Vivo. Se separó un poco y miró la cicatriz.

—Lo siento mucho.

—Estoy bien —le puso un mechón negro detrás de la oreja y acunó la mejilla en su mano.

—Yo...

—Hey, estoy bien. ¿De acuerdo? No te preocupes. Estoy aquí, contigo, y no me voy a ir.

—¿Seguro? ¿Incluso después de haberte apuñalado?

—Incluso después de eso.

No pudo evitar que las lágrimas se le acumulasen en los ojos. Con el pulgar, él las secó y después besó su frente. Se quedó abrazada a su lado, mientras él le peinaba el pelo con sus calmadas manos. Daeva se subió completamente a la cama y se sintió tan feliz, tan libre, que no quería salir de ese colchón nunca más. Estaba con él. Finalmente. Ya no habría más persecuciones, no más dolor. Solo felicidad. Solo él. Lo abrazó por largos minutos, agradeciendo que estuviera ahí. Volvió a llorar, porque, otra vez, no se apartaba de ella. Porque la aceptaba. Porque la perdonaba.

Brennan la besó para calmar su llanto, y funcionó.

Sentirse tan vulnerable era algo nuevo para ella. O, al menos, mostrar esa parte dudosa de su persona, era extraño. Tras unos eternos minutos, suspiró.

—Me vas a odiar por esto, pero debo irme.

—¿Qué?

La asesina se levantó y le dió un corto beso en los labios.

—Debo terminar con esto.

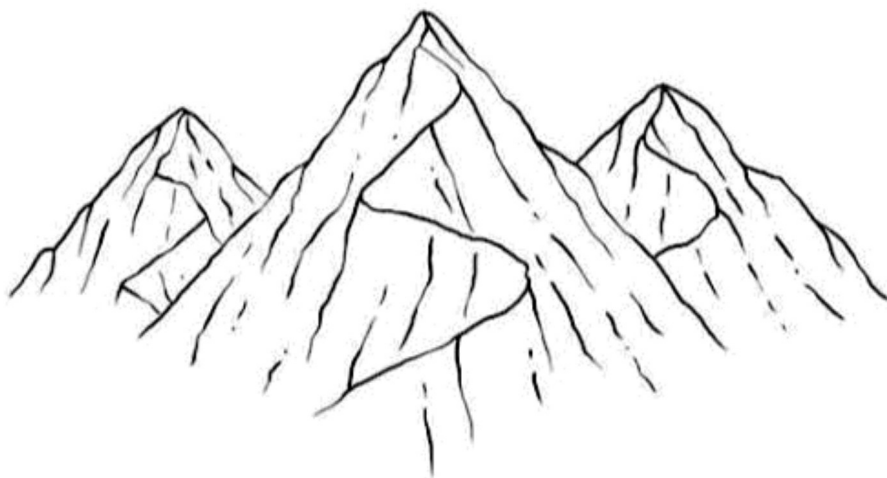
—Haz lo que tengas que hacer. Yo te espero.

—Eres un idiota, Brennan Hinsén.

—Lo sé. Venga. Vete.

—En cuatro días nos encontraremos en la capital de Olyseus, espérame en las vías del tren.

El chico asintió y dejó que se marchara.



CAPÍTULO 52

La máscara que ocultaba su cara hacía que toda la parte inferior de sus facciones sudaran con más facilidad, sus ojos era lo único que podían ver los demás. Se compró una capa roja como la de todos los guardias de palacio. Tenía la información necesaria.

Hacía un año que se había metido en política, un tema que de normal no le interesaba mucho, ya que vivía al margen de la ley, pero había aprendido que era necesario saber dónde meterse en el momento idóneo. Así que se coló con sorprendente facilidad en el palacio del rey que podía destruir la paz que reinaba, de momento, en el continente. Sus inútiles soldados la pasaron por alto.

Primer error que cometieron.

El castillo era más pequeño que el de Morana, y tristemente mucho menos lujurioso y limpio. La pobreza se había convertido en una plaga en el reino de Olyseus, y todo principalmente por los malos usos del capital.

La misión de Daeva era sencilla. Era la primera vez que actuaría sin recompensa monetaria, solo por moral y voluntad propia. No seguía unas órdenes, todo estaba en sus manos. Podía detener una guerra.

Y lo haría.

Había caído en que el poder de las cartas que había escrito podría serle arrebatado, ya que, si el rey realmente quería matar a Morana para quedarse con el terreno, podría dar nuevas órdenes, negando las que había dado. El rey era una mala hierba, de esas que, aunque las podes mil veces para que crezca mejor, sigue sin mejorar. Sus raíces estaban podridas desde hace años, y la asesina no era la única consciente de eso, y lo mejor para cuidar el jardín, es arrancar de cuajo aquellas que hagan peligrar la existencia de las demás.

Buscando puerta tras puerta, llegó a la habitación a la que quería entrar. Estaba preparada para ver el reino arder, aunque deseaba no hacerlo. ¿Cuánto hay que sacrificar para lograr la paz? Por un momento creyó que estaría sola, pero la suerte estaba de su lado al ver a un chico de pelo

cobrizo y pecas salir del baño. Éste soltó un grito y empezó a correr como pollo sin cabeza por la habitación.

Daeva bloqueó las entradas cada vez que él quiso salir. El miedo teñía la mirada del chico y notaba el pecho de éste subir y bajar descontroladamente, estaba aterrorizado por la presencia de Daeva en sus aposentos, y la verdad es que solo quería hablar con él.

—Por los astros, tranquilízate principito —Puso los ojos en blanco.

—Roba lo que quieras, pero no me hagas nada —Su voz temblaba y sus manos se elevaron en símbolo de paz.

—Lo que quiero es hablar contigo.

—¿Hablar?

La asesina asintió, y el príncipe de Olyseus frunció el ceño.

—Sé tu situación, y sé que no estás de acuerdo con cómo lleva las cosas tu padre.

El chico pecoso se lo pensó, dejando que su mente maquinara todas las posibilidades.

—Siéntese y hablemos entonces —le ofreció.

La mejor forma de derrocar a un rey no es asesinarlo, porque esto provoca el interés del pueblo, los humanos somos seres curiosos que a la mínima queremos saber todos los detalles de los eventos que impactan al mundo. Un asesinato a un miembro de la familia real es un tremendo escándalo, y Daeva sabía que el pueblo no tardaría en querer investigar todas las posibilidades hasta dar con el asesino. Por eso, si hay que tomar un reino, lo mejor es hacerlo desde dentro, y dar con una buena tapadera.

La asesina no mataría al rey, en cambio, sabía de alguien que podría estar interesado.

Dos días después, se anunció al pueblo de Olyseus que el rey había muerto de un paro cardíaco, y que los médicos no habían encontrado otra causa. No obstante, la asesina y el príncipe bien sabían que no había muerto por esas causas, sino porque el propio hijo del gobernador lo había envenenado con una dedalera.

¿Cómo sabía Daeva que el príncipe aceptaría la propuesta? Política y recopilación de información, nada más. No era un secreto, aunque estaba muy disimulado, que el heredero del trono era un chico que se sentía atraído hacia otros hombres y no a mujeres. Tampoco era algo muy sorprendente, tristemente, que el rey Olyseus estuviese en contra de esa atracción.

Así que, el príncipe no vio la idea de matar a su propio padre como algo tan descabellado.

El pueblo estaba decayendo cada vez más, y él se había especializado en los ámbitos de economía del país, capitales y deudas. Fue Daeva quien le dio la dedalera en un pequeño pote de vidrio y le contó lo que pasaría cuando el rey se lo tomara, cómo los médicos no encontrarían nada más que las consecuencias de un paro cardíaco y que después todo saldría sobre ruedas.

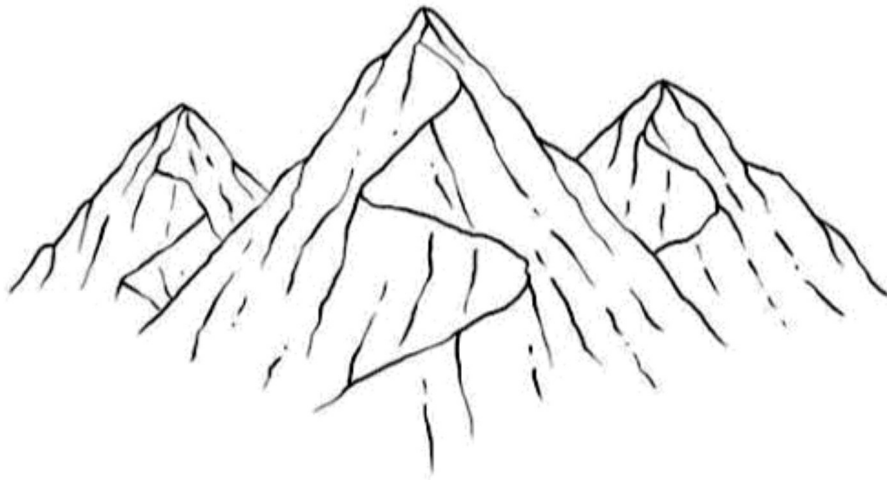
La reina tampoco se había inmutado con la muerte de su esposo, más bien, la había agradecido, aunque no supiera que la había provocado su propio hijo. La asesina agradeció una vez más no formar parte de ese mundo, al menos, directamente. Muchos reyes y sus hijos no se llevaban bien, había con frecuencia colisiones entre sus ideologías y pensamientos. También hay que decir que no todos se llevan como el perro y el gato, pero ¿quién dijo que las relaciones de familia eran sencillas?

Y es que la asesina se sentía una pequeña heroína, la chica que había salvado al mundo de una

posible guerra. Porque claro, si Olysseus atacaba a Morana, los otros reinos no tardarían en elegir bandos y donar sus tropas y armamentos a la mínima.

La chica que no pertenecía a ningún lugar. La chica que había sido encontrada, en un lugar, sin nombre. La chica que aprendió a defenderse de todos. La chica que se volvió una persona letal. La chica que había aprendido a permitirse amar. La chica que había salvado a todos.

La increíble Daeva Maude.



CAPÍTULO 53

Llevaban ya unas horas durmiendo, charlando, jugando a cartas y comiendo en distintos vagones. Cuando ya se había recuperado del todo, Daeva supo a qué destinación se lo llevaría. Aunque no le dijo nada, así que iba un poco perdido. Se habían reencontrado en la estación de la capital de Olysseus, y la chica de pelo negro y blanco lo había envuelto en un abrazo al verlo caminar y respirar con facilidad, habían cogido el tren y las horas pasaron.

Cuando pudo levantarse de la cama, había cogido el primer tren en dirección a Olysseus. Brennan finalmente había visto el mundo que existía más allá de Morana y realmente se podía pasar infinitas horas mirando por la ventana, aunque no lograba ver muchas ciudades, sino los paisajes, y se maravillaba al ver que incluso estando en invierno, no todos los lugares estaban nevados.

La temperatura iba aumentando poco a poco, seguía haciendo frío, pero no de esa forma letal en la que las montañas de Brumous le habían mostrado durante su vida. Esos días de tren en tren, y en soledad, le habían permitido reflexionar.

Seguía sin creer que hubiese sobrevivido, había tenido mucha suerte, y se lo agradecía cada día a todos los dioses que existieran. Cuando la chica que amaba lo había apuñalado, odió verla romperse, odió escucharla llorar y pedirle perdón, sus plegarias a Cole le habían roto el corazón, pero le dolía más el hecho de que no podía moverse para tranquilizarla, que no podía besarla para acallar su voz debilitada.

La chica de pelo negro y blanco apareció otra vez y se sentó a su lado. La miró y ella sonrió. Últimamente lo hacía mucho. Puso las piernas encima de las suyas y las dejó reposar ahí, mientras que Brennan hacía dibujos sin sentido en los pantalones ajustados y la observaba. En la última parada se había comprado un libro y de vez en cuando la escuchaba hablar animadamente sobre los dramas y amores de los personajes. No entendía mucho, pero la escuchaba y comentaba, ya que verla feliz era lo que le gustaba. Aunque él no leyese, sería capaz de coger el libro que tenía entre las manos y empezar a entrar en la historia con tal de tener un tema más para conversar con ella.

Amaba escucharla, hacerle bromas e insinuársele de vez en cuando. Amaba cuando sus

mejillas se ruborizaban al decirle algunas cosas demasiado directas. Amaba cuando Daeva reía y le pegaba un pequeño puñetazo en el hombro, cuando ponía los ojos en blanco y se tapaba la cara.

Durante la última hora su acompañante había leído concentrada. Brennan seguía dibujando cenefas en los pantalones negros de ella. Pasaron dos minutos enteros y la chica no había pasado de página. Cuando la mano subió un poco más lo miró.

—¿Qué? —preguntó inocentemente.

—Me estás descentrando.

—¿Yo? No. Nunca podría.

No pudo evitar que su lado sarcástico saliera. Subió más la mano y apretó un poco su muslo. Ella cerró el libro y se acercó muy lentamente.

—Eres un pesado —le dijo.

—Y un idiota —añadió con una sonrisa.

—Sobre todo un idiota —se mordió el labio inferior y se acercó un tanto más.

—Pero soy un idiota enamorado.

Esta vez fue Brennan quien se acercó y con una mano le agarró la mandíbula.

—Entonces ya somos dos —Le corrigió.

No ocultó su sonrisa y la besó tiernamente. Con ella todo era más fácil, más sencillo. A momentos había vuelto a sentir culpabilidad por su pasado, se sentía triste y perdido. Pero no se había separado en ningún momento, a no ser que se lo pidiera.

Es imposible olvidar toda tu vida de un día para otro, olvidar todo el dolor y los pensamientos intrusivos que te pueden acechar, pero estaba mejor.

Cuando llegaron a su destino, Daeva le había dicho que buscarían ayuda. No podía estar más agradecido, y es que el amor no cura las enfermedades mentales o te soluciona tus problemas internos. No obstante, con solo estar ahí, ya estaba mejor, se lo notaba a sí mismo, y sabía que, cuando la veía sonreír sin ningún motivo, era porque también lo notaba.

El tren frenó de golpe y la gente empezó a levantarse.

—Mierda —se quejó mientras le robaba un beso rápido.

Parecía estar nerviosa. Agarraron las mochilas casi vacías y bajaron del tren cogidos de la mano. Cruzaron el edificio de la estación y la chica caminó decididamente hacia un establo con dos caballos, el hombre dijo que él invitaba, pero que debían dejar los caballos una vez llegaran a la ciudad, ahí su mujer los recogería. Le regaló una sonrisa a los dos, aunque parecía emocionado por ver a la chica, ella no dijo nada. Se subieron a los gigantes animales y cabalgaron por un bosque precioso.

La luz se colaba entre las copas de los árboles, la mayoría estaban desnudos, pero los de la hoja perenne resistían. El viento movía sus capas e hicieron una carrera a ver quién llegaba antes, las risas se perdían con la velocidad y la inmensidad de la arboleda. Estaba vivo, y le encantaba.

Con el paso de los minutos, llegaron a un establo y los dejaron ahí, donde el hombre les había pedido. Caminaron por una gigantesca calle que iba poco a poco subiendo hasta llegar a un pequeño palacio. Pasaron por una plaza con una fuente en medio, estaba tan absorto en las preciosas vistas que no se dio cuenta de que muchos pueblerinos se giraban para mirarlos.

Para mirarla a ella.

Se encontró con la grata sorpresa de que esa ciudad estaba habitada por todos tipos de tonos de piel y color de pelo. Al subir toda la calle, una puerta grande de madera pintada de blanco los separaba del interior del edificio. ¿Qué hacían ahí? ¿Dónde estaban? Sabía que estaba lejos de Morana, pero no era consciente de en qué reino se encontraba. Daeva tocó la puerta, y le cogió la mano, estaba nerviosa, lo podía ver claramente. Muchos no lo habrían visto, pero él parecía tener alguna capacidad sobrenatural que permitía ver lo que los demás pasaban por alto.

Una chica de pelo castaño abrió la puerta y abrió los ojos, como si estuviera confundida. Separó los labios para decir algo pero no salieron palabras de su boca.

—Espero no interrumpir nada importante —dijo su acompañante.

Sin embargo, la chica que estaba en la puerta dio pasos rápidos hasta abalanzarse sobre ella. Se unieron en un cálido y rápido abrazo. Se separó para volverla a mirar.

—No interrumpes nada.

—Me alegro, entonces.

La volvió a abrazar, como si no se lo creyera. Daeva se separó al pasar unos segundos, agarrándole las dos manos a la chica de pelo castaño.

—Ser reina te sienta de fábula. Se te ve más cómoda que el año pasado —dijo.

La voz de la conocida asesina era firme, no temblaba.

No obstante, con lo que se había quedado Brennan era en lo que había dicho.

¿La reina?

¿Desde cuándo Daeva conocía a una reina? La gobernante del reino lo miró y después volvió a observar a su amiga frunciendo el ceño, esperando una explicación.

—Te presento a Bradley Brennan Hinsen.

—Un placer, su majestad —se inclinó nervioso ante la presencia de la reina.

—Por favor, llámame Ela —le indicó que no hiciera una reverencia—. Bienvenido al reino de Midori, espero que lo encuentres todo a tu gusto.

—Es especialmente precioso.

—Espera a que llegue la primavera, todo cobra color y realmente es un paisaje idílico —miró a su amiga—. ¿Tenéis pensado quedaros?

Daeva miró al suelo y después de pensar un rato la volvió a mirar a los ojos. La reina llevaba los mechones de delante recogidos hacia atrás, un vestido básico de manga larga de color azulado pastel. Un atuendo muy distinto a los que usaba Morana, quien siempre vestía con vestidos ajustados que realzaban su figura.

—Me gustaría hablar de la oferta, si aún sigue sobre la mesa.

La gobernante sonrió felizmente, sin ocultar sus emociones. Brennan se sentía un poco perdido con todo el tema. El efecto Daeva Maude.

Siempre tenía algún as bajo la manga.

—Para ti siempre estará disponible. Por favor, pasad. Me tienes que contar muchas cosas Darcy, hace ya un año que no te veo.

Si lo de antes no lo había descolocado lo suficiente, eso lo había terminado de hacer. Algo se heló en la sangre del chico. ¿Cómo la había llamado?

La reina notó su reacción y miró a su acompañante.

—Pensaba que lo... —empezó a disculparse pero vio la cara de su amiga y lo entendió todo —. Siempre con tanto secretismo —entrecerró los ojos y lo agarró del brazo para que entrara a palacio—. Creo que ya te has dado cuenta de que siempre tiene algo que contar.

—Lo sé.

La chica a la que amaba se había adelantado y miraba hipnotizada toda la estancia, y se paró antes de seguir caminando. Giró su cuerpo para ver a la gobernante y tragó hondo, sus ojos se entristecieron.

—Está en el sitio de siempre —le respondió como si supiera exactamente de lo que hablaba.

Lo miró.

—Vuelvo en un rato, debo hacer algo —Le mostró una sonrisa rápida y se la devolvió. Él era el intruso, y entendía a la perfección que ella tenía, y había tenido, una vida que no conocía en su totalidad.

Daeva llegó al jardín donde normalmente había flores por doquier, aunque siendo invierno muy pocas aguantaban ciertas temperaturas.

Caminó por el recorrido de piedra, sintiendo cada paso que daba. Dejó la mochila cuando pasó por un banco de madera que se ubicaba en medio de los caminitos, solo cogió la daga de la libélula, la cual había rescatado de la nieve antes de cruzar Ramé.

—¿Darcy?

Hoy había vuelto a escuchar su nombre por primera vez después de casi un año, lo había echado de menos. Aquí, Darcy, era una chica del pueblo que amaba las armas y entrenar sin parar, una chica con varios amigos que la querían. Daeva era una asesina continentalmente reconocida por los mercenarios, mientras que su persona interior seguía siendo una muchacha agradecida de haber sido rescatada por el pueblo de Bonhomía, la capital del reino de Midori.

—María Teresa —dijo al ver a la madre de una de sus mejores amigas.

La mujer con unas pocas arrugas dejó la cesta de las hortalizas en el suelo y corrió como pudo a abrazarla, se dejó envolver por esos brazos y esas manos que creaban delicias en la cocina del pequeño palacio. Se separó y la mujer le agarró la cara con las dos manos, le tocó el pelo y sonrió como si estuviese viendo a una de sus propias hijas. María Teresa había sido una de sus familias de acogida, gracias a eso y a varios factores, Darcy conoció a Flora.

—Has crecido tanto... ¿Sabe ella que estás aquí?

—No. Acabo de llegar.

—¿Quieres que se lo diga?

—Iré después a verla, no te preocupes.

La mujer sonrió de una forma en la que sus ojos se empequeñecieron. Ella tampoco pudo

negarse a sonreír.

—¿Cuánto tiempo te quedas esta vez?

Los había acostumbrado a verla llegar y marchar, y estaba agotada de no encontrar un sitio estable, pero Midori era distinto, era su ciudad natal, donde la habían criado y donde todo el pueblo la conocía desde bien pequeña. Sonrió aún más cuando las palabras que se había guardado salieron con facilidad.

—Dudo que me marche dentro de poco, creo que no estaría mal pasar una temporada aquí, con vosotras.

—Me alegro —empezó a caminar hacia la cesta que había dejado—. Por cierto, lo que buscas está al final de todo, con los demás.

Asintió como agradecimiento y respiró hondo para seguir con su camino, toqueteaba nerviosamente la daga en su bolsillo. Sus pasos se ralentizaron aún más, estaba ahí. Las piedras grisáceas estaban rectas y bien limpias. Su pecho se contrajo y notó que su respiración era más densa y era más complicada de mantener bajo control. Se sentó al ver el nombre de Lauren grabado a mano. Se acurrucó al lado de la piedra y miró la daga.

—Hola —dijo al aire, mirando la tierra que los separaba.

Notó que su nariz empezaba a humedecerse, al igual que sus ojos.

—Siento no haber venido antes. Pero... —No encontraba las palabras, aunque las había practicado muchas veces en su cabeza—. Pero es que si te venía a decir adiós todo sería definitivo, y no habría marcha atrás.

»Te veo y no puedo evitar sentirme mal por no haber estado aquí durante tu entierro, pero no podía. No podía despedirme de ti Lauren. Fui una estúpida, lo sé, y aun así tú luchaste por intentar acercarte. Fui yo la que te apartó, y lo siento. Y es que ahora tú estás en las estrellas, con los demás, mirándonos desde arriba y me duele pensar que no podré volver a verte, ni abrazarte. Creo que nunca unos pocos metros de distancia me han dolido tanto y se han sentido tan lejanos. Lo siento mucho.

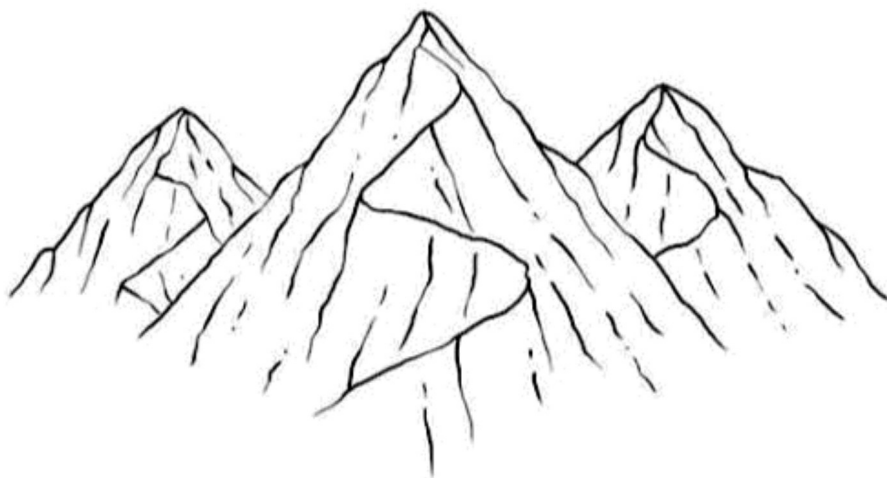
Lloraba desconsoladamente por el primer chico que se enamoró de ella. Estaba sola en ese cementerio privado, el cuerpo de su compañero de armas descansaba bajo ese pedazo de tierra, pero sabía que su energía y su alma se encontraba con sus ancestros. Y que, en algún momento, ellos se reunirían.

—He cumplido tu promesa, y realmente creo que esto debería estar contigo —Sacó la daga del pantalón y la dejó sobre el montón de tierra—. He conseguido abrirme, aunque la verdad lo he hecho con la persona que menos esperaba. ¿Sabes? Me encargaron un trabajo y tuve que secuestrarlo, después de un tiempo sentía atracción por él, entonces lo hicimos, pero no era suficiente. Me negué a aceptarlo, pero al final me di cuenta y ahora... Ahora estoy feliz. Sé que te enorgullecería saber que estoy bien. Así que lo he conseguido. Promesa cumplida. Gracias.

Besó la piedra y se quedó sentada un rato más, hasta que lo pudo soltar todo y se despidió totalmente de él. Lauren no volvería a vivir, pero lo recordaría, y mientras el recuerdo estuviese en su mente y fuese alegre, él viviría con ella. Cuando el atardecer empezaba a dar señales de aparecer se levantó y se fue hacia el castillo.

Y mientras volvía, todo parecía estar encajando otra vez.

Ella parecía encajar ahí.



CAPÍTULO 54

La reina de Midori había estado respondiendo a todas sus preguntas y la había convencido, después de muchos intentos, para que le contara por qué la chica que él conocía como Daeva se llamaba Darcy. Entonces todo cobró sentido. Aunque la pregunta que se hacía era cómo debería llamarla ahora.

Eso lo hablaría con ella.

La chica de pelo negro y blanco entró en el despacho donde ellos dos se habían instalado, tenía la nariz y los ojos rojizos, había estado llorando. Ella le había contado a Brennan que en el patio se encontraba la tumba de uno de sus compañeros de armas. La chica de la puerta sonrió al verlo, y sintió que su corazón volvía a palpar con más fuerza de lo normal.

—Entonces, ¿vas a aceptar la oferta? —preguntó la gobernante. Su acompañante lo miró por unos segundos más y después se dirigió a la reina.

—No me importaría quedarme un tiempo por aquí, si a él le parece bien.

—Parece un buen sitio para empezar de cero —admitió con calma.

—Dicho esto... Darcy, ven dentro de unos días y hablamos de los demás detalles. Tranquila, ya le he contado lo de tu nombre. El pobre estaba hecho un lío —soltó una risa piadosa, a lo que la otra chica se le unió.

—Daeva es parte de una vida que aquí no encaja —dijo suavemente—. Eso no significa que no sea la mejor asesina del continente. O que no sea letal. Pero aquí no se me conoce por eso. Aquí soy una integrante del Equipo de Protección.

Brennan se levantó para mirarla a los ojos verdes y azules.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Llámame Darcy —sonrió.

—Pues encantado de conocerte, Darcy.

El nombre que se le hacía tan desconocido, pareció adaptarse muy bien a su voz y a sus labios. Era un nombre dulce, distinto al de la asesina. Se podía imaginar a sí mismo canturreando por la mañana su nombre mientras preparaban el desayuno. Chillándolo en medio

de un bar. La chica a la que amaba era ella. Un estúpido nombre no lo cambiaría.

La reina los acompañó hasta el final de la calle, y Brennan se dio cuenta de que mucha más gente empezaba a girarse al ver a Darcy caminando, algunos la saludaban con la mano y otros sonreían desde la distancia. Era muy querida, lo pudo notar en el ambiente. Toda la ciudad parecía sacada de un cuento de hadas, de esos que le encantaba leer a su hermana pequeña. Ese lugar les hubiese parecido impresionante a su madre y hermana.

Llegaron a un pequeño apartamento con una terraza gigantesca que daba la vista a toda la calle. Estaban en una zona más apartada pero igual de bonita, incluso podría decirse que más. En primavera estarían rodeados de flores y árboles de un verde tan fuerte que sería imposible no sentirse bien. Ella se despidió de ellos, dejándolos solos.

Estaban callados mientras analizaban todo el espacio, el atardecer ya había comenzado su hora más bonita y potente, el cargado naranja se posaba en el suelo de parqué, y las ventanas de cristal dejaban entrar toda la luz. Esa luz mostró el cuerpo de Darcy, la chica por la que había resurgido de las cenizas. Se acercó a paso lento y la abrazó por detrás, dejando un suave beso en el cuello y notando su respiración.

—Hola —dijo con voz grave.

Aún no se creía que estuviera ahí con ella.

—Hola —se giró, poniendo las manos en su nuca.

La besó, y sus labios parecían no estar cansados de hacerlo, la acercó lo máximo posible a él, dejando que sus cuerpos se pegaran por todas partes, deseó poder convertirse en un único ser con ella. Que ella formara parte de él, y él de ella. La besó, agarrándola por la cintura y paseando las manos por la espalda seguidamente. Quería estrenar la cama, porque se lo merecían, se habían ganado no preocuparse por nadie más que de ellos mismos. Pero cuando quiso quitarle el corsé, lo paró.

—Tengo que encontrar a alguien antes —le dijo entre besos, disculpándose.

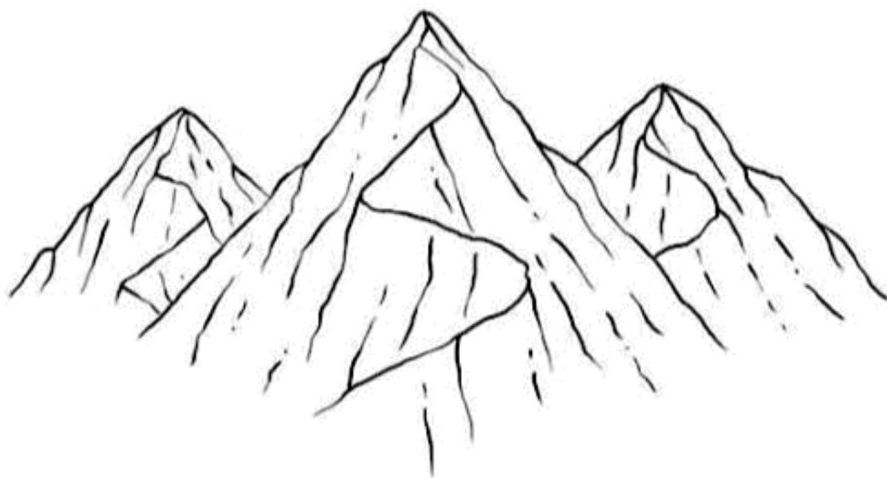
—Te espero aquí —susurró.

Se tumbó en la cama cuando se quedó completamente solo.

Podría empezar una nueva vida aquí.

—Todo va a estar bien —dijo para sí mismo.

Y eso era lo único que necesitaba saber.



CAPÍTULO 55

No había olvidado en todo este tiempo la dirección de la casa a la que se dirigía.

Caminaba con decisión y felicidad, aunque sobre todo con nerviosismo. Quizás estuvieran siendo muchas emociones por un día, pero no podía estar en Bonhomía sin verla, después de tantos meses. Iba a tocar esa puerta y la iba a ver por fin. O eso es lo que tenía planeado hasta que vio a una chica de pelo rubio apagado que la miraba. Llevaba unos cubos de agua llenos en las manos, los cuales dejó en el suelo al segundo.

Empezó a correr hacia ella, y fue entonces cuando la identificó. Ella también movió los pies a toda velocidad, las lágrimas de felicidad le mojaron las mejillas. Era ella. Flora corría con toda la felicidad del mundo y una sonrisa, que podría alegrar a cualquiera, en la cara. No le importaba estar cansada de correr, estaban muy cerca, y cuando sus cuerpos chocaron, cayeron al suelo y se abrazaron con una fuerza infinita. Todo estaba bien. Se removían en el suelo de piedra y no paraban de buscarse entre abrazos y besos en las mejillas y la frente. Cualquiera las hubiera tomado por locas, pero ellas tenían una de esas amistades inquebrantables, de esas que son para toda la vida.

Flora lloraba y Darcy le quitó las lágrimas, aunque ella también estuviera llorando.

—Estás aquí —Sanglotaba.

—Estoy aquí —Lloraba mientras volvió a envolverla en un abrazo.

El pelo rubio se le puso en la cara y lo olió. Flores, todo flores. Su amiga era un jardín lleno de todas las flores posibles. No obstante, éste no moría nunca en invierno, era inmortal, las flores siempre estaban llenas de color y abiertas de par en par. Flora era una eterna primavera. Y Ela era más bien una brisa de verano.

—¿Te quedas?

—Me quedo.

Se quedaron abrazadas en la calle, sentadas en la piedra, el sol del atardecer aún daba con fuerza y los ojos de su amiga brillaban y se convertían en un río. Esos preciosos ojos azules, los cuales había visto crecer. Era como una hermana, aunque para ella podrían quitar ese «como».

No quiso preocupar a Brennan, así que prometió a su amiga que la vería dentro de unos días y que hablarían de todo. Aún tenía lágrimas cayendo cuando abrió la puerta de su nuevo apartamento, el que entraba en la oferta, aunque en su momento le había dicho a Ela que no era necesario que fuese muy grande. La dichosa oferta finalmente había sido usada, tras un año de esta. Viviría la vida que Ela le ofrecía, ser General de las tropas del reino de Midori.

El piso era perfecto para dos personas, era perfecto para él y para ella. Los dos juntos, nadie más.

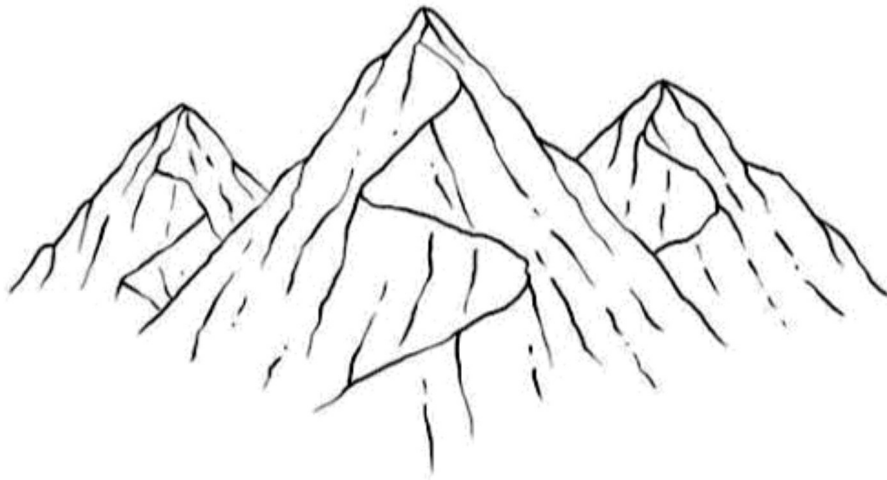
El chico al que amaba la besó otra vez, no podía quejarse, le encantaba que lo hiciera. Al principio, siempre alguno de los dos dudaba en si lanzarse o no, pero, después de todo lo que habían superado, ya no había dudas ni preocupaciones. Así que no se sorprendió cuando la besó con esmero. Se perdía y se encontraba en él. Viajaba y se quedaba quieta a la vez. Todo empezaba y todo terminaba en ese beso, solo él y ella. Y no pudo evitar llorar un poco más de alegría cuando realmente supo que no quería a nadie más, que quería estar con él por mucho tiempo.

Estaba en casa.

Y su casa era ella misma, era ese apartamento, era la persona a la que estaba besando y todos sus amigos que vivían en la ciudad. Estaba en casa, había encontrado su lugar. Su hogar. Bonhomía era su casa. Besó hasta quedarse sin respiración al chico que la estaba empezando a desvestir con delicadeza y cariño. El chico que besaba sus lágrimas y quien, por un momento, también dejó salir una, como si también fuera consciente de que los dos finalmente estaban en casa.

Hogar.

Su hogar.



EPÍLOGO

Inteligente. Calculadora. Observadora. Analítica. Pensadora. Fantasiosa. Luchadora. Justiciera. Amable. Cariñosa. Cuidadosa. Inhumana. Angelica. Salvación. Vida.

Brennan había intentado muchas veces describir a Darcy.

Pero solo había una secuencia de palabras que conseguía definirla en su totalidad.

El amor de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Qué felicidad siento al poder por fin mostrar esta historia al mundo. Daeva y Brennan llegaron a mi vida cuando más los necesitaba y nunca dejaré de quererlos. Tras casi dos años intentando encontrarles una casa y “fracasar”, me di cuenta que yo soy su casita y que tenía que dar el paso.

Y es que aunque sean mis hijos esta historia no solamente me pertenece a mí. Así que doy las gracias a mis lectoras beta, que han visto cómo ha cambiado la historia poco a poco. Gracias a mis amigos, a mi familia y a mis lectores.

Gracias a los que me ayudaron con mi lucha de la maquetación, parece increíble como siempre surgen problemas.

Gracias a Mayte por volver a dibujar para mí.

Gracias a Elsa por haber leído tantas veces la historia para asegurarse que estaba en su mejor

momento.

Gracias a mi abuela, que fue la primera que lo leyó aún cuando era un borrador. Gracias a mi padre por también leérselo (estaba aterrorizada). Gracias a mi madre, hermana y a todos los que me han apoyado. Gracias al chico invisible que solo con leer las primeras treinta páginas me dijo que tenía talento.

Quizá talento no tengo, pero pasión tengo para un rato. Gracias a mis amigas lectoras que maquataron una primera versión de “Asesinar un corazón roto” y me lo regalaron para mi cumpleaños.

Gracias a Mireya Murillo Menéndez (@wristofink) por hacer la portada, ojalá me dibujara la vida porque tremendo arte tiene.

Este libro me ayudó en uno de mis peores momentos, ojalá os haya hecho sentir lo que yo sentí mientras lo escribía. Daeva Maude y Brennan Hinsén siempre serán mis primeros personajes a los que les pude poner un punto y final.

Gracias a ti, lector. Si es la primera vez que me lees, espero que te haya entretenido un rato. Si ya conocías mi trabajo, gracias por volver a confiar en mí. Por ahora toca despedirnos, pero hasta entonces, recuerda:

Ningún corazón nunca estará tan roto
como para no reconstruirse.

SOBRE LA AUTORA:

Carolina Pérez nació en 2003, en la provincia de Barcelona. Compagina los estudios con la lectura, la escritura y cualquier cosa que tenga que ver con las historias. Estudiante de Traducción e Interpretación, amante de los días de lluvia, los cafés con leche, los gatos y pasar rato con la gente que quiere.

Su primer libro publicado fue Nuestros silencios (2023), aunque tiene otros más en la plataforma de Wattpad donde escribe bajo el usuario de @ccarolinapperez.

Instagram: @ccarolinapperez

Twitter: @ccarolinapperez